



Flora Tristán:

UNA MUJER
SOLA CONTRA EL MUNDO

LUIS ALBERTO SANCHEZ

COLECCION "LA EXPRESION AMERICANA"

PRESENTACION

Aunque menos frecuentado hoy, el género biográfico de las letras hispanoamericanas tiene un capítulo en quienes escribieron en los años treinta, cuarenta y cincuenta del siglo XX. Una historia que ciertamente se interesa por entender la Historia y averiguar su sentido, pero a la vez una savia lírica capaz de servir de pretexto a los escritores para realizar un ensayo de ficción e intriga acerca del destino de personalidades heroicas e incluso antiheroicas, trágicas en lo individual y lo colectivo.

Este es el doble caso del maestro peruano Luis Alberto Sánchez (ver el vol. 135 de Biblioteca Ayacucho), quien en su enorme obra de crítico, ensayista, pedagogo, político, novelista y docente incurrió también con pasión en la biografía. Como escritor curioso de los destinos americanos investiga el sino trágico de su paisana, la famosísima Flora Tristán (1803-1844) a quien la historia universal contiene en sus capítulos relativos a las luchas proletarias y a la emancipación de la mujer. Una precursora, una veterana —fue contemporánea de los socialistas científicos y utópicos de Europa, así como coetánea de los libertadores latinoamericanos— que en vida poseyó, justamente, una vida legendaria. Las enciclopedias de hoy se hacen eco todavía de una de esas leyendas: la de aparecer como abanderada del "amor libre".

Sin embargo, Luis Alberto Sánchez rescata en este libro biográfico el lado trágico de una mujer inte-

ligente y hermosa. Descendiente, por el lado paterno, del peruano Mariano Tristán, de noble cuna y riquezas, huérfana, pobre, obrera, se sintió siempre americana y en algún momento se hizo llamar "la peruana". Epoca romántica, que hacía intrigante un físico y un origen exóticos. Por el sueño de América y de la herencia que la aguardaba, a los treinta años viajó al Perú a reclamar lo suyo, que le fue negado. Entonces, otra vez, volvió a sentirse una paria, tal como lo registra en su no menos famoso libro de memorias. Se transforma en esa mujer sola, abandonada, enfrentada constantemente al mundo. Luis Alberto Sánchez sigue sus rastros antes de venir a América. Paso a paso la acompaña en su itinerario marítimo y por tierras chilenas y peruanas. La sigue también por Londres, por París y la provincia francesa en lucha contra un marido enloquecido, torturada por la separación de los hijos, abogada del divorcio, enemiga de la pena de muerte, precursora de la unión de los pobres, luchadora de los derechos de la mujer.

Su itinerario resulta así doblemente interesante tanto para la historia universal, si la hay, como para la latinoamericana. Nace en vísperas de la Independencia de Iberoamérica, sus padres tratan en Bilbao y París al atormentado y joven viudo Simón Bolívar y de ahí en adelante se cruzan los destinos en una curiosa leyenda. Mientras, en la Europa de su regreso participa en tantas luchas sociales y muere en vísperas de las agitaciones de la "primavera de los pueblos".

En uno y otro itinerario, una paria, desterrada; parisina para los peruanos, americana para los europeos, y todavía más grave: la mujer que protagoniza acontecimientos, su triple incertidumbre. Por si fuera poco, será la abuela de Paul Gauguin, quien en su infancia hizo un viaje a América.

Sobre los libros de la paria, con las noticias de Iberoamérica y Europa, Luis Alberto Sánchez teje el tapiz de este destino de luchas e incomprensiones.

Asegura el autor en el prólogo de la cuarta edición de esta biografía:

*El tema de Flora calzaba cabalmente en mi plan de hacer una trilogía de mujeres extraordinariamente vinculadas entre sí: Santa Rosa de Lima, La Perricholi y Flora. Mi biografía de La Perricholi la terminé en el verano de 1936 y se publicó en el invierno de ese mismo año. Comencé entonces a documentarme sobre Flora para lo cual recibí la constante y valiosa colaboración de Alfredo González Prada, entonces residente entre Washington y París. El me envió el libro de Pouché titulado **Flora Tristán Sa vie et son oeuvre**. No se había hecho hasta entonces investigación tan exhaustiva sobre la fundadora del movimiento de la emancipación de la mujer.*

*Yo era entonces sub-director de la Editorial Ercilla y a partir de 1938 su director. Mi principal tarea era revisar, ver posibles libros y disponer su publicación. **Cinq femmes contre le monde** (Cinco mujeres contra el mundo); este título me sonó a campanas de alarmas, a cencerro de novillo, y poco a poco fue cristalizándose la idea de escribir un libro sobre Flora Tristán. El libro apareció en 1942, esta primera edición está dedicada a mi esposa, Rosa Dergán, y tuvo un apéndice bibliográfico en el que figura como algo primordial el libro de Pouché. El tomo era más bien elegiaco. Yo quería entonces hacer biografía de personajes célebres americanos dentro de los moldes de Lytton Strachey y de mi admirado amigo André Maurois, así como Mary Chalas y de Antonio Espino, que habían escrito bellas biografías para Espasa Calpe de Madrid. Mi libro no tenía nada que ver con la rapsodia histórica y puso el acento en el frustrado amor de Flora y el Capitán Chabrié y en la incomprensión y los celos del marido y cuasi asesino de Flora, Chazal.*

A Rosa Dergan, mi mujer.

PRELUDIO

ANCHOS, PESADOS, LENTOS, vienen y van sobre cubierta los pasos del capitán Chabrié. Vienen y van. Anchos, pesados, lentos. Midiendo ansias, a compás lento, ancho, pesado, vienen y van. Junto a la borda del "brick", prendidos de la lechosa escala de la luna, unos ojos enormes y negros, entre la luz y la sombra, unos ojos extáticos, miran y escuchan.

El capitán Chabrié sigue paseando: sobre su cabeza bruñida de calvicie relumbra el plateado fulgor de la noche azulenca: hombre grueso, macizo, impulsivo; garras de oso, sus manos se alzan imprecatorias de cuando en cuando. Igual que sus pasos, las chupadas nerviosas a la pipa (arrancándole nieblas, disipando brumas) vienen y van.

El "brick" es pequeño. Sus doscientas toneladas oscilan sobre las crestas de las olas, más enardecidas desde que los nautas transpusieron el Cabo de Hornos, enfrentándose al burlón Pacífico. Pequeño barquito para cortas travesías, pero su capitán, Zacarías Chabrié —un *almiral, mon vieux!*—, conoce a maravilla el dédalo de pasillos, escalas, escotillas, sentinas y camarotes, el secreto de las estrellas, los ardides de los astros, la torva hipocresía de las mareas, el geológico acecido de las olas. Sobre ellas, cabalgándolas, teniéndolas ceñidas al puño, proyectan su audacia las doscientas toneladas bravías del viejo "brick" *Le Mexicain*.

Pero el capitán Chabrié, envuelto en la humareda de su cachimba y su quiebra sentimental, reta a la luna, sin poderse liberar de su embrujo. De su

embrujo, ni del otro. Atado va su pensamiento a la exótica pasajera de faz atormentada y sensual, que habla con profunda voz de abismo. Atado a ella, a quien todos —los cinco pasajeros y los tres oficiales— viven uncidos sobre la cubierta del barquichuelo saltarán de ondas, buzo de repentinos valles líquidos. Por eso, los pasos capitanes, en esa noche propicia y, al par, distanciadora, protestan impacientes —vienen y van—, y las chupadas a la pipa vienen y van, y en el mar las espumas chisporroteantes vienen y van, y en el cielo, las nubes algodonosas vienen y van, y en el pecho agitado de Flora, los suspiros —como las nubes, como la espuma, como el humo, como los pasos— vienen y van.

Mademoiselle Flora Tristán sufre ya su centésimo trigésimo segundo día de navegación sobre el "brick" encabritado. Ciento treinta y dos días suspenso entre los miserables recuerdos de Francia y las millonarias expectativas del Perú. Anoche, en un romántico claro de luna, bajo inesperado desmayo, el capitán Chabrié "desabotonó" —como decía Fermín Miota, pasajero peruano—, desabotonó su pasión por la enigmática viajera.

—Oh, Flora... *vous devez me croire... je suis trop malheureux, si!*

¡Pobre amor náufrago! Súbito amor marinero: por lo mismo, terco; y ella, arribada la "funesta edad", incapaz, ahora que lo desea, incapaz de entregarse. Chabrié, hombrachón de vulgar aspecto, con sus treinta y seis años sanotes, su calva, su paso firme, su voz áspera para hablar pero dulcísima para el canto —¡cómo interpreta a Rossini, mago musical de la hora!—, siente su encalladura en aquella pasión entrevista hacía tiempo. Porque Chabrié amaba a Flora de tiempo atrás, desde el primer día de su encuentro en París, cuando la conoció *Madame Flora Chazal*, y, más aún, desde Burdeos, en que la reencontró *Mademoiselle Flora Tristán*. Al vol-

ver, en una tregua, entre viaje y viaje, a su ciudad natal, a sus alegres *matelots* de Lorient, llevaba dentro del pecho una campana recién estrenada, anuncio también de puerto nuevo. Tornaba después a Burdeos, desprevenido, y por lo mismo más protegido por su desamparo, cuando se quedó perplejo al hallarse otra vez con *Mademoiselle Flora*. Hasta muy en lo hondo de su alma simple de campesino navegador, se metieron los ojos alucinantes de Flora. Hasta adentro, aquella efigie andaluza: la tez morena, la boca gordezuela, el rostro ovalado, la frente despejada. Hasta adentro: su hablar dictatorial, su imperioso gesto, su andar lascivo. Hasta adentro... Mas, ¿y anoche?...

—No (ayer fue así), no, Chabrié: yo traigo la fatalidad conmigo. *Je suis un porte... malheur*. Este viaje, además, es un paréntesis. No encierra nada, y acaso todo... Usted ignora lo que yo dejo atrás... Y lo que yo tengo entre mí... Si usted supiera... —¡Cómo suena, engolado, vigoroso, el “yo” en la boca golosa! Y como el capitán no sabe más, pues, a causa de su incertidumbre, anchos, lentos, pesados, los pasos de monsieur Chabrié vienen y van sobre la cubierta del testarudo *Mexicain*.

Noche del 16 de agosto de 1833, ha apuntado, meticulosamente, el capitán en su diario. La anotación de ese día la inscribió en el libro de bitácora con letra más grade, mejor dibujada, mejor que de costumbre, igual que la del día del zarpe: “7 de abril de 1833”. Fechas dentro de las cuales se encierra un trunco epitalamio, una flotante elegía.

El segundo de a bordo, Luis Briet, coterráneo de Chabrié, que comprende la agonía de su jefe, menea la cabeza desde la popa, y echa a andar, disgustado. Alfred David, oficial parisiense, juvenil, lleno de malicia, atisba codicioso a la esfinge de abordó al ir a su camarote. Fermín Miota, único de

los pasajeros que recorre la cubierta, contempla receloso las tinieblas.

La luna asoma inexpresiva. Gruñen las olas sordamente. Los pasos vienen y van...

Los pasos ya no vienen ni van...

Entonces vibra un susurro. David ha interrumpido la tonada que rompió a cantar desde su cabina. Miotra sigue con los hundidos ojos en la sombra, acaso en sus recuerdos. Briet se sumerge en la evocación, en tanto Chabrié bebe ávido unas palabras, ganoso de ser beleñas, pero sentenciadas a nada más que aguijón:

—Créame, traigo la mala suerte, *mon pauvre ami...* Si yo pudiera amar, lo amaría a usted... No es posible... déjeme estarle agradecida hasta la muerte...

Flora tiene esta noche voz de hojas, de quebranto, de nube, de suspiro, ella tan enérgica y rotunda.

Por la tarde otro fue su tono; decía así:

—Entre mis abuelos figura un emperador de México... Y están San Francisco de Borja... Y César Borgia... Y el papa Alejandro VI... Yo soy... Yo nací... Yo quise... Yo acepté...

Jirón de "yoes" que el viento barre zumbón.

Todos atendían a los ojos, no a las palabras.

Pero, en la noche, bajo la luna, a las ciento treinta y dos noches de navegación, el orgullo de Flora apenas subsiste:

—*Mon cher Chabrié...*, yo soy una paria... una peregrina. Tengo miedo a esta tierra... ¡A ese Chile! ¡A ese Perú! ¡A aquel tío desconocido! ¡A qué sé yo!... Nunca supe de ellos, y he tragado hambre, Chabrié; he tragado hambre con mi madre, con mi hermanito, y vergüenza y odio con Chazal... No me pregunte nada, Chabrié, Déjeme hablar.

Se han sublevado las remembranzas sobre el

punte de *Le Mexicain*. Flora tiene los ojos dirigidos a lo alto, como en una plegaria.

A lo lejos unas lucecillas anuncian la tierra chilena:

—Mañana llegamos a Piedra Blanca; al cabo de unas horas, anclaremos en Valparaíso —informa Briet al señor Miota.

Chabrié se acerca a Flora y la besa en la mano. La "paria" se estremece. Y, luego, suavemente, como lo habría prescrito el vizconde Renato, posa levemente los labios sobre la cabeza escueta del marino aterido de viaje, de luna y de deseo.

Ni Briet ni Miota están ya sobre el puente.

Flora Tristán tiembla de nuevo, se arropa con su gesto y esconde el rostro entre las manos.

Musset dicta versos que solamente los dos oyen. Punzantes estrofas de Lamartine aletean en torno. Elvira ha asomado, por error, sobre el mar trocado en lago. Chabrié arrastra sus pisadas sobre cubierta, hacia la proa, a beber y a besar viento.

Flora Tristán ha entrado en América.

No hay ya pasos lentos, anchos y pesados, de elefante, martillando impacientes sobre el puente. Sólo yacen por el suelo la atmósfera, recuerdos, ansias, perplejidades, penas, ambiciones, descontentos. Rebaño ingrávido —e hiriente, sin embargo— que marcha en ronda como las nubes; rebaño ingrávido que viene y va.

Al amanecer: Piedra Blanca. Seis horas después la cadena del ancla chirría en la bahía de Valparaíso. Se completaban ciento treinta y tres días de ensueño, en la vida hasta ahí atormentada y desde ese punto luchadora de Flora Tristán.

EL EMIGRADO

NO... NO... ES ABSURDO... Absurdo... Mi hermano Pío no puede seguir allí... Harto golpeado anduvo con eso de acompañar desde los seis años las andanzas de mi padre... Imaginaos: a esa edad, padre lo llevaba de Cuzco a Arequipa, de Arequipa a Puno, tras los rastros del rebelde Tupac Amaru... Antes de saber bien el español, Pío hablaba aimara... Lo pronunciaba erizándose de jotas y de kaes. A las flores las llamaba kantutas, y hablaba de *wifalas y warawaras*. No. Pío vendrá a aprender algo más... Yo seré su tutor. Al fin y al cabo —la voz engolábase aquí— es un *Tristán y Moscoso*, y yo soy el mayorazgo.

Don Mariano, a pesar de su devoción hispanizante, pronunciaba la ere como egue. Muy niño, su familia lo envió a Francia, a estudiar en el Colegio de La Flèche, y desde entonces, si bien habíase emancipado de la sotana abacial de sus curadores, no lograba liberarse de la tutela gentil de los franceses ni de las francesas. A menudo solía suspirar entre dientes: "¡Oh París!", y cerraba los ojos como quien ora. Sus interjecciones, sus tacos no eran los sonoros y redondos usados en España, no: eran *sapristis y parbleus! Nom de Dieu y La barbe!* Cuando, en la iglesia, balbuceaba el *Ave*, a menudo mezclaba a las angélicas frases latinas algunas profanas: *Notre Mére qui est aux Cieux...*

Pero, ahora, descifrando la misiva —recién traída por el postillón—, ante un velón lacrimoso, como el que alumbrara aquella nocturna rabieta de su retiro de Madrid, don Mariano ahora sólo tenía

memorias y sueños de rever a los suyos, en aquella Arequipa conventual y blanca, ciudad de sillar y lava, y sentir como presentes a su vera a José Domingo y Juan Pío, sus dos hermanos, ambos metidos en la carrera de las armas, aun sin haber transpuesto la etapa del A B C.

—Absurdo... Absurdo...

Don José del Carmen, su amigo indiano, lo observaba atónito. Mariano Tristán y Moscoso no era hombre de arrebatos ni de extremosidades. Pero, no obstante, se le veía perplejo y hasta trémulo:

—Juan Pío es el menor de nosotros. Y el más arrogante. Tiene ojos de fuego y robustez de atleta. Mi padre lo había internado como cadete del regimiento de Soria, que fue de España, y también prueba armas en el "Extremadura"... *C'est domma-ge...* De todas maneras, yo lo traeré aquí y le haré seguir una carrera. Que sea militar si quiere, ¡pero educado! Turenne era general, matemático y cortesano. Condé, águila de los combates y milano en el Palacio. Aquí con la ayuda de Nuestro Señor Carlos IV, algo se hará... América, además, está de moda. Y hay ¡*mon Dieu, bier sur!*, hay todavía hombres compasivos... ¡Bah! Que sí, que lo ayudarán... ¡A todo un Tristán y Moscoso, *sapristi!*

Don José del Carmen se sabía de memoria la tirada. Los Tristán y Moscoso, claro: por los Tristán, el abolengo se entroncaba —así decían al menos— con Moctezuma, el desdichado emperador azteca. Por los Moscoso, con los Borja de Aragón. En el testero del salón madrileño de don Mariano se erguía, pálido el color, enlutado el traje, San Francisco de Borja, el místico marqués de Lombay. "Nunca servir a señor que se me pueda morir" era la divisa; pero don Mariano, más mundano, prefería servir a señores tangibles aunque precederos.

A la luz del velón, don Mariano, hermoso ejemplar de "español americano", como decía ese

travieso e insurgente jesuita Vizcardo, su coterráneo, rasgó vitela y desportilló pluma, escribiendo breve y perentorio billete que el galeón de ese mes conduciría hasta Islay, y de allí la posta hasta Arequipa. Firmó, esparció la arenilla, sopló cuidadosamente; luego, tras de derretir con esmero el rojo lacre, imprimió en la hoja su sello de armas. Pagada la oblea, tiró de un cordel haciendo vibrar la campanilla, y apareció una librea ondeante y genuflexa, coronada por blanquecina peluca. La carta partió al trote manso de lacayuna pantorrilla.

—¡Ya está!... Ahora, de verbena, José del Carmen, de verbena.

—A la Bombilla, mi señor don Mariano, emperador y virrey...

La socarronería era ley en don José del Carmen: la toleraba don Mariano.

* * *

Sobre el puente del buque, el mozalbete, Juan Pío Tristán y Moscoso, siente la tortura del mareo. Ya dejaron atrás el océano Pacífico. Lejos está Valparaíso, con sus roquedales y sus tentaciones, menos duras, ¡mucho menos!, que las rocas. Hace un sol espléndido y un mar terrible. Arropado en manta de Castilla y poncho de vicuña, Juan Pío se aferra desesperadamente a la pasarela.

—¡El Cabo de Hornos, mi amito! —balbucea, con gesto desolado, su criado cholo.

No hay palabras en la boca del "niño", víctima del mal de mar.

Cuando entra en su camarote, Juan Pío olvida echar la habitual mirada al abuelo San Francisco de Borja y al príncipe de Esquilache, virrey y poeta, autor de *Nápoles recuperada*, ambos, inmóviles testigos de la serenidad perdida de su chozno.

Las olas se alzan más altas que orgullo de señoritingo indiano. Más altas que la memoria de

Moctezuma, que el escudo de los Borja, los de España y los de Roma.

Olas tremendas, Andes de agua verdeazulada, crestas coronadas de espuma, no de nieve. Hervor de sal y sol. Ahora es el Atlántico, mar de Lemures, de fenicios, de cartagineses, de anglos, de bucaneros, de lo imprevisto. Pío Tritán piensa en Arequipa, su ciudad apacible y clara, y en Mariano, su hermano insosegable, a quien al cabo volverá a escuchar.

* * *

—¡Pío!

—¡Mariano!

Subteniente es ya el mozuelo recién venido, pero galones militares cuentan poco para el cívico Mariano.

—Conocerás la Corte primero y, luego, a Francia, para instruirte.

Diálogo interminable. Relatos de la infancia andariega. Y de cómo el humano y civilizador Areche hizo jigote con el salvaje Tupac Amaru.

—¡Irás a Francia, hermano, para instruirte y aprender muchas cosas!

Pío inclina la cabeza, mientras siente en el corazón un soplo helado, como un sobrecogimiento de agonía. El primogénito adivina, y agrega como con desgano:

—Después, si quieres, serás militar de nuevo...

Pío levanta la cabeza y mira sonriendo a Mariano...

* * *

Hasta el colegio de Sores, en la Francia ya inquieta, llegan rumores alarmantes. Los alumnos más osados suelen devorar en secreto un libro que se titula *El Contrato Social*. Otros, esconden bajo las sábanas un ejemplar de *La Pucelle*, y, por la noche, leen en voz baja, a los revoltosos, las estrofas traviesas de cierto herético escritor, apodado *Voltaire*, señor de una ironía corrosiva. Los que vienen de

París cuentan anécdotas picantes. Dicen que María Antonieta... Refieren que Necker... Cuentan que su hija Madame Staël... Murmuran que Turgot... que la Economía Política. Y que los ingleses... que *La Riqueza de las Naciones*... que Adam Smith... que los fisiócratas... que las Cortes Generales... que el *tiers état*... ¡Tontos franceses! Tan simple y tranquilo como es vivir bajo monopolio absoluto, con monarca absoluto y obediencia absoluta... No hay Rey como el de España por cierto: allá nadie habla de semejantes cosas.

Pío recibe fisgas y sornas de sus condiscípulos cuando defiende el regalismo. “¡Los españoles no pertenecen a Europa!” “Los espagnols-américains usan plumas”: *N'est ce pas vrai, cher Tristán?*

¡Que no y que no! Suenan bofetadas. Por el aire danzan bilingües juramentos. Pío triunfa casi siempre que las razones pasan del entendimiento a los puños.

—*Sauvage... indien sauvage!*

Una tarde aparece Mariano, amable siempre, pero con una nube en el ceño.

—Nos volveremos a España, hermano.

En el camino, confiesa al menor, asombrado de tan brusca decisión:

—Parece que va a estallar un motín tremendo en París. No conviene dejarte aquí. Nadie podrá medir lo que ocurra. Sólo el Rey, ¡ciego!, no se da cuenta de nada. Versalles es sorda, sorda verdaderamente, sorda. No deseo que estés en Francia. Eso es todo.

—Hay un paisano nuestro en París... ¿Por qué no le avisamos?

—Imposible, es un prófugo de la Inquisición, Pablo de Olavide, pero más tiene de loco que de cuerdo... —y tras una larga pausa—: —Pío, creo que debes reintegrarte al ejército del Rey Nuestro Señor.

—Hermano, esa ha sido siempre mi aspiración.

—Tanto mejor. A Dios gracias.

La atmósfera está cargada de presagios. No tarda en estallar la tormenta. Desde España escuchan el eco sorprendente de la toma de la Bastilla.

Mariano suspiró disimuladamente y no dijo palabra durante toda la tarde en que la noticia vino hasta Madrid. Por la noche escribió largamente, reflexionando mucho, suspirando no poco. Mordiendo el cabo de la pluma de ganso. El propio labio también, de vez en vez...

Pío pasea orgulloso ante el espejo de dorada moldura, luciendo su uniforme de los "Guardias walones". Pronto partirá a servir bajo las órdenes del general Ricardos. Mariano escribe y suspira. Ese día de julio de 1789 parece que lo hubiera embrujado. Pío tiene 23 años. Mariano ha transpuesto la treintena.

* * *

Tiempos de guerra. Puéblase el aire de bélicas fanfarrias. Las cajas acometen el vivo redoble de la despedida. Pío es ya capitán. Mariano anda por los Pirineos, y a ratos se asoma a Madrid, entre fiestas y más fiestas. Su ardor indiano y su cortesía gala ayúdanle a rendir más fortalezas de amor que las que Pío apenas logra cercar a fuerza de cañonazos y hecatombes.

Don José del Carmen, el confidente madrileño, anda solo, desorientado, perdido de su compañero. Poco sabe de Mariano. Pero, un día acude a la estancia de Pío con nervioso gesto.

—¡Pío, ¡Mariano se nos casa!

—Eh, ¿qué? ¿Con quién? ¿Con la condesa de...?

—Nada de eso. Con una plebeya: con una tal Thérèse Leisné.

—¿Española?

—No, de Francia. La conoció aquí, en España,

en Bilbao. Ella también huyó de su patria a causa de la Revolución. Vino, según me han dicho, con una parienta. Nada se sabe de su estirpe.

Pío ataja la verba de José del Carmen:

¡Para casarse, un Tristán y Moscoso tiene que pedir permiso al Rey!

* * *

Mariano vive su idilio vasco, en Bilbao, frente al mar. Thérèse Leisné o Leisney —poco le importa la exactitud del patronímico— es en efecto una inmigrada francesa. Dulce de carácter, bella de cuerpo. Mariano arremansa su tormenta en aquella rada imprevista y propicia. Pero ella aunque mucho le ama, también mucho ama su propia honra.

—El Rey no te concederá permiso para que te cases con... una republicana —bromea entre lágrimas y sonrisas.

—¡Pues me la pasaré sin el Rey!

Como el Rey no otorga permiso, se casarán de cualquier modo. Ella *sentía que no podía vivir en adelante sin él*. Toda deshecha en sollozos suele refugiarse en los brazos de su parienta.

—¡Soy muy infeliz, soy muy infeliz!

Los pescadores asisten complacientes al idilio del señorito noble del Perú con la linda plebeya de París de Francia.

Pero la emigración es la emigración, y los emigrados tienen una extraña solidaridad y un código propio "Padre Roncelin" ("préte français émigré lui-aussi") los casa una buena mañana sin aguardar más el permiso real. Es el otoño de 1801, precursor de una era de exaltación, pródiga en versos, heroísmos y suicidios. Bilbao prosigue lanzando redes al futuro y al océano. Pero allí, en Castilla la Vieja, Pío, incapaz de soportar la noticia del para él tan irregular casorio (para él, un sobreviviente de la campaña del Rosellón, capitán ahora de los Guardias Walones, oficial del general Ricardos y del conde de la

Unión), solicita permiso para regresar al Perú. Mariano nada le ha dicho, entretanto, acerca de su matrimonio. Pío tampoco se lo pregunta. El océano pondrá una valla entre el ceñudo solar y el sonriente tálamo. Nada interroga Pío. Nada confiesa Mariano. Bilbao figonea y comenta. Thérèse sonrío encantada, ebria de amor. Pronto regresarán a Francia; y así fue como en 1802 abandonaron la áspera tierra española. Mariano vive ya como un desarraigado: Perú, España, Francia, todo le da igual. Amanece dentro de su corazón un ciudadano del mundo, un prematuro paria. Caracol de su abo-lengo, lleva consigo a cuestras su vanidad y su osadía, pero sus ojos y el color de su piel contrastan con lo cotidiano.

* * *

Han tocado la puerta del bilbaíno hogar de Tristán. En el umbral, tirando nervioso del llamador, está un joven enteco, pequeño, de gran cabezota, pálido, hundidas las mejillas. La frente se le aboveda y los ojos le arden. Un mechón nigérrimo surca el desierto de sus frontales. Viste de luto. Pero ciñe coquetamente el talle de avispa; y la media pegada a la pierna musculosa, y la hebilla del zapato, y la mano pulida, y el encaje de la manga acusan a personaje de posición.

Las criada francesa viene a anunciarlo algo desconcertada:

—*C'est un monsieur qui s'apelle Simon de Bolivar... Il dit qui'l vient de l'Amérique... De —cómo trabaja la lengua de la fámula erizada— Venezuela, de Caracás...*

Mariano Tristán avanza hasta el recibidor, gentil y ceremonioso.

Simón de Bolívar le estrechaba las dos manos, con ímpetu irresistible.

—Sabía que aquí habitaba un noble corazón americano.

En España la vida se ha vuelto peligrosa. Francia, en cambio, recobra su tranquilidad. Ya parece mellada la cuchilla de M. Guillotin. Rodaron al cesto las cabezas de Luis XVI, de María Antonieta, de Dantón, de Felipe de Orleans, de madame Rolland, de Robespierre... ¿Quién queda con vida? El teniente Bonaparte acecha el poder desde la alcoba de su planchadora. Hoy unió su destino a la viuda del vizconde de Beauharnais, criolla de Martinica, con más historias alegres que nudos haya en las calcetas de las Euménides de la Plaza de la Gréve.

Mariano y Thérèse se han trasladado a París, desde 1802. Dinero no ha de faltar después de todo. El arzobispo de Granada, pariente de Mariano, le envía una pensión de 6.000 francos. Pío, otra suma importante en tintineantes onzas de precioso metal. A Mariano le duele, sin embargo, su inactividad. Por carácter es trabajador, constante, honrado y, al par, ardoroso.

Thérèse es dulce y soñadora. Imagina más de lo que hace, haciendo mucho; mas lleva ya en el seno un hijo, y eso la obliga a fantasear como nunca. Pasa las horas, al sol, absorta en complicados arabescos de lana para el que vendrá.

Afuera, París vive días tremantes. La gente pacífica sonrío, pensando que, con Bonaparte, retorna la paz Capeta. Otros, sin poder ocultar sus recelos, repiten en voz baja, amargamente:

—Esto es la contrarrevolución.

Fouché lanza por todas partes a sus invisibles y diligentísimas huestes de esbirros, propalando extraordinarias especies. El incendiario de Lyon sabe que es mejor actuar desde la sombra, tratando de hacer olvidar sus extremos.

Tayllerand ha comenzado a tejer sus desconcertantes mallas.

El general Bonaparte contempla enfurecido a Inglaterra. Inglaterra acepta impávida el reto que le

arroja el Corso. Sin que estalle aún en todo su fragor, la guerra se proyecta con sus típicos bagajes.

* * *

En medio de aquel tenso ambiente nace, el 7 de abril de 1803, en París, el esperado hijo: es una niña con ojos de Tristán y perfil de Leisné.

Sus padres la llaman *Flore-Celestine-Thérèse-Henriette*.

—¡Ha de ser muy dichosa! —murmuran embriagados de ternura.

—Así sea, *monsieur* Tristán.

* * *

“Parto de regreso al Perú”, ha escrito Juan Pío a su hermano mayor.

Mariano, meciendo la cuna con una mano, sostiene la carta con la otra. Después de tanta felicidad, no podía faltar una amargura. Sonrisa de *Flore-Celestine-Thérèse-Henriette*: ya te acibara la nostalgia de tu padre por el terco tío Pío. Mariano hasta sentía por éste un cariño paterno. ¡Atolondrado muchacho que así se le arranca del lado, abandonando a España, donde era posible ir a verlo cualquier día!

—¡Qué vida, señor, qué vida! —murmura entristecido don Mariano. La chiquitina duerme dentro de su cuna. Afuera, en las calles, ondean ya las anchas capas y lucen gruesas pieles, confirmatorias del otoño. 1803. Nieblas y ventolinas. Las hojas crujen en los senderos de los bosques bajo las pisadas. Parques de oro viejo, de ramas retorcidas, deprecatorias. Helado otoño. Una hija que viene, un hermano que se va, acaso para siempre, para nunca.

—¡Qué vida, señor, qué vida!

Afuera se arremolinan rumores y hojas secas. Don Mariano no se despide de su mujer al salir de la casa. A pesar de la hija y de *Thérèse*, la calle *Vivienne* le parece a don Mariano un verdadero destierro.

“LE PETIT BOLIVAR”

ESTA ES LA HORA PIMPANTE del buen mozo y la liviana. Por las calles de Madrid llueven coplas, llueven jácaras, llueven claveles, llueven kiries, pullas y sarcasmos cuando pasa Carlos IV, orondo, prognato, ventrudo, con borreguil empaque, y, a su vera, María Luisa, espléndida y voraz, luciendo el brazo carnoso, la mirada hambrona entre los párpados papujos; y cerca de éste, fachendón, aurisolado (“bermejazo platero de las cumbres, —a cuya luz se espulga la canalla—”), Godoy, el querido, el jacarandoso Príncipe de la Paz. Nadie lo oculta, nadie lo calla. Todos lo dicen, todos los saben. Los confesores, que mascan secretos, y los parlanchines que los eructan. “Ahí está él”. Pero, Carlos IV se deja acariciar por el pincel de Goya: jinete en caballo vacuno, de pecho gordo y cabeza chica, y él, arriba, puesto más que montado, intentando un gesto de dominador del mundo.

Pero todos los saben...

Las majas arrullan el aire con sus abanicos y hacen palidecer de envidia a los campanarios con la osadía de sus empinadas peinetas de carey, y a los altares con el encaje de sus mantillas, y a la noche con sus ojos de abismo, y a la selva con sus tufos, y al junco con sus cinturas, y al cáliz con la redondez dulcemente velada de sus caderas, y con sus tacones, y con su trapío, y con sus jotas, y con sus “soleás”, y con sus saetas, y con su ardentía, y con el oro suave y muerto de su carne violenta y pugnaz. Panderos, crótalos y guitarras, y toreros, y manolas, y duquesas

que se desnudan ante el pintor para ser majas sin gazmoñerías, y reinas plebeyas como María Luisa. Jipíos y palmoteos. ¡Viva Madrid, y el Oso, y el Madroño, y las testas erguidas que ante nada se inclinan, y la soberbia, y la manzanilla y los boquerones!... Pero el Rey, fuera de la postura en el taller del artista, apenas logra levantar la doblemente coronada testa... María Luisa continúa su prodigalidad, también amba: de lecho y cetro. Sonríe Godoy, panzón y hermosote. Francisco de Goya y Lucientes dispara sus colores. Napoleón Bonaparte, sus ambiciones.

Los hombres severos, que ya oyen los ladridos del riesgo en el mar (en ultramar y aquende el mar); los que como el conde de Aranda ventearon el peligro que caía sobre las Américas, proponen vanamente medicinas heroicas... ¡No los escuchó Carlos III, volteriano y sutil, y va a oírlos ahora el pobre marido de la reina de Godoy! ¡Y menos cuando éste es quien los apaña! Los generales, los coroneles, los tesoreros, los presidentes de Audiencia, los cosmógrafos mayores, los oidores del Consejo de Indias, los pilotos mayores, los cronistas reales, a veces los arzobispos, miran preocupados todo aquello. Pero los toreros, los majos, las duquesas, los frailes, los barberos, los maestrescuelas, los confesores, los coplistas, los rejoneadores, los chamberileros, las peñadoras, las bailarinas, los guitarreros, hállanse de plácemes. Como en el teatro clásico, enfréntanse dos carátulas: la fosca versus la reilona. La existencia contra la subsistencia.

El coronel Pío Tristán habíase marchado de España, sonrojado de la Corte. No pudo más. Claro, contó muchas estrellas en el cielo antes de llegar a Buenos Aires, en donde la memoria de un gobernador a lo Carlos IV, abúlico y tontón —el virrey Melo—, pesaba aún sobre las espaldas de Sobremonte, su reemplazo. Don Pío fue designado su

ayudante. Ya se oía hablar en toda las orillas de inminentes ataques de nuevos corsarios. Los ingleses amagan con su selva de pataches, fragatas, bergantines, corbetas y navíos. España, uncida al trono de Napoleón, soporta los zarpazos de los atlantes de Britania. Buenos Aires —codiciada presa— afila lenguas, plumas, espadas y culebrinas, dispuesta a defender la ría de intrusos luteranos.

Desde Santa María de Buenos Aires, el coronel don Pío sabe que el coronel don Mariano ha prolongado el apellido en una hija, y que el “ménage” Tristán reside en una linda casita llena de flores, la casita de Vaugirard. Mariano ha encalmado sus días. Acompasa las horas viéndole crecer los ojos, más que la estatura, a Florita, mōntoncito de carne rosa entre cintajos y “agueguidos”, y regando las plantas de su pequeño jardín. ¡El coronel Tristán, horticultor! Cincinato ultramarino, encuentra placer, ya en 1804, andando en chanclos por las veredillas de arenisca, patinando sobre el ripio y cloqueando entre barrizales de los *parterres* de rosas de Francia.

A menudo el *pauvre petit Bolivar*, como llamaba Thérèse Leisné al taciturno y al par ruidoso viudo de Teresa de Toro, acudía a respirar paz entre arbustos, y berridos, *chez* Tristán. Ahí se estaban don Mariano, su mujer, el sueño de Florita, Bolívar y el atrabiliario maestro de éste, don Simón Rodríguez, hombre de máxima gritada, de epifonema permanente.

Habían coronado Emperador de los franceses al *petit caporal*. París entero era una fiesta, distinta a la madrileña. Cierto que Josefina parecía seguir las equivocadas huellas de la española María Luisa, pero Napoleón también cazaba en coto ajeno, ya sea con las armas de la guerra, ya con las del amor, y restablecía, con holgura, el equilibrio, sin más perjuicio que para la sacramentesca lealtad matrimonial. Un millón de franceses hipaban en las calles

sus sonoros *Vive l'Empereur*. Ya no la *cocarde* blanca de los Capetos, sino la imperialicia *cocarde* tricolor del imperio popular y guerrero, lucía doquier. Los vencedores de Arcola, los futuros gruñones de la Guardia Vieja, sentían que aquello era su obra. Con la punta de sus bayonetas habían alzado en vilo el imperio de ese general, bajito y gordo, de mirada fija y paso rápido, que aquella tarde se disfrazara de romano, para ofrecer su perfil al escultor David y legar una medalla a la posteridad.

Era un ambiente heroico, distinto al burlerío madrileño. Juntos comentaban entre los *parterres* de Vaugirard, la ceremonia. El *pauvre petit Bolívar*, pálido, cenceño, mordía los cantos de un *Espíritu de las leyes* que yacía sobre la mesa, y luego subrayaba con su pequeña mano enguantada de dandy ultramarino las frases ambiciosas y memorables:

—¡Cuán tremendo es que un pueblo se arroje así, enloquecido, a las plantas de un hombre, sin averiguar si es un libertador o es un tirano! Los déspotas se incuban de esta manera. Todo París, sí, todo París estaba dispuesto a hacerse matar por su nuevo emperador... Un millón de almas vitoreaba al hombrecillo, ganador de batallas... Para él ese homenaje es, sin duda, "el último grado de las aspiraciones humanas, el supremo deseo y la suprema aspiración del hombre". ¡Ah! ¿Qué no ofrecería el pueblo americano al hombre que lograra libertarlo para siempre de la opresión en que lo tienen sumido?

—Señor Bolívar, señor Bolívar... Eso es predicar la insurrección... Aliarse a los ingleses...

—¿Y por qué no, si la insurrección es lo único capaz de colocarnos en el lugar que merecemos?

Don Mariano Tristán, coronel de S.M. el Rey de España, meneó la cabeza desagradado.

—Comprendo —dijo—. Ya me habían dicho que es usted francmasón... que está usted afiliado a

una asociación fundada por su paisano Miranda... a la "Gran Logia Americana", ¿no es así?

Bolívar asintió con la cabeza. En un instante había olvidado su amistad y veía al frente a un antagonista. Repiqueteaban en sus oídos las frases del juramento de la Logia, redactado también por Francisco de Miranda: "Nunca reconocerás por Gobierno legítimo de tu patria sino aquel que sea elegido por la libre y espontánea voluntad de los pueblos; siendo el sistema republicano el más adaptable al gobierno de América, propenderás por cuantos medios estén a tus alcances a que los pueblos se decidan por él".

Rompiendo el silencio, oyóse un chasquidito en la cuna, y Flora Tristán Leisné anunció con sus berridos y estornudos que se avecinaba el anochecer. Sobre el jardín esparcíase ahora el violeta del crepúsculo. Una vez adentro, al amor del hogar, Thérèse Leisné aventuró una pregunta picaresca que le bailaba en la lengua hacía muchas semanas...

—*Pardon, M. Bolivar, mais... on dit... on dit... que vous avez des grand succès avec... certaines jeunes filles...*

Se evaporó de *Monsieur Bolivar* la adustez del francmasón empeñado en libertar a un Continente. Sus rasgos se distendieron. La barbilla voluntariosa se diluyó en sonrisas. Desde las cuencas profundas chispearon de malicia los ojos negrísimos. Sabíase que el joven viudo frecuentaba garitos y prostíbulos, cafés y salones de toda índole, casas dudosas y mesas de juego. Sus dedos afilados acariciaban naipes y desgarraban encajes. Sus ojos brujos contemplaban espasmos y envites. Templetes de su gloria eran *boudoirs* y clubs. Vibraban impacientes sus narices ante el olor a carne perfumada y ante el equívoco brillo de las fichas de marfil. Tahures y cortesanas alternaban con próceres y naturalistas, en sus inquietudes. Ninón de Lenclos y Rousseau; Washing-

ton y tarambanas, colmaban de visiones las noches del espectro tropical. Cuando no, acudía a la Logia a saturarse de aventurería. Y junto a él, exorcizándolo, *valet* de Plutarco y de Juan Jacobo, don Simón Rodríguez, el maestro de las sinrazones.

Pero, también, solía tropezar con hombres graves, y rozarse con ellos. No ya el impetuoso Miranda, sino el penetrante Humboldt, que acababa de regresar de América. El barón corregía a la sazón sus *Voyages a l'Amérique Equinoxial* su *Ensayo político sobre Nueva España* y otro sobre Cuba; pero, por sobre la majestuosa estampa de los Andes, por sobre la imborrable visión del Anáhuac, venciendo las indagaciones sesudas que Hans Wolfgang von Goethe le había sugerido y solicitado, mecíanse en las conversaciones del barón Alexander von Humboldt algunas incitantes figuras femeninas, y, más acusada que todas, la de una mexicana, la *güera* Rodríguez, trigueña de tez y rubia de pelo, en cuyo embrujo quedó por mucho tiempo prendida la severidad científica del señor barón tudesco.

La casa de Vaugirard escuchó también las digresiones analíticas del amigo de Goethe, atajadas de cuando en cuando por las imprecaciones del *pauvre petit Bolivar*, y por los inacabables soliloquios de Simón Rodríguez. Entre aquella caterva de enloquecidos, bajo la ternura doméstica de Thérèse Leisné y junto a la chafada soberbia del coronel don Mariano, aprendió a balbucear sus primeras palabras Flora Tristán.

* * *

¡Trafalgar! "Que cada uno cumpla con su deber". — *C'est un salaud ce Nelson!*— gruñían los franceses bonapartistas.

Fouché desplegaba mayor vigilancia que nunca para acallar rumores.

1805. El Emperador había puesto la mirada en

España, pero los ingleses le habían roto el espinazo a la flota peninsular.

Desde Santa María de Buenos Aires, desde Arequipa y desde Granada, seguían llegando macizos doblones, doradas peluconas a los Tristán.

—¡Correo!... ¡Correo!

La casa de Vaugirard se hacía más jardín que nunca ante la mágica palabra.

—¡Correo!... ¡Correo!

Pero don Mariano no sonrió esa vez...

—*Qu'est-ce qu'il passe, Marianó?*

—¡Oh, nada, nada Thérèse!

—*Pas possible... dit moi... dit donc...*

Mariano capituló. Tendió el periódico a su mujer por sobre la cuna de Florita: "... Los buques ingleses detienen naves españolas... Un galeón que venía de la América española pillado por... Muchos valores desaparecidos... Figuran entre ellos... 20.000 francos para don Mariano Tristán y Moscoso, residente en París..."

—*Mon Dieu, Marianó!*

Teresa se quedó mirando fijamente la nefasta hoja. El coronel don Mariano daba vueltas, con las manos a la espalda, en torno de la cuna. Estaba perplejo. Se detuvo. Se rascó la oreja. Miró los árboles, el cielo, a su hija. Volvió a pasearse, siempre rascándose una oreja. Teresa mecía la cuna. Flora dormitaba, ajena a aquella catástrofe. Don Mariano decidió imitar a Flora. Se encogió de hombros:

—Ante todo, no decir nada al Perú... ¿A qué? Pediré otra remesa... Para eso hay cómo...

Siguió caminando por el jardín. Ahora con las manos en los bolsillos, a grandes zancadas.

Para disimular, Teresa besó a raudales a la chiquilla dormilona. Era en primavera.

* * *

—¡Godoy nos arrastra al desastre!

—¿Cómo puedes decir eso, Mariano? Godoy

está con Francia...

—Pero no con España...

—*Oh la... la...* Es lo mismo.

—¡Qué va a serlo!...

Esa misma tarde llegó el *pauvre petit Bolívar* hecho un jacobino al rojo vivo, furente contra el Emperador y su política. Simón Rodríguez lo escuchaba con los ojos, más que con los oídos.

Thérèse Leisné patrióticamente abandonó el jardín llevándose a su hija en brazos.

—*Diable de créole!*

Mientras don Mariano, Rodríguez y Bolívar paseaban por el jardín, este último arrancaba maquinalmente, furiosamente, las flores que se ponían al alcance de sus manos, arrojándolas a la vera del senderillo. Tristán lo observaba sonriente y silencioso. De pronto, le echó un brazo al hombro y le dijo en son de broma:

—“Bolívar, coja las flores y la fruta que quiera; pero, por Dios, no arrase con todas las plantas por el mero placer de destruir”...

—“Oh, perdón coronel —repuso Bolívar inmutado—; yo creo que la mariposa es más fácil de estabilizarse que yo; no bien quiebro el tallo de una flor, ya ésta no me gusta y busco otra”.

—No es tan mala táctica para las mujeres, pero ¿será esa la doctrina francmasónica?

Bolívar detuvo una respuesta atrevida en la misma punta de sus labios.

Días después Bolívar y su maestro Rodríguez partían hacia Italia.

* * *

—¡Las desgracias no vienen solas!

—Así es, coronel así es...

Una nueva desventura flagelaba a Tristán. *La Minerva*, barco muy marinerero, había naufragado: con él zozobraron otros 6.000 francos que le enviaban a don Mariano.

La vida se hacía difícil. Hija de varón acaudalado, la pobre Flora Tristán sobrellevaba, sin embargo, una niñez atormentada. Y no era sólo eso. Thérèse Leisné disponíase a dar un nuevo hijo a Mariano Tristán. No tardaría ya en nacer el hermano de Flora.

Entretanto, Pío, también, afrontaba acíbares en Buenos Aires. Los ingleses habían roto hostilidades contra las colonias españolas de ultramar. El Río de la Plata se erizaba de expectativas y temores.

¡Ah, cobarde virreyzuelo Sobremonte!

A somaron en lontananza los veleros ingleses. Bajo el cielo añil cambiaron saludos, polvorazos y baloteos. ¡Ah, cobarde virreyzuelo Sobremonte! No esperaba siquiera un azar bobo: se evadía, hurtaba el cuerpo y el ánimo a la sobrecarga de presagios funestos... Pum, pum, pum... Beresford, al frente de sus aguerridos marinos, ponía planta en la ciudad y se la apropiaba. Felizmente, el francés Liniers congregó a soldados y pueblo, y se enfrentó al británico. Venciendo sus escrúpulos disciplinarios, don Pío acudió, pálido y decidido, ante Liniers:

—A la orden, señor: por España y por el Rey.

Liniers mirólo, sonreído: ¿Por el Rey? ¡Dijera mejor por España a secas! ¿Qué laya de monarca era ese cornudo Carlos IV o ese vapuleado príncipe de Asturias, Fernando, gordo y abacial? Pero no dijo nada: dictó una orden. Pío Tristán partió a cumplirla.

Santa María de Buenos Aires rechazó a Beresford. Liniers se embriagó de vítores por las estrechas callejas del puerto, sobre el río chato, oleaginoso, denso, inmóvil.

—Mi hermano dará que decir —comentó orgullosamente Mariano al recibir noticias de ultramar.

Ya no iba Bolívar a la calle Vaugirard. Contaban que en Italia había formulado un estridente y

cóncavo juramento en la cima del Monte Sacro; que enseguida había vuelto a Venezuela a cultivar la revolución para sus tierras. El inquieto Francisco de Miranda habíase marchado aquel mismo año de 1806 a bordo del *Leander* para levantar una revolución en Tierra Firme, contando con el apoyo de Pitt y las logias francmasónicas. No tardaba en producirse un conflicto en Portugal, y el Regente y la joven infanta Carlota Joaquina emprendían la travesía procelosa del Atlántico, en busca de refugio, en su lueñe colonial del Brasil...

Flora iba a cumplir cinco años. A su lado, fruncido el hociquito oliendo a leche, dormía un nuevo Tristán y Leisné, el primer varón.

Había pobreza en el hogar del emigrado. Escudos, sí, pero dorados a fuego en el testero de la sala, en algunos muebles entre conventuales y palatinos, no en los bolsillos. Don Mariano suspiraba a menudo desde su jardín. Mustiábanse y florecían los rosales, crecía y se achicaba la sombra, venía y se alejaba el sol, y la lluvia filtraba su llanto, entre las hojas, o simplemente suspendía su lloro sobre la tierra seca. Don Mariano no tenía noticias, ni remesas. Mejor aún: ni remesas ni noticias. Los hermanos menores, embarcados en pependencias guerreras, olvidaban que el mayorazgo languidecía en su humilde retiro, en su *faubourg* de París.

¡Volver! Para animarse al viaje, Thérèse había leído algunos relatos encendidos: el Abate Prevost, Bernardino de St. Pierre, el ahora anatematizado vizconde de Chateaubriand... Alguna vez, bajo los tilos, hasta suspiró en silencio por René. O surgió Atala tremante, y sollozaron trémulos los Natchez... ¡Volver! Mas, ¿no decían que acababan de ejecutar en el Cuzco, cerca de la ciudad de los Tristán, a un visionario rebelde? ¿No andaban revueltos los americanos de Tierra Firme? ¿No escapaba ya Buenos Aires a la tutela del Rey de España? ¿No se

hablaba de la conspiración de un tal Moreno, de seguro un insurgente hirsuto con faldellín de plumás? ¡Oh, no, no! Thérèse Leisné apretaba contra sus pechos a los dos hijos, y sacudía la cabeza vehementemente ante la posibilidad de viajar hasta América... Don Mariano no insistía. Dejaba errar por sus labios una sonrisa pálida, y tarareaba aires muy tristes, con una melodía lacerante, monótona y palabras ininteligibles... *Urpi, Urpi, sonco súa... ayayay!...* Florita traducía en su idioma estropajoso al francés materno:

—*Ma petite colombe, ma petite colombe... tu as volé mon petit coeur...*

Urpi, sonco súa... Ladrón de corazones, el recuerdo; la nostalgia, caponà.

Pero ya no era posible ni siquiera agonizar apaciblemente:

Ha estallado un motín en Aranjuez... Godoy quiere derribar al príncipe de Asturias, que es su enemigo... Carlos no apoya a su hijo, en Madrid... Napoleón ha invitado a padre e hijo a Bayona... Godoy y María Luisa apoyan al Emperador... Carlos IV ha abdicado la corona en favor del príncipe de Asturias... El príncipe se llama ahora Fernando VII... Fernando VII cede el trono a Napoleón... Napoleón encomienda España a su hermano José... Las tropas francesas son abaleadas por los campesinos españoles... Murat ha asesinado a millares de españoles... España hierve en sangre... España reventa en barricadas... España... España... España...

Y el eco cavaba más hondos abismos aún dentro del pecho de Don Mariano.

Para colmo de infortunios, su hermano Pío seguía guerreando en Buenos Aires contra los ingleses, comandados ahora por Whitelock, y derrotados de nuevo por Liniers y Alzaga. Su otro hermano, don Domingo, también estaba de combate.

Don Mariano hizo un esfuerzo sobre su orgullo

patricio: pidió prestados 2.800 francos a su suegra, y, enfermo de miseria y melancolías, se apagó calladamente, dejando a sus dos hijos con la expectativa de defender su nombre y ser algún día millonarios.

—¡Hija mía —fueron sus últimas palabras—, te queda Pío!...

Pío, y la casita de Vaugirard... Y dos hijos.

Era en 1808. Hervor de la guerra en España. Los peninsulares resistían heroicamente a los franceses de Murat. *Pepe Botellas* recibía sátiras, balas y... vino.

—“¡Hija mía, te queda Pío!”

Seis meses después de la muerte de don Mariano, el gobierno francés expropió la casa de Vaugirard a madame Leisné-Tristán, por ser propiedad de un súbdito español... y Francia estaba en guerra con España. Madame Tristán, sin embargo, pagó religiosamente a su madre los 2.800 francos que adeudaba —estupenda herencia— su marido.

¿Qué esperar?

—“Hija mía, te queda Pío”.

Una, dos, cinco, seis, veinte cartas al Perú, a Buenos Aires, en busca de Pío. Nunca, jamás, una respuesta. ¿Interceptadas? ¿Desdeñadas? ¡Quién sabe! Pero el hambre, ahora sí, el hambre mordía las entrañas del ayer alegre *ménage* Tristán-Leisné.

Viajeros de América le dijeron que Pío estaba en el Perú. Que él y su hermano Domingo abaleaban a los patriotas americanos, en nombre del Rey. Que Bolívar abandonó la agricultura desde 1810, y hallábase lanzado a la guerra. Que Miranda había sido apresado, en un lugar denominado Puerto Cabello y que el *pauvre petit Bolivar* dirigía en Venezuela una espantosa guerra a muerte...

Lejanos relatos. Mientras tanto, abandonado, triste, silencioso, pobre niño enfermo, a los diez años de edad, moría el hijo de don Mariano Tristán. Llena de angustia, Thérèse Leisné resolvió ir a pe-

learse con la vida en París. Era el año 1818. Ya no reinaba el Corso, sino un rey burguesote... En un peñón de Santa Elena agonizaba el Emperador. El *pauvre petit Bolivar* apellidábase ahora "el libertador".

Thérèse Leisné con su única hija se precipitó a la ciudad. Los catorce años de Flora Tristán irguieron su esplendidez no bien las menudas plantas de su dueña pisaron las desiguales baldosas de las calles de París.

—“Hija mía, te queda Pío”.

EL CASAMIENTO DE FLORA

FLORA ESCUCHA DISTRAIDA su lección cotidiana. Va a cumplir los quince años. El sol del campo ha acentuado el tono mate de su cutis. La miseria hace resaltar más su palidez. Con la pubertad, se le han ahondado las ojeras. Y, tras las pestañas negras, largas y arqueadas, languidecen unos ojazos prontos a la exaltación, o al desmayo. Teresa mira, preocupada, a esta hija de belleza inquietante y de carácter caprichoso y agresivo. Entre ambas no existen secretos. La muerte del padre, primero; la del hermanito, después; la miseria subsiguiente; la adolescencia precoz de la hija, han reducido distancias. Teresa es la hermana mayor de Flora; Flora, la hermana menor de Teresa. Como para romper la última valla, la del vocativo, Flora llama a su madre muy amistosamente: *Minette*. No cabe más compañerismo. La amistad entre *Minette* y Flora les permite sobrellevar con cierto sosiego la dura prueba a que viven sometidas por la dilatada esperanza en el tío Pío. Los días se suceden cargados de sorpresas y presagios. Ayer, al regresar el *Petit Caporal* de su destierro de la isla de Elba, pareció como que el águila tornaría a dominar a Europa. Hoy es el desmoronamiento de Waterloo, con su Grouchy extraviado, su Blücher oportuno y el definitivo *merde* de Cambronne. Ya cesó la guerra de Francia con España, pero el Estado, sea el de París o cualquier otro, no corrige yerros. La casa de Vaugirard permanece fuera del regazo de los Tristán-Leisné. Luis XVIII, que ha tornado del exilio, "sin olvidar ni aprender

nada”, sólo ha perdido memoria de las deudas del trono.

Inútiles las cartas al tío Pío, por entonces obstinado realista, enemigo del *pauvre petit Bolivar*. Inútil la esperanza en el Capeto que no restaña las heridas abiertas por el Corso. Inútil la cesación de hostilidades con España y el regreso al poder del “deseado” Fernando VII. Ni dinero, ni devolución, ni casa. Nada más que recuerdos, retratos, pergaminos, y la belleza cada vez más perturbadora de Flora Tristán Leisné.

—*Minette*... No me gusta la gramática... La ortografía no sirve de nada... ¡Se me acaba la paciencia!... *Minette, je n’peus pas!*

Al hablar así, resplandece Flora, más linda que nunca.

Cuando pasa por la calle, no hay quien no vuelva la cara para mirarla. Y ella lo sabe, lo sabe bien, y ora benévola, ora coqueta, ora apacible, responde a los mohines, sonrisas y arrumacos, con fruncimiento de cejas. Su imaginación vuela... vuela y no torna. Cada día nace un nuevo sueño en su fantasía. *Minette* la escucha acariciando esos bucles pardos, esos pesados y blandos tirabuzones olientes a nardo y a mujer... Flora le cuenta sus ilusiones sin voz de embrujo. Se las cuenta con voz de realizaciones, de mando. Vibran sus palabras como clarinadas, metálicamente. Apunta en ellas el genio irrefutable de los Tristán y Moscoso —*l’empereur Moctezuma, le Papa Borgia, Saint Francisco de Borjá, vous savez*... Hay cierto imperio evidente en esos ojos profundos. Los largos crespos azotan, perentorios, aire y espalda cuando la voz expide sus mandatos. Porque mandatos son sus deseos y sus ruegos. Ordenes siempre, hasta cuando agrega, maquinalmente, un *S’il vous plait*... *Minette* admira la personalidad de Flora, tan dulce a la vista, tan áspera al oído. Tras de la mirada soñadora, arde un alma

inquisitorial: Teresa de Avila, rediviva, santa a la jineta, hacedora más que espectadora: Flora Tristán, a los quince años, también *vive sin vivir en sí y muere porque no muere*.

A pesar de sus aprietos económicos, Thérèse Leisné ha tratado de que su hija reciba esmerada educación. Difícil empeño. Flora aprende sólo aquello que se le antoja a ella, no a sus maestros. Intuitiva y sensible, las palabras se le entran por el oído, con su música, no con sus grafismos. Su insurgencia contra el mundo empieza con su rebeldía contra las reglas gramaticales. La férula del *magister* rueda vencida cuando se enfrenta a la fantasía alerta de la adolescente que tiene en sus venas sangre de incas, de aztecas, de italianos, de franceses, de españoles... Thérèse Leisné, que algo sabe de esta rara genealogía, deja caer los párpados ante el espectro de Malitzin y la llaga que persuadió al marqués de Lombay para goce de la bienaventuranza.

—*Flora, petite Flora... écoute...*

—*Minette... je ne peux pas... Ça me dégoûte...*
Ça me dégoûte: la ortografía y el amor, y la vida, porque fresca está la tumba de su hermano. A los diez años se marchó, sin duda, rumbo al cielo. Pobre vástago de viejo hogar abolengado y trunco.

Flora tiene ya quince años. Thérèse Leisné, acompañada por ella y con su pena, se matricula en el ambiente de París. Van a habitar en la calle de Fouarre.

* * *

Hampones y prostitutas, tahures y proxenetas, asesinos rapabolsas, baratijeros, mercaderes de pájaros, prestidigitadores ambulantes, conspiradores, prófugos, aprendices de ladrones, Rinconetes de París, brujas, cabrones, salteadores, bandidos, mendigos, tuertos de ningún ojo, mancos de ninguna mano, cojos de ninguna pierna, muertos de hambre, actrices de capa caída, exorcizadores, gentes de rom-

pe y raja, pingajos humanos, desechos del arroyo, expresidarios, acechante carne de cárcel, cardumen de estafadores, sayones, enredistas, fulleros: ¡he ahí tu vecindario, orgullosa Flora de Tristán-Moscoso y Leisné, beldad exótica de quince años, hija del benemérito coronel don Mariano y de la dulce y bella Teresa, nieta de emperadores y santos, de odores, generales, reyes de armas, vecina ahora de reyes de baraja capona. La calle de Fouarre es una *ruelle* sórdida, ubicada en uno de los más viejos *quartiers* del París postnapoleónico. Cerca abre sus lívidas fauces la Plaza de Mauberge en la *rive gauche*. Y al lado la de Pontoise. Vecino discurre el Sena oleaginoso, en ese punto cuajado de tinieblas. Por ahí serpentea la decrepita *Rue du Chat qui-pêche*, con su figurón crispante y emblemático; la *rue Zacharias*, nido de bandoleros y engañatontos; la *rue Galande*, estadio de atracadores. Por esos escondrijos transita vergonzante la "mère Malaga", gorda, babosa, chupando un negro cigarro de hoja, recuerdo de su pasado fulgor de reina del tablado en España... Y por ahí luce Flora su juventud en capullo, su talle esbelto, sus bucles castaños, su tez de capulí, su orgullo de desvencijada aristocracia, más empinada por tanto.

—*Oh, la petite espagnole... qu'elle est jolie.*

—¡Bendita sea tu madre!— barbota un chispero rezagado en París.

Flora transita erguida, desdeñosa. Sus quince años son eso mismo: quince años. Nada más. Nada menos. Quince años de incitación y de ansia. *¡Quince años!*

Ahora alguien ronda la casita de la *rue de Fouarre*. Alguien que pide clemencia a los ojos de la jovenzuela. Ella fría, calculadora —hielo entre tanto fuego—, mira, mide, considera, niega.

—No, *Minette*... yo no me casaré con ese tonto... Yo quiero otro marido. Yo he soñado... —hay

complacencia, no rubor, en el rostro moreno de Florita.

Sus sueños se concretan en expectativas cabales.

Quince años... Ella no es dádiva para cualquier limosnero de amor o de carne. Quince años mestizos; y el porvenir ante sí, sonriéndole. Y el espejo sonriéndole, como el porvenir.

Quince años...

Flora Tristán se ha enamorado, sin embargo. Pero, ¡habita en la calle Fouarre! "El joven por quien yo experimenté este sentimiento lo merecía bajo todos los aspectos; pero, como no tenía un alma fuerte, prefirió morir antes que desobedecer a su padre, que, en la crueldad de su orgullo, me había rechazado".

Quince años pimpantes, y rechazada por un padre calculador y soberbio. Novia de la *ruelle de Fouarre*: novia de esa calle de pendones y rameras, de asesinos y zascandiles, de azotacalles y perdularios. ¡Torvo destino el suyo! Flora Tristán mordió esa noche la almohada hasta hacerse sangre. No se oyeron sollozos; tan sólo un rasguño intermitente, un resoplar ahogado, y cuando cesó todo riesgo de audiencia, cuando Teresa se hubo dormido y sonaron rítmicamente sus ronquidos, en la alcoba fría y negra se escuchó primero un estertor, luego un gemido, y después un llanto desesperado: el orgullo de Flora Tristán llora a lágrima viva su primer fracaso, su primera humillación.

En medio de tanta angustia, consuelo de mil desvelos, Thérèse piensa en las últimas palabras de Mariano:

—"No temas nada, hija mía: te queda Pío".

Pero Pío sigue sin contestar ninguna de las veinte y tantas cartas que vuelan hacia el Perú. Pero Pío a la sazón combate contra los patriotas, y se muere de rabia porque el *pauvre petit Bolivar* gana

batallas, tras el éxodo fatídico de 1811; porque San Martín ha caído, hecho una tromba sobre Chile, y ya rinde a los realistas jactanciosos, en Chacabuco, bajo un cielo de añil, sobre un campo de zafiro; en Maipú, junto a un río de esmeralda y sobre la tierra novia.

—*Ton oncle... Sapristi!...* Lo que ese Pío quiere es ignorar que estuvimos casados tu padre y yo. El nunca creyó en nuestro matrimonio, *le cochon...* pero le voy a quitar las dudas.

Teresa escribe a Bilbao. Ahí vieron florecer su idilio, ahí eran conocidos el coronel don Mariano Tristán y Moscoso, y su esposa, "mi señora doña Teresa", según decían los castizos; o "Madame Thérèse", según los pitirringos afrancesados.

No tardan las respuestas. Los bilbaínos recuerdan bien a sus antiguos huéspedes. Cierta señor "Adán", del puerto, firma en unión de diez vecinos un acta notarial atestiguando la efectividad del matrimonio entre el finado don Mariano y Madame Thérèse.

Con semejante documento en su poder, pudo soñar Flora que el padre de su amado arriaría velas. Fugaz ilusión quinceañera:

—Tu, hijo mío, tú casarte, y con una bastarda...
Oh non, jamais!

Flora volvió a morder la almohada en silencio y sus ojos centellearon, presagios de inapelable tormenta.

¡Novia de la *ruelle de Fouarre*, la hija de don Mariano Tristán! "Nunca servir a Señor que se me pueda morir", decía la divisa del abuelo San Francisco de Borja. —Pero, ¿y cuando ese *Señor* nos falta?, pensó Flora súbitamente cavilosa.

En espera de un milagro de "aquel Señor", tuvo que salir en busca de trabajo. Felizmente, lo halló en casa de André Chazal.

* * *

André Chazal es un hombre mediocre. Para los

negocios no le falta ojo de lince y ni para el amor, garra de milano. Pero no cata sutilezas, y el amor y los negocios fluyen siempre por los canales más finos, por la vía de lo imponderable, de lo imprevisible. ¿De dónde viene Chazal? Según cierta versión intencionada, él no es sino *a wine merchant of Bordeaux, named Chazal*. Pero hay mejores genealogistas que deslindan el linaje. André Chazal, a la sazón pintor y litógrafo, dueño de un taller de litografía, es hermano menor de Antoine Chazal, joven artista, nacido en 1793, cuatro años antes que su hermano André.

André Chazal cuenta entonces veintitrés años; Flora, diecisiete. Promedia 1820, y de Santa Elena llegan noticias alarmantès sobre la salud del Corso. La Santa Alianza logra su máximo poderío. El *pauvre petit Bolivar* acaba de ganar una batalla *lá bas, á la Nouvelle Grénade, á Boyacá, on dit...*

Chazal había instalado en esos días un taller de grabado y litografía. Flora se contrata como obrera. Las manos largas y finas de Mlle. Tristán toman contacto con herramientas y enseres encallecedores. Cómo duele el tiempo en el taller. Cómo hieren las miradas de Chazal. Pero hay que acatar al jefe; y Flora, cuyo rostro es ahora largo y perfecto; cuyo talle es delgado y cimbrenño; cuya tez es morena y tersa; cuyos ojos están cargados de arrobo; Flora observa con curiosidad primero, con temor después con interés más tarde, que el *maitre* busca sus palabras, las escucha y las acata, mendiga sus sonrisas y las obtiene, demanda sus favores y los espera.

Por las noches, después de las diez horas de labor, Chazal acompaña a Flora hasta la *rue de Fouarre*.

Juntos atraviesan entre prostitutas y hampones, dialogando disparmente: él, enceguecido y trémulo; ella, serena y arrogante.

En la sala de los Tristán-Leisné apenas hay

unas cuantas butacas. Chazal obtiene, por derecho de pretendiente salvador, la prerrogativa de ocupar la *bergère* en donde suele tejer recuerdos y calceta Madame Thérèse.

—Es tu gran oportunidad, Florita.

—*Mais non, Minette, mais non!...*

Pero Flora dice que *no* con el labio, y mide el *sí* con la inteligencia. Tan joven y carga ya sobre sus hombros que piden ternuras, la muerte de su padre, de su hermano, de sus ilusiones, de su primer noviazgo, de su nombre legítimo, de su vida a campo abierto, de su juego adolescente, trocado en adulto laboreo. Son muchos cadáveres para un corazón tan joven. Flora piensa y calcula.

—Estás loca, Florita, André es un gran tipo. Trabaja, te ama.

—*Mais non, Minette, mais non...*

Pero Flora dice que *no* con el labio, y mide el *sí* con la inteligencia.

André se arrastra a los pies de su obrera. Ella suele rechazarlo con dureza. Los amigos, que saben estas cuitas, aconsejan al litógrafo:

—Estás chiflado. Esa chiquilla es irascible... calculadora... Será tu ruina. Te desprecia... Se cree hija de Dios... Por último, ¡es española!

Chazal no oye a nadie sino a su deseo.

—Estás loca, Florita... —balbuce Madame Thérèse.

—*Mais non, Minette, mais non...*

Pero el tiempo se pone de parte de Chazal. El tiempo y la miseria de las Tristán. La madre insiste en que ella acepte el matrimonio. Flora sigue midiendo su destino, su miseria, su ansia de amor. Ahora ya cambia cartas. Cierto que las de Flora vienen plagadas de faltas de ortografía, pero empaçadas de un furor más que sentimiento, que aturde. El 3 de enero de 1821, Chazal bebe más de la cuenta en la cantina de la *rue du Chat qui péche*, mientras

relee una carta escrita con caracteres largos y voluntariosos:

“Mira, quiero llegar a ser tu mujer perfecta; dicen que no podré. Quiero darte tanta felicidad que olvides todo el mal que te he causado. Quisiera tratar a mi madre como quisiera ser tratada por mis hijos”.

¡Minette no sabe cómo habla de ella la *petite folle Flora!*

Centelleaba el látigo de la pasión sobre su carne prieta. No, amando o no, era imposible prolongar la teoría de besos, de suspiros. ¡No! Chazal, quién sabe, pero ella —sangre de Borgia—, no. Sobre el lecho retorció una tarde su orgullo, y al fin irguióse triunfante la vencida. Chazal, sorprendido de una victoria inesperada, mirábala, ahora, en verdad, vencedora. *Minette* no sospechó nada cuando los vio llegar tan juntos, pero en el gesto de Flora algo nuevo germinaba, y algo moría, con sonrojos y ojeras, a media luz, a plena vida.

Promediaba enero de 1821. Nevaba implacablemente sobre las calles de París.

El 12, Chazal recibía intempestivamente también —todo le sorprendía— una carta quemante como una hoguera:

“Te diré, amado mío que hubiese preferido que no hubiera llegado esta noche que deseaba tanto, pues siento terribles dolores, sobre todo cuando camino; creo que me será imposible tomar una lección de baile: ese el lado malo; pero, ¡qué momentos más felices! Toda la noche no he hecho otra cosa que pensar en ti. Estaba siempre contigo; en fin, sólo te tenía a ti en la naturaleza. Adiós, amigo de mi corazón; en la mañana, cuando se me aquietó el corazón, te buscaba con los ojos, mi boca buscaba la tuya, mis brazos trataban de estrecharte contra mi pecho, contra este pecho que sólo ha conocido el placer por ti...”

Chazal palidecía trémulo. Cerró los ojos paladeando la frase: "*sur ce sein qui n'a connu le plaisir que par toi*".

* * *

Chazal está decidido a reconocer a Madame Thérèse como suegra. La litografía se viste de fiesta. Todas las obreras saben que *maitre* Chazal va a casarse con la camarada Flora.

El 3 de febrero de 1821 comparecen los novios ante el Ayuntamiento del distrito XI de París, y se casan civilmente.

Ninguno de los dos ha hablado de unirse ante la Iglesia.

PRIMERA PEREGRINACION DE UNA PARIÁ

—UN CASTILLO EN ESPAÑA... Nuestro escudo nobiliario... Papá contaba que su padre tenía diez mil indios a su servicio, en el Perú... Es una tierra lejana, millonaria... "Vale un Perú"...; mi casa, ¡la casa de mis abuelos!... Castillos de los incas, de robusta piedra... ¿Sabes tú quién era el Inca?...

Flora Chazal soñaba despierta. La maternidad incipiente nimbaba su frente de austera realeza. Corrían los meses chatos, desprovistos de obstáculos. Pista lisa para entrenar mimos. André inclinaba la cabeza ante su dicha. Del fondo de ella amanecía una pena inédita. Madame Chazal agonizaba dulcemente, mientras el primer nieto anunciaba su aún remota llegada. A la cabecera de su madre, André aguardaba resignadamente la voluntad de Dios. Flora, embriagada por las primeras nieblas del otoño parisiense, frente a los árboles amarillentos, acudía a la pluma para consolar a su marido: "El cielo te quita a tu madre, pero te da una amiga que te ama y te amará hasta la muerte".

"¡Hasta la muerte!".

Chazal suspira y menea la cabeza escéptico. El sabe ya que en Flora arde un fuego extraño, que ese fuego lo consumirá todo, su propio ardor primeramente.

Septiembre de 1821. Chazal continúa sentado junto a la cama de su madre moribunda. Flora sigue asomada a la orilla de su maternidad, ante su pluma,

reguero de tinta, empecinada en borrar papeletes...

A veces lee periódicos. Uno anuncia que en el peñón solitario de Santa Elena se ha extinguido la vida del *petit Caporal*. Solo, ante su fiel Bertrand, con su lealísimo Montholon y su minucioso Antomarchi, ha expirado el Corso, víctima propiciatoria de Inglaterra, personificada en Hudson Lowe.

Una gaceta atrae el relámpago de aquellos ojos: *Le Pérou est maintenant une République...* ¿Qué? ¿Y tío Pío, tan partidario del Rey? Flora lee vorazmente. El 28 de julio, según el corresponsal, el general José de San Martín proclamó la emancipación peruana, recibió muchos aplausos y le besaron muchas mujeres. La gaceta dice más: "Bolívar —¡el *pauvre petit Bolívar!*, suspira Thérèse entornando los ojos— ha ganado la batalla de Carabobo, en Tierra Firme, y es dueño de Colombia". Sobre el tío Pío nadie dice nada. ¿Se habrá vuelto patriota?

—No, nunca... Mariano me ha contado que es muy orgulloso... Pero republicano, jamás...

Flora dispara sus proyectos por el aire, se hunde plentera en sus ensueños. Castillos, virreynatos, riquezas; pero Chazal la llama, con desapacible voz:

—Florette, este botón de la casaca...

¡Ah, si ella fuera virreina o gobernadora, marquesa o siquiera azafata de Su Majestad... El espejo le dice que no le falta derecho. Su escudo heráldico también. Pero, la ortografía, y el carácter, y...

—Florette, ¿no tengo la ropa limpia?

¡Diantre de marido! Chazal no se ha metido aún en la chupa, anda en pantuflas, rengueando ligeramente a causa de un golpe que se diera ayer en su tenducho. Flora regresa a sus espejismos. Si ella viera a Bolívar, ¿no dicen que es tan galante, tan sensual, tan poderoso y que la quería tanto? Ella podría ser libertadora... Dominar un mundo...

—Florette, ¿ha venido el carnicero?

¡No más, no más! Flora desata su mutismo y arroja a la cabeza de Chazal lo más inverecundo del fraserío aprendido en la *ruelle de Fouarre*. Chazal la mira, con un zapato en la mano, incapaz de medir tanta indignación. Esa noche, los Chazal-Tristán duermen apartados, cada cual en un extremo de la cama. Flora amanece hirsuta. Chazal, perplejo todavía.

* * *

Cuatro años de alternativas, de risas y truenos, de furias y paces. Reina de litografía, duquesa de barrio pobre; como que apenas pagan, allá hacia 1824, seiscientos francos anuales por un departamento en la estrecha calleja de *Fossés* en *St. Germain des Prés*.

Hay dos hijos en el hogar sin treguas. Tempestades y berridos; la vida es un ritmo intermitente de ira y tedio.

—Debiera de haberlo sabido —rezonga Flora, herida, al ver que Chazal gana poco y carece de fineza.

La ama, sí, con ternura de padre y exasperación de amante. Pero ella necesita amplitud, boato, libertad. Sí, eso es: libertad. Su imaginación forja brillantes leyendas y suntuosos proyectos. El romanticismo dicta sus órdenes en esos días. Apuestos jóvenes, ojerosos como Manfredo, pálidos como Chatterton, discretean con las niñas de retorcidos bucles y empinadas crinolinas. Ahora llega la nueva de la muerte de Lord Byron. Era cojo como Belcebú y hermoso como un ángel. Tan hermoso o más, quién sabe, que Shelley. Tan hermoso y tan heroico como el ángel de sus sueños. Era Don Juan redivivo. Era su novio del alma. Aquel 1824, que para Flora significaba tanta experiencia empozada, rompía a andar con la trágica nueva: "Byron ha muerto en Missolonghi", sollozaron hermosas y cancioneros.

Flora lloró también, aterida, sobre un retrato del bello y diabólico Georges Gordon, cuyos versos, sin embargo, no había leído nunca.

Ahora llega la noticia del triunfo de Bolívar. Una rápida y violenta campaña: Junín, Ayacucho, dos batallas y una nueva república. Ahora, al fin, Flora leyó el nombre de tío Pío. En el momento de la derrota, los españoles recalcitrantes lo nombraron virrey del Perú. Bajo el atuendo de su grandeza nonata, Pío hubo de hacer la entrega del Perú al Perú mismo.

—Es un país que progresa... —comentaba *Minnette*.

(*C'est mon pays, le pays de mes amours, de mes ancêtres*, suspiró bajito Flora).

¡Perú! Palabra bruja, sortilegio cósmico, hechizo geográfico, leyenda viva.

¡Perú! ¡Ay, y este marido prosaico, y esta sangre romántica, y esta angustia, y esta ambición!

* * *

Flora no se cura ya de sus dos hijos. Chazal tampoco se ocupa de su casa. Ella sueña y arma cisco. El responde con palabrotas, y juega. Recorre garitos pierde sus escasas ganancias. Thérèse ejerce nuevamente el dulce oficio de madre. Dos son los nietos, dos son los hijos, por tanto.

—Tú eres un inútil, un sinvergüenza —eructa la linda boca de Flora.

—Tú eres una loca, una bandida —replica el hosco labio de Chazal.

—Te juegas el dinero de tus hijos y te bebes su porvenir.

—Te arrastras...

—Te arrastraré yo...

¿Prostituta ella, Flora? No; Chazal no puede pretender eso. Y sin embargo...

—Yo quiero ser una mujer libre... No puedo vivir en este encierro. Me asfixio. Soy peor que una

esclava. (Y en su seno se hincha el germen de una nueva vida).

¡Libre! La ilusión de todo el tiempo. ¡Libre! Libre en el amor, en la vida, en la muerte, en el sueño, en el andar. Libre. Pero, ¿podrá ser libre una mujer en medio de tanto prejuicio amontonado?

* * *

El conde Claudio Enrique de Saint-Simon, apuesto aún, y muy pulido, se acerca a los sesenta y cinco años y a la muerte. Blanqui y Enfantin, sus discípulos predilectos, propagan las consoladoras doctrinas del socialismo *ad usum* del señor conde.

¿Socialismo? Flora ha leído, por aquellos días, un libro en cuyas ideas no pudo penetrar del todo, pero alguien se las elogió tanto que su vanidad —y su descontento— vencieron escollos de tiempo y desinteligencia para allegarse a la comprensión: *Teoría de los cuatro movimientos*, por M. Charles Fourier... (—¿Vive el señor Fourier? —Sí, desde luego, es un hombre relativamente joven, cincuentón... —¡Oh, cómo quisiera conocerlo!).

Fourier hacía la alabanza del instinto —es lo que más se grabó en la mente de Flora—, mientras que Saint-Simon... Mas, ¿qué valían las ideas ante la apostura y la leyenda del señor conde Enrique? Descendiente de Carlomagno —Flora lo era del emperador Moctezuma—, compañero de Lafayette y seguido de su penacho en la guerra por la independencia de los Estados Unidos, Saint-Simon había proclamado la necesidad de abrir un canal en el Istmo de Panamá —remembranza de Goethe— y de establecer una sociedad más justa...

—¿Eso es el socialismo?

—Eso...

Saint-Simon, reducido a la estrechez económica después de una vida fastuosa, había escrito mucho. Sí. El mundo giraba en torno de la riqueza; ésta constituía el nervio de la historia. Y como la

riqueza empezaba a ser hija de la industria, el interés del conde enaltecía a una nueva clase: la industrial, más importante ya que la nobleza y el clero... Por cierto... Por cierto... Flora recordaba en aquel 1825, al saber el fallecimiento del señor conde, un escándalo público de seis años antes, cuando Saint-Simon publicó *La parábola*. La propiedad era lícita, siempre que no se originara en la usurpación, como la feudal, ni fuera eterna: su condición básica debía ser evolutiva y sustentarse en el trabajo... En el trabajo y en la capacidad (Flora subrayaba ambas palabras). Los discípulos, ahora que Saint-Simon se había ido para siempre, propagaban con mayor denuevo las ideas del maestro. Y eran tan brillantemente expuestas que madame Chazal vibró bajo la magia de sus escritos y discursos... Ella también era una "liberal" y "amante del progreso". Ya distaba de ser una "poseedora", adicta a la estratificación, ni tampoco era una "obrero", devota de la igualdad.

Las invocaciones de Saint-Simon en *El nuevo cristianismo*, última obra del apóstol, sus imprecaciones a los ricos —a tío Pío, por tanto—, su consejo final: "Uníos en nombre del cristianismo y cumplid los deberes que incumben a los poderosos. Sabed que éste les manda consagrar todas sus fuerzas al acrecentamiento más rápido posible de la dicha social de los pueblos", — todo eso lo llevaba vibrando, invivito en su seno, Flora Chazal... "Cumplid los deberes que incumben a los poderosos"... "Uníos"... "La dicha social de los pueblos"...

Enfantin, vigoroso orador de treinta años; los hermanos Peréire, audaces y elegantes; el imaginativo ingeniero Fernando de Lesseps; el dinámico Buchez; Saint-Armand Bazard, el lógico: ¡cuán distinto era este mundo al en que ella había vivido hasta entonces! ¡Abajo los blasones, abajo la herencia! En adelante habría que pensar de otra manera, sí: ¡y libertad sobre todo!... Flora escuchaba apre-

tando sus labios dispares —fino el uno, gordezuelo el otro— mientras escuchaba leer las cálidas peroraciones de una mujer, joven aún y ya emancipada de prejuicios, cierta Aurora Dupin, ávida, sensual y fea, esposa de un escritor mediocre: Jules Sandeau.

* * *

Flora tiene dos hijos: Ernesto, el menor, cuenta apenas un año, y ya la madre luce de nuevo combado el vientre, heraldo de otra maternidad. Los senos conservan su elástica firmeza, los ojos su lánguido mirar. Pero viene otro hijo, y no hay castillos de España, ni coronas de México, ni pesos fuertes del Perú. Chazal y Chazal, siempre mediocre. El grito preside la coyunda: grito herido de rabia, de impotencia, de despecho...

—Voy a pasar unos días en lo de *Minette*... Que los niños tomen aire puro... París les hace daño... *André, au revoir*...

Au revoir! "El cielo te quita a tu madre, pero te da una amiga que te ama y te amará hasta la muerte"... —lee Chazal en un amarillento manojito de viejas cartas de amor. Agoniza 1825: la muerte también vive en vida, no sólo en muerte exacta.

En Daumartin, donde habita su nodriza, Flora coloca a uno de sus hijos. Al otro, en Saint-Germain. Nace Aline, la tercera. Pero Flora no regresa a su hogar. *Minette*, abuela afanosa y tierna, vuelve a ejercer de madre. *Minette*, la sacrificada de siempre, novia en eterna espera, madre en eterna angustia, abuela en eterno dolor. Flora huye de su marido. Chazal, desesperado al verse solo, también se fuga de su casa, dejando tan sólo rastros de deudas y más deudas. Por ahora no busca a la huidiza. Se entrega al desenfreno, al desenfrenado alcohol, a la desenfrenada pena.

Flora se introduce en París, resuelta a ser libre, a trabajar, a hallarse a sí misma. Sus ojos maravillosos le abren todas las puertas; pero su impaciencia y

su arrogancia las cierran luego. Se emplea como colorista; luego, trabaja tras el escaparate de una confitería. Nada la satisface. Enseguida trata de ser modista. Por fin, después de un año de ensayos fallidos, que amontonan sobre ella dolores y decepciones, se contrata para servir como dama de compañía a una familia inglesa, y sale de Francia rumbo a la soberbia isla del carbón y el hierro.

Al otro lado del Canal de la Mancha ¡cuán distinto el tono de la vida toda! Un país de acción, de arrogancia, donde, entre nieblas y hollines, fermentan nuevas ideas sociales. Inglaterra marcha a la cabeza del movimiento fabril. Sus obreros tratan de ajustar su ritmo al de la máquina. Tomás Hardy inquieta a Europa con su "Sociedad de Correspondencia de Londres". Robert Owen ha demostrado, con escuetas cifras, el desequilibrio del maquinismo industrial. Ahora ya no escribe, sino que funda doquiera, en Inglaterra y en América, colonias colectivistas, ensayos de economía dirigida, tanteos para un reparto justiciero de la riqueza del globo...

Flora, estupefacta, asiste a mítines, debates, desfiles y represiones. Hyde Park brinda césped a la oratoria y al amor. En rápidas y altas diligencias, tiradas por hermosos corceles, transita la gente, sin tropiezos, por los caminos, merced al invento vial del ingeniero escocés Mac Adam, y el paisaje resbala a través de la ventanilla de los carrujes a la inverosímil velocidad de siete millas por hora... Los espíritus se agitan con la revolución creada por la máquina a vapor. En el aspecto religioso reina honda expectación a causa del pastor Wesley, que ha fundado el metodismo. Manchester, núcleo laborista, alcanza ya a los cien mil habitantes. Liverpool no le anda a la zaga. La aldea muere —no más Vaugirard, ni Daumartin— y se oye mucho una palabra despectiva que trepa por la médula de Flora y la hace suspirar sin saber por qué: sentimental ("ese estado

de alma que hace de la tristeza un lujo, y de la simpatía un fin antes que un medio”)...

Sentimental... Industria... Liberalismo... Maquinismo... Velocidad... Comunismo... Socialismo... Y el amor batiéndole en los pulsos, y el langor del trópico pesándole sobre los párpados carnosos. Y el seno desafiando al amor. Y el despecho en vigilia... ¡Oh, qué tormenta interna, qué tempestad indomable! Durante dos años Flora oculta su vida — prostituta quizá, viajera, entretenida, obrera—, en esa “Isla de las Almas Perdidas”, donde Byron y Shelley, poetas malditos, sin embargo, reciben homenajes de tierna admiración. Ella también hace su “viaje sentimental” a través de sí misma. Sin madre, sin hijos, sin nombre, sin marido: paria auténtica ya, antesala de su propio destino.

¿Caerá algún día, como es justo, la herencia paterna entre sus manos? Le han dicho que el tío Pío es millonario. Que su abuela casi de cien años va a morir. Que Chazal rueda de taberna en taberna, ahogando en vino su abandono... Flora reacciona violentamente. No han adormecido sus ímpetus las brumas londinenses. Como proyectado por un resorte aparece su nombre en los tribunales de París: ha demandado a su esposo por separación de bienes. Error de táctica. El 3 de mayo de 1828 el Tribunal del Sena falla: no ha lugar. Flora se muerde los labios, herida nuevamente por la adversidad. “No ha lugar”. Chazal, según dice la sentencia, carece de medios de subsistencia, no posee bien alguno; se halla, pues, bajo la tutela de la piedad legal.

Los hijos desparramados, todo un hogar aventado al acaso.

Minette, la pobre *Minette*, acusa su triple angustia de viuda suspirosa, de madre desgraciada y de abuela triste, sin ventura.

¡Oh, si algún día Flora pudiera vengarse del Tribunal, de Chazal, de la pobreza que agrilleta, de

los prejuicios que corroen, de la vida que esclaviza!
Pero para eso se requiere poder, sí, poder...

* * *

Aquel hombre la mira mansa, pero firmemente. Por sus maneras, entre bruscas y tímidas, parece un marino anclado. No es joven, pero destella ingenuidad. La pensión amueblada en que habitan carece de lujo; eso mismo facilita la familiaridad entre los inquilinos.

—¿Tristán? ¡Qué raro! No es un apellido francés, aunque lo parece.

—No, no es de Francia...

—Yo acabo de llegar del Perú... Ahí he conocido una familia Tristán. Son sumamente ricos.

Flora, conturbada, palidece.

—Flora Tristán de Chazal. ¿Y su marido, *madame*?

—Murió. Soy viuda. —Flora no se turba al medirse con la mirada abierta del marino.

—Me llamo Zacharie Chabrié, *madame*: marino, de Lorient, capitán de un buque... Para servirla cuando guste.

—Muchas gracias, señor. ¿Viaja a menudo?

—Es mi vida. Ahora llego del Perú.

—¿es bonito ese país?

—Mucho. Las mujeres se parecen a usted, *madame*. Tienen ojos enormes y pies muy chicos. Su color es como el suyo, moreno y rosado. Hablan como un canto. Cuando pasan por las calles repiquean los tacones como una marcha militar. Usan mantos que no dejan ver sino un ojo; pero, ¡perdón, *madame*!, lo dejan adivinar todo...

¡Perú! ¡Palabra mágica! Vocablo de sortilegio, cábala viva!

Chabrié cuenta prodigios de los Tristán. Nadie les aventaja en riqueza, pocos en señorío.

—Debiera usted ser pariente de ellos, *madame*: no se arrepentirían de tenerla a usted por hija...

Flora hasta se ruboriza de curiosidad, pero no de timidez.

Esa noche arde el velón hasta tarde en la alcoba de Flora Chazal. "Hija mía, te queda Pío". Thérèse nunca olvidó la frase de Mariano. ¿Será posible alguna vez aquel ensueño? Flora empeñosamente trata de no cometer faltas ortográficas en la dilatada misiva que dirige ahí mismo a tío Pío; pone en ello el contenido ímpetu de sus veintiséis años deses- perados:

"Yo no deseo, señor, que la noticia de los infor- tunios, cuyos rasgos he bosquejado tan débilmente, sirva para que usted descubra más detalles. El alma de usted, tan sensible al recuerdo de su hermano que lo amaba a usted como 'a un hijo', sufriría demasia- do si midiera la distancia que hay entre mi suerte y la que debió tener la hija de Mariano... Yo espero — agrega tácticamente—, yo espero justicia y bondad".

¡Justicia y bondad! Libertad y poder, sería lo exacto. Pero, ¿podría hablar con más franqueza a aquel tío lejano, embriagado de blasones y de olvi- dos, que no respondió jamás a las múltiples cartas de la pobre *Minette*?

Si tío Pío quiere informes, que los pida a Bolí- var, al Libertador: él se los dará. (Flora sonríe de su astucia al escribir aquello, sin saber que el *pauvre petit Bolivar*, escapando a un atentado criminal y al ataque persistente de sus enemigos, prepara ahora su alma para el último dolor: su ostracismo de la patria).

Lacre, fuego, oblea, arena y postillón. ¡Hecho está! ¡Al Perú!

A la mañana siguiente, Chabrié no reconoce, en aquel rostro grave e iluminado, a la crispada viajera de la noche anterior. La fantasía de Flora Tristán ha tendido el vuelo. Azores aletean en su torno. Halconero mayor será el que fije en su puño a aquel gerifalte enloquecido.

UN CORAZON A VIVO FUEGO

LA REVOLUCIÓN SE HA PUESTO EN MARCHA... Sí, la revolución. ¿Hasta cuándo, Carlos X, hasta cuándo? Bien estaba que contra Napoleón irguieras tu pro-sapia, tus tradiciones. Ya sepultaron al Corso y a su inmensa ilusión; y María Luisa, la viuda aleve, lanza al mundo hijos de ministros y validos en su efímero reino parmesano. La revolución está en marcha. París está vibrante como en los tiempos de la Convención. Las ventanas vomitan sillones, sofás, cujas, maderos, piedras. En las esquinas, barricadas. Los dormitorios han mudado de ubicación: a las esquinas. "Ahí vienen los coraceros: *Egalité, Fraternité, Liberté!*" Ilusos. Aquello fue el ensalmo de la vieja revolución. Ya nadie teje calceta al pie de la guillotina. Asoman los fusiles, los sables. Paf, paf... *Vive la France!*... Los saintsimonianos también arengan a las masas. Agiles y taimados, tejen sus mallas los politiqueros. José Fouché luce ahora media de seda, casaquín dorado, espada de similor...

Pim, pam, pum... Empezó la batalla. Pif, paf. Pedradas, silletazos, garrotazos...

Flora Tristán contempla atónita el espectáculo. ¿Sola? No, por cierto. Pero sin sus hijos, sí, pues *Minette* los tiene en su poder.

Flora aguarda, de nuevo esperanzada, una respuesta del tío Pío. Chabrié le dio señas inconfundibles para localizarlo en Arequipa. Afuera, en tanto, se desbocan piafantes corceles. El pueblo prosigue su insurgencia... *Egalité, Liberté*. ¡Ay!, si ella pudiera... *Pére Enfantin* la seduce con su ardor... Y se

lanzaría a la borrasca si no le mordiera el corazón el recuerdo de sus hijos ausentes y el temor a Chazal, ciego de rabia y celos...

Vana expectativa la de Flora. Nunca llega la ansiada respuesta del Perú. Ha pasado ya un año. Flora sigue atada a su esperanza indiana y uncida al yugo de su matrimonio con Chazal. Los reaccionarios triunfantes han abolido el matrimonio civil y el divorcio. ¿Qué hacer entonces? Chazal se siente cada día más infeliz. Se hunde en el vicio. Bebe, amenaza, persigue, llora...

¡Chazal, hombre de cantina! ¿Quién lo diría? ¡Inútil todo!

Reanudar, ¡jamás! No, no puede ser. Clausuró definitivamente el capítulo conyugal. Sólo queda el problema de los hijos. Sólo eso...

Pim, pam, pum. Los reaccionarios pregonan su victoria. ¡Abajo la revolución! ¡Abajo el desorden! *Vive le roi!*...

* * *

—¡Ahora nos las pagarán esos miserables masones!... ¡Ahora les cobraremos el asesinato del duque de Berry, hijo de nuestro señor Carlos X!...

¡Cierto! Ahora al cabo de diez años, lo están pagando. Entonces Carlos era sólo conde de Artois: hoy es el soberano.

Encarnación de la venganza, no titubeó en conceder ayuda armada al despótico Fernando de España. Hizo aprobar una ley para indemnizar a los propietarios lesionados por la Revolución Francesa; estableció tremendas penas contra los sacrílegos; la enseñanza pasó de nuevo a manos del clero; la Iglesia era la aliada de la reacción. Sólo fracasó en dos propósitos: no pudo restablecer la primogenitura ni abolir la libertad de prensa.

Flora ha seguido paso a paso la tormenta. El Ministerio Polignac ataca los últimos reductos de la soberanía del pueblo, que la Cámara defiende el

histórico 18 de marzo. Carlos X disuelve el Parlamento, pero las elecciones siguientes favorecen a la oposición. Ciego de ira, el Rey vuelve a convocar a elecciones y arremete contra la prensa. El gordo burgués Thiers, los periodistas y el pueblo protestan frenéticos. Entonces fueron los fusilazos y pedreas en los arrabales de París. Impotente para imponerse por la fuerza, Carlos X huye a Inglaterra. Ascende al trono el duque de Orleáns, bajo el título de Luis Felipe. El Estado llano ha vencido. La burguesía —¡oh prédica de Saint-Simon!— se halla de plácemes. Como consecuencia, el ministerio Guizot decreta una mayor democratización del voto, reduciendo la tasa que debían pagar los candidatos.

* * *

—¿Madame Flora Tristán?

(Se inicia el otoño. Noviembre de 1830. Caen de los árboles millares de doradas hojas. Sobre París flotan las nieblas precursoras. Montparnasse viste de gris). Ante el llamado, Flora vibra de inquietud:

—Yo soy, yo soy madame Tristán.

—El sobre es grueso, pesado. Tiene sello del Perú. ¿Tío Pío? Pero, ¿será posible?

Es él. Al fin, es él. La carta refleja una sobria cordialidad. Sí, claro, ya el libertador Bolívar había contado que Mariano tenía una hija en Francia, pero la fortuna de Mariano estaba agotada. Naturalmente que la amarían como a hija, pero la abuela, que a la sazón cuenta noventa y nueve años, dispuso ya de sus propios bienes y apenas si ha concedido a Flora un legadito de tres mil pesos fuertes en plata contante. Tío Pío es sumamente cortés: "Yo le doy a usted, de muy buen grado, el título de mi sobrina querida, y agregaría a eso el de hija". Por de pronto añade a la misiva dos mil quinientos francos. Flora los recibe murmurando protestas y sátiras. ¿Tanto dinero de que habló Chabrié, y, por todo, a ella que

es de su sangre y está desamparada, dos mil quinientos francos y tres mil pesos fuertes de la abuela?

No hay nada más que esperar de los tíos ultramarinos. Debe resignarse a su suerte de paria, a vivir sin hijos, sin marido, sin divorcio, sin dinero, sin padre... Si tuviera lágrimas, Flora habría llorado desconsoladamente.

Asuma el año de 1831. Flora no titubea. ¡Las maletas! Su vehemencia, y al barco. La Mancha. Southampton. Londres. De nuevo, niebla, maquinarias, humo. Tal vez, libertad y olvido.

Encuentra la atmósfera de Londres tan cargada como la de París. El Rey despoja del derecho de sufragio a los pequeños burgos. Se incuban aceleradamente un movimiento insurreccional. La pequeña burguesía ve despedazadas sus ilusiones de predominio.

* * *

Agosto de 1831. Últimos calores del espantoso verano parisiense. André Chazal, demacrado, tembloroso, acaba de saber que *Minette* habita en *Bel Air*, cerca de Arpajón, y que, en ella, tiene a uno de los pequeñuelos. Chazal emprende resueltamente el rescate de su hijo. Se taima, acecha, atisba. ¡Ya está! Ernesto, de más de ocho años, vive con la dueña de una casa de pensión en aquella ciudad. Cerca de *Minette* vive su hermano, el comandante Leisné. ¡Fortuna para Flora! Chazal requiere a Teresa, insiste, urge por que le devuelvan a su hijo.

Flora en tanto regresa de Inglaterra, cada vez más entregada a sus estudios y campañas. Cuando le comunican las pretensiones de su marido, resuelve afrontarlo personalmente. La casa del comandante Leisné servirá de palenque para que discutan los terribles esposos. Flora exige que Chazal firme un escrito diciendo que él la ha repudiado. Chazal se niega. Es, sin embargo, aquélla, condición *sine qua*

non para que André obtenga a uno de sus hijos. Flora, vehemente, amenaza a su marido. Chazal, exacerbado, esgrime los puños contra su mujer. Y ¡cuán linda está la francesa criolla en medio de su rabia! Despiden chispas los ojazos langorosos. Las manos, un poco más pragmáticas, despiden muebles y cubiertos. Chazal responde con un silletazo. Flora le dispara con un plato. El comandante Leisné impreca. La pobre *Minette* solloza. Fiero combate por el divorcio y por la prole. Pero el comandante y *Minette*, que conocen demasiado a Flora, piensan que todo eso huele a comedia más o menos bien urdida.

Por esos días, la situación política de Francia varía sensiblemente. Luis Felipe escucha más a Guizot, gordo y astuto consejero del rechoncho Rey burgués. “¡Nada de extremismo! ¡Nada de fervores desmedidos! Que no truenen de nuevo los cañones. Que no lluevan de nuevo las piedras. ¡Sosiego, Majestad, sosiego!” Por de pronto, el catolicismo no será religión oficial del Estado, aunque el Rey sea ferviente católico... y los ministros se hagan cruces en privado...

—¡Ya no es el catolicismo religión oficial del Estado!

—¡Entonces tendremos divorcio! —exclama Flora, transfigurada.

Chazal la escucha despectivo y socarrón. A casa de M. Leisné ha ido el litógrafo para signar un acuerdo con su mujer. Sí; le entregarán a Ernesto, pero él debe firmar un compromiso de separación de cuerpos que, cuando llegue la ocasión legal, se convertirá en divorcio.

Chazal mira inquisitivo a Flora y se encoge de hombros: “cuando llegue la ocasión”. ¡Bah!...

Ha quedado establecido que en *Bel Air* mismo, el grabador reciba a su hijo en presencia de varios

amigos y el alcalde. En seguida, a las ocho de la mañana, partirá a París. Dos horas después Flora emprenderá idéntico camino.

Flora besa a Ernesto. Chazal saluda ceremoniosamente. Sube al carruaje. Flora los mira alejarse. El pequeño de ocho años agita la manita inocente. Un puño vigoroso lo coge y lo mete dentro del coche. Telón final. ¿Final?

Minette toma del brazo a Flora. Son las diez de la mañana. Juntas madre e hija, enderezan sus pasos al paradero de diligencias. Flora besa fríamente a su madre. *Minette* se siente acongojada:

—¿Ya no me quieres, *ma petite*?

Cruza el rostro de Ernestito entre las dos mujeres. Allá... Flora se recobra y dice:

—Bien; ya olvidé todo: sí, te quiero.

Rueda el carruaje entre nubes de polvo y de recuerdos. Lóbrego reingreso en París. La *Rue de Provarres*. Entre cascabeles y relinchos se detienen los corceles. El postillón anuncia el lugar a los pasajeros. Flora empuña su hatillo. Adelanta el pie a la estribera. Está pálida, demacrada, cubierta de polvo del camino. Alguien le empuña con brusquedad la mano con un tirón violento, y oye tan sólo:

—*Garce!... Putaine!... Maudite!... Démon!... Mechante!... Poule!...*

¡Ah! Está ahí. Chazal, demudado, como borracho, la increpa echando espuma por los labios. Flora, más pálida aún porque hace tres días que no prueba bocado, logra desasirse y se escabulle entre los grupos. A sus talones prosigue la oprobiosa retahíla:

—*Garce!... Putaine!... Maudite!... Démon!... Mechante!... Poule!...*

Minette muere desde aquel día para Flora. Una amarra menos. Le queda sólo Aline.

* * *

Chazal inicia tenazmente la cacería de su hija.

Flora huye despavorida con ella, Aline, su último amor sobre la tierra. París la atrae con su dédalo de calles y su ambiente de liberación. Ha oído decir que ahí conocerá a una mujer excepcional que también ha roto con su pasado, con los prejuicios, y lucha a brazo partido defendiendo su autonomía y la de sus hijos: se llama Aurora Dupin. Junto a ella se reúnen los artistas, los revolucionarios. Ahí oirá hablar de su amada España a hombres de la talla de Próspero Merimée, de Theophile Gautier, de Víctor Hugo, jóvenes maduros escritores cubiertos ya de gloria...

Pero ante todo hay que ocultar a Aline. Flora, llena de congoja, escapa de París al saber que Chazal se encuentra de nuevo sobre su pista. Vaga por provincias. Por oscuros caminos, por ciudades más oscuras aún que los senderos vecinales. El destino inicia su acometida a fondo. Heroína de una tragedia shakespiriana, Flora recorre Francia, llevando consigo a la pequeña Aline. Días torvos. La duquesa de Berry trata de ganar la corona real para su vástago, el duque de Burdeos, y conspira desenfrenadamente. Distribuye dádivas. Arma emboscadas. La Vendée se pronuncia por ella como antaño por Cadoudal. Luis Felipe se defiende. La policía, astuta y alerta, acecha por todos los recodos el paso de la duquesa, que al fin es detenida en Nantes. Pero, en el entretanto, no hay mujer libre de sospecha. Flora se ve asaltada tres veces, y tres veces recobra la libertad: sus cabellos negros la salvaguardan mejor que sus documentos. Aline se estremese de terror junto a su madre perseguida.

Y el destino llamándola desde otro mundo. El Perú: esa es su meta. Ese es su epílogo. Ahí está la fortuna.

Flora corre, trata de perderse entre un dédalo de callejas y gentezuelas.

Chazal vocifera tras ella:

—Policía, policía.

¡Qué castigo tremendo! En la calle de Servandon, la fugitiva, creyéndose libre, se detiene un instante. Pero Chazal la coge de la capa, que se desgarrará. Flora corre. Chazal, enloquecido, empuja a todos los que encuentra. Ruedan dos hombres por el suelo. Trescientos transeúntes persiguen a la pareja frenética.

—“¡No la toquéis: es mi mujer...”

Iba a intervenir un grupo de estudiantes, pero ese grito de Chazal los detiene:

—Si es su mujer, nada podremos hacer por usted, señora... Si no, ya le enseñaríamos a tratar como se debe a una dama.

¿De modo que ha de arrastrar el grillete de aquel matrimonio por todas partes? *No la toquéis, es mi mujer.* ¡Infame! Interviene la policía. Los conduce presos. Ante el comisario, Chazal repite su excusa:

—¡Es mi mujer!

Y el comisario:

—En este caso a ustedes mismos les toca resolver sus asuntos, no a mí.

¡Dura ley de serrallo! ¡Suerte de odalisca la suya!

En el fiacre, mordiéndose los puños, Flora Tristán va masticando también su indignación. “No la toquéis, es mi mujer”. El abogado, Maitre Duclos, a quien acude, la escucha, y meneando escéptico la cabeza: “Es usted su mujer... *voyons...*”

Flora recapacita. ¡Ah, sí, su madre debió de saber que Chazal la esperaba! Ha sido una celada absurda. *Minette* debió pensar que Chazal se exaltaría al verla. Que ella no aceptaría reconciliarse nunca. ¿Cómo es que no me dijo usted, mamá — escribe con rabia—, que el monstruo de mi marido estaría esperando?”

En una ciudad inesperada, en Angulemas, surge de pronto su ángel de ventura: *mademoiselle* de

Bourzac, a quien conoce en una de sus andanzas; hallándose Flora muy enferma, la Bourzac se prenda de la dulce Aline y acepta ser su guardadora:

—“Puede partir, partir sin inquietud; durante la ausencia de usted, serviré de madre de Aline, y si la desgracia quisiera que no la volviese a ver, ella se quedaría con nosotros”.

Madame Flora Chazal se ha convertido de nuevo en mademoiselle Flora Tristán Moscoso.

* * *

—¿Has leído la novela de Aurora Dupin?

—¿De Aurora Dupin? (Flora hurga en su memoria. No acierta. ¿Quién será Aurora Dupin?... ¿Otra emancipada acaso?).

—Aurora Dupin, baronesa de Dudevant, por su matrimonio... Se ha separado de su marido... Incompatibilidad de caracteres... Busca el divorcio, ha retenido a sus hijos y vive de su pluma... ¡Oh!, *Indiana* es una novela excelente... ¡Vivir de su pluma!

Muchas veces Flora ha pensado en desarrollar sus dotes literarias, pero ¡la maldita ortografía! ¡Ah, si hubiera escuchado a *Minette* cuando le decía que...! Ya es tarde... Ahora se consuela tomando el pulso al bullicio de sus días. España asoma insistentemente en los libros franceses, conmoviendo con su arrebatado la serena lógica gala. Merimée (es ya 1829) suele hablar del Perú, de una encantadora y remota prostituta apodada “La Perichole”... Theophile Gautier retorna, exultante, de un viaje maravilloso por Castilla. Pero eso no rompe la marmórea perfección de su prosa. En las calles, Béranger lanza canciones que todos repiten de memoria. La patética novedad de cierto ruso inadaptado. Nicolás Gogol y sus *Veladas de la Granja* dan que hablar a los *snobs*. Mas, lo que a Flora le llena de congoja no es eso, sino el drama de Lamennais, sublevado contra la curia romana, y, no obstante,

siempre católico; lo que muerde su nostalgia es el acento melancólico de las *Armonies poetiques et religieuses* que ostenta en su portada la fecha, fresca aún, de 1830; lo que le arranca amargas sonrisas, y hasta llanto a veces, son los versos de cierto rui señor tudesco, proscrito en París, Heinrich Heine, cuyos *Lieder* repiten los estudiantes en los cafés del *quartier*. ¡Y esas descripciones fantásticas de *Les Natchez* con que Chateaubriand ha coronado la justa fama que le diera *Atala*! Y aquella arrogante actitud de Aurora Dupin, huída de su natal Berry.

¡Vivir de su pluma, emancipada, como Aurora Dupin, como Lamennais! ¡Cumplir así los dictados del conde Saint-Simon; enrolarse en las filas de Owen y Fourier para salvar al mundo; sacrificarse, paria bendita, como aquella Esmeralda de *Notre-Dame de París*, que Víctor Hugo ha lanzado a todos los escaparates ese año de 1831!

¿No será posible que ella también, como la hija de Necker, aquella enfática y jactanciosa *madame* de Staël, reúna audacia y cortesía en servicio del perseguido? ¿No podrá, acaso, como Aurora Dupin, imponerse a Chazal por el señorío de su inteligencia?

Todavía no. El camino menos arduo sigue siendo el del remoto Perú. Allá reside tío Pío, millonario, aparentemente generoso. ¡Quédense, pues, esperándola, Lamennais, con sus desgarramientos; Aurora Dupin, con su osadía; madame Staël, cincuentona y chismeadora con su sapiencia; Chateaubriand, con su egolátrica vejez; Lamartine, con su Elvira; Béranger, con sus canciones; Hugo, con su verba; Gautier, con sus camafeos; Merimée, con sus *pastiches*; Saint-Simon, con sus ensueños; Owen, con sus proyectos, y Fourier, con sus falansterios!... Vivientes fantasmas, tentador cortejo: Flora Tristán va a partir para encararse al destino, allende el mar. Nauta bravía, Colón de inaprehensible vellocino, ¡ay de ti si Medea te embruja! ¡Ay de ti, Jasón

—Jasona, mejor dicho—, si Orfeo, desamparándote, destroza lira o arpa antes de arribar a la perulera tierra prometida!

* * *

Dos veces, antes de aquel enero de 1833, había ido Flora a Burdeos. Las dos, acompañada de Aline. (Su recuerdo le muerde el corazón con feroces dentelladas. Baila su imagen, tierna, pálida, también de labios gruesos, en los agitados sueños de la paria. Aline: rumbo y añoranza; Aline: amor y angustia irrestañable...) Mademoiselle Flora Tristán-Moscoso, retemplada por su tremenda pena, busca al señor Mariano de Goyeneche, primo de su padre, rico hombre arequipeño, vecindado en ese puerto. Durante varios años ha cambiado cartas con él; sabe que es un anciano bondadoso y amable.

Flora alquila un departamento amueblado en casa de una señora que vive cerca del hotel Schicler, donde habitualmente come Goyeneche. Este recibe a su sobrina lleno de benevolencia y cortesanía.

—¡Oh, qué cara de Tristán la tuya! ¡Eres el retrato de tu padre!

Pero, cada vez que se alude al pasado, cada vez que salen juntos a recorrer la ciudad, Flora tiembla de espanto. ¡Ah, si reconociera en ella, en *mademoiselle* Tristán, a aquella agitada *madame Chazal*, madre de la bella Aline! Goyeneche le refiere viejas anécdotas de la patria lejana, ya que Flora se siente ahora del Perú. Su avatar desvanece fantasmas y realidades, impera solo, sin rivales.

Y tanto, que cuando el señor de Goyeneche le presenta a Felipe Bertera, joven español, representante de tío Pío en Francia y cónsul del Perú en Burdeos, Flora olvida su tristeza y se entrega a inefable coloquio con el romántico funcionario consular...

¿Podrá reflorar su corazón de nuevo? La confianza que junta a los dos jóvenes asume cada día

mayor intimidad. El, esbelto y lánguido, le refiere sus cuitas. Anudado el brillante corbatín en torno al rígido cuello, deja resbalar largas miradas sobre ella que, vecina a su treintena, siente reeditar su ingenuidad en el alma contrita. ¿Amor? “¡No, no, Flora, eso no —se repite a sí misma—: compasión mutua, sí; ansia de consolarse, intercambiado dolor!”

—Os abro mi pensamiento y mi pasado —le murmura Bertera una noche, bajo la consabida luna de los paisajes románticos.

(“¿Quién pudiera abrir su pasado, su pensamiento?”, suspira para sí *mademoiselle* Tristán).

Camina con pie de plomo, codo a codo, las tardes y las noches. El señor de Goyeneche sonrío tolerante, complacido de aquella intimidad, heraldo acaso de amor. Flora se acuesta con las sienes ardientes, con las manos crispadas sin sosiego. Ya no evoca tanto a Aline. Felipe asoma a la orilla de sus inquietudes y la cubre de voraces y ardientes besos... Partir, ahora, partir: es el único camino... El día que ella anuncia su propósito, la confianza estrecha sus anillos en torno de ambos:

—Yo tengo una hija —murmura al fin, desfalleciendo.

Bertera escucha entristecido. Pero los ojos de Flora se nublan de llanto: ojos divinos, como nunca viera semejantes.

—Flora, dígame dónde está su hija; yo la amaré como si fuera mía.

* * *

Tres barcos aprestan su salida hacia la América del Sur, hacia Valparaíso: el *Carlos Adolfo*, “cuyo camarote no me convenía”; el *Kleber*, que se negó a aceptar una letra de cambio en pago del pasaje, y *Le Mexicain*. El señor de Goyeneche lo dispone todo; parsimoniosamente redacta una carta de presentación al capitán del *brick*: Flora lee espantada en el sobre: *A monsieur Zacharie Chabrié*.

¡Ira de Dios! ¡Chabrié! De seguro la recuerda todavía. Apenas hace cuatro años que conversaron más de la cuenta... ¿Qué hacer? Flora discurre velozmente: una carta y una cita previas solucionarán el conflicto. Alista sus encantos como un general sus armas para una campaña. Chabrié acude puntualmente. A la primera mirada, Flora comprende que el hombre es suyo:

—Señor, yo no le conozco como para confesarle un secreto; se lo confiaré sin embargo... usted me inspira confianza... es un secreto muy importante para mí: debo pedirle un servicio incomparable...

Chabrié bebe sus palabras, sus miradas. Como sonámbulo, apenas logra contestar enronquecido:

—Cualquiera que sea ese servicio, señorita, usted no se arrepentirá de haberme otorgado su confianza.

Flora le estrecha ambas manos. Chabrié palidece, y así, pálido y contrito, oye toda la confidencia, la semiverdad, como es la que generalmente dice Flora. ¡Ah, esos hijos, aquella persecución, su infortunio; pero del matrimonio ni una palabra! Eso lo guarda Flora para sí como una llaga: quizá como su arma. Chabrié añade algunos consejos apenas. No más. Marino sobrio y reconcentrado, prefiere callar y hacer. Flora se despide más tranquila del señor de Goyeneche. Y luego sale con Bertera. Recorren los lugares de su iluso peregrinaje amistoso. Flora comprende cuán dura ha de ser la despedida y cuán largo el viaje: tres meses entre cielo y mar, rodeada por diecinueve hombres jóvenes y vigorosos...

—¿Qué día es hoy? —pregunta.

—Siete de abril... de mil ochocientos treinta y tres.

—Hoy es un día simbólico, Felipe.

—¿Hoy?

—Sí... Hoy me embarco hacia el Perú... y hoy...

cumplo años (No dice cuántos).

Los trémulos labios de él se detienen en las manos afiladas y nervudas de ella, que palpitan como palomas prisioneras. ¡Ah, si pudiera darse de nuevo a la vida, al amor!

Canta el mar. En el barco, junto a la borda, se alinean cuatro pasajeros y quince tripulantes. Flora sube como una reina, majestuosamente, a la cubierta. Desde tierra, Felipe la saluda por última vez, contraído el rostro de emoción. El señor de Goyeneche tiende una sonrisa paternal. Canta el viento entre las jarcias. Doscientas frágiles toneladas cruzarán el océano. Se mecen los barriles de agua, los sacos de galletas, de harina, de legumbres, de frutas, de carne, las jaulas de gallinas... Cantan el viento y el mar. Chabrié se acerca a pedir una orden. Los ojos de Flora relucen como nunca. Se empozan en ellos la brisa y el oleaje, el recuerdo y la ambición, el amor y la melancolía, la lujuria y el desdén. Cantan el viento, el mar, el deseo y la esperanza. *Le Mexicain*, barco a vela y vapor, se halla presto. Suavemente hínchase las gavias. Desplegado, el foque señala la salida de la bahía. Crujen ahora los tres palos. Cargado a todo trapo, bajo el impulso del viento agazapado en el trinquete, el foque, los contrafoques, los velachos, los juanetes, las gavias, las alas de mesana, los pericos y el cangrejo, *Le Mexicain* enfila hacia alta mar. La maquinaria empieza a trepidar, haciendo jadar los flancos del buque, cuando se duerme el viento.

—Felipe: no olvide su promesa —se oye gritar a Flora.

Chabrié, sombrío, la mira largo rato y rompe a caminar sobre el puente.

“SIN PATRIA Y SIN FAMILIA”

CHAS-CHAS... ALLA VAN, a la deriva, exhalando el último balido, corderos y recentales... Chás, Chás. Bruuummm... Allá van cloqueando agónicas gallinas en sus jaulas claudicantes... Chás... chás... El *brick* se desmantela. Ora ondea en la cúspide de una ola, airón de tormentas; ora desciende al abra de una sima, sonda lanzada al infinito... Chás, chás, bruuummm. El golfo de Gascuña arruga el ceño apretando al *Mexicain* bajo su cielo. Entre la niebla va escupiendo maldiciones el capitán Chabrié. Grueso, membrudo, alza el brazo, enarbola su bocina, mastica su tabaco, y, con los ojos azules entrecerrados por el huracán, vomita órdenes y maldiciones.

—*Sacré nom...*

El mar plumizo se dilata en espumajes. Nadie puede tenerse en pie, salvo los marinos. El *brick* enfila proa a tierra. Yacen lacias sus orgullosas gavias y trinquetes: un penachito de humo brota de la chimenea. Chás, chás... Jadeante llega de nuevo a vista de la costa. Suelta sus botes como quien se desprende de sus hijos... Chás, chás. Cantan los remeros. Hep, hep... Otra vez a tierra: los pasajeros requieren cuidados de ganado selecto. Nuevas conservas, nuevas legumbres, otras gallinas, comer. COMER.

Después, de nuevo hacia alta mar... Chás, chás... —cantan las olas contra el flanco.

Chás, chás...

El capitán Chabrié desciende a las cabinas. La de Flora yace herméticamente cerrada. Seis días navegando, y nadie ha vuelto a ver sus enormes ojos extáticos de Circe o de Medea. Chabrié se despoja de su gorra de cuero y deja en descubierto un cráneo reluciente. Tiene ojos bondadosos. Pero algo le hace ir y venir, vibrante, como un león enjaulado. Flora lo mira, embriajándolo: Circe y Medea. Sin embargo, advierte que un reflejo de la claraboya hace resaltar en la cabezota del capitán la coronilla blanca como coso taurino bajo el sol. Bien se echa de ver que él quisiera ser tierno, pero su nariz torcida, sus gruesos labios, esa "mandíbula perfecta" de pugilista, imprimen algo de tozudez a la actitud felina. Las palabras le brotan roncadas, ronquísimas, de la garganta recia. A las primeras palabras se le percibe cambiado e irritable. Titubea entre su devoción por Flora y su autoridad de jefe de aquella arca oscilante:

—“Pobre señorita... este tiempo le permitirá dormir... bien que lo necesita... *Pauvre mademoiselle...*”

Flora entrecierra los ojos y se adormece. El se retira entonces, encogido y beato.

Pero, con la noche adviene la transfiguración. Bajo la densa negrura de las nubes, Chabrié tararea una tonada... Luego alza la voz. La sigue alzando. La voz domina el silencio, vengativa. La voz domina los ruidos. La voz domina las cuitas. Un aria de Rossini, y la ronca guturación de la tarde es ahora dulcísima voz atenorada que embelesa. ¿Rossini?... ¿Nourrit? ¿Que más da! Es la voz de arrullo, la voz de miel del león que se mueve entre flores. ¿Nostalgias? ¿Anhelos? Cantos. Flora entorna los párpados y bebe melodías. “Admirable voz de tenor —escribirá luego—, hubiera encantado a tres mil espectadores, y durante seis horas seguidas los hubiera tenido en dulce beatitud...”

En dulce beatitud... Pero hace frío. El ángel de

dulzura teme al frío y al reuma. Se frota una pierna, se cala la gorra, mete las manos en sus bolsillos, se lanza a medir la cubierta con el paso. El silencio recupera su reinado: el silencio y la melancolía...

22 de abril... Han pasado días soporosos. Flora apenas sabe quiénes son los cuatro viajeros que junto a ella se encaminan a lo para ella desconocido. Don José, viejo español, veterano de las campañas contra Napoleón, regresaba a Lima, en donde tenía sus negocios.

—Señorita Flora, quería ver a mi España antes de morir... Vosotros los Tristán sois gente de pro... En Lima apreciaréis la honra con que vuestros tíos cubrieron el escudo de vuestra casa...

(Flora se encoge presintiendo honor tan grande).

Don Cesáreo, el sobrino de don José, apenas de quince años, atisba a Flora y se ruboriza al saludarla. Despiden fuego los ojos apenas púberes. (Flora lo mira con avidez y ternura).

Don Fermín —don Fermín Miota— habla francés y ha nacido en el Cuzco.

—¿La ciudad imperial, capital de los Incas?

—La misma, *mademoiselle* Tristán...

—Yo he leído el libro de Marmontel...

Don Fermín se inclina graciosamente, no se adivina bien si para asentir o para disimular su ignorancia. Es joven y apuesto. Sus padres lo enviaron a los dieciséis años a "educarse en París". Vuelve al Perú de veinticuatro, refinado, jactancioso y nostálgico.

Don Fernando, otro adolescente, de diecisiete años, primo de don Fermín, suspira cada vez que, a partir del octavo día de navegación, Flora asoma al puente. Tiene ojeras profundas de poeta romántico. Don José sonríe burlón a su paso.

Limitada humanidad; menguada compañía. Porque tampoco anima aquel largo deambular a

lomo de ola, M. Luis Briet, el segundo de a bordo, en cuyos ademanes mecánicos se adivina al militar retirado. Nadie ignora que el calvo Briet ha nacido el mismo año —1797— y en el mismo pueblo —Lorient— que Chabrié. Nadie desconoce las proezas guerreras de M. Briet, hoy pacífico marino mercante:

—Yo era de la Guardia del Emperador —suele repetir golpeándose el pecho y juntando los talones— Mi general Cambronne nos ordenó resistir, y resistimos. El Emperador nos pasó revista después de la batalla... Iba embozado, sombrío, pálido, sobre su blanco caballo de batalla. Todos llorábamos. Maldito Grouchy... Maldito Waterloo... Wellington juraba como un condenado... El Emperador iba a entregarse a los ingleses. (Ardientes los ojos, erguido el busto vigoroso, enhiesto el talle marcial, Briet persigue con la mirada las huellas del caballo del Emperador: acaso por ir tras ellas embarcóse rumbo a América, también él en su *Beleforonte*, camino de una Santa Elena trashumante, mecida por el viento y el mar).

Flora admira en secreto a M. Briet. El capitán Chabrié lo ojea desconfiado.

Pero el más pintoresco de todos es Alfred David, oficial de a bordo. Nadie le gana en cuentos ni ironías. Truhán precoz, a los catorce años sus padres lo arrancaron del colegio Bonaparte para que corriera mundo. De ello han pasado veinte años... Parisiense mordaz, osado, aventurero hasta la médula, perdió el barco en Calcuta, y ahí se estuvo de marinero, de profesor de gramática, de "calicot", durante "mil ochocientos días". Un barco, un viaje, un azar, una tierra ignota: el Perú. En Lima piropoó a criollas de piel de canela y ojos de azabache. Allí también conoció a Chabrié.

—¿En Lima?

—Naturalmente, *mademoiselle* Flora... Una ciudad encantadora...

Francia no le ofreció aliciente alguno: "El viaje es un veneno, como el juego y el hachich". ("El desgraciado no ha amado nunca a nadie", apuntaba Flora, entre admirativa y consternada; pero "el desgraciado", con sus patillas y sus cabellos negros, con su rostro rasurado a la inglesa, con su esbeltez, su aire atlético, sus perfumes, sus continuas recitaciones en italiano y español, sus sempiternas medias de seda —"aún en el Cabo de Hornos, *mon Dieu*"—, hacía palidecer de rabia a M. Chabrié y enronquecía a Flora al décimo quinto día de yodo y sal...).

* * *

—¡Tierra! ¡Tierra!... Heme aquí, Cristóbal Colón —dice graciosamente M. David a *mademoiselle* Flora.

Flora no lo reconoce: este personaje parece escapado de un cromó, es un petimetre transportado a la zona ecuatorial, a esas Canarias verdes y asoleadas, en donde todo grita amor. Es el perfecto "fashionable": Byron habríalo escogido por compañero de andanzas. Flora lo examina sin disimulo: hermosa estampa viril, con sus botines de gamuza gris, sus pantalones de dril blanco inmaculado, la ceñida casaca de paño azul adornada de alamares, la finísima corbata de seda negra y la preciosa gorra violeta caída con malicia sobre la oreja izquierda...

—¿Desembarcamos, *mademoiselle* Flora? —pregunta M. Chabrié.

—Hoy no. Mañana... —suspira lánguidamente la criolla recuperada.

La bahía de Praya abre su herradura amparadora para que cicatrice sus heridas el aporreado *Mexicain*. Desde el puente se distinguen los 22 cañones del fuerte, los edificios militares, los soldados, la iglesita, los tupidos platanares, las manchas claras que son los trajes de los criollos.

Un personaje prayense arrancó ya la primera sonrisa a Flora: cromo risible del abigarramiento, pantalón de nankín, chaleco de piqué blanco, leva de barragán, corbata de fular rojo con puntos negros, sombrero de paja anchísimo.

Flora arruga las delgadas cejas. Pero la cortesía doblega su ánimo.

—Mientras se repara el barco pasarán ocho o diez días. Señorita Flora, entreténgase un poco...

Es Chabrié el que ruega. Flora accede. Al pie de la escala espera para tender la mano al capitán del puerto, un portugués modoso y cínico, de tez olivácea y mirada sensual:

—*As meninas... O meus amores...*

Embelesa el habla líquida del hombrachón, cuyos ojos adquieren tintes metálicos cuando se posan en las musculosas espaldas de los negros remeros que los conducen a tierra.

La costa es empinada; pero ahí están los negros: sobre los hombros de uno, montada a horcajadas, desciende a la orilla Flora Tristán.

El cónsul de Estados Unidos, vestido de dril blanco, aguarda a la hermosa viajera ("Han traído una francesa", díjole el capitán de puerto, y el cónsul ha tratado de acicalarse como para la ceremonia del 4 de julio. David lo mira burlón. Chabrié, desconfiado).

Esa tarde almuerzan en gruesos y hermosos platos ingleses de azul ornamentación. Pescado fresco, rosbif sangrante, sabrosas naranjas, fragantes plátanos y arroz blanco, graneado. Y mermelada de piña. Y pan de leche.

Más luego deben ir de visita a casa de una de las más ricas propietarias de la isla: también ella espera curiosa y desconfiada a la francesita de a bordo. La señora Watrin es una mujer gruesa, de tez color café con leche; tiene la cara papuja y el talle cincuentón. Es tan rica que carece de buen gusto. En medio de su

amplia sala de enladrillado piso, yergue la rotundidad de sus curvas, bajo una bata color cereza, corta, estrecha y escotada; la fragorosa respiración conmueve el finísimo echarpe de crepé color celeste y las siete hileras de su collar de corales. Al reír tintinean las enormes arracadas de sus orejas. *Madame Watrin* entrecierra los ojos, comparando su atavío con la moderación y la esbeltez de la francesita. *Madame Watrin* habla y habla. Flora escucha. Tan sumisa auditora merece asperges de confidencias. *Madame Watrin* siente la necesidad de prodigarse. Pero la nariz de Flora husmea inquieta. Husmea un olor acre, capitoso, tibio, penetrante, tenaz, que flota en cada pieza, que proyecta oleadas a ratos, que brota de las axilas, de la piel sudorosa y ardiente de los contertulios, de los criados, de las esclavas. Un olor que nunca había advertido y ahora acusa su presencia en cada gesto. Un olor cargado de sensualidad, de humanidad. Un olor a trabajo, a angustia, a trópico, a islote, a hembra y macho, a negro: un "olor a negro", que flagela. ¿Cómo permanecer ahí, con esos esclavos, con la bata cereza de *madame Watrin*, con las saudades del capitán de puerto, con el abofeteante olor a negro?...

—Quédese esta noche en casa, señorita...

—¡Cuánto lo desearía..., pero no puedo!

Ya regresan al barco a cobijarse entre sus sombras. Al pie de una roca, ante la maravilla del crepúsculo, en el cual se filtran todos los colores, detienen sus pasos el capitán Chabrié y Flora. Ambos en suspenso. Ella, perdidos sus ojos de noche entre la luz del crepúsculo. El, pendiente de ella. La voz ronca —no la del canto, sino la de la confidencia— repta entre el silencio hasta el oído de Flora:

—¡Oh, señorita, cómo le agradezco no haber aceptado el ofrecimiento de esa dama! Me habría causado pena separarme de usted. Estando usted tan

delicada, dejarla en esta roca infecta, rodeada de esos negros...

La señorita Flora hunde sus ojos en los de Chabrié y le tiende las dos manos. Largo rato permanecen enlazadas, sin mirarse. (Flora Tristán: ¿te has enamorado? ¿Tú, la paria, la sufriente, la escéptica, te has enamorado de este oso calvo y torpe?).

—Señorita Flora... comprendo... No espero hacerme amar de usted. Le pido solamente que me deje ayudarla a soportar sus pesares —lame humildemente la súplica del fosco capitán.

Por vías de compasión insinúase aquel amor. Flora no responde nada.

Vuelven a bordo paso a paso, y esa noche ninguno de los dos rompe su mutismo. Las estrellas bailan en el cielo...

* * *

—Y esa constelación es la de las tres Marías... Ese lucero azul es Sirio... Y aquel planeta despierto es Venus...

—¿No duerme nunca? —indaga picaresca Flora.

Chabrié no entiende de sutilezas:

—Vela de noche... Si no hubiera niebla podríamos distinguir a Aldebarán. Su luz es de plata purísima... Cuando estemos más adelante, la Cruz del Sur nos protegerá...

—Basta con la luna y... con Sirio...

Chabrié no contesta. Tiene los ojos en alto pesquisando astros. Flora también alza la frente bebedora de estrellas.

Poco a poco, por el hilo tenuísimo de la astronomía, descienden recuerdos, saudades, y, a retazos, titubeante, la historia doliente, siempre a flor de piel: el asedio de Chazal, la separación de Ernesto y de Aline... Sólo Flora, que cuida mucho de no mencionar su matrimonio... Todo el drama bochornoso

que ha empozado en el alma de la paria, desconfianza, tristeza, incurable angustia...

—¡Gran Dios!, ¿haber amado usted a un hombre de naturaleza tan abominable?... ¡Cómo sufro, Dios mío, cómo sufro! —Chabrié agacha la cabeza, anonadado más por su ansia que por la cuita ajena. Pero suena bien la ternura cuando debajo de ella palpita la pasión...

—¿Me acepta como amigo? —es la pregunta con que epiloga el marino una chafada declaración de amor.

Flora se estremece: “—Oh, sí, sí, lo acepta, amigo mío”... Y, en seguida, igual que en las novelas, toma amorosamente a Chabrié por los hombros. Luego las manos afiladas de Flora aprisionan las tostadas mejillas del marino, y sobre su calva un beso impaciente vierte el contenido deseo de caricias de ese cuerpo juvenil y sediento.

Al resplandor de los luceros, los ojos de Flora brillan arrasados en llanto. Hilos de lágrimas ruedan también por el rostro de Chabrié. El mar azota blandamente los flancos del *Mexicain*. Desde tierra suelen llegar jirones de cantos, lamentos prolongados y maldiciones.

David se ha quedado en Praya. En el reloj de la cámara suenan las dos pausadamente. Flora se arrebujaba en su manteleta y se despide sin decir una palabra. Apenas si roza con sus dedos la mano de Chabrié. El capitán pasea toda la noche por el puente. Flora no logra cerrar los ojos, sofocada e inquieta, en las tinieblas de su cabina. Rápidamente avanza el alba. “Noche oscura del alma”, del alma y de la carne...

* * *

David regresa de Praya malhumorado. Por vez primera su rostro luce oprobiosa barba de tres días. Venganza implícita, trae con él, en su misma falúa, a un francés que ha conocido en tierra, y a quien

Flora miró repulsivamente en casa de la señora Watrin.

David trepa por la escalerilla, seguido por el francés, jadeante. Brillale azulenca la renegrida pelambre. Desborda por el cuello lacia papada. La faja es tortura de una adiposidad agresiva. Monsieur Tappe es un negrero gordinflón, sudoroso y despreciable.

—Señorita Flora: mi amigo y nuestro compatriota, monsieur Tappe...

Flora mide despaciosamente el lujurioso rostro de M. Tappe y la insolente expresión de M. David. Sus ojos grandes, agudos, profundos, van del uno al otro, del réprobo al *fashionable*. Por fin se detienen en M. David. La voz parte cortante, nítida, de los labios sangrientos:

—“Yo nací en Francia, pero soy del país de mi padre”.

—¿Usted peruana, *mademoiselle* Flora?

—“Mire mis facciones y dígame a qué nación pertenezco”.

David no contesta. M. Tappe sonríe bobalicón, encendido...

—¿Mucho tiempo en Praya, M. Tappe? —la voz de Flora taja el aire, dominadora.

M. Tappe sonríe por no poder hacer otra cosa. Enarbola un descomunal pañuelo de yerbas para enjugar el sudor que le mana a raudales. ¡Ah, la fortuna!... M. Tappe vivía ahí desde catorce años atrás. No es que fuera comerciante. Al contrario. M. Tappe se educó entre frailes. Ayudaba unciosamente a misa, apisonaba liturgias, repetía jaculatorias; y de ello ascendió a mascarullar latines y hebraísmos. Sus maestros lo destinaron a catequizador, a causa de su facundia y su energía. Partió de Francia a los dieciocho años. Iba repleto de ilusiones. De esperanzas. Pero, la vida es dura, sorpresiva. Fracasó el misionero, y un viejo portugués ahondó el

fracaso tentándolo con el fácil, sucio y pródigo negocio de negrero... En Praya pereció definitivamente el catequista. La carne de negro produce riquezas mundanas y, acaso así, a través del dolor, almas para la bienaventuranza. M. Tappe, latinista, hebraísta y negrero, mezcló *Misereres* con *Espece de negre, couillon*... En medio de una azotaina o de una trapisonda, solía citar a Virgilio, a Juvenal y al rey David. Su riqueza —ingenuamente confesaba tamaño mérito— consistía en 18 negros, 28 negras y 37 negritas. Sobre esa turba flameaba ardiente la fusta patronal. ¿Amor? Ninguno. La negra que recibía sus rezongos y jadeos amorosos, echaba cada once meses un hijo al mundo. “Pero el día que me separe de ella, la traeré a la playa y le diré: por ahí me vuelvo a Francia, haz como puedas”. (Flora sentía calofríos por sus carnes).

—“Los negros son malos... los trato como debo...”

—¿Y no recuerda usted a Francia y... a la civilización? —interrumpe Flora, impaciente...

—¡Ah, *mademoiselle*! —entre los párpados papujos chispea una mirada lúbrica, burlona y acaso levemente añorante—. ¡Ah, *mademoiselle*... Algún día regresaré a la patria... Entonces venderé a mis negros... a mis hijos... y les diré adiós... No faltará quien los compre...

—¿Vender a sus hijos?

—Naturalmente... Los negros son negros... “No es de compadecerlos...”

David dió una larga chupada a su grueso cigarro de hoja. El humo se elevaba en volutas hacia el cielo, tiznando de azul el silencio. M. Tappe sonrío dichoso y habla con el señor Miota. Flora, cortante, ataja a David, que pretende alejarse:

—“¿Por qué me ha traído esta inmunda criatura?”

—Es un francés perdido en el trópico... ¿No

ama usted las teorías de Rousseau? —el parisiense diaboliza con ojos y palabras—. Pues aquí tiene un caso típico del “efecto regresivo” de la civilización sobre los hombres... Este francés...

—“Este no es un francés: es un antropófago en forma de carnero”.

—“Le aconsejo que lo estudie, a pesar de todo, *mademoiselle*... Voy a colocarlo de nuevo cerca de usted...”

La cena con M. Tappe significa para Flora algo así como un festín en el corazón del Africa: negros, garrotes, cuerdas, heridas, suplicios, ventas de esclavos, hijos mercados como lechones, negros y negras, negros y negros, dolor, miseria, codicia, bajeza y ese olor terrible, acre, que sintiera donde *madame* Watrin... En medio de todo ello, M. Tappe, ex misionero católico, latinista, experto en hebreo y sánscrito, hombre culto, sonrío beatíficamente, relatando tan dulces hazañas...

* * *

—¡Ay, ay!... Por Dios... yo no he sido... ¡Ay, ay!... Me mata... ¡Ay, ay!...

El civilizado, rubio, pulcro y amable cónsul de los Estados Unidos de Norteamérica apalea, con su propia mano, en el patio de su casa de Praya, a un desdichado negro, atado a una estaca. La sangre brota a chorros de las espaldas del cuitado. Pero el señor cónsul, rubio y culto, le sigue pegando, rojo jadeante, imagen aria del Angel del Señor...

—Basta: es usted un salvaje —vomita Flora, que en ese instante llega de visita a casa del señor Cónsul norteamericano en Praya...

El pulcro sajón se detiene un instante, paralizado de asombro:

—*Mademoiselle* Tristán... Es mi esclavo... Es mi esclavo y ha robado.

—¡“Es su esclavo! Y es negro” —musita Flora llena de asco. El pobre tipo sigue exhalando alari-

dos. La visita dura el tiempo necesario para que la estaca de suplicio se trueque en estera sobre el suelo de un sucio cuchitril.

* * *

El capitán Brandisco, veneciano exuberante y parlanchín, tiene su goleta anclada en la bahía de Praya. Al saber que, al borde de *Le Mexicain* navega una "bianca signorina francesa", se apresura a invitar a M. Chabrié, a su oficialidad y a sus pasajeros.

¡Una goleta veneciana! Aquello ha de ser un paréntesis en medio de la atmósfera sofocante de Praya —calor, esclavitud y negrerío.

El capitán Brandisco es un perfecto aventurero, es decir, un hombre imperfectísimo.

A sus palmadas acude un negrito vivaz, a quien todos llaman "Cok".

—¿Su criado?

—¡Ja, ja, ja!... *Ma, non, bella signorina... Lei é il mio schiavo...*

Para angustia de Flora, se descorre violentamente el telón: el *galantuomo* capitán Brandisco, veneciano (¡un oriental después de todo!), civilizado, rozagante, piropoador, se dedica al sucio tráfico de negros. Un negrero más como el francés M. Tappe. Otro civilizado que comercia con la libertad ajena... Flora no abre los labios durante el resto del almuerzo.

* * *

Hace ya catorce días que abandonaron Praya. La decena ahí transcurrida fue una pesadilla. Flora ha aprendido que el hombre civilizado es un bárbaro hipócrita. No bien le acucian necesidad o codicia, muestra las garras y da zarpazos ciegos.

Bajo un sol hiriente cruzan la línea ecuatorial. Reina a bordo un tremendo hastío. Pesa el bochorno sobre cuerpos y almas. El calor no da tregua. Se carece de agua potable; en las cubas fermenta un agua putrefacta, cuyo hedor hace irrespirable el aire,

a pesar de la brisa marina. Los pobres marineros trabajan en medio de la pestilencia, cubiertos apenas por levísima camisa y un pantalón ligero. Sobre el puente desenróllanse hamacas, esteras, petates... Hedor. No hay hora de calma. Porque la calma perennemente amasada de sol y fuego, de modorra y fetidez, esa no es calma, sino tedio, sopor.

Así sería... Así sería, acaso —evoca Flora viejas charlas hogareñas—, cuando sus antepasados cruzaron el Mediterráneo, bajo un cielo de esmalte y un sol africano, para ir a Italia y apoderarse de tiara e infalibilidad. Aquel robusto y bravo Rodrigo Borgia, español crudo y sensual del siglo XV, abandonó su Játiva nativa, enseñoreóse entre la dorada Valencia y el luminoso Alicante, y, enarbolando el pendón de sus mayores, aragoneses impulsivos, conmlitones del Rey Conquistador y exterminadores de moriscos, se dispuso a abandonar playas de Iberia.

Alfonso de Borgia, obispo de Valencia y hermano de Rodrigo, acompañó al Rey de Aragón en la conquista de Nápoles. También él cruzó por tierras ardientes de sol, por el mar azul como un canto. La hirviente lujuria del trópico hacía vibrar en los nervios de Flora recuerdos capitosos. Ese Rodrigo Borgia, cardenal sin ser sacerdote, por no resignarse a formular el voto de castidad; mujeriego; batallador; vencedor de los Orsini, y, luego, tan intrigante que consiguió que su manceba y sobrina Adriana Mila fuera a dormir legal y sacramento, unida en matrimonio, con uno de los mismos fastuosos y arrogantes Orsinis... Alfonso fue un manso Pontífice de la Iglesia Romana, bajo el nombre de Calixto. Rodrigo lo sería también, pero voluntarioso y ostentativo, bajo el nombre de Alejandro VI; y la tiara papal ciñó su frente, curtida por vientos guerreros y besos pecadores, el mismo año que Cristóbal Colón descubrió América.

Ella, nieta de los Borgia —¿lo sería realmen-

te?, fantasías de *Minette*?, ¿vanidad de tío Pío?—, surcaba ahora, con idéntico fuego en las venas y la frente, los mares del genovés... ¡Ah, el abuelo Rodrigo! ¡Casar a un Orsini con su querida!... Y aquella su predilección tan valenciana, tan de soldado y campesino, por mujeres gruesas, exuberantes, mansas de genio, inquietas de carne como Giovanna Cattanei, la legendaria Vanozza de la historia secreta de los Papas!... Flora recordaba algunos comentarios que el atrabiliario Simón Rodríguez hiciera a *Minette* a cerca de los amores de Rodrigo Borgia: "Perecía por las mujeres de mucho peso —socarro-neaba el venezolano, maestro del *petit Bolivar*...— Vanozza tenía 32 años, era ignorante y de bajo origen, pero presidió por más tiempo que nadie la vida del futuro Papa... La instaló cerca de su palacio en Roma... De su vientre iletrado y adiposo nació César Borgia"...

¡El hijo de Vanozza! Se mezclaba a este recuerdo el de aquel vibrante *pauvre petit Bolivar*. De la gloria del Libertador quedaban cinco repúblicas y jirones de lamentos, de rencores, de olvidos: ingredientes de toda grandeza terrenal. De pronto surgió la dulce memoria de Aline, y el corazón se le hizo un puño a Flora. Pero lucía el sol, enemigo del recuerdo, permanente acicate para fáciles olvidos, para fáciles lujurias, para fáciles dádivas de amor...

Chabrió acercóse anhelante. Más allá, en medio de los marineros de torso desnudo, de los pasajeros de camisa abierta y cabello en desorden, Alfred David erguía su silueta esbelta y fuerte, encajada en una chaqueta impecable, ceñido el cuello por un pulcro corbatín blanco, incapaz de romper la línea, de ofender la presencia de una dama con una incorrección de indumentaria: David, el parisiense, el *fashionable*, la civilización alerta bajo el sol o entre la nieve. Flora destiló una prolongada mirada entre sus largas pestañas para el gallardo e irónico oficial

de mar. Hacía una semana que M. Chabrié, muerto de calor y de celos, no entonaba aria alguna. ¿Habríase apestado también, entre el bochorno, el hedor del agua putrefacta, el tedio, la modorra y la melancolía?

—¿No siente usted frío con esas medias de seda?

David vuelve el rostro y mira fijamente a Flora:

—No, *mademoiselle* —la nariz apunta rojiza, las manos palmorean sacudiendo agua y nieve—, peor sería estar abrigado y parecer un oso...

—Use estas botas... son forradas...

—Gracias, *mademoiselle*... Así estoy bien... Me daría lástima de mí mismo, si me viera en el espejo como un esquimal... (La sonrisa se aguza y ablanda). Soy un desventurado parisiense que no puede vivir sin sentirse civilizado; las pieles no son para un hombre como yo...

David hace un saludo. Se emboza y, a grandes zancadas, regresa a su puesto. Flora lo sigue con la mirada: ayer, en pleno trópico, bajo un tórrido calor sofocante, el *fashionable* parisiense conservaba su corbatín y su casaca. Hoy, a 12 grados bajo cero, frente al Cabo de Hornos, cubierto el puente de nieve, transita con la vigorosa pierna enfundada en transparente media de seda... Hombre singular este tarambana: mientras Chabrié suspira y rezonga, David conserva inalterable su buen humor y su atavío...

La naturaleza brinda un espectáculo de maravilla. Chocan las olas de ambos mares, levantando montañas de agua, en esa cita de Cabo de Hornos. Pacífico y Atlántico confunden sus aguas; el huracán silba sin cesar entre el cordaje de las velas plegadas, lacio plumón inútil, yerto...

Desde la pasarela contemplan los cuatro pasajeros y Flora el prodigio del paisaje. Grandes trozos

de hielo cierran el paso al *Mexicain*. Cada vez amen-
guan más su marcha las débiles máquinas. Los ma-
rineros apenas pueden atender a sus labores. Emba-
razados por abrigos y pieles, tundidos por inespera-
da peste de furúnculos que deforma los rostros hasta
ahí arrogantes, la tripulación ofrece un cuadro de-
plorable.

En medio de la catástrofe, David erguido, in-
demne y con medias de seda; Chabrié más tirano
que nunca, peligrosamente prometedor, ignorando
hasta entonces el matrimonio de Flora.

Cada marinero se envuelve en todo cuanto
halla al alcance de su mano. Agobiados bajo pellizas,
chompas, camisas, chaquetas, cueros, son bolas que
ruedan por escalerillas y corredores, entre cadenas y
cordajes.

Por la claraboya penetran hasta la alcoba de la
Paria jirones de pláticas marinas. Un marinero res-
ponde al capitán Chabrié:

—*Oui, oui, mon capitain, mais "le vrai matelot
doit etre comme le limaçon qui porte tout sur lui"...*

(Flora repite lentamente "el verdadero mari-
nero debe ser como el caracol que lleva todo con-
sigo"... Destino de caracol el suyo, hasta ese ins-
tante, pero sin Aline, sin *Minette*, sin Ernesto...)

—*Mais, oui... "le vrai matelot ne doit pas
avoir de la patrie ni de la famille".*

Chabrié interrumpe al subalterno:

—¡Qué sabes tú de hogar ni familia, pedazo de
alcornoque!

Pero Flora no olvida: "el verdadera marinero
no debe tener patria ni hogar".

Por la noche, ya en aguas del Pacífico, entre el
vaivén de las olas, mientras *Le Mexicain* afronta
encontrados vientos, Chabrié ensaya su último es-
fuerzo. Halla a Flora en guardia. Los días de tor-
menta han sido aleccionadores. Cuidadosamente ha
elaborado un castillo de excusas y dislates para des-

engañar al obstinado. La única cosa que, sin embargo, oculta es su matrimonio. ¡Ah, y también su edad! Mayor lealtad es imposible. Para Chabrié, ella sólo cuenta 26 años. Los negros rizos azotan rebeldes las mejillas. ¿Treinta? El espejo contesta: no, eso nunca: veintiséis... sólo veintiséis y nada más.

Flora se tiende sobre su litera. Bajo su mano, la cabeza de Cori, el perrazo de Chabrié. El capitán está más locuaz que de ordinario. Hablan, hablan mucho tiempo, largas horas. De lectura, de proyectos, de vocaciones... Hacen el recuento de la travesía. David habíale dado a leer las obras de Voltaire y Byron. Pero *Childe Harold* no fue el único numen tutelar de tránsito. Los versos de Lamartine, las novelas de Walter Scott, los apóstrofes de Víctor Hugo, *Atala* de Chateaubriand, *Pablo y Virginia*, inflamaban la ya encendida fantasía de la viajera.

De pronto, Chabrié, apoderándose de las manos de Flora, interroga terminante:

—¿Rechaza entonces mi amor?

—Su amor es demasiado grande para mí, Chabrié... Seamos amigos...

—No hay amistad en el mundo; tan sólo existe el interés...

—En ese caso... —titubea antes de pronunciar la frase premeditada, titubea porque sabe que va a herir en lo vivo la nobleza del capitán—, en ese caso vinculémonos por el interés...

—¿Qué dice, Flora?

—Yo le he oído hablar, Chabrié, de un proyecto suyo para quedarse en tierra, allá, en Francia... ¡Yo vengo al Perú a reclamar mi herencia! ¡La herencia de los Tristán! Ellos son millonarios. Yo voy a ser rica: pues... seamos socios, Chabrié; seamos socios en Controuailles... Sí, voy a ser rica, Chabrié; voy a ser muy rica... —tintinea metálica la voz exaltada.

—Eso es lo que yo temo —responde en triste eco, sordamente, la voz de Chabrié.

El reloj de a bordo da, también opacas y sordas, doce campanadas.

Doce paletadas sobre una amable ilusión.

Afuera, en el puente, el marcial Briet canturrea una tonada de guerra.

Cori duerme ovillado, al calor de Flora.

Chabrié se levanta, encorvado, sin añadir palabra, y sale.

Durante largo rato se oye en la cubierta el ritmo de sus pasos que, midiendo angustias, vienen y van.

Al día siguiente, el vigía anuncia desde la cofa:

—¡Piedra Blanca!

Una cadena de cerros, coronados de casitas blancas, abre su risa en el fondo de la bahía...

—¡Valparaíso!

Le Mexicain avanza lento, arrastrando su fatiga y, ala impar, una bandada de gaviotas.

Flora siente que ha envejecido en pocas horas. David, acicalado como un *dandy*, dirige la maniobra del anclaje. Bocina en mano, Chabrié da órdenes a timonel y marineros. Isócronamente, con ritmo de galeote, Briet arroja la sonda al mar, la recoge y cuenta las brazas que hay de fondo...

Pausadamente, atraca ahora una canoa, impulsada por cuatro bogas: ¡cuatro sepultureros de un sueño de amor!

“UNE JOLIE DEMOISELLE”

AL FONDO, ENTRE LA MARAÑA de mástiles y cordajes, de velas desplegadas y lacias, de chimeneas y ruedas, de cascos mal calafateados y flamantes; entre canoas de remos marciales y por sobre las balsas, y las boyas saturadas de yodo y sal; entre nubes de gaviotas craqueantes, colindando con lo invisible; en medio de la niebla tenue que ahuma el azul, brotaron, primero, la masa de tres cerros; luego, el perfil de unas casuchas, y, después, los edificios del puerto, y encima de todo, destacando sus destellos, débiles filis de albor sobre los montes más lejanos, cumbres nevadas que horadaban el cielo.

—*C'est Valparaisó!*

¡Valparaisó! David, sonriente, luciendo la más linda corbata, ceñido por su mejor levita marinera, ensayó un juego de palabras que todos, bilingües profesionales, entendieron a maravilla:

—Valparaisó... Valle-Paraisó... O, quizás, Valde-Paraisó...

—¿Qué dice? —rezongó el rudo Briet.

Pero ya se mezclaban los gritos de tierra con los de varias canoas que se acercaban a remo jadeante, y los del pasaje:

—*C'est drole!* —murmuró un viejo lobo bretón, arrancando humaredas a su cachimba—. Tanto frío y tantas tormentas para tanto polvo y tanta nieve —y señalaba las calles plomizas y los montes canosos.

—Aquel es Cerro Alegre; ahí viven los ingre-

ses... Ese es el Panteón... Ahí, ¡claro!, ahí viven los criollos... —socarroneó David, actuando de técnico.

De los botes subía un espeso clamor:

—*Oú est elle?* —clamaban varias gargantas por medio de bocinas hechas de palma humana.

—*Oú est elle? Qui est le mort?...*

—*Oú est ELLE?* —ascendía el coro.

—*Qui est le MORT?* —bajaba la respuesta.

—*OU EST ELLE?* —tronaban ahora.

—*QUI EST ELLE?* —contestaba otra pregunta.

Flora, entre curiosa y asustada, asomó sus ojos de abismo sobre la borda. Y se produjo el silencio... Como en un "pianissimo" de orquesta se oyó el murmullo rampante:

—*Elle... Oui, elle... ELLE... ELLE!...*

Chabrié se acercó a Flora, protector, comprendiendo vagamente lo ocurrido. Flora también había entendido. Tan sólo alcanzó a enunciar con un suspiro!...

—*C'est l'Amérique!...*

—*Mais oui.*

* * *

Bogan parsimoniosamente los remeros de tez bronceada y pelo hirsuto. Flora los contempla sin despegar los labios. Tienen ojos algo oblicuos, nariz aguileña, labios gruesos, cabellos duros, ancho tórax. Reman. Además de Chabrié, David, los cuatro pasajeros y Flora, tripulan la embarcación dos franceses locuaces. Borda y contraborda, varios botes escoltan al de la Paria, trocada en capitana. Ella sonríe un poco pálida, pero sus apretados labios denuncian tensión, orgullo e ira.

Sí; claro, ya entendió: a ella la tienen aquellos gandules por francesa de alquiler, carne de pecado, presa de navegante. ¡Claro, esa es la idea! Pero, ¿quién anticipó su llegada? O es que los franceses de

Valparaíso, como los salvajes de Oceanía, viven acechando el barco que llegue?

Los bogas reman parsimoniosamente. Antes de saltar a tierra ya sabe Flora el risible secreto de tal algarabía: los capitanes de los dos buques que salieron de Burdeos al mismo tiempo que *Le Mexicain*, arribaron hace un mes; pero antes de marcharse, don de los mares, comunicaron a sus compatriotas de Valparaíso que, a bordo del barco de Chabrié, viajaba una francesa joven, bonita, sola y... fácil.

—¡Oh, yo no quisiera estar a bordo, *Sapristi!* ¡Todos van a batirse a muerte! Chabrié está perdidamente enamorado de ella y ya intentó asesinar a David, pero Briet también vive celándola...

—¿Dónde está ella? —corean los franceses del puerto, en espera de la compatriota joven, bonita, sola y... fácil que viaja en *Le Mexicain*. Se relamen los labios de codicia...

Hela aquí: joven, bonita, sola, pero nada fácil. Salta a tierra con agilidad y echa una mirada al torreón de la Aduana, a las carretas de mano que se entrecruzan en la plaza, a la calle que corta serpenteando la parte llana de la ciudad, por donde transita. A ratos alza los ojos a los cerros, vigías del puerto. Pero lo que más atrae a Flora es el contradictorio indumento de los transeúntes. Los hay vestidos a la europea, irreprochablemente y hablando francés con más frecuencia que el inglés. Los hay que lucen el traje nacional, hombres de tez bronceada, con el clásico ponchito del país, ancho sombrero de paja y pantalones de tela fuerte. Las mujeres sonríen más con el labio que con la mirada. Llevan sobre los hombros manteletas detonantes: de lana escarlata, rosado o vivo azul cielo. Sus faldas, a la usanza indígena, son floreadas o de rayas anchas. No usan sombrero. Flora envidia esos cabellos compactos, copiosos y negros, partidos al medio por ancha y limpia raya, y cayendo en dos magníficas y

pesadas trenzas sobre los hombros altos y redondos. Junto a ellas, rozándolas de continuo, circulan otras mujeres, tocadas a la penúltima moda europea, expresándose en francés, en inglés y a veces hasta en castellano.... "Frialdad y licencia", anota al principio Flora. La predisponen en contra el gesto de las mujeres y los relatos de a bordo. "Desertado en Valparaíso —le ha dicho Chabrié—, es un accidente que todo barco registra en su libro de tripulantes. Pero nadie sabe si desertó de a bordo o de la vida: ¡esas quebradas malditas!"... Flora deseó desde entonces conocer los temibles antros: las quebradas y sus pecaminosas casuchas...

* * *

—*Mademoiselle Flora...*

David se cuadra militarmente ante ella y la invita a subir a un coche. Chabrié los sigue de mala gana. Dos franceses más le hacen escolta. ¡Claro! ¡Una compatriota joven, bonita, sola y... fácil!...

—*Madame Aubrit!*

David le presenta, en medio de un amoblado entre británico y francés, un poco *demodé*, a una mujer de unos treinta años, alegre, pizpireta: auténtico tipo de modistilla parisiense. *Madame Aubrit* es dueña de una pensión en el puerto. En ninguna parte mejor que ahí podrá vivir la recién llegada. M. Chabrié es viejo amigo de la hotelera.

—Encantada. Muchas gracias. Aquí me quedaré...

—*Oh qu'elle est charmante! Elle est ravissante!* —adulonea *madame Aubrit*, entornando los ojos.

También ahí, el dolor. La cena ha demorado mucho. *Madame Aubrit* recibe a cincuenta comensales —todos franceses— en su pensión. Los brindis fueron muchos. (¡Una compatriota joven, bonita, sola y... fácil!) Ahora las dos mujeres hállanse a solas en la alcoba designada a *mademoiselle*

Flora Tristán. Por la ventana se mete un trozo de cielo. Abajo, el mar rompe en espumas contra el acantilado: ("Será como dormir a bordo: ¡ya no podré vivir sin este vaivén de olas, sin este rumor tremendo que huele a eternidad..." —piensa la Paria).

Se hace el silencio. El mar ronca y gime en vano, porque ahí está imperativo, siempre, el silencio, ruido sin ruido, fragor insobornable, presencia de una ausencia...

Poco a poco, medidas por las olas, corazón a corazón, destilan su mutua confianza ambas mujeres.

Y otra vez, como siempre que rompen a hablar cara a cara dos personas. Flora no encuentra sino llagas vivas, contenidas ansias y tristeza.

Madame Aubrit ya no es la modistilla parisense en receso que parlotea y ríe en el comedor. De pronto caen sobre su frente cuajarones de sombras, que invaden sus ojos y le marchitan la sonrisa. "Ella, también ella", piensa la Paria... Sí, también ella casó a los 16 años con un hombre mucho mayor, con un viejo militar. No era su adolescencia para pasto de senilidades, y huyó, incapaz de soportar el diario agravio que para su carne juvenil era la arruga y el falso ardor del marido. Moza y de linda voz, ensayó canto y pantorrillas, dengue y sonrisa en una compañía de *varietés*. Hubo aplausos, sensualidad, gloria efímera y retaceada, candilejas y tedio. Igual que Flora, ingresó en el gremio de las "damas de compañía"; después en el de las "cajeras", y, por último, encontró el amor... El era joven y audaz. Juntos viajaron a América, sedientos de porvenir. Seis meses después murió el amante. *Madame Aubrit*, con su rajada risa de "madame", abrió su pensión en Valparaíso. A los treinta años, después de muchos de trabajo, hela ahí, con lágrimas en las pestañas,

ronca la voz musitante, tempestuoso el encaje sobre el pecho, hirviendo de sollozos...

Poco interesa a Flora el "Almendral" de Valparaíso con sus regulares casas de dos pisos, al estilo francés. Más la atraen la sugestiva y típica perspectiva del paseo surcado de acequias, vivo contraste —civilización y barbarie— con los graciosos edificios. Corrientes cenagósas que arrastran detritos, como las conversaciones de la plaza y del salón: chismes, desperdicios y murmuraciones, al lado de carruajes de enjaezado tronco, casas de empinado gesto, señores y señoras vestidos a la europea.

No la apasiona el Castillo, a pesar del entusiasmo de sus acompañantes. Ni la calle central del puerto. Ni los cerros, y ni mucho menos el Cerro Alegre, en donde los *cottages* lucen inconfundible sello sajón. Desde su estancia en Praya, ha aprendido Flora que el hombre tiene una dimensión de angustia, de bajeza, que ella había olvidado, pero que, metiéndosele en la memoria; rememora unos días viejos, perdidos entre la penumbra de su adolescencia: las remotas horas de la calle *Fouarre* con sus ganapanes y sus prostitutas, sus tahures y sus alcahuetes, sus rateros y sus celestinas... Ahí todo era taberna, burdel, escondrijo, guarida, perdición y rabia.

—¡Quiero conocer las quebradas!

—Los acompañantes se miran desolados.

—Es el fango del puerto...

—La espuma...

—El fango...

—Espuma de ola... Ahí quedan, ya sé, ahí quedan los tripulantes heridos... de cualquier suerte...

M. David decide con voz lenta:

—Tiene razón, *mademoiselle* Tristán... Vamos a las quebradas...

Entre los cerros, por callejuelas inverosímiles, que suben y bajan bruscamente y tienen recodos

inesperados, se despliegan guerrillas de casuchas chatas, empotradas en la colina, por un lado; sostenidas sobre puntales, por el otro. En cada ventana una "niña" sonriente, peripuesta; cerca de ella, mascando su colilla de cigarro, siempre una vieja repugnante, como en la calle de *Fouarre* y del *Chat-qui-péche*. Ahora lo recuerda todo *mademoiselle* Tristán... David se detiene cínicamente ante una ventana.

—“La casa está a disposición de usted”, invita una vieja esbozando licenciosa sonrisa.

La “niña” mira al francés intensamente, entreabriendo los labios.

David titubea un segundo, pero prosigue su camino:

—Cuando sepa usted, *mademoiselle* Tristán, que en un rol de a bordo el nombre de un tripulante aparezca acompañado por la frase “Desertado en Valparaíso”, ya sabe en dónde se le encuentra, o en dónde se perdió... Estas quebradas no hablarán nunca...

—“La casa está a disposición de usted” —dice ahora la dueña de la pensión, en el puerto. Flora se sobresalta con el recuerdo de la mañana.

—Tranquilícese, *mademoiselle* Tristán, hay dos tonos para esta frase. Este es el tono hidalgo y generoso, el cordial. Aquel otro era... quién sabe más generoso —sonríe con malicia—, sobre todo para marino recién anclado... pero éste no tiene peligros corporales... tal vez, sí, para el corazón.

Flora siente que Chabrié traspasa a David con la mirada.

Pero, ya empieza la fiesta. Ya traen esas frutas que la asombraron en el mercado de la Plaza de Orrego: las uvas de varias clases, las pequeñas naranjas de oro, las pasas arrugaditas y rebosando miel, las grandes manzanas ruborosas. La prodigalidad de la huésped se vierte, además, en la varie-

dad de chicas colmando los enormes vasos de grueso vidrio y las vasijas de barro cocido. Chicha de uva, dulce y embriagadora; chicha de manzana, con una leve y estimulante acidez; chicha de aloja, que refresca y nutre.

Desde la mesa sube el aroma de la succulenta cazuela de ave; incita el sabroso charquicán, plato que sorprende a los marinos. Y, a los postres, el maíz cocido —el mote— con miel...

Esto es América, sin duda. Ya terminó Europa, ya terminó el negrerío esclavo de Praya. Todo rezu- ma gentileza, señorío, sentido castizo de la hospitalidad.

Circula de boca en boca el mate de plata maciza, con su ardiente embocadura. "Cuidado que está caliente", advierte el dueño de casa, cuando ya el labio se encoge herido al beso brutal de la bombilla. Las niñas dejan flotar tras sí largas ojeadas laceadoras de suspiros. Nadie resulta extraño ahí. El capitán Chabrié es "Don Zacarías", el teniente Alfred David es "Don Alfredo", *mademoiselle* Tristán es "Doña Florita", y los contertulios son "Doña Eliana", "Doña Carmencita", "Don Diego", "Doña Rosa", "Don Pepe". Los apellidos han muerto. La vasta familia extiende su intimidad a la sobremesa.

—¿No toca usted?

"Doña Florita" dice que no, cuando le ofrecen la vihuela. Pero "Doña Carmencita" y la "Niña Julita" sonrían y atacan, a dúo, la popular zamacueca:

*Dicen que le hace, pero no le hace,
tan chiquitita y quiere casarse;
dicen que le hace, le hace, le hace,
la vidá, pero no le hace...*

—Esta cueca se llama "La Pollita"... Diz que a don Diego le gusta mucho.

—¿Don Diego?

—El señor Portales, doña Florita, ¿no lo conoce usted?

En el mercado de Orrego, al aire libre, bajo la rápida y segura mano del barbero, se afeita un huaso. Otro, de chaquetilla andaluza, sombrero cordobés, pantalón ceñido, enormes espuelas y lazo al arzón, jinete en brioso jaco criollo de largas crines, aguijonea al Figaro desde la cumbre de su copiosa montura de pellón:

—Cuéntenos, *don*, cuéntenos ¿qué está pasando en Santiago?... ¿No le vino de allá un cliente?...

El Figaro sonríe, mientras enjabona por segunda vez a su víctima:

—Pst... Todas cosas políticas, pú... Don Dieguito se ha metido en sus pantalones y nadie le chista ya...

—¿Portales? —indaga Flora.

—Portales —contesta sombría *madame* Aubrit...

Todavía estaban frescos los rumores. En marzo de aquel 33, Portales había pretendido nuevamente realizar la proeza que hizo contra el capitán Paddock, pero en esta oportunidad fue contra Picarte, don José Squella y la hermosa novia de Paddock, la viuda Ana María de Berrechea.

¡Paddock! Tampoco se borraba el recuerdo del crimen:

En diciembre del año anterior llegó a Valparaíso, a bordo de la ballenera *Catherine*, un marino avezado a los mares del Sur y experto en la travesía del Atlántico. Desembarcado, encaminó sus pasos a la casa Alsop, de la que era cliente, y ahí expresó al jefe sus temores de ser asesinado. Nadie sospechó entonces que el capitán Paddock, recio lobo de mar, sufriese de delirio persecutorio. Pero, pasaron los días; su novia, Ana María de Berrechea le notó rarezas, pese a que nada hacía sospechar la tragedia que ocurriría poco más tarde.

Estando un día en la casa Alsop, surgió una leve discusión promovida por el marino. Contra las duras palabras de éste protestó el empleado, señor Kern. Dos certeras puñaladas de Paddock le partieron el corazón. En su fuga, Paddock acuchilló a don José Joaquín Larrain, conspicuo y anciano caballero del puerto; a don José Squella, miembro de distinguida familia; al capitán de la fragata *Fourth of July*, y a varios trabajadores... La justicia del gobernador del puerto, don Diego Portales, fue rápida e inexorable: fusilamiento y exhibición del cadáver pendiente de una grúa del puerto. Inútiles, gestiones y suplicatorias. Ana María, símbolo de la lealtad, se afanó en vano. Paddock fue ajusticiado.

En Valparaíso dejó aquello una ola de indignación...

—Paddock, *ma petite*, era un loco... No un criminal... Portales es un tipo cruel... Nunca perdona medios... ¿No sabe usted, hija mía, la traición con que venció al general Lastra y las crueldades que realizó en el año treinta cuando, mediante otra felonía, logró vencer a los pipiolo?

—A los *pipiolo*?

—Sí; Portales es pelucón, conservador. Y ha impuesto, de acuerdo con don Mariano Egaña, una Constitución conservadora. Ahora la religión del Estado es la católica, con exclusión de toda otra. El presidente de la República hace lo que se le antoja, como un pequeño emperador. Tiene facultades extraordinarias. No existe libertad. El clero... y un venezolano, don Andrés Bello, mandan aquí. Portales hace fusilar a sus enemigos. *C'est un monstre, ma petite... C'est affreux...*

—¿Y él está siempre aquí?

—Sí. Imagínese, *ma petite*, que se descubrió una conspiración contra su vida, en la que dicen que estaban comprometidos Squella y Ana María. Portales quiere que los ahorquen a todos, pero el

gobierno de Santiago se niega. Y, mientras tanto, este canalla ha birlado la novia a uno de sus mejores oficiales, al teniente Borges... Ella es una mocita *très belle*; se llama Amanda Mendoza... Don Diego hace viajes semanales a la Placilla para verla... Y Borges, aquí, con sus celos y en servicio...

—Pero, ¡Portales es un sátrapa!

—*Mais oui...*

—Y entonces, ¿en Chile no hay libertad?

—*Mais non...* Pero no hay que decirlo; porque don Diego tiene oídos en todas partes...

—¿Y tanto temor les inspira ese hombre?

—Es implacable... Pero usted debería conocerlo, porque creo que es medio compatriota suyo... Su padre era un señor Portalez Menéndez, del Perú, y el propio don Diego estuvo un tiempo de comerciante en Lima... De ahí vino arruinado... Se metió en un negocio de estancos con el señor Cea... Hizo la revolución "del estancuero"... Es sensual y calculador... Sensual con las mujeres, pero no se ama sino a sí mismo. Y el poder...

—¿Y no hay divorcio aquí?

—*Mais non.*

—¿Y libertad de prensa?

—Oh, la, la...

—¿Y Congreso?

—Oh, la, la...

—*Madame Aubrit* —exclamó Flora Tristán muy seria—, yo me marché de aquí, en el primer barco, al Perú... junto a mi familia...

—¿No va a Santiago?

—Su Portales me ha quitado el deseo... Vengo en busca de libertad: no pienso quedarme donde la han suprimido.

* * *

—Flora, he tratado mil veces de decírselo... Pero, me hallaba corto... Ya se lo dije... No hay remedio... Las cosas son así... Tenga resignación y

mida bien lo que va a hacer de su persona... La anciana habría sido su mejor, su único sustento... Adoraba a don Mariano, el padre de usted...

—Gracias, señor Miota, muchas gracias... Ya he de pensar con calma... Muchas gracias...

—Si usted no tiene inconveniente, comunicaré la noticia al capitán Chabrié...

“¿A Chabrié?” Flora se quedó perpleja. ¿Qué tenía que hacer Chabrié en todo ello, en su vida? “Chabrié también ha muerto para mí”. ¿Qué le importaría al sentimental marino que allá en Arequipa hubiese fallecido la abuela de su amada?

Tarde lenta, henchida de presagios. Crepúsculo rojizo.

Anchos y fuertes pasos a la puerta. Un chirrido.

—¡Oh, Flora! ¡Oh, Flora!... Cuánto lo siento... Pero, en medio de todo —jadeada la voz—, perdóneme que me halle un poco alegre... Ya no irá usted al Perú... ¿Verdad que no? Muerta su abuela, ¿quién la va a escuchar allá? La harían sufrir... Volvámonos a Francia a casarnos, Flora... Volvámonos, regresemos...

—¿Regresar? ¿Adónde? —la voz sonaba a lejanía.

—Soy dichoso. Ya no es usted rica... Ahora puedo ser sincero... Dentro de dos días sale el *Elisabeth*, buque de tres palos, para Francia... Si no quiere esperar al *Mexicain*, vuélvase en el *Elisabeth* a Francia.

“¿Regresar? ¿Seguir adelante? ¿Quedarse?”

Por la noche llegó el teniente David:

—¿Qué haré, M. David? ¿Qué haré? —y devoraba con sus ojos de abismo la fina silueta del dandy.

David chupó largamente su cigarro de hoja...

—Ya que me pide consejo, *mademoiselle Flora* —la voz era tersa, como quien dicta una conferencia—, le hablaré sin ambages: ¿quedarse? De

ninguna manera. Hablan demasiado de usted. Esos dos capitanes de los barcos que nos precedieron, la pintaron a usted como... *pardon, mademoiselle Flora...*, como una mujer liviana; dijeron que nos mataríamos todos a bordo por usted; que es usted bellísima y amorosa, y sobrina de don Pío Tristán, hombre de mucha fortuna y muy conocido aquí y en todo el Pacífico... Hay doscientos franceses en el puerto que no hacen sino comentar lo que usted dice y hace... Ya se unirán a ellos los criollos, y al saber que usted es una Tristán...

—¿Quiere decir que aquí no respetan a los caídos?

—Esos doscientos franceses no tienen tiempo para sentimentalismos. Los hay muy ricos y menos ricos. Los muy ricos se dedican al juego, a conseguir queridas, a montar a caballo; los menos ricos, cortejan a las muchachas del país, fuman cigarrillos y se enredan en chismes... Nada bueno. Nada apreciable, *madame* Flora... ¡Quedarse, no!... ¿Volver a Francia? ¿Piensa usted en casarse con Chabrié? —hubo una dilatada pausa; David volvió a chupar su cigarro—. Si no lo piensa... o no lo puede hacer... no regrese; si lo va a hacer sufrir, no vuelva. Chabrié es un hombre bueno. No merece padecer en vano. Además, usted sabe que el porvenir del capitán depende de su matrimonio con una tal *madame Roux...* (Flora pegó un salto de asombro). ¿Ir al Perú? —prosiguió David impasible—. Ahora las dificultades aumentan con la muerte de su abuela. Pero ese es su único camino... Váyase al Norte, y pronto, *mademoiselle* Flora.

La voz tuvo un estremecimiento. Flora miró de frente al teniente Alfred David. Las finas narices venteaban trabajosamente. David tenía los ojos algo nublados. Flora se acercó a él:

—Gracias, Alfred. Lo pensaré... Voy a dormir

un poco... *Au revoir...* —David besó largamente la mano de la Paria.

* * *

“La jolie femme du Mexicain”... “La sobrina del señor don Pío...” “La amante del capitán Chabrié...” ¡Oh, todo el mundo era como la calle de *Fouarre*, como las quebradas, hatos de fantasía maligna, acendramiento de ponzoña, chismerío, murmuración, bajeza!... ¡Con qué amargura restalla el labio queriendo expulsar tanta ignominia! Habladurías aquí y allá. En Francia, en Praya, a bordo, en Valparaíso y, seguramente, en el Perú adonde ya deben de haber llevado, palomas mensajeras de su infortunio, el relato de sus dolores convertido en novela de pecado. El chisme acecha en el jardín de la *rue Vaugirard*, en los vericuetos de *Fouarre* y la *rue du Chat-qui-pêche*, en las callejas de Londres, en la bahía de Burdeos, en las cabinas del *Mexicain*, entre los amigos del cónsul norteamericano de Praya, en el serrallo de monsieur Tappe, ahora en las doscientas y galaicas cajas de resonancia de Valparaíso. El chisme cruza los mares, veloz como saeta, Mercurio de sí mismo, alado y trimegisto. El chisme se agazapa en su alcoba, le sale al paso, le muerde los talones, se enrosca en su cuello, roza el rosado pezón de sus senos, amenaza sus ojos ahora fulgentes de ira y pena, húmedos de rabia y de angustia, de llanto incontenible, convulso y vergonzante. El chisme, el chisme... Chismes en torno de la mujer abandonada. Chisme para ahondar más la agonía de la Paria. Chisme y calumnia, armas cobardes que se incrustan en sus carnes y en su alma. Chismes, chismes... Y ella que siente más densa su soledad porque recuerda a Aline y su ternura, a Chazal y su bestial obcecación.

Madame Aubrit acude, inconsciente, con su innata fruslería:

—*Ab, c'est dommage...* Chabrié, que es tan bueno, no merecía eso...

—Pero, ¿qué le pasa a Chabrié? ¿Quién le ha hecho daño? —protesta Flora, dispuesta a defenderse.

—¿No se lo ha contado a usted? ¡Ah, el bribón!... ¡Pero, *Madame Aimée!*

—¿*Madame Aimée?* ¿Quién es *madame Aimée?* No comprendo nada.

El chisme alza la envenenada cola:

Lástima que Chabrié cayera en tan malas manos... Esa tal *madame Aimée* lo enloqueció y lo obligó a quedarse tres años en Lima, ahí en el Perú... Sufriendo un infierno de celos... Y él sigue tan loco por ella... como antes. *Pauvre petit Zacharie!*

Flora siente, no celos sino súbita congoja y ternura, inmensa ternura anegándole el corazón. ¡Sí, pobre Chabrié, *pauvre petit Chabrié*, tan ingenuo, tan sentimental!...

—Yo seré su ángel bueno, *madame Aubrit*... Trataré de consolarlo...

Y un áspid dormido levanta la cabeza y hormiguea en los labios y en el pecho de Flora Tristán: ¿por qué no viene Chabrié ahora que ella lo arrullaría entre sus brazos, como a un hijo, y lo besaría quizá con amor, tal vez con deseo? Años de ayuno sentimental, reprimiéndose, por conquistar el vellocino de oro de los Tristán, del Perú... Pero quien asoma es David, ceñido y sonriente, descarado y sin embargo trémulo...

—Usted, Alfred, me ha hablado de alguien que espera a Chabrié en Francia, y ahora sé que también lo desean en Lima...

Alfred David titubea. Luego puntualiza al *des-gaire*:

—Debe de ser un buen amigo de Chabrié el que le ha contado eso de Lima. No, *mademoiselle* Flora:

madame Aimée no ama a Chabrié, y él estaba loco por ella, hasta que la conoció a usted. Pero...

—Termine, *monsieur* David, tenga valor.

—Lo hago por usted, para que no se deje arrastrar a una locura que los sepulte a los dos... *Mademoiselle* Roux, de Burdeos, hija de un rico armador de esa ciudad, joven y bonita, que hoy tiene no más de diecisiete años, espera una respuesta de Chabrié para casarse con él...

(El chisme, Flora Tristán, el chisme te envuelve y te decide; el chisme te clava ahora su agujón en el orgullo, y ahí siempre has sido, eres y serás sensible, española soberbia, hidalguela orgullosa, criolla ufana, parisiense despechada).

—Pues que se lo lleve... y que se casen. ¿Qué me voy a hacer yo con ese tipo? No sabe sino suspirar y cantar con voz de tiple. Yo me largo a Arequipa, *monsieur* David. Y muchas gracias por todo. Es usted muy buen amigo.

* * *

Termina agosto. Los dos contertulios de la pensión de *madame* Aubrit le cuentan esa noche la leyenda de Isabel Flores de Oliva, Santa Rosa de Lima. Luego, se mezclan asuntos políticos. Los mismos apellidos en todo, hasta que la cabeza de Flora se vuelve una zarabanda de Larraínes, Tocornales, Alcaldes, Portales, Irarrazávals, Cotapos, Vicuñas; y de vez en cuando alusiones a "los gringos", invectivas o defensas de un comandante Viel, francés, y de un coronel Tupper, y de otro Rondizzoni, también "gringos", y alusiones a un señor Bello, hombre dado a las leyes, censor literario de la nueva República y, según el chisme omnipotente, aficionado a fáciles galanteos domésticos... Ahora hablan del Perú. Ahí reina la autocracia de un militar y su consorte, brava hembra que resuelve motines a fustazos, y galopa al lado de su marido en revistas y expediciones. Y hay un ex-clérigo indomable, que

defiende la libertad de conciencia contra el clero y contra el Gobierno: don Francisco de Paula Vigil...

Flora escucha con avidez. Nadie, salvo *madame* Aubrit, Chabrié y David, sabe que ya tiene en su bolso de mano la definitiva documentación de su pasaje a bordo del tres palos *Leonidas*, barco norteamericano que zarpará el 1^o de septiembre hacia el Perú.

Chabrié, lívido, desencajado, la aguarda ese día al pie del bote. Fina la mañana. Bajo el sol, cantan las blancas casitas del Cerro Alegre y del cerro del Panteón. El mar espumea brioso, pero cortés. Rebrillan las olas verdes, hieren el cielo de añil. Nunca han estado tan apetitosos los racimos de uvas verdes, negruzcos, violetas, transparentes. Nunca sonrieron más las manzanas sonrojadas. Junto a ella, Chabrié destaca su palidez de muerto.

—Júreme, Flora, júreme que me querrá usted siempre y que será mía...

Y Flora, anudada la garganta, sólo puede contestar con la húmeda niebla de sus ojos y la desolada inclinación de su cabeza.

—¡El *Leonidas* zarpa a las doce en punto!

Agil como siempre, el teniente David la invita a saltar a la canoa. Cuatro espaldas se encorvan sobre los remos cortos. Chasss...

—*Mademoiselle* Flora, ¿no quiere usted que, antes de abordar al *Leonidas*, demos la vuelta en torno de *Le Mexicain*?... Bien merece este saludo: nuestro barco no la olvidará nunca, *Mademoiselle*... Cada madero guarda la huella de su mano y su perfume, *mademoiselle*.

Flora dice que sí con la cabeza, mordiendo el pañuelito de encaje, mirando intrigada al teniente. Ya no es el cínico parisiense de los primeros días de a bordo. Algo ha ocurrido en el marino desaprensivo que tenía sarcasmos para los sentimentales; corredor de mundo y de mujeres. ¿No será que él,

también él, se ha enamorado de la Paria? ¿Y entonces el cuento de *mademoiselle* Roux, la novia de Burdeos?... Bah! *Alea jacta est...*

—Cuídese, *mademoiselle* Flora. Tiene usted una semana de navegación. No intime con nadie a bordo. No hay gente de fiar. Estos hombres, ya lo he averiguado, no son como los pasajeros del *Mexicain...*

Doce del día. Sol pleno, pero discreto. 1º de septiembre de 1833. El *Leonidas* abandona Valparaíso. Algunos pañuelos. Algunos recuerdos. Allá, la grúa de que colgaron al capitán Paddock. Allá, el Almendral. Allá, las Quebradas. "Desertado en Valparaíso". —Sí, desertada ella en Valparaíso, desertada de su dicha, de la fortuna, acaso.

Por distraer las horas, rompe a anotar impresiones: "El carácter de los chilenos me ha parecido frío. Sus maneras, duras y altaneras. Las mujeres son tiasas, hablan poco, ostentan gran lujo en la toilette, pero su manera de vestir carece de gusto. En lo poco que conversé con ellas, me quedé maravillada de su amabilidad, y a ese respecto me parecen inferiores a las peruanas. Se dice que son excelentes mujeres de hogar, laboriosas y sedentarias..."

"Si me habré vuelto definitivamente peruana", cavila Flora al releer su párrafo...

Y se lanza a escribir y escribir. Una pena inmensa mueve su corazón y su pluma.

Ocho días después, a las nueve de la noche, el *Leonidas* penetra en la bahía de Islay. Aguas peruanas "¿Me habré reintegrado a mi patria? ¿Me quedará mi patria para algo? ¿Qué dirá el tío Pío?"

De lo más hondo del recuerdo brotan las últimas palabras de su padre, don Mariano, tantas veces repetidas por la dulce *Minette*:

—"Hija mía, te queda Pío"...

Y las otras, que ella misma, Flora, escribiera a Chazal, cuando novios: "Yo quiero ser una mujer

perfecta; saben que no lo conseguiré: quiero darte tanta dicha que olvides todo el mal que te he causado... Y no separarnos más...”

“HIJA MIA, TE QUEDA PIO...”

ESPESA NIEBLA envuelve el horizonte. Intermitentemente los pitazos del *Leonidas* tratan de horadar la densidad plomiza contra la cual rebotan en vano el grito de los marineros, las órdenes de los pilotos, las conversaciones de los pasajeros. “¡Allá, allá el puerto!”, señala el doctor Castellac, indicando un punto imaginario a través de la neblina. A tientas reconocen los ojos el borroso perfil de una grúa, de unos mástiles. ¡Uh!... ¡uh!... ¡uhuuuh!... El doctor Castellac, parsimonioso médico francés, se dirige al camarote de Flora:

—¿Duerme usted todavía, querida compatriota?

—No, señor doctor.

—“¡Ah, si supiera usted en qué horrible desierto nos hallamos! Ningún árbol, nada verde..., sólo arena negra y árida, y agudas cañas de bambú... ¡Dios mío, Dios mío, que va a ser de mí!”

—Doctor, doctor, la suerte está echada.

Flora se precipita hacia la borda: toda ojos y entreabiertos los labios.

—¡Esta camanchaca! —murmura un marino al paso...

—¡*Camanchaca!* Primera palabra quechua que penetra por los oídos de Flora Tristán. Neblina húmeda, temible, impalpable e invulnerable. ¡*Camanchaca!* El mar apenas si mece el barco: mar plomizo también como el cielo, de un plomo lechoso, espeso como óleo. ¡Uhuuuuh!... Las velas lacias, ayunas de viento, cuelgan fúnebremente de las or-

gulosas gavias. El aguerrido trinquete flota exangüe al compás de las bordadas. Ni un soplo de brisa. Chas, chas, azotan blandamente los tumbos preñados de amenazas, ¡Uhuuuuh!, ulula la bocina de a bordo... Por babor aparece, casi a cincuenta metros, una falúa inglesa.

—Hello!... Hep... ¡Capitanía de puertoooo!

—Chirrían cadenas. La falúa avanza hacia el puerto de Islay, arrastrando a remolque al jactancioso tres palos en que Flora Tristán arriba a la tierra de sus mayores...

—La señorita Flora Tristán Moscoso Leisné...

Zzzun... zzzun... zzzunnn... pshpshpsh... rumbos, chichisveos. ¿Tristán? ¿Don Pío?... ¿Sí?... ¿Quién?... Don Pío... DON PIO. Sueño de la *rue de Fouarre*, epitafio de la *rue Vaugirard*: Hete aquí, Flora, en los feudos de don Pío: *Hija mía* nunca olvidó esa frase la *pauvre Minette*—, *te queda Pío*...

Don Justo, el director de Correos, la saluda con redoblada cortesía: "¿Me hará usted el favor de permitirme que la acompañe a tierra?"... ¿El puerto? menos de un centenar de casuchas de caña y barro, en medio de un arenal inabarcable. "Cuando se fundó este pueblo, señorita, sólo había tres cabañas y un cobertizo, que era la aduana: seis años después teníamos mil doscientos habitantes"... Mil doscientos habitantes... desierto, arena, chozas, tierra y paja, adobe y quincha —nuevas palabras nativas que aprende la viajera...

—¡Oh ¿es usted parienta de don Pío Tristán?
—interroga dubitativo el capitán de puerto. Y ante la respuesta de esos enormes ojos, informa: "El señor Tristán se encuentra ahora en su hacienda de Camaná a cuarenta leguas de aquí... Está inspeccionando su *ingenio*"...

Flora mira absorta las cabezas inclinadas, la curva de las genuflexiones, la sonrisa burocrática de los anchos y sanos rostros, color de cobre. Don Justo

de Medina, director de Correos, y don Basilio de la Fuente, director de Aduanas, se disputan el honor de ser los más obsequiosos. Flora se recoge sobre sí misma: no, no: halagos y halagos, adulación y adulación. ¿A ella? No, no. Comprende oscuramente que se encuentra en tierra adversa: que ahí impera la voluntad de su tío, y que ella —la libre— no es ya sino *la sobrina del señor Tristán*.

Felizmente, el doctor Castellac se encuentra a su vera. Pero sólo al papel se atreve a confiar Flora su primera observación sobre su patria ancestral: "Los peruanos son corteses en todas circunstancias, aduladores, bajos, vengativos y cobardes". Como un eco de sus pensamientos, el gabacho balbuce a su oído en ese mismo instante:

— "¡Ah, señorita, si supiera usted en qué perverso país nos encontramos! Estas gentes del Perú son tan aduonas y viles como los mexicanos. ¡Oh, querida Francia! ¿Por qué un medicucho no puede hacer una pequeña fortuna en París?"

Flora reacciona:

— "¿Qué mal le han hecho los peruanos?"

— "Todavía ninguno, pero..."

¿Es que ya no existe libertad ni para el diálogo? El señor de la Fuente, acalorado, entra anunciando: *Señorita, va a venir a visitarla monseñor Luna Pizarro*. En pocas palabras se entera a la viajera: se trata de un prelado ilustre, "padre de la Patria", "prócer de la Independencia", "orador formidable", "repúblico eminente", arzobispo en cierne, seguramente... Flora espera, saluda, escucha, contesta a todo maquinalmente. Monseñor Luna Pizarro —*petit Lamennais peruvien*, según anota la Paria en sus memorias— rinde en ella homenaje a su muy amado amigo don Pío Tristán.

— Su tío quiere ser presidente de la República— cuchichea por lo bajo el doctor Castellac...

(“¡De virrey a presidente de la República!”, piensa regocijada Flora).

Pero apenas sale monseñor Francisco Javier de Luna Pizarro, amigo de Bolívar —asoma el recuerdo del Libertador como un parpadeo en el breve coloquio—, llega una nueva visita, y luego otra, y una más, y aquélla, y ésta, y ésa, y estotra. Visitas y visitas. ¿A ella? No. Visitas a la sobrina de don Pío, el omnipotente. De don Pío, el poderoso adversario de la República. Don Pío, español recalcitrante ayer; ahora, peruano ambicioso. “Mucho gusto”, balbuce Flora apretando las sílabas; su mano cae lacia. *Merci bien...* “¡Cuánto gusto!”... “Para servirla a usted”... *Merci bien...* El *petit Lammennais* discreta en un rincón, con don Justo, don Basilio, don Pedro, don Lucas y don Juan... Ya ha empezado el baile. Anchas crinolinas, peinados densos, ojos negros, señorío y adulación. Lo único que se le graba de todo ello es el sonido triste de una romanza quechua y el sabor adorable del espléndido café nativo.

Cuando se van los invitados, empieza el saínete. En su pieza amplísima, Flora, que ya conoce el pertinaz asalto de las feroces pulgas de aquel rincón del globo, se despoja, de silla en silla, pieza por pieza, de su atavío. Ahí, la españoleta; en la otra silla, la falda; en la de más allá, el corpiño; en la siguiente, la enagua. Con cada pieza de vestir queda un enjambre de pulgas. Al cabo aborda la cama. Dos horas después, la mano de Flora monta guardia al sueño pesado, profundo, de su dueña, acribillada a lancetazos...

* * *

—¡A Camaná! La mañana es fresca. Flora anota minuciosamente: “5 de la madrugada del 11 de septiembre de 1833”. ¡Quién supiera que dentro de aquella carnadura delicada y seductora habita una memorialista minuciosa! El doctor Castellac ha escogido ya la mejor de las mulas. Flora anota: “tam-

bién este francés es egoísta". Temeroso de que, como en México, merodeen bandoleros por el camino, el Dr. Castellac ostenta una facha de Quijote del siglo XIX, presagio del futuro Tartarín. En su cinto asoman las culatas de dos pistolones y la cache de un fiero cuchillo de monte; azota sus piernas la vaina de un sable descomunal; en el arzón de la mula, dos pistolas más hablan elocuentemente del miedo del gabacho. No contento con ese arsenal, trata de procurarse un trabuco naranjero, ya que no una culebrina, sostén de su heroísmo. Flora recuenta su equipaje. Ella no había pensado en tales coyunturas. Desde París, América le parecía un continente abigarrado de europeos-americanos y de indios salvajes, pero no había pensado en el clima, en las costumbres, en los caminos. Su indumentaria contrasta con los ponchos de los demás. Parece una parisiense trasplantada por arte de magia al corazón de aquel desierto. Todos miran con mal disimulado asombro sus borceguíes de cutí gris, su bata color café, su delantal de seda, su cuchillo de juguete, su flotante abrigo, su gran sombrero de paja azul de la India.

Alea jacta est! "Hija mía, te queda Pío". La mula comienza a trotar pausadamente.

Horizonte inmenso. La arena quema como "vidrios hirvientes". Los ojos se fatigan de tanta extensión. En medio de aquel mar de polvo gris, surge el recuerdo de la abuela. El sol y la ilusión arrancan lágrimas a los enrojecidos ojos de la viajera. Arena y arena. La mula trota suavemente, con isócrono ritmo. Camello criollo, seguro paso, hamaca móvil.

A medida que avanzaba el día, aumentaba el fuego de aquella viva fragua, por entre la cual surcaba la caravana. A Flora le habían hablado sobre las gráciles llamas andinas, de cabeza señoril y paso elástico, pero hasta ahí seguía virgen su conocimiento de ellas. Blancas osamentas de animales jalonaban macabramente el camino. La jaqueca

avanzaba al seguro paso de la mula. Ya todo era ardor y mareo. Ni en las peores horas del Cabo de Hornos, a bordo del frágil *Mexicain*, sufrió como entonces. ¡Agua! ¡Agua! Cuánto diera por un vaso de agua fresca.

De un recodo, tras aquel desesperante y solitario médano, brotó el milagro de un tambo criollo. La techumbre de paja, la pared de quincha, el cobertizo para las monturas, y ¡agua, agua! Flora Tristán tiritaba ahora de frío, sobre la arena ardorosa "como vidrios hirvientes". Un grueso y listado poncho multicolor abriga sus hombros. La senda es más dura y abrupta. Más empinada. El vientecillo cordillerano penetra sutilmente por fauces y narices. Al borde de la ruta, una primera tumba humana: una piedra, una inscripción y una cruz. El frío amorata el rostro. Marchar, marchar... Abajo se tiende la delgada lámina del río: "¡Congata!", dice el guía. Las mulas aceleran su cansino trote.

* * *

Agobiada por cuarenta horas de cabalgadura, en un recorrido que, según los expertos, se hacía en dieciocho, Flora Tristán acepta casi insensible los halagos de los Nájeras, allá, en el caserío de Congata. Para ella han dispuesto una cama en la capilla. Flora mira las efigies sin darse cuenta exacta de lo que ve. Pero surge un gatazo negro, enorme, enroscándose, dando tumbos, cazando moscas, atrapándose la cola, y, tras él, la risa cantarina de un niño de cinco años...

En medio del cansancio, la azota el recuerdo vibrante de su hijo, en manos de Chazal. De su hijo que estará aprendiendo a odiarla. Y de su hija, de Aline, en manos de la honesta *mademoiselle* de Boursac... Y ella ahí, tendida, en plena cordillera de Los Andes, buscadora del familiar tesoro, sometida al imperio del "bondadoso tío Pío".

—¿Cómo te llamas? —balbuce, tratando de darse a entender.

—Mariano Nájera —responde orgullosamente el chicuelo, con gesto principesco.

—Mariano... —Y la divagación clava más hondo sus garfios en la imaginación de la viajera.

—Señorita...: monseñor el arzobispo de Arequipa ha enviado a su hermano a saludarla...

El doctor Castellac traduce al otro lado de la puerta:

—Señorita Flora: don Juan de Goyeneche, su pariente, trae encargo del arzobispo.

Mientras escucha cumplidos y ofrecimientos, Flora Tristán piensa con secreto goce en que ella será también grande y poderosa si tío Pío la acepta.

* * *

Fulge la mañana, bajo un cielo de esmalte. El día canta a lo lejos sobre las crestas nevadas, en los techos gachos y rojizos, sobre los lomos de las vacas, sobre el pelambre lustroso de las cabalgaduras. Un joven, casi un adolescente, de tez pálida, ojos negros, enormes y extáticos, boca fina, mentón pronunciado, esbelto y ágil de cuerpo, avanza hacia la capilla. Desde su umbral, Flora, paralizada, lo mira llegar. Es talmente tan "Tristán" que ella cree hallarse ante un espejo, ante un hermano. No puede despegar de él la mirada. El tampoco. Se beben con los ojos, pero callan.

—*Manuel de Rivero, a vos ordres, ma belle cousine...*

—¡Cómo! ¿Habla francés el primo Manuel de Rivero?

—Sí, estuve cuatro años en París, estudiando, pero nunca hallé un amigo en quien confiarme. Si hubiera sabido que estaba usted allí, prima...

Flora lo mira embelesada: "Se me parecía de tal manera que lo hubiera tomado por hermano mío", anota, luego en su diario. Manuel tenía diecinueve

años, y era portador de una carta de la prima Carmen Piérola de Flores. Doña Carmen la invitaba a alojarse en su casa de Arequipa.

Para aliviar las horas del tránsito, ordenan que un francés, M. Durand, acompañe a Flora, pero son tantas las mieles de este palaciego, que ella prefiere la soledad por compañía.

Ataviada de amazona, en color verde, jinetea un hermoso caballo, con montura a la inglesa.

—¡Parece muy bueno el tío Pío! —confiesa conmovida Flora, a su primo Manuel, mirándolo siempre a los ojos.

—¡Ay, prima! —suspira éste, y añade con los dientes apretados—: ¡Los Tristán! “Ni los Rohan, ni los Montmorency tienen, con su nombre y su fortuna, tanta influencia, y, sin embargo, vivimos en una república... ¡Ah!, sus títulos y sus inmensas riquezas pueden procurarles el poder, pero no el afecto. Duros y pequeños como banqueros, son incapaces de una acción que responda al nombre que llevan”.

Flora se lo queda mirando. ¡Conque así eran los Tristán! Una amarga sonrisa va plegando poco a poco sus labios.

—Si supieras, primo Manuel, que las últimas palabras de mi padre, tu tío, fueron decir a mi madre: *Hija mía, te queda Pío...*

Manuel sacude la cabeza picando las espuelas a su caballo.

¡Tiabaya! Desde la pequeña eminencia, Flora sofoca un grito ante el paisaje deslumbrador. Al fondo, el cono nevado del Misti, con un leve penacho de humo en su cúspide. Abajo, una campiña de esmeralda. Engastada en ella, la ciudad blanquísima, paloma dormida sobre el césped. El río se desliza manso y azul. Y el cielo brilla de tal modo que todo parece como cegado por él; árboles y ojos, picachos y valles, asnos, y el molino aquel que gira perezosa-

mente sus aspas, y el grupo de lavanderas, con sus ponchos ocres, listados de azul, amarillo y carmín, y los perros que ladran pegados a las crinudas y largas colas de los caballos que, en compacto grupo, se acercan al encuentro de la viajera.

Con el doctor Baltazar, destacado como heraldo de la familia, vienen siete u ocho franceses vecinos de Arequipa, convertidos en guardias de *corps* de *mademoiselle* Flora, "la sobrina de don Pío" Dialogando animadamente caminan las cinco leguas que aún faltan para la ciudad. Es el 10 de septiembre de 1833, según anota la memorialista.

En Arequipa, al pasar por la calle de Santo Domingo, la sorprenden las casas de muros de macizo sillar, blanco como piedra de lava. Sobre ella está grabado el blasonado caserón de los Tristán.

Desde la claveteada y anchurosa puerta de calle, abren paso dos hileras de esclavos. "¿Reina yo?", piensa Flora. Apenas logra darse cuenta de la amplitud del vestíbulo, lleno de sol y de las arañas de luz, profusas y retorcidas, con lágrimas de cristal, que adornan la sala: la detiene una figura menuda, vestida de oscuro, que avanza hacia ella. Tiene el rostro feo y picado de viruelas, pero sus pies asoman coquetonamente bajo su larga falda, son "los más lindos pies que he visto". Breve, de no más de seis pulgadas, con el empeine alto; gordezuelos, primorosamente calzados de raso, taconeando rápidamente, levemente, como picoteos de pájaros, se acerca. Arriba, coronando el suntuoso ropaje, unos labios gruesos, entre muchedumbre de hoyitos de viruela, brindan a Flora el beso de bienvenida:

—Yo soy tu prima Carmen.

Cinco monjes de la orden de Santo Domingo, con sus hábitos blanquinegros, sus largas capas de luto, el cabello recortado en redondo sobre la oreja, pronuncian un panegírico de la abuela de Flora Tristán y presienten, en voz alta, que ella será como

“nuestra respetable y devota protectora, a quien Dios bondadoso ha recogido ya en su seno”.

Flora no sabe qué decir. Ni siquiera sonrío, trémula, despavorida, ambiciosa y desencantada.

Desfilan damas y caballeros.

—“¡Qué linda!” “¡Es un amor!”... “¡Preciosa, preciosa, guá!”... “¡Qué ojos tan negros!”... “¡Tiene una risita de lo más lisa!”... “¡Parece muy dulce!”

A las doce de la noche, a solas ya con la negrita que le han señalado como criada, Flora Tristán puede al fin retirarse a descansar.

* * *

“En esta casa nació mi padre”, piensa entre las sábanas de encaje, sin poder conciliar el sueño. “En esta casa nació mi padre”. Primer reencuentro con su linaje. Con su cuna. “Yo que me sentía tan peruana”... Pero los muros blanqueados de cal parecen más de convento que de mansión lujosa; las sillas estilo Felipe V disuenan con una vasta alfombra inglesa que cubre los veinticinco pies de largo por veinte de ancho de aquella sala. La otra habitación es mezquina, sin sol.

Flora siente que le quema el rostro. ¿Vergüenza, insolación? De todos modos, el tal Pío es, sin duda alguna, un hombre avaro...

Cuando despierta por la mañana, el espejo le revela un momentáneo drama: tiene el rostro carmesí, a causa del sol y el polvo del camino, la nieve de las cumbres y el yodo del mar. “No puedo recibir visitas con este eritema...” Tres días logra mantener su retiro. Al cuarto, la prima Carmen acude afanosa:

—Tienes que recibir a las amigas... Si no, se pondrán a hablar... Aquí la gente es muy chismosa... Durante un mes tienes que recibir a quienes vengan...

Visitas... Chismes... La mano se cansa de apretones, el oído de murmullos, el ojo de guiñadas, el ánimo de zalemas, el orgullo de genuflexiones, la

tolerancia de sotanas y envidias. Ya empezó el run-rún. Ya se dice lo que se dice.

Carmen no se inmuta: en el secreto de la noche, abre su corazón a la viajera: ella también es una insatisfecha como Flora, como *madame* Aubrit, la de Valparaíso; acaso como todas las mujeres. Su marido solía humillarla, ostentando doquiera a sus queridas, haciéndolas pasear bajo las ventanas de la casa conyugal. "Si no fuera que el matrimonio es indisoluble, cien veces lo habría abandonado". ¡Ella también, Carmen, la católica: ella también! "Tuve que vivir así, fingiendo y siendo coqueta". Diez años más tarde, el marido —que tenía treinta— regresó al hogar de la esposa, pobre, enfermo, habiendo dilapidado el dinero propio y el de ella. Durante dieciséis meses que duró la agonía, Carmen se entregó totalmente a su misión de enfermera. Ahora le quedaban el recuerdo de su desengaño, su abnegación, un hijo, su viudez y el favor de sus parientes.

—Y he de vivir aquí, a merced de los caprichos de tío Pío, en este país donde tengo que quedarme para siempre... —Carmen sollozaba dulcemente, sin ruido, desfogando su pena tanto tiempo enmudecida.

Flora la cogió de las manos, y como quien averigua un secreto, preguntó extrañada, evocando su heroísmo al separarse de Chazal y de sus hijos:

—Pero, prima, ¿por qué se queda usted aquí?

—¿Por qué, Florita? "Por orden de la más dura de las leyes: por orden de la necesidad".

* * *

Tío Pío sigue la temporada en Camaná. (*Hija mía, te queda Pío*). Sus cartas son blandas y promisorias, pero no viene. Flora sonrío escéptica cuando piensa en la hazaña realizada para eso. *Hija mía, te queda Pío*.

Felizmente, la prima Carmen se afana en llenar sus ocios con empeñosas lecciones de castellano.

Así podrá hablar con tío Pío en su propio idioma, cuando él venga.

Las horas discurren apacibles, entre excursiones a Tingo y Tiabaya, paseos por los huertos de Caima y Yanahuara y por la espléndida vega del lugar.

Han pasado cinco días de su llegada, cuando, de repente, la casa entera se vuelve loca; ruedan vasos y botellas, platos y cántaros; suenan con rudo estrépito los techos como si se desplomaran; ábrense hondas grietas en las paredes, y el pavimento muestra fauces inéditas. Flora siente que la posee un pánico desconocido, un miedo instintivo, animal, de bestia acosada. Todas las mujeres se han puesto de rodillas en el patio y se golpean el pecho, implorando cosas que ella apenas comprende. Sólo entiende una palabra *in crescendo*: temblor, **TEMBLOR**... Sin poderse contener, se lanza también a la calle, dando gritos. Con ella, arrastrándola casi, sale Carmen.

¡Temblor! De rodillas en las plazas, las arequipañas claman al cielo con ritmo de salmodia, con terquedad de rito: "Aplaca, Señor, tu ira, tu justicia y tu rigor". ¡Tu justicia y tu rigor! ¡Tu ira! Por la tarde, al día siguiente, durante una semana, llegaron las fatídicas nuevas: "Tacna ha sido destruída", "en Locumba se abrió la tierra, tragándose casas enteras".

—¿Y en Valparaíso? ¿Y en Camaná? ¿Y en París?

—¡Oh, señorita!... París está muy lejos, sabremos algo dentro de un mes... En Camaná no ha ocurrido nada: el señor don Pío se encuentra bien de salud, con la familia... Valparaíso y Lima apenas han sido perturbadas... (Flora exhaló un suspiro)... Arequipa casi no se ha conmovido: estos sillares son robustos y resisten los temblores...

* * *

—Flora, ¿quieres salir conmigo? Hoy es día de la Virgen de las Mercedes... Ven a ver la procesión y el Misterio de la Plaza...

Doña Carmen hablaba entusiasmadísimamente. Por la calle desfilaban ya comparsas de negros y zambos, disfrazados de arlequines, moros, pierrots, soldados y cruzados, y todos gritando... bailando.

—Les pagan un real diario por esto —apuntó orgullosa la prima Carmen.

En la plaza de La Merced, sobre pilares hechos de toneles, se alzaba un tinglado rústico, decorado por los bastidores y telonerías del teatro de la ciudad. Una turba agitada y sudorosa se apretujaba en el vasto ámbito abierto bajo el cielo de cristal azul. Olía a beaterio y a sudor, cómo en la procesión de la mañana, cuando pasaron treinta negros cargando la pesada anda de la Virgen, constelada de exvotos y flores... La multitud bramaba rezos y jipíos, vítores y ayes.

—Es el París del siglo quince —comentó Flora en su mal castellano—. ¿No ha leído, prima, *Notre Dame de París*, de Víctor Hugo? Ahí pinta una escena así, con juglares y místicos callejeros... Cuasimodo y Esmeralda eran... pero ¿realmente no has leído la novela?

—¡Oh, qué pecado, prima!... Aquí no leemos sino lo que el obispo permite...

Sobre el proscenio avanzaba ya una Virgen Santísima del brazo de un San José, ambos jocundos y rojizos... Los cristianos habían ido a tierra de los turcos para atraerlos a la fe de Jesús... La turba prorrumpía en atronadores gritos: “¡Viva la Santísima Virgen! ¡Viva Nuestro Señor don José! ¡Viva el Santísimo Papa! ¡Viva Arequipa!” Y allá, uno más enloquecido, lanzó un “¡Viva el general Gamarra!”, y otro respondía a garganta herida: “¡Viva don Pío Tristán!”.

“Aquí no existe el verdadero matrimonio —ano-

tó la Paria entristecida— ni la fe religiosa”. Pero ya la prima Carmen le apretaba el brazo para que viera la danza de moros y cristianos. Ya se dirigían a casa para iniciar una cena, en la que prevalecerían las papas asadas y los rubicundos camarones de Vitor, entre ciénagas de cebollas y ají.

“¡Ah!, Bolívar debía vivir aún para que remediara todo esto: él sí que era liberal”.

—Ven, Flora; hoy come con nosotros el Obispo Goyeneche. ¡Bendecirá nuestra mesa! ¡Que felicidad! —Para doña Carmen no existía el recuerdo de su esposo tiránico y explotador, ni su ansia de divorcio, ni la rudeza de un destino absurdo. Arriba, en sus andas, la Virgen de las Mercedes, vestida de blanco, constelada de “milagros”, abría los brazos cortos y abrazaba a su turba trémula de libertinaje y alcohol.

—Hoy es el último día del Señor de los Milagros en Lima —anunció doña Carmen, señalando el calendario: 28 de octubre. Flora la escuchó vacía de pensamientos. Una carta, sobre su mesa anunciaba que *Le Mexicain* llegaría a Islay ese mismo día. *Monsieur* Viollier había traído la noticia. Chabrié iba a trabajar con *monsieur* Le Bris.

¡Chabrié! Sangrante herida abierta en el costado más sensible de la Paria. ¡Chabrié! Puerta de salvación. ¡Chabrié! Anzuelo del deseo. ¡Chabrié! Ingenuidad y ansia inédita.

* * *

—¡Oh, Flora, mi querida Flora! No puedo hablar más. ¡Me ahogo! (Ahí está Chabrié, hinojado, hincada la calva robusta en el regazo de la Paria. Ha venido por seis días para llevársela a París. Para casarse con ella. Para rehacer su vida: sus vidas).

—Casémonos, Flora: no importa nada. Todo lo sé. Casémonos. La amo.

Alfred David, desde Islay, subraya la resolución

de Flora: "Despídalo. Está loco por usted. Despídalo: es preciso, por él".

(Te irás, Chabrié, con las manos vacías. Flora Tristán ha escogido su camino: el de su ambición, el de su fatalidad. Pasarás seis días acongojado, pero te irás. Flora Tristán no retrocede. Sus labios ignoran la piedad. Vete, Zacharie Chabrié, capitán de tempestades marinas, grumete de tormentas de alma. Vete, Chabrié. Flora Tristán no retrocede...)

Y Flora, anudándosele la voz en la garganta, señaló la ruta del mar al capitán Chabrié.

* * *

¿Qué va a ser de tu vida, Flora, abandonada a manos de tu esperanza y de don Pío? Lo que la suerte diga: *Alea jacta est*. Doña Carmen ha olvidado sus congojas. Tus labios, Flora, se resecan bajo los picantísimos guisos de Arequipa. Necesitas aire, luz, libertad. Siempre libertad. Y ella viene en forma de una locura dinámica, de una locura avasalladora, traída por un extranjero que ancló, él también, en el Perú: el primo Manuel Althaus surge como un turbión en la mansa casona de Santo Domingo, despertando chillidos de sorpresa en doña Carmen, sonrisas tristes en Flora. Sonrisas, después de todo: sonrisas, transacción con la amargura, preludio de resignación.

* * *

Acaban de marcharse *monsieur* Le Bris, acaudalado comerciante de Arequipa, uno de los nueve o diez franceses de la ciudad, y su primer ayudante, *monsieur* Viollier, apacible ciudadano suizo, admirador silencioso de la Paria. Con ellos, había venido también M. Poncignon, bordelés, propietario del más rico almacén de novedades de la ciudad. Horas antes habíanse asomado a preguntar por la salud de "la señoguita Tgistán" los señores Cerf, judíos de Brest, también comerciantes, y *monsieur* Morinière, profesor del Colegio.

La familia de doña Carmen remanga el hocico cada vez que se anuncia una visita burguesa, pero anota el nombre para obtener rebajas en sus compras a la sombra de la ciudadanía francesa de la viajera.

Flora se halla en cama, paliducha, más dilatadas las pupilas de ensueño, más pálidas las mejillas de seda, más transparentes las manos de marfil, más delgados los labios, aún el gordezuelo atrevido labio inferior que desafía y provoca.

En vano el primo Althaus habla de sus excursiones al volcán Chachani, al Misti tutelar que yergue su cono coronado de nieve sobre el esmalte del cielo. Flora está enferma y triste. Todos los días recibe cartas que lee, guarda y la dejan meditativa. Lágrimas, no; eso no; lágrimas no aparecen en su rostro; pero, melancolía, sí, y melancolía honda. Y el encaje de la camisa cerrada hasta el cuello se alza a intervalos sacudido por un suspiro.

Chabrié vino y se marchó para siempre. No volverá nunca más. Flora tiene fijos los ojos en sí misma. Chabrié se ha ido. Ella lo arrancó de su vida. Las cosas fueron así:

A pesar de todo, el capitán romántico y sin cabellos insistía en sus ofertas. Flora, decidida a librarlo de su pasión, lo abordó incisiva:

—Zacarías, ya usted sabe que debo ser millonaria, pero que me falta la partida de matrimonio de mis padres para ser heredera de mi abuela... Si usted me ama de veras, hágame un favor, y seré suya. Ahora que se va usted a California, o si se dirige usted al Africa, pague a unos sacerdotes, a un falsificador, y forje una partida de matrimonio de Mariano de Tristán y Thérèse Leisné. Seremos millonarios, Zacarías. (Flora jadeaba de ambición acallada y de despecho).

Chabrié la miró de hito en hito. Y lentamente,

bajando la cara, como quien se arranca centímetro a centímetro una daga del pecho, fue diciendo:

—Nunca lo hubiera creído... Nunca, Flora... Todo, menos eso... Es usted una... es usted una ambiciosa vulgar... Yo nunca vacilaré entre el honor y la infamia... Usted me propone una infamia... Quédese con sus expectativas... La odio tanto como la amaba...

Desde Islay escribióle una carta: "Su hija de usted —decía en su último párrafo— encontrará en mí a un amigo que hará amar el recuerdo de su madre"...

¡La pobre Aline!... ¡Y ella ahí, asaetada por la envidia, el recelo, la avaricia!

¡Que bien juzgaba el amable David la situación, desde Islay! Sus cartas le habían señalado el camino de la renunciación ante Chabrié, y ahora le marcaban los peligros: "El juicio de los hombres — escribía David en una de ellas— está todo a favor suyo, pero las mujeres fruncen los labios al jurar por Dios que es usted encantadora. ¡Es un principio de civilización!", ironizaba finalmente el audaz parisiense...

Flora Tristán desgrana recuerdos. El crepúsculo se entra de rondón por la ventana amplísima; el crepúsculo y el cielo de cobalto, maravilla de contrastes, de serenidad y luz.

* * *

Flora ha asistido a peleas de gallos. Ha admirado con gesto de nativa a unos acróbatas que bailaban en la cuerda floja. Ha oblado varias limosnas a unos monjes grises que piden "para los muertos" y "para las ánimas benditas". Una vez por semana ha visto o seguido alguna procesión. Ya conoce el atuendo pagano del "calvario" en Semana Santa, punteado de gritos y pantomimas sacras. Ya ha visto el violento Carnaval en que los jugadores se agreden con cascarones de huevo llenos de agua de olor. Sin embargo, su vanidad no está satisfecha.

“En el Perú, como en toda América, el origen europeo es el gran título de nobleza, anota, y agrega: Las mujeres de Arequipa... me han parecido superiores a los hombres.”

Flora se aburre, y don Pío no llega aún. Su aislamiento se ameniza cuando el suizo Viollier le presenta al vizconde de Sartiges, secretario de la embajada francesa en Río de Janeiro, que ha venido a tomar apuntes para escribir sobre el Perú. El señor de Sartiges tiene las manos blancas y finas, el rostro sonrosado y terso, la voz dulce; sus cabellos de oro enmarcan una cara casi femenina, y su conversación acuciosa indaga mucho por las mujeres, “por que sí hay muchas mujeres bonitas acá”, subraya con severa indignación de cuáquero el compatriota de Rousseau y Calvino.

Flora se aburriría menos si... Pero el vizconde de Sartiges no tiene tiempo sino para regalar rizos de sus lindos cabellos, aceptar citas, dar algunas, deslumbrar con sus levitas de cuello de terciopelo, sus lentes con cordoncillo negro, su bastón de junco, sus corbatas impecables...

—¡Ah, las chilenas! —dice a veces, bajando los ojos como si se avergonzara de algún pecado, subrayando así con fingido candor su donjuanismo innato—. ¡Ah, las peruanas! —empieza a decir, poniendo una mano sobre el pecho, mientras decenas de ojos de ñorbo acechaban su paso tras las celosías y decenas de labios exhalaban suspiros al ver “al lindo francés de blondos cabellos”.

Pero Flora conoce el secreto del frívolo M. de Sartiges: ama y estudia.

—Tengo el proyecto de publicar un libro sobre América. Lo firmaré con un seudónimo, ya que como diplomático no estaría bien que diga lo que pienso. Lo firmaré “Lavandais”.

El primo Althaus, que observa el diálogo entre el vizconde y su prima, acude al lado de ésta:

—Dígame, prima, ¿para qué le servirán a Francia alfeñiques como este vizconde? Cuando yo estaba en Francia... los soldados franceses no eran así.

—Usted no piensa sino en la guerra...

—Es un acto viril. Yo he peleado por Francia y, después de mil ochocientos quince, por Alemania. Como no hubo más guerras en Europa, me vine a buscarlas en América. Pero, en vez de cincuenta mil hombres, me entregaron el mando de ochocientos... Una desilusión, querida prima. He guerreado y no tengo heridas. Salvo la de Arequipa, su prima Manuela de Flores, mi mujer... hace siete años...

—Cuando usted pasó a ser súbdito del tío Pío...

Althaus se quedó mirándola de hito en hito y luego rompió a reír, sacudiendo sus robustos hombros, soberbia coronación de la cuadrada arquitectura de su cuerpo.

* * *

—Flora, Flora, tío Pío te invita a que salgas a su encuentro, en su casa de campo... en el camino de Islay... El regresa de los baños...

—¡Tío Pío! *Alea jacta est*. Flora recupera su dinamismo. El 3 de enero, a las 4 de la tarde, Flora Tristán, acompañada por Manuel de Althaus, M. de Viollier y un numeroso séquito, sale a caballo de Arequipa al encuentro del destino.

El tiempo y la emoción nublan sus recuerdos, sus impresiones, todo.

Un jinete se acerca entre torbellinos de polvo. ¡Tío Pío! Un abrazo largo, fuerte, trémulo de sollozos. Y una voz grave, algo entrecortada, que murmura procurando estar serena: —“Es él, es él, mi hermano Mariano en la persona de Flora. Es él... Hija mía, querida sobrina, su padre fue para mí un padre, más que un hermano: usted es por consiguiente mi hermana, no mi sobrina...”

(“Hija mía, te queda Pío”).

“LOS PERUANOS SON FALSOS...”

FLORA SEGUÍA MIRANDO intensamente al hermoso anciano: ¡al tío Pío!... Delgado y chico, pero robusto y erguido. “Unos cinco pies de alto” —escribiría en su diario la inquieta sobrina—; pálido el rostro; canos los cabellos; azules los ojos, y chispeantes; las facciones finas; ágil de movimientos, casi felino, “nadie pensaría que tiene sesenta y cuatro años ya”. El gesto radiante de astucia. El ceño, al arrugarse, era heraldo de tempestades. Pero, en general, su severidad se atemperaba con la cortesía del modal y la dulzura de la palabra, militarmente cortés. Bromaba a menudo sin perder nunca su talante aristocrático. Y, sin embargo, a pesar de la distinción y el señorío, “no tiene cara de europeo”... Flora no se lo ha dicho. Don Pío presume de parisiense y de madrileño, antes que de criollo americano. Pero, a pesar de los pesares, “no tiene cara de europeo”.

A su lado sonríe ahora una mujer, su esposa doña Joaquina Flores, que anuda tiernamente los brazos al cuello de Flora. Doña Joaquina, de unos cuarenta años, tiene los ojos nigérrimos, profundos, destacándose sobre la dorada piel de melocotón. Don Pío Tristán es su tío y esposo. Pero doña Joaquina aventajaba a su esposo en tino. Sabe sonreír con puntería de avezado tirador. Nunca descompone su gesto amable. Cuéntanse de ella mil anécdotas que revelan su perspicacia. Pero Flora intuye que la red de zalemas pretende pescarla, y, ya retirada en su alcoba, escribirá un comentario amargo, definitivo: “los peruanos son falsos”. ¡Y tanto!

“Quién diría —añade— que esta mujer, aún fresca, ha tenido once partos”... Doña Juana sonríe y acaricia a Flora. La sala va quedando sola. Se acerca la conversación decisiva. Flora está intensamente pálida. Don Pío fuma solemne, pausado, un enorme cigarro habano, arroja la ceniza con el meñique, carraspea, se arrellana en una butaca. Doña Joaquina hace una venia, da una palmada en la mejilla a “Florita” y sale de puntillas...

* * *

—No, Florita, es imposible. Comprendo lo que usted me dice y sus derechos. Pero, “en asuntos de negocios”, no conozco sino las leyes y pongo de lado toda consideración particular. Usted, Florita, me muestra su partida de bautismo que la señala como hija legítima, pero no la partida de matrimonio de sus padres; además, la partida de su estado civil establece que usted ha sido inscrita como hija natural. Con este título tiene usted derecho a un quinto de la sucesión de sus padres. —Las palabras resueñan como martillazos; don Pío chupa pausadamente su puro; Flora lo mira, dilatando los ojos enormes, sin pestañear casi, respirando apenas—. Yo le he mandado su cuenta. ¡Apenas pude pagar las deudas de mi hermano en España! Se lo había gastado todo. En cuanto a mi madre, es bueno que sepa que los hijos naturales no tienen derecho a heredar a sus abuelos. Así, pues, querida sobrina, nada suyo tengo yo... si no me presenta una partida en regla...

Rápida incisión, Flora ataja con una pregunta que es un latigazo:

—Pero, ¿cree usted o no que soy hija de su hermano?

—Es usted su vivo retrato, ¡qué duda cabe!

—¿Cree usted en Dios?... No piense, señor, que trato de ofenderlo al preguntárselo...

—La quiero a usted como a una hija, pero... —don Pío se pierde en explicaciones, y agrega como

un estribillo—: Yo no soy injusto... yo no soy injusto.

Flora corta, herida y enérgica, con más viveza que don Pío:

—El matrimonio de mis padres es un hecho notorio. Pero ellos no pudieron impedir (la ironía imprime una mueca en el rostro pálido de Flora) la guerra de España ni el saqueo e incendio de la curia en que estaba inscrita su partida. Sin embargo, en Bilbao todos reconocen ese matrimonio. Sólo usted... ustedes... mis tíos, mi familia, lo niegan. Yo no reclamo los ochocientos mil francos que usted y cada uno de los coherederos de mi abuela han recibido. Yo sólo reclamo cinco mil francos de renta al año. Así no tendré que limosnear. Ni que prostituirme, si acaso...

—Flora, ¡hija mía!

Larga pausa. Flora tenía los ojos arrasados de llanto. Don Pío, después de un rato, como siguiendo el hilo de sus meditaciones:

—Pero, ¿cómo voy a darle yo veinte mil pesos?

—¡Qué sé yo! No pido nada ajeno. Pido lo mío. Usted me condena a la miseria, usted, el hermano de mi padre, el *hijo* de mi padre, porque él fue como un tutor, como un padre para usted... Usted me niega una dádiva teniendo trescientos mil francos de renta. Usted... Y mi padre que al morir nos decía: "Les queda tío Pío"... ¡Tío Pío! ¡Tío Pío! —Flora salió enjuagándose la boca con esas palabras—: ¡Les queda tío Pío!

* * *

Monsieur de Viollier no ha podido encontrar alojamiento para Flora, en la ciudad. Ella está decidida a abandonar la casa de sus familiares. El primo Althaus se desliza a su vera para decirle:

—Flora, ya sé lo ocurrido. No vamos a dejar nuestro dinero en sus manos ¡por lindas que sean...

y lo son! Pero, aunque litiguemos, sigamos siendo amigos...

* * *

El Presidente de la Corte de Justicia responde con la voz quebrada:

—Señorita Tristán, no conozco carta más imprudente que la suya a su tío. Si no es por esa carta, él nunca habría podido afirmar que usted no tiene pruebas del matrimonio de sus padres. Usted misma se condenó. Ya nada puede exigir a don Pío. El tiene una prueba en sus manos: su carta de usted, desde Francia.

* * *

Los amigos de la casa murmuran en la sala de la calle de Santo Domingo:

—Una aventurera, sin duda... ¡quién será su madre! Y todavía que don Pío le regalaba dos mil quinientos francos anuales. ¡Una caridad! ¡Así paga el diablo!...

—No era regalo, señores —balbuce don Pío, haciéndose el generoso—; era el pago de una deuda...

Entretanto, Flora no sale de su alcoba. En vano llama a su puerta la prima Carmen. La Paria se niega a recibir a nadie. Una carta tajante contiene su pensamiento. Está dirigida a don Pío Tristán. En ella dice la abandonada: "él (mi padre) me recomendaba a su Pío... Ahora no me exijan alegría".

* * *

Ese día, 23 de enero de 1834, Arequipa amaneció alborozada. El general Bermúdez, que fuera impuesto presidente de la República por el ex presidente Mariscal Gamarra, acababa de ser derrotado por el Mariscal Luis José de Orbegoso, rico terrateniente del Norte y caudillo popular entonces. El Coronel Nieto había sido designado jefe del departamento de Arequipa. Nieto nombró jefe de su Estado Mayor a Althaus. En seguida escogió por

consejero al Deán Juan Gualberto Valdivia y decidió imponer un cupo a los principales capitalistas de la ciudad. Don Pío, político cazorro, había comprendido el peligro. El clérigo Valdivia aconsejaría a Nieto que lo acabase a cupos y hostilidades. ¿Quién podría ayudarle? Y un pensamiento fulgurante: ¡Flora! Althaus la había hecho su confidente... Aquella tarde, Flora oyó tocar mucho a su puerta; y a la pregunta de "¿Quién va?", contestó melosamente una voz: "Soy yo, tu tío Pío..." Hubo de abrir y conversar:

—¿Qué debo hacer, sobrina?

—Antes que le impongan un cupo, obsequie dos mil pesos a Nieto.

—Pero...

—Es lo único posible...

* * *

—Flora, Flora...

—¿Qué quieres, Carmen?

—Ven a ver desfilar a los capitalistas de Arequipa, pálidos, temblorosos, con sus sacos de plata, joyas y artefactos, hacia la casa de Nieto, a pagar el cupo... Gamio ha sufrido un desmayo... Ugarte casi se vuelve loco de avaricia. Goyeneche estuvo a punto de morir... Ven, Flora. Gracias a Dios, Pío pagó voluntariamente y no le han pedido nada. Se ha salvado así de la vergüenza. Pío es muy vivo, ¿no te lo he dicho?

—Pero, ¿no son los Goyeneche tan ricos?

—Sí que lo son... Pero no de origen... El primer Goyeneche vino de Vizcaya, con zuecos. Pero se casó con una Moscoso, nuestra parienta, y así tuvo dinero y nombre. A Manuel y a Mariano Goyeneche les dieron buena educación. De éstos desciende el obispo José Sebastián, hermano del conde de Guaqui. Ya sabes que el condado fue cuestión de suerte y de guerra... José Sebastián, digo Monseñor Goyeneche (Carmen hizo una reverencia), recibe cien mil pesos

de renta del obispado, y de ellos debe dar parte en limosnas... Pero es así (Carmen se golpeó el codo con fuerza), como una roca. ¿No has oído decir "a la Goyeneche"? Eso quiere decir ser avaro como un judío. Imagínate que una viuda fue al obispado a pedirle limosna para enterrar a su hijo, y el obispo le dio un real: quince céntimos en Francia. Un padre de familia se rompió la pierna, y tenía tres hijos; acudieron a la caridad del obispado: otro real... Por eso Valdivia lo ha atacado tanto: le ha dicho que de 14.000 pesos que debía haber gastado en limosnas sólo ha usado 1.000. Y dice que ha hecho un negocio de 200.000 pesos más... Dicen que tiene un "entierro" como el viejo Hurtado... Porque has de saber que el viejo Hurtado... (*¡Chismes, chismes!* —comenta Flora.)

Tras los *ricos homes* de Arequipa, cargados con sus talegos de dinero, iba Althaus. Valdivia, hombre de unos treinta años, hechura de Luna Pizarro, lo seguía por la acera, vestido de sotana...

—Mira, Florita: Valdivia se ha puesto sotana. Nunca la usa. Y Nieto no sale a la calle. Algo malo está pasando...

* * *

Segundo cupo en dinero, yeguas y negros. Don Pío tuvo que pagar esta vez seis mil pesos. Althaus reía a carcajadas de las cuitas de su tío. En secreto confió a Flora:

—Esta resulta, como siempre, una guerra de opereta. Valdivia es un lindo endiablado que explota las pasiones. Aquí no hay soldados ni cosa que se le parezca. Y yo, con mis años de guerrear en Europa, tengo que habérmelas con estos micos. ¡Quieren que leve conscriptos! Eso es mucho. Soy duro en el campo de batalla, pero ante desgraciados, sufro y lloro. El diablo de Valdivia les dice: vais a despertar envidia en los soldados de Europa. ¡Pen...!, perdona, Flora, casi digo una barbaridad...

* * *

En la soledad de su habitación, Flora recoge en un cuaderno sus impresiones de Arequipa. Escribe:

“Con los ojos fijos en los prodigios que la libertad ha hecho florecer en la América del Norte, se admira uno de ver a la del Sur presa, por tanto tiempo, de las convulsiones políticas, de las guerras civiles y no se presta suficiente atención a la diversidad de climas y a las diferencias morales de los dos pueblos. En la América del Sur, las necesidades son restringidas y fáciles de satisfacer. Las riquezas están también muy desigualmente repartidas y la mendicidad, compañera inseparable del catolicismo español, es casi una profesión. Existían en el Perú, antes de la Independencia, numerosas fortunas hechas en los empleos públicos, en el comercio y, por fin, en la explotación de las minas...”

Agrega, después de un momento, pensando en el Deán Valdivia:

“El catolicismo comenzó a declinar desde el día en que, abandonando la elección popular, el sacerdocio no ha querido recibir sus funciones de la conciencia de los pueblos, sino de los reyes y de los príncipes de la Iglesia. Esta religión está estancada desde entonces, o, al dejar de progresar con las naciones, será abandonada paulatinamente”.

Y, después de una vacilación, recordando los relatos de Althaus:

“El pueblo del Perú es antimilitarista. Todos aborrecen la situación de soldado. El indio prefiere matarse antes que servir... (en el ejército)”.

* * *

Arequipa no descansa. En las afueras acampa el ejército de San Román. El presidente Orbegoso conoce la debilidad de los insurrectos; sabe que Gamarra no puede esperar mucho del país; que su autoritarismo ha sembrado gérmenes de protesta por doquiera. Nieto, el Deán Valdivia y el Coronel Althaus realizan desfiles, ejercicios, maniobras,

“despejos”. Todos caminan erguidos, todos montan enhiestos sobre sus monturas de cajón, menos Althaus. El severo germano desoye sin disimulo, vítores y aclamaciones. Flora lo advierte una y otra vez. ¿Qué pasa en el alma del rubio nibelungo?

Es una tarde penumbrosa en el salón cuajado de tinieblas. Flora indaga insinuante:

—“¿Por qué, si parece usted tan humillado de dirigir a tales hombres, por qué se queda entre ellos?”

—“¿Por qué, por qué? —El nibelungo titubea apenas, y luego exulta prosaico, tajante—: “Porque quiero primero que me paguen los ciento cincuenta mil pesos que me deben; en seguida, por mi naturaleza, que es la de ser soldado, y aquí hay combates. A veces oigo tiros de fusil, y eso me recuerda mis buenos tiempos. Ahora ya soy un poco viejo para ir a enrolarme bajo el estandarte del Pachá de Egipto o bajo el del príncipe Othon. Además, Florita, los ejércitos de Oriente serían para mí muy mezquinos, después de los que he visto; por otro lado, en aquellos países no hay seguramente de qué reír, mientras aquí me divierto como un loco con todas estas necesidades, y ya eso es algo. Prima, el domingo verá usted al General. Felicítelo por su hermoso ‘Cuerpo de Inmortales’. Se sentirá muy halagado si usted habla de guerra con él...”

* * *

Domingo de estrépito. Tambores y ovaciones. Y fuegos artificiales.

—General, sus “Inmortales” podrían competir con la Guardia de Hierro de Napoleón...

—¡Oh, señorita Flora! —La mano acaricia el bigote, jactancioso—. ¡Oh, señorita Flora! Si no fuera usted... usted, creería que se estaba burlando... Pero usted, señorita Flora, conoce aquellos ejércitos... y el nuestro... (¡Sí, hay de qué reírse, primo Althaus; sí, hay de que reírse!).

Pero no basta el espectáculo de marionetes con rifles, de montoneros disfrazados de soldados de línea. No bastan los halagos del tío Pío. Ni las confidencias de prima Carmen. Ni las rudezas de Althaus. Ni el recuerdo de Chabrié. Flora siente que los ojos le brillan más que nunca; tiene el genio inquieto y los párpados densos, gruesos, pesados. En las noches despierta sobresaltada, ardiéndole la piel. Ya no vive. "Vivir es amar —escribe en su diario—, y no tenía conciencia de mi existencia sino por ese deseo de mi corazón que no podía satisfacer. Sí, para cambiar, trataba de concentrar mis facultades amorosas sobre mi hijo, percibía también el peligro de abandonarme a ese amor".

En sus desvelos surge a menudo la silueta gallarda del teniente David. Algunas mañanas Flora halló la almohada empapada en llanto.

Pasa días enteros sin querer salir de su alcoba por no ver a los hijos de su prima Carmen ("No hablaba ya a los niños, hubiera deseado no verlos") para no recordar a sus hijos distantes.

Francia aparece ante sus ojos con un fulgor de anhelo, de imposible. Flora, la "peruana", se halla *depaysée* en su Perú.

¿Qué hacer? Ya la ilusión de ser rica se ha desvanecido. Tío Pío es un dogo meloso que defiende a dentelladas —con miel y risa— sus caudales. Ya el ensueño de amor la posee, pero no es realizable en tan pequeño rincón del mundo. Ya la obsesión de Chazal torna a sus vigiliadas. ¿Morir? Tal vez, sí. Quién sabe sea el mejor partido. Morir...

El primo Althaus recibe sorprendido reiteradas negativas cada vez que invita a su prima de París a pasear por los poéticos huertos de Tiabaya, por la vega esmeraldina de Arequipa, por las doradas faldas del Misti, por los jardines de Tingo, por las aletargadas callejas de Caima. ¡Morir!... ¡Morir!... La enloquecida mente traza perspectivas funestas. Mo-

rir... Suicidarse... Ocho días, ocho tardes, ocho noches, ocho veces veinticuatro horas, ocho amaneceres y ocho vésperos, Flora discute consigo misma sobre su destino. Secos los labios finos, febriles los inmensos ojos, mustia la mejilla tersa, henchido el pecho como ante un alumbramiento, divaga, duda, medita. Pero hay algo que la retiene y la exalta: el no humillarse, el no acatar ajenos designios. No está hecha su empinada voluntad para las aceptaciones incondicionales. Eso no. Luchar es dulce palabra que la conmueve como nombre de recién amado. Luchar... "Me resolví, yo también, a entrar en la lucha social y después de haber sido largo tiempo víctima de la sociedad y de sus prejuicios, tratar de explotarla a mi vez, vivir la vida de los demás, volverme uno de ellos, codiciosa, ambiciosa, implacable, y convertirme como ellos en centro de todas mis acciones; no detenerme como ellos ante ningún escrúpulo. Estoy en medio de una sociedad en revolución, me decía, veamos por qué medios podré yo representar un papel, cuáles los instrumentos de que será necesario valerme".

—Cree en Dios —viene a decirle Carmen, espantada de aquel terrible soliloquio.

—¡Perdóname, prima, pero no puedo creer en eso!...

¡Qué va a creer en el más allá, si el "hoy" y el "aquí" la obseden!

"El infierno entra en mi alma" y con el infierno, las pasiones. Cobra desprecio al teatral deán Valdivia, desdén al general Nieto, repugnancia al tío Pío, resentimiento de Arequipa, odio al Perú entero. Sin embargo, hay una mujer a quien anhela ría imitar: Pancha Zubiaga. Esta, llamada "La Mariscal", segunda esposa del ex presidente Gamarra, actúa enérgicamente en política; debela una sublevación a foetazos; revista las tropas en los desfiles militares; ama, según dicen, al coronel Escudero;

viste de amazona, y manda, eso es, manda en el Perú. Acaba, por ejemplo, de ordenar el ataque contra Arequipa. En medio de los hombrecillos políticos, ella es una voluntad de veras. Derriba ministros, decide congresos, dirige batallones, embruja a coroneles, monta a caballo y, en los saraos baila sin reposo, coquetea y dicta decretos de prisión y muerte. ¡La política, la lucha por el poder o por la justicia!, zumban en los oídos y en los sueños de la Paria.

Althaus, cuando está con Flora, no habla ya sino de política. La mujer de Althaus discrepa de opiniones con su marido, pero también acude donde Flora a conversar de lo mismo que aquél. Pío disfraza su pensamiento, pero también insiste en el tema político. Tan sólo Carmen sigue embebecida en sus recuerdos, alimentando su ternura de madre, hija y viuda. Flora la ama hoy como nunca, porque, entendiéndola, ahora la compadece de veras. La Paria sería igual a su prima Carmen si no la sostuvieran la ambición y el rencor. ¡Ah pero ya no se matará! ¡Qué absurda idea! Más bien... pero, ¿cómo hacerlo si aún vive Chazal, el maldecido Chazal? Porque si Flora se casara con un coronel peruano, tendría la seguridad de ser presidente de la República. ¡Oh, ella se las arreglaría para convertir a su marido en personaje público, para llevarlo a un ministerio, a general, y, naturalmente, a la presidencia! ¡Todo eso, vano sueño mientras viva Chazal, mientras permanezca en Arequipa, mientras Pío no abra la bolsa!...

Afuera suenan las fanfarrias. Esta vez Flora se asoma a la ventana para asistir al desfile de su ambición asesinada. El General Nieto, sobre su caballo negro, le parece esta tarde un Murat; el deán Valdivia, sobre su caballo blanco, un Lafayette. Hasta las pobres rabonas ("las rabonas no son casadas, no pertenecen a nadie y son de quienes ellas quieren ser"), que marcan el paso tras de los soldados, lle-

vando a cuestras sus ollas, sus canastos, sus hijos, sus gallinas, sus hermanitos, sus mantas y sus ponchos, en medio de sus perros, sus llamas y sus chanchos; hasta las infelices "rabonas", que van con sus hombres a la guerra, se le aparecen ese día idealizadas, cobrizas Pentesileas, caricaturas de aquella magnífica e impúdica Théroigne de Mericourt, cuyos brazos se adiestraron en cargar rifles, empujar cañones y apretar palpitantes cuerpos de soldados a la hora del amor sobre cureñas y entre matorrales.

—Ya se acerca el general San Román, ya viene el cholo, ya viene "Mula vieja"...

En vísperas de una posible batalla, los soldados beben ardoroso pisco, y las rabonas abren sus pródigos regazos al combatiente de mañana. La ciudad conventual exhala un acre olor a alcohol, mugre, pólvora y sexo. En las afueras relumbran ya las bayonetas de las avanzadillas enemigas. Althaus, cruzado de brazos, displicente, asiste al báquico somatén de sus soldados. Flora, súbitamente europea, experimenta duplicado anhelo de partir.

—No es posible, Florita— porfía cortésmente el tío Pío—, tú no puedes irte. Es cierto que tu madre está en Francia; pero, más bien, sería preferible que la trajeras.

(“¡Hipócrita! —dice para sus adentros la Paria—. ¡Nunca has gozado más que con esta noticia!”).

—Flora... Florita... hermanita... —solloza Carmen, arrasados los ojos de lágrimas—, ¡no me puedes dejar!

En los ojos de Flora no hay lágrimas. Brillan, secos y cegantes, mirando la lejanía.

—Carmen, todavía demoraré unos días... Si quieres, acompáñame a Lima. Estaré ahí unas dos semanas, y luego..., luego nos despediremos. Regresaré a Francia...

—¿Olvidas que yo soy aquí una prisionera, Flora?

—Yo también, pero no lo soporto.

* * *

Los últimos días de Flora en Arequipa fueron una embriaguez de visiones. Visitó los jardines, los huertos, los conventos. En el de Santa Rosa, aleteó a su vera la muerte cuando dos monjas cruzaron el saludo ritual: "Hermana, de morir habemos.—Hermana, la muerte es nuestra liberación". Profunda e impresionante serenidad de los claustros conventuales; mágica orden de "SILENCIO" sobre las paredes, en los cuartos; pero, en el jardín, el mutismo adquiriría lenguas para trocarse en callado murmullo. Vio a la prima Dominga, "poseída por el demonio", tenida como loca, en una "casa de Dios". Y a aquellas monjas de Santa Catalina, que, por prescripción de un "perro" médico inglés y a causa de la enfermedad de una de ellas, lograron el singular privilegio de tener una yegua en el convento, sobre la cual jineteaban, enloquecidas de gozo por la travesura y el deporte. De pronto, en el calendario surgió el 1º de abril de 1834... Día martes.

* * *

El ejército de San Román avanzó desde la cumbre de una *apacheta* y se dispuso a la batalla. Gamarra —o su mujer— había ordenado tomar la ciudad. El general Nieto movilizó a sus elegantes "Inmortales", a sus hordas de soldados y "rabonas", y salió al encuentro del atacante. Althaus comandaba el Estado Mayor. Flora, que asistiera exaltada a los combates de París, en 1830, contemplaba a través de un largavista los detalles del encuentro. Pero, no. Balazos aislados. Una bandera blanca. Dos comisiones que se destacan. El general Nieto avanza hacia el campo de San Román. "¡Traidor, miserable!..." "¡Abajo Nieto!", gritan por las calles. El trote de un caballo en el patio. Althaus, el primo Manuel, des-

montó cubierto de polvo y magulladuras, hirviendo de rabia.

—Primo, me basta haber visto lo que he visto para aborrecer la guerra para siempre. Es tremenda, es criminal...

—Florita —contestóle—, esto no es guerra ni batalla, ni nada. ¡Esto es un laberinto insoportable, una "merienda de negros"!... —gruñe el nibelungo sordamente, sin renquera, incognoscible—. ¡Y lo peor es que no sé dónde ha puesto mi mujer las camisas!... Nieto parlamenta pudiendo vencer... ¡No me hace caso!... ¡Son unos infelices!... Valdivia está que muerde... Pero tiene que aguantar la mecha. El mismo eligió a Nieto: es su obra.

Otra vez el galope. Althaus, el primo Manuel, vuelve al campo donde se "parlamenta". Los arequipeños pasan el día y la noche sobre las azoteas y en los campanarios, oteando el horizonte. Por las calles pupulan grupos de esclavos saqueando las casas ricas. Las vajillas de plata desaparecen en brazos de hirsutas pobladas. Doblan a muerte o tocan a rebato las campanas. En casa de los Tristán, vecina al convento de Santo Domingo, se asilan familias enteras, estremecidas de espanto.

La aurora sorprende a los arequipeños en sus improvisadas atalayas. No bien despunta el día, Nieto regresa donde San Román, llevándole abrazos, jamones, promesas, sondeos y corderos. A las tres de la tarde vuelve a su campamento. Los sitiadores se alejan hacia Cangallo. Jimena no avizora ya moros en lontananza. Nieto ordena levantar el campo y salir en persecución de los gamarristas. "¡Viva Nieto! ¡Viva el padre Valdivia! ¡Viva Orbegoso!..."

Pero, ¿qué? Sobre la cumbre de las vecinas lomas aparece una cabalgata en desorden. ¡Son las tropas de Nieto! Pero, ¿cómo? El pueblo se dedica al saqueo. Rebaños de carneros, los que sacó de Are-

quipa, se precipitan por las laderas, despavoridos. Ahora son los infantes, los que arrojan sus fusiles. Luego, las "rabonas", cargando sus críos, sus vituallas, sus heridos... En un grupo se ve a dos heridos vendándose como pueden. Los elegantes "Inmortales" pasan como tromba, vueltas las grupas hacia el adversario. Ya coronan los cerros las primeras fuerzas de San Román. "¡Abajo Nieto!" "¡Muera el cura Valdivia!" "¡Avajo Orbegoso!" "¡Viva mi general Gamarra!" "¡Viva doña Pancha!" "¡Viva San Román!"

Flora se lanza escaleras abajo a recibir a Althaus, que regresa ennegrecido de pólvora:

—¡Estos no son soldados de línea! —ruge el nibelungo—. Estos son montoneros que no saben nada de técnica. Mientras no aprendan, serán siempre así...

Flora ayuda al desde ese instante fugitivo primo Manuel:

—¡Cuida a mi mujer y a mis hijos, Florita!

¡Adiós!... Las tropas de San Román comienzan a entrar en la ciudad. Ha terminado la batalla de Cangallo. Arequipa ve alzarse numerosas llamardas que enrojecen su "eterno cielo azul". Resuenan a lo lejos los cascos vehementes del negro corcel de Murat-Nieto y los de la blanca cabalgadura de Lafayette-Valdivia. Flora sonríe amargamente. ¡Este es el Perú, esto es América, esto es la tierra de su padre, su durante un tiempo soñada patria!

* * *

—Señorita Flora, dos oficiales, dos gamarristas quieren hablar con usted.

—Que pasen...

No eran dos monstruos, eran dos jóvenes apuestos, pero indignados.

—Es usted, señorita, la primera persona con quien podemos hablar en esta ciudad. Todos nos

cierran las puertas. Perdone usted el tono... ¡Venimos en busca de don Pío Tristán!...

¿Cómo avisar a Pío, hasta su escondite del convento de Santo Domingo? ¿Cómo ocultar a los oficiales esa escapatoria?

Flora improvisa una dilatada conversación mientras manda un recado al fugitivo. Tío Pío responde que no comparecerá a la cita.

De noche, Flora va en busca del importante caballero:

—Tío, este es el momento en que debe usted demostrar su influencia. Puede usted pedir lo que desee, estoy segura de ello. Esa gente lo admira.

—¡Qué inocente eres, Florita! Si fueras política ya estarías perdida. ¡Precisamente porque me necesitan debo hacerme de rogar! Además, las cosas no están despejadas como crees. Ni mucho menos. Cuando se aclaren más, reapareceré...

Flora lo mira con ojos absortos. Sólo un comentario fluye a su imaginación y a sus labios: "¡Pobre Perú con tales hombres!..."

—Tío, es bueno que sepas que el jefe de la ciudad es el coronel Escudero, y parece que el coronel San Román ha muerto en la batalla...

Los ojos de Pío se iluminan:

—¡Eso es otro asunto! —dice poniéndose de pie—. Con Escudero es fácil entenderse. Con San Román habría sido inútil.

Y entonces presta dos mil pesos a Escudero. Y secunda el bando que ordena mantener las casas arequipeñas abiertas so pena de allanamiento. Y recibe jubiloso las noticias de que Nieto ha tomado un buque en Islay y huye a Tacna. Y todo parece sonreírle, cuando, al séptimo día, como en el Génesis, San Román entra en Arequipa, "oficialmente herido"; pero, en verdad, cazurro, taimado y listo a todo evento. Esa noche, cuando conversan en la

sobremesa, tío Pío llama respetuosamente "general" a San Román siempre que a él se refiere.

—¿General, tío? ¿Cuándo lo ascendieron?

—Hija mía, ¿te imaginas que después de esta victoria va a seguir de coronel? ¡Qué ocurrencia! Por eso, yo me adelanto a hacerlo general. Llámalo así, eso le agradará.

Flora baja los ojos. Otra vez musitan sus labios: "¡Pobre Perú!"

* * *

Promedia abril. Bajo el cielo despejado y transparente, la ciudad blanca multiplica su embrujo. Flora siente que algo nuevo canta en su corazón. No, no es ningún recuerdo. La ambición tampoco, aunque sí, también ella, la ambición musita su cantata. Pero hay otras cosas. Todos los días viene a buscarla el coronel Escudero, el temido secretario o amante de "la Mariscala". Es un hombre de estatura mediana, talle esbelto, ojos lánguidos, sonrisa triste, habla locuaz. Nacido en España, defiende en la prensa al Mariscal Gamarra, en la oficina obedece a doña Pancha, y en el campo de batalla pelea por los dos.

—¡Debe de ser una mujer extraordinaria! ¿Por qué no la aconseja usted en bien de los peruanos?

—¡Ay, señorita! La señora doña Francisca no hace caso a nadie. Nunca sigue mis consejos. Pero es tan buena, tan abnegada, tan valerosa...

("Si yo me casara con este hombre, seguiría su destino y sería reina del Perú", cavila Flora, la política. "Aunque no fueras reina te gustaría compartir el lecho de este hombre", contesta Flora, la hembra. "Tengo la convicción de que si hubiera sido su esposa, habría sido muy feliz", escribe Flora, la memorialista).

Por huir del sortilegio, temerosa de sí misma, arrastrando tras de sí la cadena de Chazal, resuelve salir definitivamente de Arequipa. Concluye abril.

Visita a San Román. ("Sólo la necesidad obligará a trabajar a este pueblo", asegura un general victorioso a la Paria, que contesta *in mente* con su jaculatoria: "¡Pobre Perú!"). Despedidas cautas, pues las familias se dividen en gamarristas y orbegosistas, y han brotado inesperados rencores. Adiós al convento de Santa Rosa, a la prima Dominga. Un postrer esfuerzo por llevarse consigo a sus sobrinas, a fin de dirigir su educación en Francia. Pero tío Pío se niega rotundamente. ¿Para qué? Mejor es que se marche sola, envidiada, pero sin ilusiones. Todos los años recibirá puntualmente la pensión de 2.500 francos que le asigna su "amado" tío. M. Bestera tiene ya las órdenes convenientes. Y ¡adiós a Arequipa! "Te queda Pío", repite irónicamente don Mariano Tristán desde su huesa. La hija encoge el hombro y sale de la ciudad de blancos sillares y cielo de zafir.

* * *

Otra vez el mar. 30 de abril, a bordo de *The Challenger*. No es un barco bohemio y romántico como el *Mexicain*, ni prosaico y duro como el *Leonidas*, que la condujo al Perú. Este paquete inglés reluce de limpieza y urbanidad. Sus tripulantes funcionan como las piezas de una máquina. Sus oficiales visten de civil, hablan francés y son muy respetuosos. El joven comandante impresiona los ávidos ojos de Flora con su belleza, su juventud y su melancolía. Treinta y dos años tendrá, acaso, el nauta, y su rostro, de una perfección helénica, irradia bondad y dolor. Habla apenas, pasea mucho, suspira de cuando en cuando, contempla el mar, da órdenes precisas, fuma en demasía...

—¿Por qué puede estar tan abatido un hombre tan hermoso? —pregunta la Paria, y su mirada devora el nostálgico rostro del joven hechicero.

Un oficial diligente y confidencial revela el secreto del bello comandante:

—Está casado con “la mujer más bella de Inglaterra”, pero sus deberes de marino lo tienen alejado de ella hace tres años.

—¿Es muy pobre entonces?

—No, rico. Su renta es de cinco mil libras y ella posee doscientas mil libras de dote, pero el padre quiere que él se haga una carrera. Que vuelva siendo almirante. Que ocupe un sillón de *lord*. Que tal vez sea ministro del reino...

Flora ronda al enigmático y bello comandante. El mar ha perdido sus hechizos: un hombre concentra su atención. ¿Hijos? Sí, él tiene una niña de cuatro años y un niño que aún no ha conocido. “¡Ah, desdichada ambición de los hombres que aniquila la única fuerza poderosa y cierta del mundo: el amor!” ¡Mañana se volverá también un irascible y egoísta anciano este Adonis marino, que hoy suspira y fuma frente al horizonte, vueltos los ojos a la inasible dicha de un hogar remoto! ¡Y ella, Flora, también separada de sus hijos por perseguir la fortuna, ciega de ambición; ella también, palpitante, sedienta de ayunante amor!...

Felizmente el trayecto dura poco. El 1º de mayo se dibuja hacia proa la silueta de una isla. Más allá, un confuso montón de figuras, de sombras. El paquete avanza majestuoso, cortando un mar de aceite, arremansado, terso. Mr. Smith, un viajero inglés que la acompaña desde Arequipa, viene a notificarla, solícito:

—Miss Tristán, hemos llegado... Prepárese a bajar a un bote. Ya se acercan los fleteros. Estamos en El Callao.

(“Hija mía, ya no te queda Pío”, parece decirle un murmullo salido de ultratumba).

SOLA, ENTRE DOS INMENSIDADES...

... Y ESTE ES EL CALLAO, primer puerto del Perú... Y ésa es la calle Mayor, espina dorsal de una muchedumbre de callejas polvorientas, chatas, surcadas por marinos de mal afirmado paso... Y aquéllos son sus pobladores: flamantes ingleses que mastican tabaco; blondos flamencos de curva cachimba y afán insomne; marciales germanos, formidables bebedores de cerveza; sonrientes —todavía cabellos color de trigo—, sonrientes norteamericanos; gringos y más gringos, y gabachos, franceses parlanchines, salpicadores de *voilà, tiens y tout á fait*... Y esos de más allá, sudorosos, morenos y achaparrados, éstos son los peruanos, tu sangre, Flora Tristán y Leisné.

Mal despierta de las fatigas de la travesía y el desembarco, la Paria, dilatadas las pupilas ve que avanza en busca de ella un carruaje, una especie de tílburí, halado por lucientes caballos...

—*C'est á moi?* —pregunta redondeando también la boca...

—Para usted, señorita Tristán. En él podrá ir a Lima cómodamente y pronto.

(Apenas llegada a la capital de los Virreyes, la incansable memorialista apuntará en su cuaderno de notas: "Desde que salí de Burdeos, primera vez que subía a un coche... Me creía de regreso a la civilización completa". Error, *mademoiselle*, error de perspectiva: tropo imperfecto).

Ya rueda el tílburí con la pasajera y su equipaje. No parece estar en tierra según los tumbos que da el

vehículo. Ora salta disparada y golpea la toldilla con la cima del sombrero; ora, súbitamente sumergida en un piélago, siente heridos los riñones por el fleje de la rueda. Mecida y vapuleada, avanza, sin embargo, alegre. El paisaje terroso, el cielo plomizo, la vega verdegris, disuenan con el esmeralda de la campiña arequipeña, con el cielo cobalto que envuelve al Misti, con la nieve y el fuego, confundidos, del panorama del Sur. Además, creía ésta su última estancia perulera antes del regreso a Europa. Volver a Francia, es decir, reencontrarse con hijos e ideas. No la reconocerá *Minette* cuando la oiga. Pero Chazal... Otro bache, otro tumbo, otra divagación, ¿cómo será la arcaica Lima? Hasta ahora, América no ha sido sorpresa deslumbradora, sino sucesión de pesadumbres, de mezquindades, de injusticias. ¿Lima será acaso la excepción? Mariano le decía a *Minette* cosas tan lindas sobre Lima... Bueno, verdad que también las decía de Arequipa y... ¡Mejor no acordarse!... ¡Oh, tanta mentira en el mundo!

Ya había pasado el pueblecito de Bellavista, en donde desfilaron ante sus ojos, viejos y mutilados nautas, clientes del hospital marino de aquel lugar. Ya estaba distante la fonda caminera de La Legua, en donde un francés gordo, sonriente y de copioso mostacho, la atendió con una butifarra bárbaramente picante y un poco de café. Flores a ambos lados del sendero. Dos pilares truncos, de centinelas. Algunas casas diseminadas. Después, calles estrechas, pedregosas, con acequias al pie de cada acera. Faroles con mecheros, como escapándose de las paredes. Y una sacudida más fuerte que las anteriores.

—¡Llegamos, señorita Tristán!

Apenas puesto el pie en el estribo, para descender, dos brazos joviales la apretaron amorosamente, y una voz muy suave —se le antojó can-

tante— murmuró como una salutación angélica en perfecto francés:

—“Hace tiempo que la esperábamos, señorita. Los señores Chabrié y Briet nos tenían anunciada su llegada”. —Quien hablaba era la muy nombrada *madame* Denuelle. Flora había arribado a puerto.

* * *

Los franceses de Lima, incitados por cartas escritas desde Arequipa y por las conversaciones de *madame* Denuelle, acuden bulliciosos a rendir pleitesía a la “sobrina del señor Tristán”. ¡Oh, cuán dulce y grato sentirse como en su patria! ¡Conque Francia era tan grande! ¡Hasta ahí, al menos, alcanza su cultura, su cortesanía! Flora se mira al espejo, y se espanta de tan pálida que está. En eso, llegan otros visitantes, gente criolla, amiga de don Pío, parroquianos de *madame* Denuelle. Los días pasan así, en un vértigo de saluciones y visitas.

Una mañana, poco antes de mediodía, cuando ya tintinea la vajilla indiscreta anunciando el almuerzo, llama a la puerta del hotel una mujer de aspecto aristocrático, a quien hacen guardia dos criadas. *Madame* Denuelle corre en busca de Flora, por quien pregunta la linajuda dama, que no bien distingue a la Paria, la arrastra a sus brazos clamando:

—Florita, yo soy tu tía Manuela... Sí, Manuela de Tristán, esposa de tu tío Domingo... El está en Ayacucho, de prefecto... Por eso no ha venido conmigo... Yo sufro mucho aquí, en silencio —y la sonrisa burlona acentúa de ironía y malicia la frase trivial.

¡Manuela Tristán! Flora no se cansa de contemplar a la espléndida tía. ¿En dónde conociera una más hermosa? “Esperaba ver una mujer estu- penda: sin embargo, la realidad ultrapasó ante mis ojos todo lo que yo había imaginado. ¡Oh, ésa no era una criatura humana; era una diosa del Olimpo, una

hurí del Paraíso de Mahoma descendida sobre la tierra: no me atrevía a tocarla!”

Manuela gozó con el deslumbramiento de la sobrina, tendió la manito cuajada de alhajas y de hoyitos, y acarició los bucles de Flora:

—Tú también eres muy linda, sobrina... Tienes unos ojos que ya no se dan sino... en Lima, hija mía. Podré ceder la nacionalidad de tu persona o de tu alma a Francia, pero tus ojos, niña, tus ojos son limeños.

Flora, mujer al cabo, sonrió halagada por el piropo; pero, después de mirarse de reojo en el espejo, tornó la vista a doña Manuela. A sus cabellos de color de miel y enroscados bucles; a su nariz de un perfil impecable; a su boca algo gruesa, pero perfecta, entreabierta y cuajada de sonrisas, agregaba Manuela un encanto indefinible... No era alta ni baja; tenía esbelto el talle, las caderas redondas, el busto semiempinado y mórbido, y los brazos torneados, asomándose por entre sus mangas cortas de un traje de muselina blanca, salpicada de pequeños botones de rosa, bordado con armoniosos colores. El pecho, adornado por un collar de perlas, surgía desafiante del audaz escote. De sus hombros colgaba, coquetonamente, un manto de terciopelo celeste, y sobre sus cabellos palpitaba, al soplo de la brisa, sutilísimo velo de encaje negro.

—Manuela, tía Manuela... ¡Qué linda eres!

—Tonta, vente a vivir en mi casa. ¿Qué haces sola en este hotel?

Flora recordó súbitamente los consejos del pobre Chabrié y las recomendaciones de su prima Carmen, en Arequipa. ¡Nada más con los Tristán! Por seductores que fuesen, ¡nada! Movi6, pues, negativamente la cabeza, diciendo con aire pesaroso:

—“No es posible, tía; apenas voy a estar unos cuantos días y ya me comprometí con *madame* De-

nuelle... Estaba comprometida desde mucho antes de llegar”.

Pero, al mismo tiempo, mientras se excusaba, recordó que le hacía falta dinero; que tendría que vender algo, sus ropas de París, su pobre ajuar de viajera para pagar la permanencia en Lima. Recordó, además, que debía visitar al cónsul francés para transmitir un encargo de sus connacionales de Arequipa, a propósito de la insurgencia de Nieto, y ver si obtenía algún apoyo.

—No te ayudará, querida —fue el sentencioso consejo de *madame Denuelle*—. Lo conozco mucho. Es un burócrata egoísta.

Flora, desengañada de antemano, se limitó a dirigir una carta al cónsul, excusándose de no poder ir a verlo por causa de enfermedad. Al día siguiente, la colonia francesa disfrutaba del acre sabor de un chisme nuevo: *mademoiselle* Tristán había insultado al Señor Cónsul! ¡El cónsul la había reprendido! ¡La señorita abofeteó entonces!... ¡El cónsul la cubrió de insultos! *Madame* Denuelle estaba herida! *Mademoiselle* Tristán solía usar un lenguaje de ramera! *M. le consul* se había vuelto loco!... ¡El chisme, el chisme buscando trampolín y asidero en una simple carta de excusa de Flora y en una respuesta intemperante del funcionario!

—No haga caso, *mademoiselle Florita*. ¡Ah, usted no conoce la inutilidad de estos cónsules de Francia en el extranjero, ni lo chismosos que son en este país!... Usted no tiene idea de lo que yo he sufrido... Cuando supieron aquí que yo era la célebre *madame Aubé*, cantante de la Opera de París, tejieron mil leyendas infamantes en torno a mi retirada del teatro... Las cosas ocurrieron de un modo sencillo, sin embargo. Yo estaba contratada por doscientos mil francos, cuando una noche, al empezar un aria, perdí la voz de repente. Fue espantoso. El empresario rompió el contrato. Yo escapé de París,

llena de dolor y de vergüenza. Expatriada, anduve por la corte de Luis Bonaparte, en Holanda, y por la de Jerónimo, en Westfalia. Finalmente, en 1825, hace casi diez años, me vine al Perú... Su amigo, el capitán Chabrié, fue mi ángel salvador: él me prestó dinero para establecerme aquí. Casé con *monsieur* Denuelle. Engordé, como está a la vista. Ahora tengo cincuenta y seis años y soy hotelera. Igual que tantos franceses que —bajó la voz haciéndola confidencial— están enseñando a esta gente a comer como civilizados...

En verdad, la colonia francesa en Lima era reducida y modesta; pero, entre tan pocos, había muchos hoteleros: M. Gautrau, M. Dalidou, M. Martinet, M. Lerichardié, M. Barcillet, etc.

—Menos mal —añadió, concluyendo su confidencia *madame* Denuelle— que en este país mandan las mujeres... Ellas son *tellement libres*. No hay hombres que las pueda vencer.

* * *

El salón de Manuela Tristán resplandece de luces y brocados, de espejos y uniformes. Destacan las brillantes joyas y los suntuosos peinados femeninos, las faldas amplísimas y los escotes rosa; pero son pocas, aunque deslumbradoras, las damas que concurren a los saraos de Da. Manuelita. La maledicencia atribuye a la esposa de don Domingo una terrible falta, un pecado inaudito: tener un amante. “¡Ah, mala mujer, esposa infame, y, todavía, hay que ver, con un gringo!” Porque el pretense pecado de doña Manuela se duplica con la nacionalidad del supuesto amante: un gringo de Norteamérica. ¡Puf!, ¡qué asco! ¡Un gringo cualquiera, guá, qué lisura!...

Menos mal que, a falta de arpías disfrazadas de marquesas, ahí, en el linajudo salón, se congregan el sobrio y gentil irlandés Miller, Mariscal de los ejércitos de la República, jefe de la caballería patriota en las batallas por la libertad; el presidente Orbegoso,

gordo, fundillón, de manos chicas y blandas, que habla francés con la nariz como un perfecto "parisién"; el mandatario de la República, Mariscal Lafuente, alto, flaco, de patillas renegridas a lo bandlero español; el clérigo Luna Pizarro, expresidente del Congreso, aquel *petit Lamennais* a quien ya conociera Flora en Islay, *turbio y taimado*; el reputado coronel francés Soigné, y un general mozo, de veintisiete años, todo fuego, todo ímpetu, uniformado a la francesa: grandes botas granaderas, ceñidos pantalones blancos de gamuza, frac galoneado, curvo sable de caballería, patillas ariscas, mechón hirsuto, boca grande, nariz fina, ¿parecido a quién? Ah, sí, tal vez a un Musset marcial y atlético, a un Espronceda miliciano, a un Larra hercúleo y cuartelero, a un Vigny forzado...

—¡El general Felipe Santiago Salaverry!

Los ojos la penetran de tal manera que, luego, Flora no logra atender a su tía Manuela la cual entona con fresca voz un aria de Rossini, la misma aria que, en la soledad del océano, sobre el puente del *Mexicain*, solía entonar, con su hermosa voz de barítono, el enamorado capitán Chabrié...

—¡El general Salaverry, a los pies de usted! — dice divinamente cursi el joven general.

¡Ay, Flora, cómo te brinca el corazón bajo tanto fuego! ¡Ay, Flora, cómo te brincaré el corazón, enlutado, meses después, cuando sepas allá, en Francia, que este impetuoso y apolíneo general, que encabezaba en persona las cargas a la bayoneta, sin importarle el peligro, y en las ciudades tomadas por asalto acostumbraba salir a la luz de la luna, guitarra en mano, a rendir doncellas con la hipócrita melancolía de sus yaravíes; que ese hombre de hierro y mieles había sido fusilado, a los veintiocho años, por orden del boliviano Santa Cruz y con la complicidad de este Orbegoso, ahí tan relamido, en abate disfrazado de guerrero!...

* * *

Noche cuajada de estrellas... Días plúmbeos... Amaneceres de ocaso... Pasean las mujeres de Lima por las calles, cubierta media cara, mirando con sólo un ojo de brasa. De tan angosta que usan la falda, apenas atinan a dar un paso, y el dengue de aquel andar, a breve y ágil trotecito, contonea las caderas, imantando el paseo diario. Son las "tapadas", las famosas y clásicas tapadas limeñas. Terribles y encantadoras mujeres. Usan la saya y el manto proverbiales en Lima, cual no las hay ni las hubo en parte alguna. "Plisar la saya" es hazaña que sólo es posible cumplir con elegancia, en Lima, según aprende Flora, curiosa de tales menesteres —ella también mujer—. Catorce varas de raso y algo más de forro entran en una faldita de tres cuartos de alto, ajustada apenas dos dedos por encima de la cadera, y que abajo no llega sino a media pierna. De tan perfecto el plisado, cada movimiento moldea íntegramente nalgas, muslo y rodilla. Y casi no logran dar paso, tan estrecho es el ruedo. Así visten las aristócratas y las modestas. Las "mujeres públicas", a su vez, usan sayas de color claro para diferenciarse de las que no tienen vida tan movediza. Sobre la saya se cruza el manto que apenas deja ver un ojo. La media, rigurosamente de seda, y el calzado, el más rico atavío de la mujer, pequeño hasta la exageración y con enormes tacones.

Flora observa y admira los peinados a lo Ninón o dividiendo el caballo en dos trenzas. Generalmente, con el pañuelo de finísima batista en la mano —una joya en otra joya—, las limeñas hacen tales requiebros y jugueteos que más parece anzuelo que otra cosa el perfumado trocito de tela, tras el cual ocultan sonrisas, arrumacos y desdenes. Flora las mira, las oye: "mujeres de naturaleza aparte, las mujeres de Lima (sigue anotando en su diario) gobiernan a los hombres porque les son superiores en inteligencia y en fuerza moral".

Esas damiselas de apariencia frívola, conspiran y acechan. Cuando se ve en la calle a una dama de lindo pie, muy bien calzada, pero vestida con una saya vieja, nadie la sigue donjuanesco, aunque todos comprenden que se trata de una "disfrazada". Va en misión de conjura o de amor, y eso la hace "respetable". El código social limeño impide, según han dicho a Flora, que el marido pregunte a la mujer adónde ha estado, porque le sería imposible comprobar —tal la ventaja de la saya— si dice la verdad o si miente. Flora observa apasionada esa vida femenina tan distinta a la europea. Las limeñas se consagran a los menesteres de la casa, después de haber oído dos o tres misas seguidas —la iglesia es también lugar de cita—, y, luego, se lanza a la política, a la intriga. El rencor de la Paria no atina sino a ver colores sombríos. Nada que sea favorable. Reverso, jamás anverso. ¡Qué de extraño, pues, que sus apuntes destilen hiel! ¡Ah, esas limeñas conspiradoras y coquetas! Montan a caballo —apuntará implacable— con largos pantalones, y así suelen pasear por las escasas alamedas todavía virreinales. Aunque tengan dinero, se muestran interesadas, exigiéndolo y recibéndolo de sus maridos, sus amantes o del Estado, patriarca de todo el harén.

Sedienta de conocerlo todo, Flora visita el Palacio de Gobierno, y ahí tropieza con un contraste que la desarma: "El Palacio del presidente es muy vasto, pero tan mal construído como mal ubicado. Pensaba, al entrar, en Bolívar y en lo que mi madre me había referido. El, a quien le gustaba el lujo, el fausto y el aire, ¿cómo había podido resolverse a habitar ese palacio que no valía ni la antecámara del hotel que ocupaba en París?"

El tedio empieza a insinuarse ya en el ánimo de la viajera. Una mala compañía española de comedias no basta para arrancarla de su aburrimiento. Las pintorescas corridas de toros le producen ho-

rror. Las conspiraciones le interesan un poco más, pero se siente a mal traer con los chismes. Frecuenta algunos salones linajudos, conducida por su tía Manuela y apoyada en su propio apellido. Asiste a algunas fiestas populares. En la pampa de Amancaes —¡oh vísperas del 24 de junio, cuajado de hoguerrillas de San Juan!— cabriolean los potros criollos de coqueto paso, enjaezados con cintas bicolores —blanco y punzó—, y sobre las monturas de cajón, tapizadas con pellones sampedranos, muestran sus habilidades los azambados jinetes de ponchos a listas y ancho sombrero de jipijapa.

Zumba la zamacueca en los bordones de la guitarra, repica el tondero en el paca-pa-ca-tán del cajón, ulula el alma criolla en el alarido del cantor mestizo, *quimboso* y jaranista; los pañuelos vienen y van (vienen y van, como los enloquecidos pasos de Chabrié sobre la cubierta del *Mexicain*). Vienen y van pañuelos, pasos, recuerdos, costas, yaravías talladrantes a través de esos pífanos de la muerte, llamados quenas.

Ya pasó el festejo popular. Siguieron abriendo sus doradas bocas los empingorotados salones para la sobrina de don Pío. Lomos y pelucas se curvan ante los ojos retadores. Ella mide ironías con desprecios. Mas, de pronto, algo la detiene. Ahí está, en el centro de aquella sala, una dulce mujer esperándola. Tiene pálida la tez y empinado el orgullo. Carolina de Looz Coswaren de De la Riva Agüero. Princesa de sangre real en Holanda, aquí prohembra republicana y perulera, mecida entre la adulación y el odio mestizo. ¡Triste y linda infántica de los Países Bajos! Treinta años auténticos, pero ya marchitos, declinan bajo sus trenzas de oro. Era una alegre doncella, allá en su tierra natal. Su padre la contemplaba, benévolo y devoto, bailar rondas lugareñas, calzada con zuecos, cuando se disfrazaba de aldeana, y él fumaba en su larga cachimba nativa.

Carolina tenía veinte años y lucía picantes hoyuelos en las mejillas de grana. Un día llegó cierto individuo ceremonioso, exótico, flaco, oliváceo, de ojos endemoniados y patillas nigérrimas. Venía de ultramar. Era, según decían, dueño del Perú. ¿Del Perú? “Sí, una tierra que produce oro como nosotros avena y lúpulo”. Tenía cincuenta y cinco años mal llevados el tal dueño del Perú, y se llamaba el Mariscal don José de la Riva Agüero y Sánchez Boquete. “Ha sido Presidente... Dicen que ahora está de vacaciones”. El viejo príncipe linajudo, pero pobre, dio en la flor de convencer a Carolina de que casarse con aquel magnate peruano salvaría a su casa y a la patria. Carolina, domésticamente hecha ya a la sumisión filial, entregó su primavera a aquel otoño ambulante. Y, luego... (Carolina suspira esta noche refiriéndole sus cuitas a Flora, también entristecida), ¡el “dueño del Perú” no tenía un céntimo! Riva Agüero, el nabab, llevó a vivir a la princesa auténtica a una ínfima pensión en Valparaíso. De contra, el tal era “de repugnante fealdad, de mala salud y de carácter triste y severo”. Mezquindades, celos estúpidos, malos tratos: el “dueño del Perú”, como hombre, no pasaba de ser un viejo intrigante y odioso...

—¡Esta aristocracia colonial! —escupió Flora, abanicándose para disimular su asqueo.

—*Oh, darling!* —musitó a su vera otra mujer, bella como una estampa bíblica: Calixta Twaiter, la bonaerense, espléndida moza de veintinueve años, culta y distinguida, traductora de Byron, viuda de un acaudalado inglés.

—¡Qué infierno este país, señorita; no sé cómo ha podido dejar usted París!, ¡oh París! —rezongó al otro lado una matrona flaca, pálida, cojitranca, de edad como de unos cuarenta años, y que, para distinguirse de las demás, nunca usaba la típica saya: doña

Manuela Riglos, de la flor y nata de la aristocracia virreinal limeña.

—¡Bah! —comentaba después *madame* De-nuelle en la pensión—. La buena señora se cree a la altura de *madame* Staël. Desprecia a sus compatriotas y se vuelve loca por todo lo francés.

—¡Aristocracia limeña! —masculló la Paria.

* * *

Llegaban sus últimos días peruanos para Flora. Menudeaban los paseos más que nunca. Idas y venidas a los balnearios vecinos: a Miraflores, trocito de edén con sus huertos apacibles y su mar rugiente y espumoso; Barranco, erguido al pie del abismo, constelado de molinos; Chorrillos, el balneario de moda, adonde concurría la "crema" a tomar baños de mar y entretenerse con juegos de cartas. ¡Endiablada audacia la de estos limeños! Doña Manuela apostó tanto una noche que perdió diez mil pesos en pocas horas. ¡Y aquellos paseos al borde del océano! ¡A la luz de la luna, los elegantes solían amarse plebeyamente, esto es, como cualquier mortal! Flora aguzaba sus dardos, sintiéndose desarraigada. Uno de ellos hirió en su orgullo a un terrateniente limeño: el señor de Lavalle, rico cañavelero, dueño de vastos campos entre Barranco y Chorrillos, y de un sonoro título nobiliario.

Manuela Tristán recibió el encargo de Lavalle, deseoso de quedar bien a los ojos de la sobrina de Don Pío.

—¿Quiere ver cómo se trabaja en un ingenio azucarero, Florita?

—Naturalmente, tía Manuela...

—¡Ay, hija, no me digas tía, guá! —protestó la hermosa.

Al día siguiente estaban en camino.

En la "villa" de los Lavalle trabajaban cuatrocientos negros, trescientas negras y doscientos negritos esclavos. ¡Donosa independencia del Perú!

Los primeros informes que alcanzó a recoger sobre el terreno escalofriaron a la Paria: "aquí hay demasiados abortos, niña", díjole un capataz... "Las tres cuartas partes de los negros no viven sino hasta los doce años", agregó otro... El patrón sonrió, de mala gana, chasqueando el chicotillo y azotándose las piernas.

"Si el precio a que se vende el azúcar —irrumpió Flora—, comparado al valor del trabajo que demanda, estuviera en la misma relación que los productos de Europa comparados con sus gastos de producción, el amo, que no tendría compensación por la pérdida de un esclavo, no lo obligaría al trabajo y velaría por su conservación"...

Lavalle escuchaba cortés, pero fríamente, esas "ocurrencias" de la "señorita Flora". Mas la Paria, fogosa y vehemente, insistió:

—"Dentro de algunos años la betarraga destronará a la caña".

—"Eso es una broma no más, Florita" —contradijo Lavalle, torciendo el mostacho gris.

—El esclavo es un hombre como todos y debe gozar de la libertad que le garantiza la Constitución.

—Señorita, "antes hay que educar al esclavo para que use bien de su libertad".

—Pero es que ni se lo educa ni se lo liberta...

—"Señorita: su manera de considerar la cuestión de la esclavitud no prueba sino que usted tiene buen corazón y demasiada fantasía. Esos hermosos sueños son soberbios como poesía, pero un viejo plantador como yo siente tener que decirle que ninguna de sus bellas ideas es realizable..."

Flora iba a contestar con crudeza, pero en ese mismo instante redobló el tambor llamando a los esclavos para la fiesta. ¡Aquello era Africa: Praya! ¡Inolvidable espectáculo! Los negros, orondos como para una exhibición, desfilaban con sus vestidos de fiesta a rayas azules y blancas, y sus grandes pañue-

los rojos al cuello. Las mujeres, con trajes también listados de azul y rojo, cubrían la cabeza y los hombros con idénticos pañuelos de vivo color carmesí. Relucían al sol el ébano de la piel, el blanco de los ojos, el bermellón de los hocicos...

Terminado el desfile, empezó la danza, al principio monótona, luego, enloquecida, según el ritmo del tambor. Doña Manuela se abanicaba alejando el acre tufo de la carne caliente. Flora, ahita de tanta sensualidad, fue a recorrer los dormitorios y las celdas de castigo para los esclavos. En una de éstas, dos negras totalmente desnudas purgaban el delito de haber dado muerte a sus propios hijos. La una era salvajemente hermosa. Comía maíz crudo. Profería alaridos y desgarraba con las uñas sus carnes: "Mas le vale muerto que esclavo", balbuceó la Paria refiriéndose al sacrificado negrito. "Señorita, usted exagera", argumentó contenido y cortés Lavallo, que la acompañaba en su recorrido.

Tremenda sensación de angustia, de muerte, de calvario.

No sería la última. Mientras doña Manuela, entre risas y champaña, perdía diez mil pesos fuertes en una sola noche de Chorrillos, muy cerca, metidos dentro del mar hasta los hombros, un grupo de oscuros y plebeyos titanes recogía las redes escuálidas, rimando sus gestos con un cántico monótono y penetrante que arañaba la médula, de espanto...

De vuelta de Chorrillos, en donde la aristocracia limeña se divertía, fumaba y amaba, Flora anotó una frase cáustica:

"La sensualidad reina exclusivamente en ella" (en Lima)... "Todos esos seres tienen ojos, oídos y paladar, pero carecen de alma que responda a la vista, a los sonidos y al gusto. No he sentido jamás un vacío más completo, una aridez más agobiadora que durante los dos meses que permanecí en Lima."

* * *

Pero todo llega a su fin en el mundo: la ausencia y la presencia. Flora Tristán tiene ya en sus manos el pasaje de regreso a Europa, a bordo del *William Rusthon*, matrícula de Liverpool, que viaja directamente a Plymouth. ¡No desembarcará en los Estados Unidos, Lafayette con faldas! A Inglaterra, primero, y a Francia después. Mas el destino prepara en tanto una nueva sorpresa cuando Flora se dirigía al Callao para inspeccionar su barco.

La Paria sube la escala, sin poder ocultar cierta indescifrable inquietud. ¿Qué le deparará el futuro?

Arriba, en lo alto, un vozarrón viril atruena los aires:

—¡Usted, señorita Flora! ¡Qué alegría!

¿Usted, señorita Flora? Escudero, sí; él es. Tiene el rostro pálido, sombrío el ceño. ¿Escudero a bordo del *William Rusthon*?

—¡Oh, ha sido tremendo! A los pocos días de su salida, señorita Flora, entraron en Arequipa el Mariscal Gamarra y su señora, doña Francisca. Exactamente, el veintisiete de abril. Las tropas del Mariscal y las del Coronel San Román se desataron. Abusos por aquí, cupos por allá, rescates por acullá. ¡Un horror!... Pronto cundió el descontento. Desde las casas, desde las esquinas y las chinganas nos saludaban con estentóreos y misteriosos “¡Viva Nieto!” Y este pe... rro se estaba quietecito en Tacna negociando con el “cuico” Santa Cruz. Seguramente le ofrecería medio Perú a nombre de Orbegoso... La Mariscala quiso detener la avalancha de atropellos, pero “el imbécil de su marido” dejaba hacer. Así las cosas, un día el Mayor Juan Lobatón, del batallón “Ayacucho”, se insurreccionó y tomó el cuartel de artillería al grito de “¡Viva Orbegoso!” “Viva Nieto”. Claro que los nuestros se resistieron. Pero fue inútil. ¡Quince muertos! ¡Y doña Pancha ha tenido que fugarse de Arequipa para salvar su pellejo!

—¿Y el Mariscal, su marido?

—Pues... ese “imbécil” se ha ido a refugiar al lado del “cuico” Santa Cruz. Y éste es el árbitro de los destinos del Perú. Lo adulan todos. El boliviano manda, Florita; el boliviano manda... Ya ve, estamos en nuestra tierra, y, por indicación de él, ni doña Francisca ni yo podemos desembarcar. Nos destierran a Chile. Esperamos que zarpe el velero ese, el *Jeune Henriette*. Ya ve la suerte que nos deparan... ¡Ay, Florita, este es un país “sin conciencia política”... los hombres “no se batan sino por un jefe” ... Ahora que Gamarra anda huido nadie acompaña a su esposa. Yo iré con ella al exilio...

Flora ha escuchado sin respirar casi. ¡Tal pudo ser su destino! La frágil mano se tiende espontáneamente. Escudero la aprieta con fuerza. No la besa esta vez ¡Y ella que tanto hubiese deseado recibir ese beso!...

—Diga, Escudero, ¿podría conocer a la Mariscal, a doña Pancha?

—¡Venga conmigo!...

Sin saber cómo, Flora se halla dentro de un camarote penumbroso. Desde el sofá, doña Pancha ha sacudido una mano. En cada dedo ostenta varias sortijas de zafiros, esmeraldas, diamantes, perlas, rubíes: una constelación de joyas. En torno a las muñecas, pulseras de oro y de plata repujada a martillo. Flora atisba los diminutos piecitos con ajorcas en los tobillos. La Paria agita los labios queriendo balbucear algo, pero doña Pancha la ataja con su imperio. Mujer y mujer se miden. Frente a las dos, Escudero baja la cabeza confundido. “Tendrá — retrata mentalmente Flora—, tendrá doña Pancha de 34 a 36 años; talla mediana; es delgada, pero vigorosa; bonita, no; la nariz tal vez muy larga, con la punta levemente remangada; trigueño el color; grande la cabeza, quién sabe demasiado para el cuello esbelto y la estatura breve; apenas se destacan en la penumbra los cabellos de castaño oscuro”. Algo

hiere los ojos de la Paria: el color ave del paraíso del traje de gros que usa la Mariscala. La voz suena bronca, hasta como fatigada. Tedio, cansancio, fatiga, desesperanza brotan de aquella garganta ardiente cuando impreca. Refiere cuitas, amargores. De pronto el rostro se le descompone. ¡Ay, la epilepsia! ¡Ay, la angustia! ¡Ay, la derrota!

Flora no logra dormir aquella noche: “¿Conque esos eran los tormentos que me esperaban si hubiese llegado a ocupar, como soñé el puesto de la Gamarra?” En medio de su insomnio surge un Escudero trágico, comandando miríadas de soldados. Y ella, la Paria, encadenada junto a la Mariscala, vencida como ella...

Al día siguiente, doña Pancha sube vacilante la escala del *Jeune Henriette*. Escudero, pálido y ojeroso, la sostiene del brazo.

—Tres veces ha estado a punto de morir durante la noche... ¡Oh, tres ataques espantosos!

La infortunada Mariscala vuelve los ojos a su amiga de Francia:

—Hija mía, adiós. “Dejo este país para no volver más”...

¡Cómo es posible que tanta amargura se haya empozado en aquel espíritu bravío, que dominaba las conspiraciones a latigazos, que comandaba las tropas al ataque, que jamás tuvo un desmayo!

Pero, ahora...

¡Adiós, Mariscala, espuma de una leyenda! Flora, desde la orilla, mira alejarse lentamente al *Jeune Henriette*. Junto a la borda, una mujer desgrefñada, envuelta en una capa que ondea al viento, mira inmóvil como una estatua la patria costa. No agita el pañuelo. No levanta la mano, ella que abofeteaba a coroneles levantiscos. Apenas se divisa ya su silueta. El *Jeune Henriette* despliega todas sus velas y se confunde velozmente con el horizonte.

“Dejo este país para no volver más”... ¡Qué

presentimiento! Apenas seis semanas después, llega de Valparaíso la funesta noticia: doña Francisca ha muerto, en pobreza y abandono. La que todo lo pudo, sólo halló cuatro ex compañeros que la visitaran durante su larga agonía. Escudero la amortajó con sus propias manos. Cumplido este deber, regresó al lado de Gamarra, a conspirar con él, contra Orbegoso, en nombre de su muerta.

No hay, pues, gratitud en esta patria largamente anhelada. A Flora se le encoge el ánimo y se le quebranta la salud al comprobarlo. Partamos ya. Ultimos días, última semana de visitas y despedidas. El calendario marca "15 de julio de 1834"; el enorme reloj de don Mariano, reliquia intransferible, señala las 9 de la mañana. El señor de Rivero, arequipeño y primo de los Tristán, llama cortésmente con los nudillos a una alcoba:

—¿Estás lista, primita?

—Salgo en seguida, primo.

Otra vez El Callao. El polvo borra la silueta de la ciudad abolengada. Envuelto por el añil plumizo del atardecer, yergue su robusta silueta el *William Rusthon*. Flora deposita sus maletas en el camarote de la Mariscalá. Adiós, primo; adiós, amigos; adiós, compatriotas; adiós, Perú... Adiós, sombra de los Tristanes. Cinco veces consecutivas suena el timbre de a bordo. ¡Ya! Rechina el ancla... La brisa alborota los negros cabellos —y unas pocas canas— de la sin patria. Todavía es delgada la estela. Flora, sacudida por brusco escalofrío, se arropa en su larga y romántica manta de viaje. Y... "me quedé sola, completamente sola, entre dos inmensidades: el agua y el cielo".

* * *

(Caminas, Flora Tristán, caminas sin rumbo, indiana afrancesada, francesa ilógica, toda ímpetu como hija de pueblo nuevo. Caminas con tu fardo de truncamientos y frustraciones.

Todo te ha sido hostil, menos el ansia. La pariste de tu propio seno y ahora te embruja y te conduce.

Menos el amor, cien veces acunado en soliloquio, desatado del diálogo.

Ahora has mordido la angustia de una ruptura peor que la de tu hogar. Ya no es incomprensión, sino avaricia, la que dictó el duro mandato. Y, sin embargo, tú amas a ese anciano calculador, personificación de políticos criollos, que te avienta de nuevo al acaso.

Ningún presagio se cumplió en tu vida. Pero eres fuerte, y sobre la pasión de tu carne, sobre la multiplicada sed de tus insomnios, triunfa un nuevo amor, un hallado rencor, al cual llamas Justicia.

Quisieras Poder para vengarte y restablecer el equilibrio que tú imaginas. Pero, temes. Temes quedarte en el Perú, y la tierra es chica para tantos proyectos. Y los hijos, formas inolvidables, urgen callados, inubicables y ubicuos, tu ternura.

Este es el Perú que amabas con ilusión, desde París. Esta la tierra de los Tristán y Moscoso, de los Goyeneche y Gamio, de los Nieto y Gamarra, de los Nieto y Valdivia —tragos que pueblan tus tremendas pesadillas.

Este es el Perú en donde cada quién acecha una oportunidad sin riesgo, como tío Pío.

Este es el Perú de abolengadas casas, de heráldicos títulos, de mayorazgos, obispos, mestizos, coroneles y frailes.

Te duele este Perú, te duele este Perú como herida abierta en tu costado, en el costado cordial; te duele y desangra, y no te guía esperanza alguna en el umbral de Lima.

Ciudad de tránsito, ciudad de fuga, puerto de escape —Callao, Lima, Perú en adelante. Déjame explicarte por qué erraste, Flora, cuál tu fracaso, dónde quebraste tu conformidad con esta tierra.

Déjame... no decirte nada. No hacerte oír nada. No oírme nada. Y mirar tu gesto hastiado, tus ojos de fiebre, tu amarga quiebra, mientras los remos cavan sincrónicamente el mar de aceite, y sobre las frentes y los torsos de tus bogas, el sol se hace de cobre como ellos...).

“NUESTRA PATRIA DEBE SER EL UNIVERSO...”

ATRÁS, CON LA ESPUMA de la estela, con el surco de la quilla, con las gaviotas de la escolta, con los pañuelos del adiós, atrás quedan ya las arenas grises, las desiertas costas del Perú. Desde el puente, Flora contempló un instante el puerto, la aun querida lejanía, la sombra de la sombra de una patria imposible. Después, se hundió en su cabina a recordar y a escribir.

15 de julio de 1834. La víspera, no más, sintió fundirse dos emociones: la despedida y un homenaje. “Allons enfants de la patrie, le jour de gloire... est arrivé”, cantaron en su honor muchas voces. “Le jour de gloire!” (Mais non, Minette, mais non, Aline —sollozó el corazón cobarde en su secreto—, ce n'est pas le jour de gloire, c'est le jour de l'amertume...”).

¡Ah, cobarde, irredimible sensitiva!

Pleno océano rugiente. Ida la dicha del *Mexicain*. Travesía a cielo pleno, a mar largo, sin Chabrié, los ojos febriles, agobiada la memoria. ¡Ah, sí!, está enferma, marchita, *Mademoiselle* Flora Tristán o *Madame* Chazal, si preferís. Los marinos no la miman como antes: hasta llegan a insultarla. ¡Qué habría hecho —qué no habría hecho— Zacarías Chabrié para devolverle el júbilo! ¡Cómo hubiera paradojizado Alfred David por arrancarle una sonrisa! ¡Cuántos yaravíos hubiera cantado el paisano Miota por verla libre de tormento! Ni Chabrié, ni David, ni Miota, ni tampoco ella, Flora: una sombra

apenas, deshecha el alma, torna ahora a Francia, asqueada del dinero, de la familia, "paria" auténtica, pero segura de su destino de mujer.

Los días felizmente vuelan, ya que la angustia también tiene, en esta ocasión, alas. Manchan el horizonte bandadas de ignotos pájaros marinos. El albatros, torpe y gigantesco, arrastra sus inútiles alas por la cubierta del barco. "La solitude marine..." Si ella supiera escribir poemas, habrían brotado de su corazón los versos desolados:

O mort, vieux capitaine, il est temps! levons l'ancre!

Ce pays nous ennuie, ó Mort! Apareillons!

El alma aterida presagia el triste acento de Baudelaire, encrespada de íntimas remembranzas: Aline, Ernest, *Minette*...

Al fin divisa la costa de Francia. En brazos de su madre, Flora experimenta contradictorios sentimientos. Por ella sabe que, en enero, Chazal le escribió preguntando por el destino de "su mujer". ¡De su mujer! Flora disimula como puede un gesto de repugnancia, y sigue oyendo. *Minette* ama, en el fondo, a su yerno y no oculta su compasión. Prosiguen los relatos. *Minette* ha alquilado una casita en el pueblo de Orset, comuna de Montmartre, calle de las Acacias, número 32. ("Qué me importa esto", piensa Flora sin llegar a modular palabra. "¡Ya te importará!", responde un eco que tampoco se escucha).

Chazal, sospechando que Flora ha logrado colmar sus ambiciones en el Perú y que regresa rica, ha redoblado su asedio. ¡Poder recibir unos esponsales dignos, mediante un *chantage*, no se le podría enrostrar como una infamia! Largas horas cavila, día tras día, cómo lograr sus propósitos. Por fin, avatar de los *kidnappers*, de quienes fueron heraldos los hermanos de José, en Hebreá, resuelve robarse a Aline. Un anónimo acaba de revelarle el escondite

de su hija. Esta vez no se le escaparán Flora, la venganza ni el dinero.

Flora vive de incógnito en la calle Chabanis, 12. Ha alquilado esa casa con un nombre supuesto. ¿Teme que Chabrié la localice y recomience a sitiarla con su amor? ¿Teme que Chazal la torture con su interesada y brutal persecución? Amor u odio, Flora teme algo, y se disfraza. Pero no es posible mantener el sortilegio de su ineditéz. El viaje la ha saturado de impresiones, de expectativas, de experiencias, de ambiciones mayores aun que las de antaño. El dinero importa poco. La fama y el apostolado a que ha resuelto consagrarse valen más. Después de lo padecido, sería monstruoso que mirara impasible el drama de la mujer, inerme en medio de un mundo hostil. Su mente trabaja sin descanso; la pluma trata de seguir la velocidad de la inteligencia. Apenas sale, durante varias semanas, no obstante de que, afuera, también afuera, la impreca la tragedia. Cuando abandona su cubil, fruncido el ceño y trabada la mandíbula, se dedica a visitar vez tras vez un tallercito modesto de la calle del Palais Royal, en donde chirrían máquinas ininterrumpidamente. El ruido de hierros parece connatural de aquella casuchita. Flora entra y sale. En ocasiones llega hasta sonreír, al asomar a la calle. En los primeros días de 1835, esta sonrisa se acentúa, heraldo de felicidad. Taconea de prisa, queriendo volar, con un paquete bajo el brazo, rumbo a su alojamiento. No bien abre la puerta, sin atinar a quitarse el sombrero ni a desanudar los cintajos que le encuadran el rostro, abre el paquete, y, tirada de bruces, sobre su cama viuda, acaricia un folleto en cuya portada se lee: "Necessité de faire un bon accueil aux femmes étrangères. Par. Mme. F. T. Prix. 1 franc. Paris, Chez Delauney. Palais Royal. 1835". Ha nacido una nueva escritora, una formidable polemista.

Minette sonríe ante euforia tan pueril, recor-

dando las angustias de semanas antes, cuando Flora recorría las calles como una hiena enjaulada, a raíz de que el canalla de Chazal la amenazó con arrebatársela a su dulce y queridísima Aline...

Flora lee en voz alta: "Después de haber visto de cerca y conocido la desdichada condición de la mujer abandonada, quiero crear una asociación para socorrerla". Sin quererlo, el puño se le cierra amenazante; a través de su lectura surge aquel gesto inolvidable de fingida cordialidad de tío Pío. "Amada sobrina". ¡Puah!...

Las meditaciones se suceden lacerándola. Negar es fácil. Todos, todas lo hacen. Pero ¿afirmar? Y la vida se construye sobre cimiento de "sías" antes que de "noes". Claro, que nunca se hallaría patria geográfica para el desamparo sobre la haz de la tierra, ya sabida ancha, por intransferible experiencia. La ficción de la patria chica estalla, sobrepujada por el dolor cósmico. Una mujer plena deberá ser una plena ciudadana del mundo. Feminismo e internacionalismo se confunden, pues, de suerte que deberá confundir su hogar con... "En adelante —escribe Flora—, nuestra patria debe ser el universo". Relee sus palabras, cavilosa: eso es cierto, aunque aun no basta. Más adelante la fórmula adquiere corporeidad, cuando agrega un tercer término a los dos ya vistos: el de socialismo. Ya se acerca a lo justo: internacionalismo, feminismo, socialismo; triada definitoria de una mujer nueva, a cuya formación debieran concurrir todas las hembras de la tierra. ¿Por qué no buscar, entonces, si la tarea resulta tan difícil; por qué no buscar un apoyo eficaz? ¿Por qué no el de ese Rey burguesote, Luis Felipe, hoy desterrado, tal vez mañana triunfador?

La prédica del folleto de Flora comienza lentamente a dar sus frutos. *Le Gitateur Feminin*, revista de alguna circulación, acogiendo una de sus iniciativas, decide organizar una sociedad para reco-

ger a las mujeres extranjeras y *bonnetement* desamparadas.

¡No basta, no basta! Flora siente que la juventud renace con más ímpetu que nunca en sus pulsos; que sus preocupaciones hogareñas se achican y hasta se borran; que una mano gigante la empuja, proyectándola hacia el futuro. ¿Dónde hallar el trampolín que le hace falta para lanzarse al vacío, segura de su arribada? Pudiera ser el bueno de Luis Felipe, pero por hoy nada tendría que hacer. Un hombre más actual, de dominio sobre las masas, de prestigio en la calle, entre los intelectuales, entre los poderosos, entre los obreros. Y se le ilumina el rostro cuando ese hombre se le presenta con nítidos contornos: Fourier, el economista, el agitador, el maestro. Fourier, que se halla en el cenit de su gloria, venerado por los trabajadores, acreedor al respeto de los universitarios, temido por los poderosos. Fourier, forjador de un socialismo actuante y posible, de un mundo más justo... ¡Fourier, Fourier! ¡Ah, sí!

Pero, ¿cómo llegar hasta el semidiós? Flora hace un mohín desdeñoso, menospreciándose a sí misma. No la arredró el mar inmenso; no la detuvo un continente ignoto; fue incapaz de someterla el amor a sus hijos; se sobrepuso al desencanto y la persecución, y, va a atemorizarla un hombre! Se mira al espejo, donde los ojos desafiantes le devuelven redoblado aliento. Cada día está más hermosa, tanto, que diz que la ogresa Jorge Sand, tan machuna y sensual, la mira inquieta y celosa. Pues, a la calle, a donde el insigne maestro del socialismo. A buscar a Fourier.

Felizmente, le fue leal su pensamiento. Fourier la recibe sin obstáculos, la contempla pensativo (¿también éste?, se pregunta Flora), la escucha sin interrumpirla. Ya la ha leído. Ya sabe que es mujer de arrebatos y de pertinacia; hasta sabía que era muy

hermosa. Otra cosa es oír-la y ver-la, sin embargo. De tanto adoptar un papel pasivo, a nada práctico llegan después de la intensa perorata feminista de *madame* Tristán.

De ello se percata, con claridad, Fourier, cuando la visitante ha abandonado el campo. En los sentidos del egregio socialista ha quedado una huella como de fuego: aquella piel mate, jugosa de vida; aquellos ojos inmensos y quemantes; aquella voz levemente ronca; aquella palabra de cauterio; aquel estremecimiento nervioso como de follaje inerte bajo la tempestad, todo incita a Fourier —también las ideas escuchadas— a abandonar su trípode y salir en busca de la Paria. Esta tiene la gloria de saber que dos veces, en dos días diversos, el gran Fourier llama en vano a la casa de *Cherche Midi*, 41, donde ahora vive Flora. Pero la inquieta no para en su alojamiento.

Ambula por las calles y talleres congregando voluntades, aunando descontentos, empresaria de insatisfacciones. Flora tiene conciencia de su desventura al no haber sido hallada por Fourier, y le dirige —en octubre de 1835— una carta con rendidas excusas.

Su patrona, la dueña de la pensión de *Cherche Midi*, *madame* Tanera, le había descrito la nerviosidad del sereno filósofo. Flora sonríe halagada. Mas la vida no le da tregua. Y cuando más emancipada se siente, en ese mismo octubre, una tarde, al regresar a la casa, se le huela la sangre al mirar los rostros exangües de *monsieur* y *madame* Tanera. Su intuición materna cuajó en un solo grito:

—¿Aline?

Dos miradas asienten, desoladas. ¡Chazal ha raptado a Aline!

—Ah, ¡el canalla!

* * *

—Ven, soy tu padre, ven... y éste es tu hermano

—pugna Chazal desde un carruaje. El auriga, con el sombrero hundido hasta los ojos y el cuello del gabán levantado hasta las orejas, espera la fusta en alto, para lanzar los caballos al galope. —Ven, Aline, hija mía...

Aline se ha resistido hasta el final. No, ése no puede ser padre suyo. Jamás. Bien recuerda las lágrimas de su madre, y sus anatemas. No. Ella es sólo hija de Flora Tristán. Este hombre no tiene nada de ella, ni ella de él. Ni tampoco quiere saber de un hermano —miserable— que no visita a Flora, a “mamá Florette”...

—No, no...

Chazal la ha levantado en vilo, y el coche parte a galope tendido.

—Ve, Ernesto, ve a tu hermana...

—Aline...

—Jamás... Tú no eres mi hermano... Si lo fueras estarías con mamá, y no con... —Aline rompe a llorar, ahogando en llanto sus palabras.

Chazal ha comprendido bien: esa hija ya no es suya. Sin embargo, no importa: le servirá de rehén. Su ausencia será nueva y profunda herida para esa implacable Flora Tristán.

* * *

Minette escucha entontecida los dicerios de Flora. Las dos mujeres se miran a la cara. Flora tiene los cabellos en desorden; los ojos inmensos, enrojecidos y brillantes; pálido el semblante, en el cual la boca apretada es como un tajo.

—¡Tú sabías!... ¡Tú eres su cómplice!... ¡Tú te escribías con él mientras yo estaba en el Perú!... ¡Tú eres una malvada!... ¡Tú has hecho desgraciadas a tu hija y a tu nieta!... ¡Tú, sólo tú!...

—Escucha... Soy tu madre...

—¡Cállate!... Hipócrita como tu hermano, ese comandante Leisné, un taimado como tú, otro hipócrita...

—¡Flora!

Inútil quererla detener. La leona herida urde planes, espía, indaga, conspira. Al fin llega a saber: es la fecha de Todos los Santos. Hace dos semanas que no ve a su hija. Pero ese día Chazal la llevará de visita a casa del tío Leisné. Esa mañana Flora no insulta a *Minette*. Hasta le hace bromas, si bien tiene los ojos fulgurantes y aprieta convulsivamente los dientes de rato en rato.

La casa del comandante Leisné, en Versalles, es un remanso a la hora del almuerzo. En torno a la mesa, el comandante, su mujer, Chazal y Aline. Toc, toc... Y en el umbral aparece, pálida como la imagen misma de la muerte, Flora Tristán. Aline exhala un grito y se arroja a sus brazos. Flora apenas sonrío, llameantes los ojos, diciendo: "Vengan a quitármela". Chazal, violento, tira la silla y se lanza sobre su mujer. El comandante Leisné, como en otra ocasión, trata de interponerse.

—¡Hipócrita, canalla! —ruge Flora.

Chazal blasfema, tratando de arrebatar a Aline. No se la quitarán nunca. Flora se abre paso a injurias y empellones, y sale a la calle. Chazal viste ese día uniforme de Guardia Nacional. No vacila:

—*¡Detened a esa mujer! ¡Es una ladrona!...*

Los soldados tratan de arrestar a la impetuosa:

—Yo no conozco a ese hombre —es su respuesta, seca como un latigazo, y sube a un coche con Aline. Chazal se precipita tras ella, pero los aurigas del panadero le obstruyen el paso. Una mujer bella y joven, que grita: "Esta es mi hija, me la quieren robar", despierta simpatías. Y una hija que se abraza desesperadamente a la bella mujer que así grita, decide al más reacio. Se alza una fusta y, ¡chas, chas!, azota el lomo de Chazal. Los aurigas indignados ensayan sus látigos sobre las espaldas del raptor raptado. Pero, al fin y al cabo, un uniforme es un uniforme. Unos policías arrestan a Flora y a Aline.

Ambas mujeres se hallan tan demudadas que tienen que ser conducidas al hospital. Después de todo, he allí un asilo seguro. Entonces interviene el Procurador del Rey. Se abre proceso. La sentencia ordena que Aline sea colocada en una pensión —la de *madame* Duroche—, adonde podrían ir a visitarla sus padres.

Flora recibe, en esos días, dos mil quinientos francos del tío Pío. En el acto se emplea como dama de compañía y atraviesa por tercera vez el Canal, rumbo a Inglaterra.

Chazal rumia por doquiera derramando bilis:
—“Es una querida, una mala mujer”

Aline, que lo oye mascullar injurias contra Flora, cobra odio inextinguible a su padre, y duplica el amor para con su *pauvre et douce* mamá Florette.

* * *

El año de 1836 se inicia en calma para este hogar ejemplarmente azaroso. Flora, reintegrada a París, sigue de cerca el movimiento social y literario de la Isla y de Francia. En Inglaterra conoció los ensayos de Robert Owen, para estructurar un modelo de organización socialista. Más preparada que antes, se halla en aptitud de comprender mejor las enseñanzas saintsimonianas, y traba amistad con Victor Considerant, el grande y diligente amigo y discípulo de Saint-Simon, preocupado entonces en organizar la “Falange”. Flora se deja arrastrar por la oratoria ardiente del rebelde. Jamás oyó a hombre igual. En adelante, ya tendrá cauce la tremenda protesta que la inunda de rabia, que le comunica inconfundible frenesí.

—Sí; hay que renovar la sociedad, desde luego. Pero, ¿cómo?

—Creando movimientos populares —responde el agitador—, organizando la inquietud.

Organizando la inquietud... Es el mes de julio. París se despereza bajo el calcinante sol estival. En

los parques, junto al Sena, el amor y la bohemia confunden sus ritos. Jorge Sand bosteza —o suspira— de malicia e inteligencia en cafés, salones y jardines. Los escritores, las *midinettes*, los estudiantes y hasta los cocheros discuten con ardor las novedades del día. El Gran Talma triunfa en el tinglado. Apoteosis de Víctor Hugo con su *Ruy Blas*. Acaban de confiar a Rachel, la *Comedie Française*. Se habla de Balzac, de Sainte-Beuve y de Jorge Sand como de semidioses. Gloria del romanticismo recién hallado. En las vidrieras, Lamartine y Gautier siguen imponiendo sus carátulas. Labios apasionados recitan las novedades poéticas del día: "La nuit d'octobre", de Alfred de Musset, y "Les voix intérieures", de Hugo.

Al margen de esto, Chazal aguarda pacientemente su venganza. Una tarde en que Flora se halla enfrascada discutiendo sobre la mejor forma de salvar al mundo, rapta de nuevo a Aline, a fin de impedir que la visite su madre. Para que no vea más a la "miserable *entretenuë*".

Flora se desespera. Indaga, busca. Una mañana alguien llama a la puerta de su casa en la *rue du Bac*. Abre extrañada la puerta, y una sombra adorada se echa entre sus brazos y humedece sus mejillas con un llanto que a la infeliz le sabe a dulce rocío. Aline ha huído del hogar paterno: "¡Nunca me separaré de ti, mamá!..."

Chazal encenegado por el rencor, entabla demanda contra los cuidadores de su hija. Interviene la justicia. El 20 de noviembre, la policía se lleva a la muchacha, que está casi enloquecida a fuerza de contrastes y sinsabores. Mas, ya Flora tiene en sus manos la llave maestra del destino de Chazal. Aline le ha confiado un inmundo secreto, inmundo, sí, pero salvador. Mientras vivió en casa de su padre, éste, sea por pobreza o por otra intención, dormía en una misma cama con sus dos hijos, y Aline, casi una desconocida para él, era ya una mujercita. Hay

más —y así lo revela una carta de Aline, en abril de 1837—: Chazal solía tener excesiva complacencia en acariciarla. La sospecha del incesto real o frustrado prende en la mente de Flora. Más que nunca se aviva el sentimiento materno en su alma apasionada. ¡Ah! Eso no puede continuar. Si la justicia le cierra el camino franco, ella raptará a su hija y hará justicia contra el canalla...

Fortuna fue que Aline pudiera evadirse de las manos de *ce monstre*, aprovechando unos días en que su padre estuvo enfermo. A fuerza de sufrir, la infeliz acibarada desde la infancia, envejecida en plena adolescencia, tenía las mejillas hundidas y los ojos marchitos. Crece, al ver eso, la ira de Flora, leona aferrada a su cachorro pero a quien la justicia sustituye, cuando Chazal, repuesto de sus males, promueve nuevo escándalo para tratar de recobrar a su hija. Error de cálculo del pendenciero marido. Flora tiene ya una personalidad; su causa ha conmovido muchos corazones, inclusive al seco y reglamentado del Fiscal. Chazal insiste, insensible a lo que en torno suyo fermenta. Y tanto que, de pronto, volviéndose la suerte de revés, ve llegar a la policía y tiene que resignarse a rumiar sus rencores entre las tinieblas de un calabozo.

París tiene un bocado magnífico con aquel proceso. Ciega de indignación y de ira, *madame* Tristán expone ante los Tribunales toda la inmundicia que piensa haber sorprendido en su marido. Pero, cuando todavía algunas cabezas incrédulas se menean dubitativas, atribuyendo a violencia de la Paria el origen del venenoso intríngulis, he aquí que Ernest Chazal, el otro hijo, llamado a prestar declaración, no vacila en atestiguar a favor de Flora y Aline, en contra de su propio padre. La audiencia escucha, sobrecogida de asco, un terrible relato. Chazal, aquel litógrafo con aire de mártir, resultaba así un personaje demoníaco. Decepcionado por haber perdido el

amor de su mujer, quiso encontrar en su hija el lenitivo —pero qué lenitivo, *mon Dieu*— para su desamparo sentimental. Aline le rehuía vez tras vez, asustada del incomprensible amor y los espantosos celos de su padre, trocado en pretendiente.

Un escalofrío sacude a la sala al oír tanta infamia.

Pero no: Chazal no acepta eso. “Calumnia, calumnia vil”, vocifera en el paroxismo de la ira. Y, resuelto a vindicarse, sin reparar en que el escándalo se agrava y puede perjudicar la honra de su hija, redacta una *Memoria*, en treinta ejemplares, para referir la “historia íntima” de su matrimonio, la “verdad” sobre Flora Tristán. Espantoso libelo, del cual fluyen ponzoñas y ruindades, y, de seguro, no pocas exactitudes. La Paria siente en el rostro el tácito bofetón de los crédulos; pero, al par, recibe la simpatía de los que ven en ella nada más que a la mujer y a la madre. Todo lo cual no la detiene en el camino elegido. Al contrario, se vale de la aureola de su martirio para insistir en sus demandas doctrinales. A fines del año, los diputados franceses reciben un folleto valiente y perentorio: *Petition pour le rétablissement du divorce, a MM. les députés. Paris, ce 20 décembre 1837*. Fírmalo, Flora Tristán.

El *tout Paris* sigue apasionadamente el proceso contra Chazal y las derivaciones político-sociales que le da su contricante. En los círculos “avanzados” y “bohémios”, ella es casi una heroína. No hay chisme ni calumnia ni murmuración que se le ahorre. Sainte-Beuve, siempre tan vanidoso y distante, se ha dignado destilar algunos comentarios sobre el modo de escribir de la Paria. A ella no le inmutan tales cosas. Sabe que su estilo está en su fuerza, no en su corrección, y no deja de recordar aquella lucha suya, cuando adolescente, contra la esquiva ortografía. Para el romanticismo recién nacido, ¿qué mejor

ofertorio que aquel drama real, ninguno de cuyos detalles es ahorrado al paladar del público?

Pero Flora está obsesionada por un nuevo culto: la justicia. No le interesan los literatos, sino los economistas, los agitadores. Ya sabe que —dura experiencia— la vida es una lucha inacabable. Los luchadores, los pugnaces, serán quienes reciban su afecto y su admiración. Cuando Robert Owen llega a París, durante aquel fatídico año 37, la Paria lo sigue como la sombra, tratando de beber sus palabras para hacerse más eficaz. Entonces recuerda que tiene a mano un tesoro no explotado...: su diario de viaje.

¿Cómo haberlo olvidado tanto tiempo? ¿Cómo no haber intentado publicar aquel manojito de invectivas, de nostalgias, de desengaños, de críticas y de proyectos? ¡Y pensar que todos, hasta Musset, el sentimental y libertino, creen llegado el instante de lanzar sus respectivas *Confession d'un enfant du siècle!* La pluma se mueve con vertiginosa rapidez sobre el papel. Los recuerdos afluyen en doloroso torrente. Los apuntes suministran vigor, placidez y melancolía a la autora, incansable en esos meses de alumbramiento espiritual. Al fin termina el manuscrito, verdadera agonía, destinado a aleccionar y a vengarse. No es fácil hallar editor, y tiene que acudir a varios.

Mas, después de todo, logra imponerse a los desengaños de esa nueva "peregrinación", y, al cabo, reúne el dinero necesario para lanzar los dos gruesos volúmenes que correctamente impresos por Arthus Bertrand, de París, se titulan *Peregrinations d'une Paria* (1833-34). Ello ocurre en 1838. La autora dedica valientemente la obra "A los peruanos".

"He dicho, después de haberlo palpado, que en el Perú la alta clase está profundamente corrompida, que por satisfacer el afán de lucro, el amor al poder y las demás pasiones, su egoísmo la lleva a las

tentativas más antisociales; he dicho, también, que el embrutecimiento del pueblo es extremo en todas las razas de que se compone... El embrutecimiento de un pueblo da vida a la inmoralidad de las altas clases". Y terminaba: "El Perú era, en toda la América, el país de civilización más avanzada, cuando su descubrimiento por los españoles; esta circunstancia hace pensar favorablemente acerca de las disposiciones nativas de sus habitantes y sobre los recursos de que dispone. ¡Que un gobierno progresista llame en su ayuda a las artes del Asia y de Europa y haga ocupar a los peruanos ese mismo rango entre las naciones del Nuevo Mundo! Ese es el deseo muy sincero que me anima". Y Firmaba: "Vuestra amiga y compatriota".

El libro circula rápidamente. Hay tanta amargura, tanta insidia, tanto dolor, tanta crudeza en él, que los lectores lo devoran con tanta o más ansia que otros autorizados relatos de viajes a la América del Sur, y con tanto provecho como otros volúmenes sobre injusticia social. La crítica lo recibe de dispar manera. La *Gazette des femmes* lo califica de "tímido"; un "talento maduro" encuentra en él *L'Artiste*, entretenido aunque inmoral, lo juzga *Le Journal des Débats*. Individualidad le reconocen todos. Pero eso no basta. Mucho menos cuando desde el otro lado del mar cae, súbitamente, un rayo sobre la cabeza de Flora: el tío Pío, indignado por la pintura que de su avaricia y sus intrigas hace su amadísima sobrina, decreta el sitio por hambre: le quita la pensión que le mandaba. ("Hija mía, te queda Pío", habíale dicho a Flora su padre al morir: doloroso recuerdo en ese instante). Además —claro, ¡habría sido insuficiente tan leve castigo!—, la prima Carmen, siempre tan noticiera y querendona, le transmitió otra nueva: el arzobispo Goyeneche, aludido como avaro en la obra, había mandado incinerar en la plaza pública la aborrecida obra de la Paria.

Alea jacta est! Otro capítulo cerrado. Pero la vida no se detiene, no se detendrá por eso... Flora Tristán continúa su campaña. Ya sabe que no hallará sino abrojos en lo que le resta de camino.

LA DE LOS TRISTES DESTINOS

(*Mephis — Mapala*)

HALLÁBASE REPASANDO las páginas de su libro, ufana de su aparición y amargada por los recuerdos que hervían al contacto de tanto desengaño, cuando supo que, al fin, iba a quedar libre de la cadena que, desde su niñez casi, la había mantenido atada al irascible y testarudo Chazal. El tribunal, después de largas deliberaciones, convino en pronunciar sentencia, autorizando la separación de cuerpos —no el divorcio, por el cual clamaba la Paria—. Quedó estipulado, además, que Chazal podía retener consigo a Ernest y que Aline fuera internada en un colegio. Justicia salomónica, un tanto pilatuna, contra la cual se alzó, herida en su puro amor de abuela, la silenciosa *Minette*. Ella, no Flora, dirigió una reclamación a los jueces para que dejaran a su lado a los dos nietos, espuma inocente de tanta tempestad.

Chazal, protestó un poco. Flora, dichosa, pudo en cambio entregarse a su tarea literaria y de agitación obrera. Sus colaboraciones para *L'Artiste* y *Le Voleur* iban ganándole una reputación cada vez mayor. Por su belleza, su audacia y su talento, era recibida con aplauso en los medios intelectuales. Pintores y literatos revolucionarios y bohemios le tendían cordialmente la mano. Sobre todo, el pintor Jules Laure, a cuyo *atelier* concurría con tal asiduidad que la murmuración empezó a señalarlos como amantes. En los frecuentes bailes de máscaras de aquella sociedad tumultuosa y alegre, relumbraban

triumfales los negros ojos de la criolla. En su casa, rodeada de raros mantos, ricos huacos peruanos y pobres adornos parisienses, se la veía, verdaderamente imperialicia, sirviendo café y licores a sus melenudos amigos.

Chazal, en tanto, sombrío, relegado a un desván de la memoria pública, tascaba impaciente su derrota y sus celos. Porque, a pesar de todo, no había dejado de amar a su mujer un solo instante, y aquellas habladurías en torno a ella y Laure lo herían en lo más vivo del corazón. En varias ocasiones siempre en acecho, llegó, cuando nadie lo podía ver, hasta la puerta de Flora, demandando clemencia. La puerta no se le abrió jamás. Airado, rebotando rencor, le escribió entonces una breve misiva: "Hay una justicia a la que no escaparás", decían los ceñudos renglones. Flora arrugó las cejas, presintiendo nuevas tormentas, pero no quiso ceder un paso. La suerte estaba echada desde tiempo atrás.

El 11 de junio, un amigo de Chazal fue a decir a la Paria que el infeliz había comprado una pistola y cincuenta balas, y que se lo veía inquieto, rumiando alguna idea trágica. Cierta noche había aludido vagamente a su decisión de eliminarse él o eliminar a su enemiga. Flora no quiso escuchar: ya sabía cómo eran los *chantages* de aquel histérico. La vida siguió rodando impasible durante los dos meses siguientes:

Pero, en agosto, Ernest Chazal Tristán, al regresar de visitar a su padre, refirió encandilado que lo había visto cebando unas pistolas, mascullando palabras ininteligibles, hecho un verdadero loco. Coincidió el relato con un nuevo intento del litógrafo para hablar con su ex-mujer. En plena calle salióle al paso, pretendiendo abordarla, pero ella lo mantuvo a raya con su cortante desdén. Por primera vez, ese día, Chazal profirió una amenaza concreta e inició un asedio tal, en torno de la casa de Flora, que ésta

principió a sentirse angustiada. ¡Maldita sombra del hombre aquel, calvario de su vida, vergüenza de sus hijos! No pensaba, al proferir sus improperios que, por causa suya, la vida de André había perdido absolutamente contenido y rumbo, salvo para hozarla y pisar sus huellas.

El 10 de septiembre, a las tres y media de la tarde, en momentos en que Flora regresaba a su casa, Chazal, saliendo de tras un parapeto le cerró el paso con aire resuelto. Intimidada, quiso esquivarlo, pero él no la dejó alejarse. Pretendió ella correr... El ruido seco de un disparo estremeció al vecindario. Los que andaban cerca, vieron que una mujer joven y bonita caía al suelo, y que, al punto, se levantaba y huía, como enloquecida. Como en las piezas de "grand guignol", un agente de seguridad, especie de *Deus ex machina*, surgió de improviso poniendo su pesada mano sobre el hombro del agresor. Este se entregó sumisamente. Poco más allá, Flora Tristán volvía a caer, sobre sus rodillas, desmayada. Tenía un balazo bajo el seno izquierdo.

"La gran noticia aquí es el asesinato de *madame* Flora Tristán por su marido; hela ahora más célebre en una hora que después de diez años de vida literaria. Jorge Sand ha sufrido esta semana dos fracasos en materia de celebridad femenina", comunicó, con su habitual acidez, Sainte-Beuve a los esposos Olivier a raíz del suceso. Y Jorge Sand, refiriéndose a la Paria, escribió a su amiga *madame* de Pompery: "Nunca me fue simpática".

Mientras así corre ya, en torno suyo, la incansable lanzadera de la murmuración literaria, Flora sufre, durante diez días, terribles dolores y atraviesa una aguda crisis que amenaza realmente su existencia. Breve convalecencia después; larga fama, a costa de su sangre. Cuando aparece su artículo "L'art depuis la Renaissance" recibe muchos elogios. Su novela *Mephis*, publicada por esos días, es disputa-

da en las librerías por los lectores adictos a los platos fuertes. Es decir, por casi todos los lectores.

* * *

¿Cuál es el secreto del éxito de *Mephis*? Como siempre, la sinceridad de la autora. El título —que parece anunciar una prolongación de las *Peregrinations d'une Paria*— lo dice todo: *Mephis ou le Proletaire, roman philosophique, autobiographique et sociale* (1838). En la trama se mezclan episodios de la propia vida de Flora con otros, hijos de su fantasía. La sombra de Chabrié surge de improviso disfrazada con ajeno nombre, y todo el drama de la Paria, inclusive los incidentes con Chazal, suelen mostrarse, apenas velados por cendales de ingenuo romance, a lo largo de aquellas páginas tan al gusto de la época. Los críticos no vacilan en afirmar que, no obstante la ya sabida antipatía entre Flora y Jorge Sand, ésta ha ejercido indudable influencia sobre la autora de *Mephis*. El estilo de *Indiana* y *La última Aldini*, así como no pocos trucos de Balzac, entonces en el apogeo de su miseria y de su gloria, y también la grandilocuencia propia de Hugo, todo eso —y algo más: el genio bravío de *madame* Tristán— se dan cita en la discutida novela.

Presenta en ella un argumento que, a ratos, evoca el de *Los Miserables*, por su chata ternura y la inverosimilitud de algunos de sus protagonistas. Jean Labarre, hijo de un pobre marinero de Dieppe, salva de ahogarse en el mar a un niño inglés, quien resulta ser Lord Arthus M... Su madre, Lady M..., agradecida por aquella acción, se encarga de educar al *petit matelot*, a quien trata igual que a su hijo. Lord Arthus —¡aristócrata al fin!, reflexión que fluye de la obra de Flora— se remuerde de envidia ante la inteligencia del pequeño proletario, y obliga a su madre a que lo aleje de la casa, enviándolo a Edimburgo. Jean conoce en esta ciudad a Clotilde, parienta de los M.; se enamora de ella, y, una noche

poética como la del *Mexicain*, ambos se extravían en el bosque, sin que por eso —¡claro, un hombre de "honor proletario"!— Jean abuse de la confianza de Clotilde. No obstante, la familia juzga que deben celebrarse esponsales entre ambos jóvenes, cuando —¿Chazal emperifollado? ¿Pío Tristán? ¿Quién sería? —Lord Arthus reaparece y, en tono melodramático, acusa a Jean de seductor inescrupuloso y de ser hermano de un condenado por la justicia. Jean, deshecho, vuelve a Dieppe y comprueba que efectivamente hay una mancha judicial en su familia. Todavía vive, felizmente, su padre; mas, como en todo destino romántico, esa supervivencia no tiene otro objeto que hacer más patética la escena de su subsiguiente muerte, con lo cual Jean, obligado a ganarse el sustento, se dirige a París y entra a trabajar en el taller de Girodet. (Hasta aquí Flora Tristán se está retratando a grandes pinceladas). Desde luego, la miseria, la infamia, algún duelo a muerte, un duque —el duque X que lo hace su secretario—, todo aquel atuendo sentimental y pintoresco rodea la existencia de Jean. Este valido de la amistad del duque, se recibe de médico; pero, al par, seduce a la duquesa, joven de veinte años ahíta de soportar la convivencia con un marido que le lleva treinta. Desde luego no puede faltar un jesuita, hermano de la duquesa, el cual trata de ganar la adhesión de Jean. La duquesa muere de parto. Los jesuitas abandonan entonces al réprobo, quien, en un baile de máscaras, vuelve a encontrar a su amada Clotilde, que enloquece al tropezar con su antiguo novio.

Nuevas peripecias rodean al infeliz. Harto de sufrimiento, trata de matarse —el suicidio, otro tema romántico: Nerval, Chatterton—, pero un amigo le ofrece dinero, y, además conoce a Mariquita Alvarez (¿duplicado de Flora?), joven andaluza de ideas socialistas. Claro está que Mariquita

tiene también una historia apasionada. Hija de una célebre dama italiana y educada por su abuelo, que era músico, se enamoró de Oliverio, un noble, alumno de aquél. Oliverio la seduce. Para salvar el honor de la joven, el duque de Hazcar le da su nombre, pero la cuitada se siente morir, obligada a no ver más a Oliverio y, de contera, madre de un hijo del duque. (¿Sería Chazal, el modelo del duque?). En esas circunstancias es que Jean tropieza con Mariquita, y se convence de que juntos pueden llevar adelante un proyecto de regeneración universal. Jean se siente un Mefistófeles (un *Mephis* o Mefis, contracción de Mefistófeles) cuando, en su primera entrevista con la desgraciada andaluza, trata de convencerla, de atraerla a sus ideas. Mas hay otro galán de Mariquita, el marqués de Marepas, que intriga contra el iluso Mefis. Y éste cae en las garras de la policía, mientras Mariquita, desesperada, agoniza en Tolón, recomendando con ardor, en sus últimos momentos, el nombre de Jean y aferrándose desesperadamente a la fe de aquél; la regeneración del mundo, posible, segura para el corazón de la moribunda.

* * *

Se sigue hablando más aún de Flora Tristán en aquel París hirviente y contradictorio. Ella lo comprende, y resuelve aprovechar de tal circunstancia en beneficio de sus ideales. Todos comentan el atentado contra su vida. Muchos sostienen que Chazal debe ser ejecutado; que la guillotina debe poner fin a tan inicua persecución contra una mujer indefensa, joven y bella. En ese instante preciso, capitalizando la simpatía que despierta su presencia, Flora se dirige a la Cámara de Diputados para solicitar la abolición de la pena de muerte. Mayor grandeza no cabe, ya que cubre con su petitorio la posible condena que podría caer sobre su perseguidor y casi homicida. La gente abre la boca de pasmo.

—*Sapristi... Cette fille!...* Caramba con la mujercita!...

Feminista, partidaria del divorcio, autora de novelas y memorias polémicas y apasionantes, adherida al socialismo, escuchada ya en los medios obreros y enemiga de la pena de muerte, cuando esta pena significa un alivio para su rencor, Flora Tristán es una mujer que atrae la mirada por donde pasa, no sólo a causa de su hermosura, sino también por su inquietante generosidad.

La Justicia dicta su fallo sobre el proceso de Chazal. Este ha cometido el error de mostrarse excesivamente sereno y hasta desafiante ante los jueces. Ha querido aprovechar de las alusiones a Chabrié en *Peregrinations d'une Paria* para probar que su mujer había sido adúltera. Inútil y torpe recurso. La sentencia fulmina al infeliz: veinte años de trabajos forzados. Flora no se satisface: es decir, sí, pero quiere desligarse totalmente de aquel pasado abominable; solicita que sus hijos no lleven el apellido infamante de Chazal. La Corte accede. Su fallo borra la existencia de Ernest y Aline Chazal Tristán: desde ese día y para siempre sólo existirán Ernest y Aline Tristán, hijos de Flora Tristán. El padre lleva un número a la espalda, en reemplazo de su propio nombre. Traspasa el umbral del olvido un pobre ser transido de pasión, víctima de un equivocado y cruel amor.

* * *

Para olvidar, nada hay como la acción. Estarse quieta, prendidos los ojos de los maderos del techo, hundidos en las tinieblas convida al recuerdo, y cuando ese recuerdo desautoriza al Dante — "*Nes-sum maggior dolore, etc....*"—, un taladro hirviente se introduce en el cerebro, atravesando después el corazón.

Como un homenaje a América y al amigo de su padre, *le petit Bolivar*, publica una colección de

cartas del Libertador. Pero todo eso no es sino un paréntesis.

Flora Tristán se acerca más y más a los medios socialistas, a los círculos obreros, resuelta a cumplir el designio de Jean Lebarre, el *Mephis* de su novela: la regeneración universal. Hasta ahí no habían tenido los trabajadores aliada tan diligente, entusiasta, abnegada, sufrida, distinguida y bella. Todo lo reunía en sí aquella *déesse* de la justicia social. Ardiente como una hoguera, vibrante como una hoja, templada como un acero, hermosa como una deidad fatídica, joven como un efebo, sus palabras y sus actos congregan en torno suyo admiración, simpatía, ternura, confianza. Los obreros la han dado un nombre compendioso y triunfal: "la mujer Mesías". De ello sonríen los literatos, no exentos de envidia, y, acaso, Jorge Sand, que habría aspirado a ser la Mujer Demonio. Pero entre los simples, entre los artesanos, entre los humildes, "la mujer Mesías" despierta cariño y fervor.

Como cuenta con amigos literatos, puede aprovechar a la "intelligentzia" en defensa de sus ideales. Al famoso Béranger, que se halla en el cenit de su gloria, irá a pedirle canciones, himnos de combate para los trabajadores; a Lamartine, que se encuentra en el ocaso de su existencia, pero en lo más alto de su fama, irá a suplicarle que ponga su estro al servicio del pueblo y escriba una "Marsellesa del obrero" semejante "a su Marsellesa de la Paz, tan festejada". Pero, antes de que todo esto ocurra, Flora ha querido olvidar un poco sus recientes penurias, conectarse de nuevo con viejas experiencias, y reanudar, tal vez, algún secreto idilio, yéndose a Londres, la ciudad donde, entre la densa bruma, vio por vez primera la luz, es decir, el dolor social.

* * *

Por cuarta vez, en Inglaterra. De tan sabida, la misma niebla es ya un camino y abre trochas al

andar y al mirar. Londres de hoy, de 1839; Londres de ayer, de 1820 y tantos; Londres siempre austero y sorprendente, confortante, tónico en su hosquedad, maduro de angustia e injusticia. Londres, capital de la explotación. Bullen los tálburis y los landós. De entre los fraques coloristas emergen ventripotentes burgueses negociantes de la City. *Mistress* rubiancas, con manos de tejer y ojos de impertinente. *God save the King, God save our gracious Queen... ¿Gracious? ¿Victoria? Gordita y pequeña burguesa colonial. Sí, diz que lo era... Mas ahí, al lado del puente, aquellos mendigos de mano estirada y tez olivácea... Ya no fraques ni ventripotencias. Apenas hambre, mugre y miseria. ¿Qué había ocurrido en la ciudad jactanciosa de su victoria sobre el *petit Caporal*? ¿Dónde los ornamentos de antaño? Doquiera — Flora palpaba con mano y ojo, nariz y cerebro—, doquiera desesperación, iracundia. Un pueblo suficiente, orgulloso y hambreado. Limosneros como nunca y cuán diferentes a los humildes pordioseros del Perú. Estos exigían, imperativos, una Magna Carta del pobre, una *People's Charter* que conjugara sus derechos. No, éste no era su Londres, consuelo de días malos. Este era el Londres inquieto y agobiador de la explotación industrial. El obrero carecía de derechos electorales; la máquina a vapor desplazaba más y más a los operarios. Largas hileras de cesantes deambulaban, sucios y desesperados, por las calles ayer pimpantes. Flora recogía sus pasos por barrios antañones. Aquí, ebrios, hombres tirados en la calle, hediendo a alcohol; allá, mujeres desgredadas, de ropas raídas. Niños exangües. Cada día amanecían muertos en las plazas, en los tugurios, más y más chiquillos. El viejo Londres burgués apretaba los puños contra la creciente prostitución, pero no abría la mano para otorgar prerrogativa alguna al desposeído. El mercado de esclavos de Praya resultaba un Edén frente a la explotación de la capital*

inglesa. En las fábricas de Birmingham, Manchester, Glasgow y Sheffield, que la Paria recorrió apasionadamente, estaba el verdadero infierno dantesco. Los hombres trabajaban doce horas. Los niños, diez. Las mujeres, otro tanto. Y siempre alcohol, palidez, mugre, tristeza, protesta.

¿Cuál había sido la obra de la máquina? Miseria, miseria, miseria. Riqueza de pocos, hambre de todos. ¡Cómo se nublaban los ojos al visitar las prisiones, dignas de los relatos de Silvio Péllico! ¡Oh, ésa no era su Inglaterra, o tal vez era ése el ambiente en que más podía fructificar su temperamento! En los círculos literarios resonaban unos nombres hasta ahí desconocidos. Ya no era el del viejo satírico Jonatan Swift, ni el romántico penacho de Byron, ni la fama langorosa de Shelley, ni los ecos de William Blake y los lakistas. Se hablaba de cierto estrafalario libelo, escrito por un Thomas Carlyle, mezcla de historiador y panfletista, de un *Sartor Resartus*, libro que todos discutían y que entendían pocos, a juzgar por los debates; de un novelista esplendente que consolaba con sus magníficas evocaciones históricas, cierto Walter Scott, nuevo astro surgido sobre los escombros del presente; de una novela espejo que había hecho sonreír y rabiarse a la burguesía londinense, *Los papeles del club de Mr. Picwick*, por el joven Carlos Dickens. Del otro lado de la Mancha llegaba un nombre deslumbrador, un libro desconcertante, en el que se ahondaba el misterio del hombre y se rozaba la epopeya napoleónica en forma inaudita: *La cartuja de Parma*, por Stendhal..

Pero, ¿qué valía todo eso ante el espectáculo ofrecido por la miseria londinense? Las calles de los arrabales estaban más sombrías que nunca, y más intransitables. ¿Cómo atreverse a entrar en *Petticoat Lane*, por ejemplo? Y las grandes rúas, plagadas de carruajes, con sus petímetros ostentosos, de

monocle y bastón alto, sombrero de copa y fraque, ¡qué indignación despertaba en el corazón transido de la Paria!

¡Ah, no, al mundo había que modificarlo totalmente! Disfrazada de turco, Flora se deslizó a la galería de la Sala de sesiones de la Cámara de los Comunes; también asistió a la de los Pares. Nadie parecía saber nada de la realidad social fuera de Inglaterra, pero, al menos, la nobleza de Inglaterra demostraba mayor comprensión que sus financieros. Los sórdidos mercaderes se aferraban a sus ganancias con apegamiento de moluscos. ¿Y la mujer? ¿Qué se podría esperar de la mujer inglesa? Los ojos zahoríes de Flora desnudaron el misterio. Apparentemente señora de su casa, la dama de Londres obedecía ciegamente a su señor y marido. Los hijos crecían entre criadas alemanas, españolas y francesas, aprendiendo idiomas extranjeros y olvidando el de la patria. Y la Biblia por encima de todo. La Biblia, dogal y almohada del ciudadano británico. La Biblia, resolviendo conflictos personales y colectivos... ¿Colectivos? ¿Podía hablarse de algo colectivo en Inglaterra entonces? Por cierto que no, pensaba Flora. Todo se solucionaba con un terco y feroz individualismo. El socialismo tenía ancho campo, pero encontraba el valladar de la costumbre. Y entretanto (Flora meneó la cabeza con fiereza), "veinte millones de proletarios lloran y ayunan".

"Veinte millones de proletarios lloran y ayunan". Sus propias palabras la desconcertaron. Pero, ¿era posible tamaña crueldad? En el Parlamento oíanse las tímidas peticiones del pueblo inglés: una "People's charter", eso bastaba. Pero los financieros y la nobleza la negaban. El Cartismo ganaba a las masas. Los mejores *leaders* defendían ardorosamente las necesidades de una Carta popular, de una Carta constitucional. Como en los remotos días de

Juan Sin Tierra, se planteaba la batalla entre los viejos fueros y las nuevas aspiraciones.

¡Y qué *leaders* los que se trababan a discutir! El arrogante irlandés O'Connell era la figura más conspicua. Fogoso, elocuente, representaba a la vez el catolicismo tradicional de la Isla, terca, belicosa y separatista. Para Flora, O'Connell era sencillamente "milagroso". Ante su fervor borrábase el recuerdo de Chabrié —aquella calva en donde jugaban los rayos de la luna—; de David altivo y socarrón; del nefasto Chazal. "O'Connell el milagroso". Por las calles desfilaban interminables y repetidos *meetings*. Desde su ventana, Flora oía el griterío de los peticionarios, contemplaba el abigarramiento de los cartelones: "Sufragio universal", "Voto secreto", "Elecciones anuales de parlamentarios", "Salarios a los miembros del Parlamento", "Igualdad de las circunscripciones"... Los obreros saludaban con sonoros *hurras* los discursos cartistas, pero la clase media se agazapaba tras de su temor y cerraba filas en contra. Pronto ocurrieron choques violentos, como el de Newport, donde el electorado, cuyo núcleo fundamental radicaba en la clase media, demostró su fidelidad al Gobierno. Se hacía activa prédica para enrolar a los burgueses como "constables voluntarios" que defendieran el orden amenazado por los cartistas.

Terribles discusiones en el Parlamento. Habían caído Wellington y Peel. Lord Grey fue derribado en seguida por las invectivas de O'Connell y sus diputados irlandeses. Bajo el emoliente ministerio de Lord Melbourne, perdieron popularidad los *whigs*; poco después, a la muerte del rey Guillermo, había ascendido al trono la joven Victoria. Flora miraba aquella vida llena de ordenada pasión, tan distinta a la de Francia, tan dispar de la de América.

Pero el hambre iguala. Y había hambre en la Isla. Los adictos a la escuela de Manchester culpaban

de todo ello a las leyes proteccionistas. Como para los artistas la calle empezó a adquirir importancia de primera magnitud para los librecambistas. Aquello era una lección práctica de economía política, que Flora absorbía ávidamente, con más provecho que los libros, cartas y conversaciones de Fourier y los documentos de Owen.

El mundo sufría doquiera: por la esclavitud, por la ignorancia, por la competencia comercial. Sufría. Sufría y buscaba remedio. Buscaba y hallaba paliativo. Ah, ¿toda la humanidad era susceptible de salvarse, entonces? ¿Por qué no aplicar las medidas exitosas en Francia, al globo entero? Solidaridad, trabajo, supresión de privilegios de clase, de sexo, de raza, de nación; distribución de la riqueza; orden en la producción...

* * *

Para completar su ciclo británico, Flora va de visita a una casa de orates. Entra meditando en su vocación apostólica, ya resuelta; pensando en su libro, en su nuevo libro *Promenades dans Londres*, que ya tiene casi terminado y que publicará en París. Ante sus ojos desfilan rostros atormentados, sonrisas diabólicas, o mesiánicas.

—*Mademoiselle...* ¡Aquí hay un loco que se cree Dios! Mírelo usted: es ése.

Flora clava en él la luz inequívoca de sus ojos profundos. El loco se acerca lentamente, la envuelve en una larga mirada. Luego empuña la mano de la atónita visitante. Sus dedos de garfio se ablandan en torno de la firme mano laboriosa. Algo vacila en sus pupilas, y cae de rodillas:

—*Oh, ma soeur, ma soeur...* —exclama con voz distante. Tiene los ojos nublados de lágrimas. Flora también advierte que el llanto sube dulcemente a sus ojos.

—¿Quién es, cómo se llama ese pobre hombre?

—Es francés: se apellida Chabrié.

¡Qué! ¿Chabrié? ¡Oh espantosa coincidencia! En sus sueños de gloria y en sus días de fiebre tras el verbo de O'Connell, en sus noches de estudio, meditación y vagabundaje, Flora había olvidado su pasado; y había dejado palidecer una carta en que David le anunciaba escuetamente que Zacharie Chabrié, el capitán Chabrié, había muerto después de regresar del Perú en su nuevo buque, el *Amérique*.

—¡Que yo no pueda tener una hora libre, un día sin pena! —murmura envejecida de repente.

El loco Chabrié repite iluminado, siempre de rodillas:

—*Oh, ma soeur, ma petite soeur!...*

* * *

En París espéranla elogios y emulaciones. Fourieristas y owenistas coinciden en reconocer el indudable arrojito de la autora de *Promenades dans Londres*. Ninguna lacra aparece ahí disimulada. Es el vientre de Londres, exhibido ante los ojos del mundo francés. Londres con sus miserias, sus desigualdades, sus hipocresías, su insatisfacción popular. La mejor prueba del éxito es que en el mismo año de 1840 se consumen dos ediciones de *Promenades*. Dos más aparecen en 1842, una de ellas con el título de *La Ville Monstre*. En *Le Nouveau Monde*, los fourieristas recomiendan insistentemente a la autora de *Promenades*. Seducida por tales panegíricos, Hortensia Allart de Meritens adquiere un ejemplar y se lo envía con una carta de calurosa recomendación a M. de Sainte-Beuve.

M. de Sainte-Beuve tiene un modo de mirar impertinente, y habla acentuando las sílabas. De vez en cuando cabalgan sobre su nariz ciertos espejuelos que más parecen lucirse ahí por coquetería que por necesidad. Pero ¡*madame* Víctor Hugo lo celebra tanto!... Flora contempla, alternativamente, con fugaces ojeadas, a Sainte-Beuve, a *madame* Hugo, que sonrío embelesada, y a M. Víctor Hugo, cuya cabeza

leonina, labrada por las arrugas de *Hernani*, resplandece y proyecta poético estruendo. Suele aparecer, también, en ocasiones, un mulato de cabellos ensortijados, ojos ardorosos y habla fantástica, barrigudo y jocundo.

—¡Qué gracioso Alexandre Dumas! —discreeta en un inesperado raptó femenino.

Jorge Sand, baronesa de Dudevant, por quien Flora siente profunda simpatía, suele hablar con entusiasmo de un caprichoso y fecundo "tour de Francia" —la vuelta o jira por Francia.

("Tal vez, sí, —piensa Flora—, tal vez fuera aquel su destino"; pero Sainte-Beuve interrumpe sus divagaciones con una serie de acotaciones precisas y pedantes).

—¡Hum! Materialmente el Lamartine de *Jocelyn* es un poema mucho más de hoy: no olvide que hace sólo cuatro años que publicó este libro. Es coetáneo de los *Canti* de Leopardi, pero ninguno —sonríe a *madame* Hugo— supera la intensidad de *Notre-Dame de Paris*.

Flora piensa ya en otros temas. La halaga, sí, y mucho, el juicio de Sainte-Beuve; más la atraen los pensamientos de Lamennais, el católico rebelde, y de Louis Blanc, el socialista apasionado.

A la sazón Lamennais cuenta cuarenta y ocho años. Resuena su voz admonitiva en las conciencias; despiertan eco sus *Palabras de un creyente*, cuya inspiración democrática e igualitaria habría recibido la censura implacable de Roma. Lamennais la atrae tanto como el irlandés y católico O'Connell. Tanto como el grave y laborioso Louis Blanc. La inconformidad de Flora se orienta hacia un socialismo sentimental. ¿Teorías? Acaso; pero ímpetu generoso, desde luego y sobre todo. Sin embargo, atemperando aquel hervor emotivo de la "Paria", los obreros que dirigen las hojas *L'Atelier* y *La Ruche Populaire*, al aplaudir también *Promenades*

dans Londres y a su autora, lanzan una urgente voz de orden: "asociarse... vincularse..."

Sí, eso es, tal es la tarea; pero... la vanidad aletea en torno de la hermosa criolla. Se publican su retrato y, además, dos cartas dirigidas a ella en el libro *Les belles femmes de Paris et de la Province accompagnées des lettres aux belles femmes*, por — y Flora sonríe encantada— los señores de Balzac, el conde Beauvoir, Théophile Gautier, Gerard de Nerval, Arsène, Houssaye, Víctor Hugo, Jules Janin, Alfonso Karr, Jules Sandeau, Emile de Girardin, etc. Flora subraya con un lapicito el pie de imprenta y la fecha del libro: *París*, 1840.

De "las más hermosas mujeres de París", y ella entre el selecto ramillete.

¡Al fin, el triunfo! ¡Al fin! Bailes, halagos, aplausos, retratos, elogios. *Le Charivari* había popularizado, en su edición del 22 de febrero de 1839, el admirable retrato que Jules Laune le hiciera: rostro ovalado, bucles abundantes, los ojos enormes y expresivos; la boca fina, apretada; levemente sensual el labio inferior; voluntariosa la barbilla; la nariz recta.

—¡Ah, mamá, mamá! —prorrumpe admirada Aline al ver la efigie de su inquieta y vehemente madre.

En las fiestas nadie alcanza más éxito que Flora. Algún despechado glosa: *petite Mesaline*, pero nadie logra adivinar el secreto erótico de la mujer de fuego. Tiene la voz dulce, pero, cuando narra algún episodio picante, enronquece aviesamente el tono, que se hace lacrimoso o vibrante, según los casos. Come igual que un pájaro: de todo y frugalmente. Sin embargo, su voluntad es de acero, bajo la frívola apariencia de los modales.

Por no traicionar sus ideas, Flora ha hecho de sus hijos dos proletarios. Aline, manos de seda, gana un salario como modista: Ernesto, como obrero.

* * *

Esta noche, en medio de la cohorte de admiradores, Flora siente una vaga desazón: hay dos ojos que no la abandonan y, lo que es peor, la penetran.

Ahora, ella forma parte del movimiento llamado el *evadisme*, fundado por el escritor Ganneau. ¿Qué es el *evadisme*? Ganneau, sonriente, contesta:

—Es un movimiento salvador de la humanidad. Su nombre constituye, en sí, su propio programa: “Eva-Adán”, *eva-disme...* Aspiramos a que la humanidad se integre, juntando en un solo haz, los esfuerzos de hombres y mujeres, de Evas y de Adanes. Yo soy, el “Mapale” —*el hombre síntesis*—, *mama-papa: Ma-pale: voilà!*

—¿Y los demás?

Flora se abstiene de contestar. Sobre ella caen fijos los ojos taladradores.

Alguien murmura que el “Pére Enfantin”, el mejor discípulo de Saint-Simon, es el *Pa* de la nueva religión y —bajando mucho la voz— que Flora es la *Ma...*

¿Pura utopía generosa y saintsimoniana? ¿socialismo de mero corazón?

Junto a los ojos taladrantes, hay otros iluminados de extraña manera.

—¿Quién es aquel joven, Ganneau?

—¿Aquél? ¡Ah! ¡Es Arnold Ruge! Un idealista alemán... Cree en la dialéctica hegeliana... Está desterrado de su patria. Ahora dirige, en compañía de Harwegh y otros proscritos de su país, una publicación muy interesante: *Annales franco-allemands*. Dicen cosas un poco raras. ¡Se llaman “socialistas científicos” y —no se enfade, Flora— critican duramente a nuestro conde de Saint-Simon!

—¡Idiotas! —exclama Flora; pero, sacrificando su rabia en aras de la curiosidad, señala a otro joven de ojos sombríos, soñadores y de leonina melena nigérrima—. Y este otro, ¿quién es?

—Es el compañero de Ruge, un joven poeta judío; se llama Karl Marx.

“LA UNION OBRERA”

LA “MUJER MESÍAS” TRABAJA sin descanso. Comparte su tiempo entre visitas a los centros obreros, donde la escuchan embebecidos, y largas estancias en su pieza, frente a su mesa, escribiendo febrilmente. Sus colegas del diario obrero *La Ruche* saben algo de sus proyectos. Trátase, según parece, de un plan íntegro para unificar sólidamente a la clase trabajadora. Que no ocurran nuevos reveses. Que no se pierdan otras batallas. Flora se muestra poco comunicativa. Sus amigos literatos la han perdido de vista. En los cafés bohemios hace ya falta aquel rostro afilado y vivaz, de ojos ora lánguidos como en un desmayo, ora ardientes como en un delirio.

El 13 de febrero de 1843, Flora sale de su casa con paso más veloz que de costumbre. Lleva en la mano un rollo de papeles. Camina mascullando incomprensibles palabras. Así llega a la oficina del editor Pagnerre.

—¿Qué la trae por acá, *madame*?

Flora desenrolla sus papeles:

—Esto.

Pagnerre toma el manuscrito: lleva por título *L'Union Ouvrière*. Lee un poco, revisa otro poco, menea la cabeza, se rasca la barba, hasta que la autora, mirándolo entre desconfiada y colérica, le propone que la escuche un rato. Pagnerre accede de no muy buen grado, y se sienta para oír dos capítulos que la Paria lee con voz vibrante, subrayando enfáticamente ciertos párrafos, haciendo expresivas pausas después de algunas recomendaciones. Pero

Pagnerre vuelve a menear la cabeza, y, entre disculpas y lisonjas, se excusa cortesmente: él no puede arriesgar su dinero en tal empresa, salvo que la pague alguien. ¡Qué! ¿Negarse a editar su libro? ¿Ese evangelio que devorarán todos los trabajadores de Francia? ¡Editorzuelo ridículo! Flora Tristán pega un portazo contra las narices del desconcertado Pagnerre y, cavilosa e irritada, regresa a largos trancos a su casa.

¡Ah, pero no la vencerán! “Alguien que dé dinero”. ¡Y cómo no! Con su diligencia habitual se consagra toda la noche a confeccionar una lista de suscriptores que financiarán la obra. Nombres de todo calibre figuran allí. El lápiz inscribe, tarja, rectifica. Al fin, termina su tarea. De acuerdo con ello, al día siguiente empieza la parte más laboriosa: visitar, casa por casa, a cada uno de sus candidatos a suscriptores.

A pesar del calor de sus palabras, a pesar de su belleza, no todas las respuestas son satisfactorias. Algunas ni siquiera llegan a respuestas. Por ejemplo, el famoso Lamennais se niega siquiera a recibirla. Igual le ocurre con Chateaubriand, con David Angers, con varios académicos y —unanimidad descontada— con todos los fabricantes a quienes acude. Rothschild, más desdeñoso, le da una contestación agresiva: ¡que no se ocupa de literatos! “¡Sucio banquero!”, murmura la “Mujer Mesías”, pero prosigue a la carga. En ello tiene algunas compensaciones significativas: aceptan suscribirse a la obra Jorge Sand, el político español Francisco Martínez de la Rosa, la princesa Cristina Belgiojoso, el insigne Luis Blanc, el editor Firmin Didot, Víctor Considerant, el novelista pornográfico Paul de Kock, los escritores Jules Lefèvre, Hortensia Allard de Meritens, *madame* de Arnaux, Emile Souvestre, Eugenio Sué, el general Jorry, *madame* Derbordes Valmore, el famoso Béranger, los actores Bocage y Frederic Le-

maire, una lavandera llamada "viuda de Augendre", una criada, María Madelaine; un fraile, tres actores, un refugiado italiano, dos unionistas, cuatro estudiantes, una modista, mucha gente más. La primera lista arroja 1548 francos en total; la segunda, 1104.50.

Ya está todo hecho. De los primeros 1548 francos, paga 932 por los gastos de impresión y dedica el resto a portes de correo. Por fin, el 1º de junio de ese mismo año aparece *L'Union Ouvrière*. De esa manera tendrá un órgano, un cuerpo doctrinal, aquella Unión Obrera, constituida desde mucho antes.

Porque no es sólo un libro aquello; es un movimiento en marcha. La Unión existe ya. Tanto, que el comité de organización había acordado, en su sesión del 6 de abril, varias medidas importantes, como la de unificar a todos los obreros y obreras de Francia, y la de constituir la clase obrera (como clase) con un delegado o representante ante la Cámara de Diputados. He aquí cómo sintetiza aquellos principios, en su folleto, la "Mujer Mesías"; "Primero, constituir la unidad compacta e indisoluble de la clase obrera; segundo, dotar a la Unión Obrera de un enorme capital mediante la cotización voluntaria de cada obrero; tercero, adquirir, mediante ese capital, un poder real, el del dinero; cuarto, mediante tal poder, prevenir la miseria y extirpar el mal en su raíz, dando a los hijos de la clase obrera una educación sólida, racional, capaz de hacerlos hombres y mujeres instruidos, razonables, inteligentes y hábiles en su profesión; quinto, recompensar el trabajo como se debe, grande y dignamente".

Flora divaga acerca de su iniciativa. Si cada obrero cotiza dos francos se reuniría un capital de 14 millones de francos entre los 7 millones de obreros existentes en Francia... Si se junta esa suma, será posible realizar una jira por el país y por Europa,

estableciendo comités... Si esta jira se lleva a cabo, los cotizantes aumentarían, y, por lo tanto, el capital, y, por consiguiente, el espíritu de unión, o sea que habría una clase obrera (*"Proletarios del mundo, uníos"*, dirá más tarde otro lema). Si la clase obrera se forma, nadie le impedirá edificar palacios para los viejos y los niños de los trabajadores, hospitales para los enfermos, maternidades, hospicios, orfanatos, y defender a las mujeres en todas las contingencias de sus asendereadas vidas... Si este sueño se cumple, el universo se habrá salvado, y, como en la novela *Mephis*, bien podrá morir Mariquita Alvarez, digo Flora Tristán, segura de no haber arado en el mar...

Es tan contagioso el entusiasmo de la "Mujer Mesías", que hasta el intelectualizado Ruge y el flemático Marx —que, en secreto, escribe versos de amor a Jenny von Westphalen—, concentran su interés en aquella profetisa de la justicia social. La consigna de unir a los obreros de Europa, de darles como palanca de su acción el dinero, hasta ahí tenido como recurso de opresores, inquieta a las ávidas mentes de ambos. Ruge sorprende en varias oportunidades a su compañero mirando intensamente a Flora, mientras éste sugiere iniciativas y dicta órdenes para la próxima campaña pro salvación del Universo.

* * *

Flora, mujer al fin, sigue soñando. Cuando todos los afiliados a la Unión Obrera hayan oblado sus cuotas, entonces será posible construir el Palacio de los Proletarios. ¿Cómo hacerlo? ¿Un hospital, un cuartel, un convento, una escuela? ¿Cómo? "Hay que encontrar una cosa diversa a la que los arquitectos han usado hasta ahora para la convivencia en común, puesto que hoy provocan disgusto y repugnancia: es preciso que despierte el deseo de vivir ahí". Y así nace la idea de los "colectivos urbanos"

(cuya coronación no vería Flora, pero cuyo derrumbe causaron los cañonazos reaccionarios en las lucuosas jornadas de 1934, en Viena).

La "Mujer Mesías" continúa forjando proyectos: en los Palacios de la Unión Obrera deben establecerse centros de trabajo industrial y agrícola, plazas para que jueguen los niños, diversiones para los trabajadores... "Habitación, fábrica y hacienda", tales podrían ser las palabras clave de este plan audaz y, sin embargo, nada más que prematuro, pero en forma alguna irrealizable. Y todos, ahí, hombres y mujeres, deben trabajar "según su capacidad", parte del día, a fin de producir para la colectividad. Cada cual obtendrá su parte en los beneficios o ganancias de la venta de los productos. En aquellas columnas humanas no habrá más excepción ante la ley del trabajo, que una docena de invitados, no menores de sesenta años, quienes serían llamados "huéspedes del Palacio", sin ninguna otra obligación que vivir, exigencia bastante severa para épocas como aquellas.

Al mismo tiempo, funcionarían escuelas especiales para educar no sólo a los niños, sino a los adultos; no sólo a los hombres sino a las mujeres, y muy principalmente a éstas, ya que "en la vida del obrero, la mujer lo es todo", según afirma perentoriamente la Paria.

Tan bella utopía conmueve a los intelectuales más ariscos e inflama el corazón de las multitudes. Para llevarla a cabo, se juntan dispares esfuerzos, todos fecundos. Los obreros de París se lanzan a una dinámica tarea de propaganda. Agricol Perdiguier, secundado por Jorge Sand, hace una campaña intensísima. *L'Atelier*, el periódico obrero, brinda sus columnas a la iniciativa. Un escritor que ha husmeado largamente en los bajos fondos de París, que conoce como nadie, en realidad y sueños, los rincones secretos, el vientre de Lutecia, nada menos que

Eugenio Sué, ofrece una medalla como óbolo. Béranger, cargado de gloria boulevardera, brinda su cooperación para un canto proletario que sera el himno de la Unión Obrera. Como siempre que se mezclan los literatos, el asunto de la canción produce más sinsabores que alegrías.

Pero nada desanima ya a Flora, identificada con su nueva actividad. En la *rue du Bac* se reúnen todas las noches gentes variadísimas. La propaganda va *in crescendo*. Pronto comprenden que no basta ganar a la capital. París debe ser el centro de donde irradie el nuevo credo, pero se necesitan misioneros por toda Francia. Una vez ganada Francia, se extenderán la doctrina y la organización por Europa.

Provista de una buena cantidad de folletos de *L'Union Ouvrière*, que se propone vender para financiar su romería, Flora Tristán da principio, en ese año 44, muy temprano —cuando aún se pegan a la tierra nieblas invernales—, a la “tour de France”. Un nuevo calvario se abre a sus pies...

* * *

En Burdeos, Flora escribe en su diario: “Hace ocho días que me encuentro aquí con dos malos pares de zapatos; tengo los pies continuamente húmedos y me siento enferma. Pero en mi posición de apóstol no tengo tiempo para enfermarme. Sin embargo, necesitaría un triple juego de calzado y de trajes. Ciertamente, la vuelta a Francia (le tour de France) me costará caro, pero no puedo retroceder ante este gasto porque el resultado es evidente...”

¿Evidente? Quién sabe... Por lo pronto, el comisario de policía se acerca al lugar donde se hospeda la “Mujer Mesías” para informarse de qué se trata. Sí, claro, los trabajadores se muestran nerviosos, insolentes y, sobre todo, comunicativos. Una buena república no puede reposar tranquila cuando el obrero cuchichea y cambia opiniones... Flora, sin

recursos suficientes, regresa a París, con lo cual se calman los temores del señor comisario, para cuya mentalidad policial resulta inexplicable que una mujer bonita y joven sienta algún placer en codearse con mujerotas pringosas, no siempre bien olientes, y con hombrachones hirsutos y maldecidores. No sospecha el infeliz que aquella mujer, aparte del ideal que la sustenta, vive, durante su permanencia en Burdeos, con el alma encendida por los recuerdos. Diez años atrás, de ahí partiera, en su ilusionado peregrinaje —sí, ilusionado también— al Perú, donde creía encontrar la fortuna y el hogar que en Francia le negaban las persecuciones de Chazal. Ahí volvió a ver al pobre Chabrié, muerto ahora. Ahí rompióse el hielo del desconocimiento con el paisano Miota, el de los yaravíes. Ahí la miró por primera vez, con su habitual insolencia, el teniente David. Y ahí, sí, precisamente ahí, Judas de sí misma, enterró a *madame* Chazal, a Aline, a Ernest, a todos, para renacer coquetamente “mademoiselle Flora Tristán”, pretendiente a la herencia de su difunto señor padre, un *rico home* del lejano Perú...

¡Ay! De todo ello se acuerda, mientras por la ventanilla de la diligencia resbala el disciplinado e incomparable paisaje gris de Francia.

No bien llegada a París, acude a la casa de Víctor Considerant a exponerle el nuevo proyecto que ha concebido: financiar un periódico para la Unión Obrera. Además, lleva consigo un nuevo folleto: *L'Emancipation de la femme*, publicado después de su muerte con el subtítulo de *Testamento de la Paria*, y cuya primera edición en castellano sólo aparecerá cien años después, en Lima el año de 1948.

* * *

(Un paréntesis de inevitable erudición:

En 1846, ya fenecida la bella y agitada autora, se publica en París el libro de sus mayores desvelos:

La emancipación de la mujer. Copiemos la portada para ilustrar al lector acerca del eco dejado por quien se sacrificara en beneficio de los humildes y sobre todo de las humildes. Dice así: "L'Emancipation / de la femme / ou / le testament de la Paria / ouvrage posthume / de Mme. Flora Tristán / complété d'après ses notes et publié / par / A. Constant. Deuxieme edition. Paris / Au bureau de la direction de "La Verité" / Passage Choiseul, 39. / 1846". Entre el nombre del colector y el del orden de la edición figura una pequeña leyenda en letra muy chica, que dice así: "Les progrès sociaux et changements de periodes s'opèrent en raison du progrès des femmes vers la liberté, et les décadences d'ordre social s'opèrent en raison de la décroissance de la liberté des femmes... En résumé, l'extension des privilèges des femmes est le principe général de tous les progrès sociaux-Fourier". Es decir: "Los progresos sociales y cambios de etapa, se realizan en razón del progreso de las mujeres hacia la libertad, y las decadencias de orden social se producen en razón del decrecimiento de la libertad de las mujeres... En resumen, la extensión de los privilegios de las mujeres es el principio general de todos los progresos sociales".

Esta frase de Fourier inspira el folleto que consta de 128 páginas, en formato menor, incluyendo el introito de Constant.

Se trata de un llamado apasionante a los obreros y obreras para actuar en defensa de sus derechos y para reforzar a la "Unión Obrera". El estilo es de una vehemencia tremenda. A punto de que Constant se excusa: "no pretendemos presentar a Flora Tristán como una profetisa o una inspirada". Pero, añade: "Sin embargo, esta mujer creyó hasta la muerte; se sacrificó por la clase obrera, primero, en general, pero quería enseguida trabajar por la renovación de la humanidad, por la emancipación moral

de la mujer, y por eso trabajaba en silencio un libro lleno de pensamientos audaces y generosos que no debía publicarse sino después de su muerte”.

Leamos las primeras líneas del *Testamento de la Paria*:

“¿Qué debemos, pues, hacer para conmover a esta generación corrompida? ¿Hasta dónde debemos hundir el cauterio para encontrar carne viva en el fondo de esta gangrena que se encamina a la putrefacción?

“En nombre de los que sufren, en nombre de los que tienen hambre, en nombre de los que se venden por un mendrugo de pan manchado de barro, en nombre de aquellos que, como los animales más inmundos, se ven forzados a disputar un pasto vil en los abismos del crimen;

“En nombre de las pobres mujeres que son cotizadas como carne mercantil en las carnicerías de la prostitución y a las que se llama hijas del placer, porque como los réprobos del Dante, nunca llegan a helarse las lágrimas sobre sus mejillas y una nube de dolores las hace a veces reír penosamente;

“En nombre de esas víctimas inocentes a las que se comercia con la inmoralidad de matrimonios mercantiles, y que, vestidas de blanco y adornadas de flores como las antiguas víctimas, son conducidas al altar para que un célibe a la fuerza otorgue una irónica bendición a su martirio, porque un padre honorable y una madre tenida por virtuosa las han condenado, a cambio de un puñado de oro, a la tortura que inventó Mézence, la de abrazar a un cadáver;

“En nombre de...”

Un lector contemporáneo, anotará que esos puntos y coma en lugar de punto y aparte pudieran ser inspiración de J. M. Vargas Vila, cuyo estilo altisonante y retóricamente desesperado pudo, también, tener por modelo el de Flora Tristán. Sólo que

este libro de la Paria reboza angustia y lágrimas. Es como un largo sollozo, no de los melódicos *sanglots longs des violons de l'automne*, que dirá poco más tarde el torturado rengo y divino poeta llamado Paul Verlaine, sino un largo sollozo en que se va la vida y en que se adivina la muerte, que no tardaría en acudir puntual a la cita).

* * *

Tras un breve respiro, punteado de angustias, de premiosas y desesperadas ternuras con Aline, Flora parte a la gran aventura: *le tour de France*. La comisión directiva de la Unión Obrera la acompaña al embarcadero. Es el 12 de abril de 1844. Flora mira perpleja la lejanía, diciendo, para sus adentros, que esa fecha debiera inscribirse en alguna piedra recordatoria. "Retenedla bien —parece decir con su concentrado silencio—; este día se inicia una nueva era". Entre el séquito se hallan tal vez los dos alemanes a quienes recibiera en su casa de la *rue du Bac*: Ruge y Marx. La "Mujer Mesías" estrecha las manos de cada compañero. Y, de nuevo en pugna con lo consabido, se dirige a Auxerres, primera estancia de su nuevo peregrinaje.

Mientras se aleja, sordo canto brota de la garganta de una docena de proletarios. Sin saber por qué, Flora siente que se le cuajan de lágrimas los ojos, y el hervor de un sollozo está a punto de alterar la hieratez de sus rasgos.

Auxerre, después Dijón, y luego Chalons, y en seguida Saint-Etienne, y más allá Lyon, y sin mucho intervalo, Avignon, y tras eso Marsella, y sin tardar, Nimes, y a continuación Montpellier, y a poco Carcasonne, y Agen, y Toulouse, y de nuevo Burdeos... ¡Larga romería, y fatigosa, porque es más difícil confrontar las esperanzas imprecisas de una multitud anonadada por la opresión, que encarece a los zarpazos de un enemigo franco!

En Auxerres halló afiliados entusiastas a la

Unión Obrera. Desde luego, eso significaba mayor actividad organizadora y de propaganda. Día de ajetreos, de discursos, de confianza, de labor. "Son las once de la noche —escribe Flora ya en su alojamiento—; no he tenido tiempo ni para respirar desde las siete de la mañana, y esto es una ciudad muerta. ¿Qué no será en Lyon? En fin, creo que Dios me dará fuerzas físicas, pero preveo que me harán falta. Por lo demás, aunque físicamente agotada, me siento feliz".

¡Se siente feliz y confía en Dios! ¿Desde cuándo cree la Paria en Dios? Nadie podría decirlo. Tampoco sería posible afirmar que lo negara alguna vez. Lo cierto es que, llena de gozo y de fatiga, requiere alguien en quién reclinar su cabeza. Flora Tristán se revuelve largas horas en el lecho, precisamente porque el agotamiento la vence, la enerva, le impide disfrutar de la delicia de haber cumplido su tarea... "Son las once de la noche". Luego que cierra el cuaderno, suenan doce campanadas en la torre lejana. Y, después, una, sólo una, agorera, definitiva, con la cual se funden su ansiedad y su cansancio. En alas del sueño todo se reviste de atractivos colores. Flora Tristán saborea su propio desconcierto como una victoria inédita.

De Auxerres sigue a Dijón. Ahí, según la informan, tienen gran influencia los francmasones. Flora Tristán no titubea en buscarlos, en ir a su Logia, para difundir el nuevo credo. Como abundan los individuos de fortuna, los tienta con su folleto, vendiéndoselos a 10 "sous" el ejemplar. Recibe propinas y piropos. Ella deja pasar estos últimos, atenta a la cosecha que la aguarda.

A fin de no despertar inútiles resistencias, Flora Tristán sujeta su lenguaje cuando habla ante los patrones, pero lo desencadena cuando se dirige a los obreros. Todo transcurre en paz; pero, no bien se aleja de Dijón, estalla un estruendoso conflicto en-

tre los empleados de los buques de vapor y los cargadores. Naturalmente, los enemigos atribuyen a sus peroratas el origen del conflicto, pero *Le Patriote de Saone et Loire* la defiende con fervor acusando de mala intención a sus detractores.

En tanto, la pobre "Mujer Mesías" soporta estoicamente violento malestar. La salud le flaquea cada vez más. Pensaba recuperar sus fuerzas antes de llegar a Maçon, pero el camino fue una reiterada agonía. Los obreros de Maçon ven surgir un espectro, todo ojos, ante ellos.

* * *

En París no se ha olvidado, en tanto, a la audaz y apostólica mujer. No sólo sus amigos, sino también sus adversarios. Bruno Bauer, un pedantesco hegeliano alemán, malquisto con Marx, la censura abiertamente, tildándola de vanidosa y dogmática. "Flora Tristán —dice Bauer— nos proporciona un ejemplo de lo que es el dogmatismo femenino, ansioso de tener fórmulas que elaborar con las categorías de lo exigente". Los tres Bauer andan complicados en tales acusaciones. Pero, parejamente a estas noticias, Flora sabe que aquellos jóvenes alemanes de la *rue du Bac* se han puesto de su parte, y que uno más joven aún, llamado Federico Engels, anda redactando un esquema de respuesta, en colaboración con Marx. El folleto, le dicen desde París los compañeros, tal vez se titule *La sagrada familia*. Esta sagrada familia está compuesta por los tres hermanos Bauer: Bruno, Edgard y Egbert. ¡Ah, belicosos y confusos alemanes! Flora sonríe cuando le refieren que el título ideado para la réplica debió ser: *Crítica de la crítica crítica*. Kant dicta sus fórmulas aún, inclusive a los que lo rehuyen. ¡"Crítica de la crítica crítica"! No puede contener una carcajada y, francamente, se regocija cuando alguien le comunica que los dos autores, Engels y Marx, han rectificado de modo definitivo el rótulo por el de *La*

sagrada familia. Un párrafo la conmueve profundamente. Dicen los jóvenes socialistas alemanes de ella: En la discusión de las ideas de Flora Tristán es donde encontramos por vez primera esta afirmación (la de organizar el trabajo); ella pide igual cosa, y la insolencia de haberse atrevido a adelantarse a la 'crítica crítica' es lo que le ha valido ser tratada de *canaille*. (Un comentador ortodoxo marxista, Samuel Bernstein, dirá una centuria más tarde: "Flora Tristán was one of the first among the utopians to proclaim that the emancipation of the workers would be effected by the working class itself. Hence, she demanded not only the national unity of the workers, but also their 'universal unity'").

Gratos lauros para una cabeza anhelosa de figurar. La de Flora no piensa ya en trivialidades. Cuanto de ellas tenía, quedó a lo largo del camino. Sus últimas petulancias las perdió en el Perú. Su vida entera es, desde entonces, nada más que lucha, cavilación y batalla... ¡Adelante, pues!...

* * *

Sin embargo... Hasta ahí, *le tour de France* había sido sólo una promesa halagadora. Los trabajadores respondían entusiastas al reclamo de la "Mujer Mesías". Mal que bien, siempre conseguía colocar unos cuantos ejemplares de la Unión Obrera, prospeto de su futura actividad. Si la gente no llegaba hasta besarle la orla del vestido, nadie la escatimaba respecto, y muchos —¡oh, sí, muchísimos!— le otorgaban adhesión filial. Sacudida por los vientos del fervor multitudinario, a menudo se arremolinaban los bucles de la bella cabeza de efígie en peroraciones al aire libre. ¡Al aire libre!, bajo el viento que soplaba entre las copas de los árboles con rumor semejante al que se producía entre los cordajes del *Mexicain*, cuando la otra romería inolvidable. Bajo el cielo que destellaba primaveral, sobre su cabeza, semejante a aquel intenso añil del firma-

mento de Arequipa y Valparaíso. Entre los hombres que la miraban devotos, sorprendidos o lascivos, como aquellos franceses de Chile y de Lima, como aquellos golfos de la vieja calle *Fouarre*, allá en su todavía cercana adolescencia. Frente a las mujeres que la tenían por diosa o rival, que es una forma de ser demonio. Y el viento proseguía su canción, y el cielo rebrillaba intensamente, y los seres humanos alzaban al cielo los puños engarfiados, bajo el azote de ese verbo fustigante que desnudaba escondidas miserias, ocultas llagas, dolores interminables.

Mas, en Maçon, el escenario cambió de súbito. No más aquel frenesí, salvo entre los camaradas toneleros. Los demás sonreían a su paso, displicentes, incrédulos. ¿Recibir la libertad de manos de una mujer? Bah... Y, no obstante... debieran haberla esperado de cualquiera, ya que ellos no se mostraban capaces de conjurar la ascendente crisis. Cada día era despedido un obrero, porque los patrones juzgaban conveniente a sus intereses abaratar la mano de obra, puesto que disminuían sus ingresos. La crisis, la soñada crisis, la anhelada crisis, había surgido violentamente. Flora Tristán, llena de indignación y celo, se esforzó como nunca, ahí, en Maçon, por convencer a los capitalistas y por agrupar a los obreros. Pero ni siquiera pudo vender unos cuantos ejemplares de la Unión Obrera. Los individuos, presa de indudable pánico, al verla llegar se entremiraban con desconfianza, y, tirándose la gorra sobre los ojos apresuraban el paso, con vergüenza de su miedo, pero sujetos a él. Aunque Flora apenas si logró una que otra conquista en aquel lugar, la prensa conservadora arreció sus ataques contra ella. Para no erigirla mártir, apelaban al ridículo. Flora vió amontonarse sobre sí la espantosa carga de la mofa. Intrépida, como siempre, la afrontó, pero algo se le había roto por dentro, ahí en Maçon: tal vez la esperanza.

Para consolarse acudió en visita al castillo donde residiera Lamartine, pero fueron tales la tristeza y el abandono del paraje, que salió con el alma más de luto que antes.

La prensa conservadora aumentó la procacidad de su ataque. Por lo pronto, como un anticipo de la *vía crucis* futura, la calumnia dejó caer su inmunda zarpa sobre su hasta entonces incólume vida política: "Servidora de sociedades secretas" fue el mote que, en ese punto, comenzó a azotar su reputación socialista. Y, desde luego, la policía, siguiendo el ejemplo del comisario de Auxerres, la anotó en su lista de sospechosos: sombra vigilante de sus pasos, aguijón de sus temores. Después de todo, Maçon era un poblacho. Mundo pequeño, almas chicas. Pensando en nuevas victorias, en medios más grandes, la incansable se embarcó en Chalons hacia Lyon. La temida ciudad de las grandes revoluciones sería la Meca de su peregrinaje. Cerrando los ojos al descontento, Flora proseguía su tarea; pero esa mañana, al mirarse en el espejo de su camarote, advirtió desolada que tenía la tez como de pergamino y que, desde la nariz hasta el extremo de los labios, dos arruguitas visibles cavaban un surco, delatando, implacables los numerosos desengaños.

PASION Y MUERTE

SOBREPONIÉNDOSE A SUS DOLORES, a la porfiada e inoportuna flaqueza corporal, vieja antes de tiempo, sostenida tan sólo por su enorme esperanza, Flora Tristán llegó, al cabo, a Lyon, la ciudad de las revoluciones, donde siendo tradicional la insurgencia, lógicamente debía de hallar más sostén que en parte alguna. Descendió, pues, de la diligencia, ilusionada. Un hondo suspiro fue su saludo cordial al nuevo ambiente. Hasta le parecía que la juventud volvía, y que —quizá— el amor, ancho y multánime, al par que secreto y egoísta, la recibía en su regazo. Apenas se hubo revelado la presencia de *madame* Tristán, acudieron a visitarla numerosos obreros y obreras, mas no rozagantes y altivos como otros, cual ella los imaginara, sino canijos, raquíticos y sitibundos con más traza de penados que de rebeldes.

Casi no podía Flora dar crédito a sus ojos. El desaliento de la turba se le metió en el corazón, llenándolo de congoja y hiel.

Lasciate ogni speranza, musitó su demonio familiar. Y más aún cuando uno de los visitantes, el más audaz sin duda, después de echar una mirada circular a sus compañeros, le dijo con lenguaje tartajoso y ademán equívoco:

—*Mais, oui, madame!* Ya la conocíamos... Casi todos nosotros hemos leído *L'Union Ouvrière*... Pero, ahora, lo que quisiéramos es conocer a su autor...

Flora, paralizada por la sorpresa, pegó un grito:

—¡Soy yo!

El obrero sonrió; cómplice de sí mismo, miró de reojo a sus compañeros, y azotándose confuso la pierna con la gorra, como quien se lanza atado al agua, balbuceó, más tartajoso que antes:

—Ya sabemos que usted lo ha firmado, *madame*... ¡Comprendemos...! Pero lo que quisiéramos... lo que nosotros quisiéramos saber es quién lo ha escrito realmente... *L'Union Ouvrière* es cosa de un hombre, *madame*, ¡y de un hombre superior!... ¡Una mujer no puede entender bien nuestros problemas!...

Iba a estallar en otro grito de protesta, Flora, mas le brotó súbitamente una sonrisa al rostro:

—¡Hum! ¡Comprendo!... ¡Es usted muy sagaz!... ¡Más tarde se lo diré!

Después de todo, aquel era el más sincero y alto homenaje hecho a su libro. ¿A qué más podía aspirar sino a que lo juzgaran tan excelente, que una hembra resultaba incapaz de concebirlo?

Aquella nota de regocijo íntimo, de solapada burla, se borró en seguida al enfrentarse a otros aspectos de la vida del trabajador lionés. Además de ignorantes, esos brutos eran perdidamente sensuales. Los domingos daba grima verlos de bruces sobre las mesas de las tabernas, congestionados de vino y cerveza, mascullando palabrotas, lacios, sin ánimo para organizar nada positivo. ¡Ah, el rebelde pueblo de Lyon! Flora, impaciente, decidió sacudirlo, arrancarlo de tal marasmo... Y principió sin tardanza su tarea. En la primera reunión que se pudo organizar, propuso una cuota a fin de construir el Primer Palacio de la Unión Obrera. Debía levantarse en la ciudad de la insurgencia: en Lyon. Pero cuando hubo concluido su discurso, leyó en las miradas de reojo, en el encogimiento de los cuellos, en el empinarse hipócrita de los hombros y el naufragio de las ma-

nos dentro de los bolsillos, la fatal sentencia: esos hombres no darían nada, o peor aún, casi nada.

¿Qué ocurría con la gente? ¿Desconfiaban de ella? ¿O simplemente carecían de empuje para toda obra?

Tuvo respuesta a sus dudas después de que sobrevino el incidente del Hotel Milán, en donde Flora se alojaba y había celebrado pequeños conciliábulos.

El 9 de mayo, a las diez de la mañana, el comisario de Lyon, acompañado por cuatro policías, allanó violentamente la pieza de la "Mujer Mesías". Los corchetes anduvieron por todos los rincones, metieron la mano en todas las maletas, enredaron las ropas, alborotaron los libros y hasta se llevaron las cartas íntimas de la Paria. No se amilanó Flora. *Le Censeur de Lyon*, en su edición del 11, insertó una carta-protesta suya: "Señor —decía en uno de los párrafos—: le ruego me haga el favor de prestarme el apoyo de su periódico para dar a conocer un hecho que me atañe personalmente y que, sin embargo, puede considerarse general, puesto que en mí se ha atacado a la libertad individual".

Aquel día todos los lioneses estuvieron al acecho, chismorreando como viejas, junto al Hotel Milán, para conocer a la bella tormentosa. La prensa discutió acaloradamente el caso, desde opuestos campos. La "Mujer Mesías" ganó con ello la confianza de su gente. Iba adquiriendo clientela para la Unión Obrera, y hasta le hicieron el honor, los incrédulos, de considerarla autora del folleto. Por fin, la Cámara del Consejo declaró absuelta a Flora y dispuso que le fueran devueltos sus papeles. Ya el rumor público había dado la vuelta a la comarca, con grandes aspavientos: "Le han robado sus cartas privadas..." "Le han quitado sus vestidos..." "No la dejan dormir..." "La privan de comer..." "Van a encerrarla en un calabozo..." "Dicen que la condena-

rán a muerte...” Y, aunque muchas mujeres se santiguaban tan sólo de oír el nombre de *madame* Flora Tristán, en general la simpatía popular se ensanchaba rápidamente alrededor de ella.

Como venganza contra la absolución de la Cámara, el comisario allanó la fábrica de géneros de Laurent y arrestó a dos trabajadores por el grave delito de guardar en su poder libros peligrosos, uno de ellos, naturalmente, firmado por Flora Tristán, “mujer perniciosa”, tildada de “comunista” y “republicana”.

Aunque herida en lo vivo con tales atropellos, la Paria saboreó entonces lo agrícolce de la primera persecución desembozada. Comenzaba su segundo martirio: esta vez por la justicia del pueblo.

Irritante la vigilancia, por cierto. No podía ya salir del hotel sin tropezar con dos individuos, mal disimulados, que la acechaban noche y día; cuantos la visitaban sabían que sus nombres eran registrados insolentemente en las libretas de los sayones. Tal asedio llegó a más: en la habitación contigua a la suya advirtió las inequívocas huellas de un espionaje desembozado.

Flora Tristán se había convertido en un ser peligroso para la seguridad del Estado. No dejó de envanecerla semejante pensamiento. Mas, por encima de toda vanidad, prevalecía en ella la alegría de saberse amada por los obreros, y de amarlos. La actitud de los trabajadores era distinta. Se les veía anhelosos de cooperar. Comprendiéndolo así, y para no despertar dudas en ellos, Flora no quiso, aunque se lo pidieron, visitar a ningún literato, ni ir en romería a sitios que ayer la habrían atraído irresistiblemente por sus románticos prestigios. Con seguro golpe de vista, percibió que había sonado su hora. Y así era. Para corroborarlo bastó un hecho: en sólo una sesión de trabajadores quedó cubierto el importe de 4.000 ejemplares de la tercera edición de *L’U-*

nion Ouvrière, a veinticinco centavos cada uno. Poco después circulaba en los talleres y las fábricas la flamante tirada de "Lyon, 1844".

Ahora, la Paria contaba con un espléndido auditorio. Los lioneses volvían por sus fueros de viejos revolucionarios, de incorregibles rebeldes, al conjuro de la apasionada mujer. Su voz de admirable timbre penetraba en las conciencias, enardecía los corazones. A ello cooperaba, sin duda, la figura física de la Paria. Tenía aún los ojos relampagueantes de su juventud, pero en la negrura de los cabellos resaltaban numerosas canas. La piel se le ajaba un poco en el cuello, en la comisura de los labios, envejeciéndola con un aspecto de cuarenta y cinco o cincuenta años. Mas era tal el imán de su gesto, tal la irradiación de su mirar, que, una vez empezado el discurso, no se escuchaba ruido alguno en la sala.

—Ya sé que me creéis, que me sabéis realmente la autora de *L'Union Ouvrière*. —Un sonrojo unánime y el agacharse de cierta ruda cabezota, arrepentida de su incredulidad, confirmaron su jactancia.

* * *

Todas las noches, desde el hotel hasta la salida obrera, desde el arrabal hasta la posada, solía seguirla, con humildad de perro, un joven obrero, el más fervoroso de todos, en las reuniones; el más tímido, cuando estaba junto a ella. Se apellidaba Reynier, y era tejedor. Al comienzo había sido un sistemático contradictor de la Paria, su anticuerpo, una especie de antagonista innato. Pero Flora desplegó para convencerlo, para rendirlo, primero sus galas oratorias; luego, sus dotes persuasivas, y, sin darse cuenta, lo acabó hechizando. Hombre sencillo y sin dobleces, Reynier no pudo callar por mucho tiempo lo que hervía en su corazón, y, confiado en que ella predicaba la igualdad, se precipitó a los pies de la Paria confesándole su amor. Pero en Flora Tristán

no había muerto aún la aristócrata, la literata. Hizo lo posible por guardar compostura ante la ingenua pasión del vehemente camarada; pero, ya a solas con sus pensamientos, la pluma se le trocó en venablo, y, apuñalando más que escribiendo, estampó estas palabras en su diario: "¡Caramba no faltaba sino esto: que un obrero se enamorara de mí! Decididamente, este muchacho carece de buen sentido; no tiene la cabeza en su sitio".

Quien no la tenía en su sitio era Flora. No se daba cuenta de que, en torno suyo, las ideas revolucionarias se impregnaban de amor. De que su crepúsculo sembraba tantas locuras y tantas ilusiones como su adolescencia. Oro triste de otoño, nada apaciguador: exaltante. Por ejemplo, Perelli, saint-simoniano confeso, ardía en el ansia de hacerse matar por su maestra; y Jacob, otro fanático, al verla, saltaba como un poseído, amenazando a quien no diera muestras de absoluta reverencia: ambos perdidamente enamorados de la "Mujer Mesías".

Y no eran sólo los hombres los que caían bajo el sortilegio de Flora, sino también las mujeres. Una de ellas, Eleonora Blanc, modesta lavandera de Lyon, decidió consagrar el resto de su existencia a su bella maestra, y, verdaderamente, en ausencia de Aline, ella fue como hija y hermana de la torturada Paria.

(Eleonora Blanc: generoso y tierno báculo de aquella tragedia silenciosa).

* * *

De Lyon, siguió Flora a Ruan, donde el horror de las fábricas, metidas en subterráneos malolientes, verdaderas pocilgas, húmedas a la vez que cálidas, fue un desencanto peor aún que el de la llegada a Lyon. En vano halló la caballerosa ayuda de Augusto Guyart, periodista católico. No pudo quedarse, y mucho menos andando, como andaba, con la policía tras sus rastros.

De Ruan pasó a Saint-Etienne. Ambiente menos propicio todavía.

De Saint-Etienne, regresó fugazmente a Lyon. Desde luego, la policía seguía preparándole celadas; pero los obreros, a su turno, le abrieron de par en par, como nunca, las puertas de su ancho y plural cariño. ¡Lyon, Lyon! Eleonora Blanc, desviviéndose por evitarle todo rozamiento; pero, al frente, Ritter, el periodista de *Le Censeur*, amargándola con sus ataques. Al fin llegó el momento de la partida. Con el presentimiento de nuevas angustias, Flora Tristán tenía — raro en ella — tan oprimida el alma, que hasta sus palabras revelaban humedad de lágrimas. Subió despacio, con pena, a la diligencia, hasta donde la fueron acompañando, en respetuoso cortejo, los trabajadores. Y cuando el postillón dio la señal de arranque, de aquel numeroso grupo desarrapado, pero lleno de esperanzas, empezaron a brotar los sonos de una canción robusta, monótona y penetrante, a través de los cuales, llena de emoción, enajenada de tristeza y gozo, Flora reconoció la letra de “La Marsellaise de l’Atelier” sacada de su propio libro para ofrendársela en forma de canción:

— “Merci, merci mille fois, mes frères de Lyon, pour ces douze siècles de vie que vous m’avez donné en douze heures”, “Gracias, mil veces, hermanos míos de Lyon, por los doce siglos de vida que me habéis dado en doce horas”, empezó a decir, con gesto compungido, pero la voz se le quebró en llanto.

* * *

¡Que importa el polizonte, torpe y cínico, que la sigue a todas partes, si el sol brilla tan suavemente sobre los inmensos viñedos y olivares de Avignon! ¡Días de égloga los de esa etapa! Ya sentía que algo estaba muriendo dentro de su alma, cuando saltó travieso ese paisaje, con sus campos y sus reliquias,

con su contradictoria escenografía y oliendo a historia, a museo y establo.

No olvidaría jamás ese mes de julio de 1844, inundado de tanta luz. Si hasta le parecieron rennegridos sus cabellos, y, bajo la barbilla ligeramente agrietada, se irguió de nuevo, terso el pecho, y la voz se le hizo arrullo, y la mente, sueños, y la tez tomó un suave dorado frutal. Sentía que la sangre le hormigueaba con recuperado vértigo. Las gavillas de trigo la convidaban a memoraciones pueriles. Triscaba por entre los viñedos, arrancando racimos de uvas que devoraba golosamente. A la sombra de los olivos durmió más de una siesta, casi olvidando su labor primordial. Algo habría dado por tener junto a sí a la dulce Aline. Siquiera a Eleonora Blanc. Les habría referido cómo fue aquél remoto tiempo, cuando había Papas en Avignon. En el palacio pontifical, donde ahora dormían, tendidos sobre sucios jergones sufridos soldados franceses, tremolaron antaño oriflamas, banderas y hachones. La tiara papal presidió fiestas y ceremonias bajo los mismos arcos convertidos en cuartel.

Se hubiera quedado ahí toda la vida, ebria de sol y salud, pero la llamaba el deber. Uncida al propio sino, encaminó sus pasos hacia Marsella, otro emporio de obreros, como Lyon, según le habían dicho.

No fue, sin embargo, eso lo que halló. Tal vez sería que el embrujo del mar, de un azul insolente, incitaba a la aventura y al vicio. Lo cierto es que, si bien vendió rápidamente setecientos ejemplares de *L'Union Ouvrière*, en cambio le fue difícil encontrar quienes la escucharan. O, mejor, sí, los halló, pero por diverso motivo. El puerto estaba repleto de gentes de las más distintas procedencias. Franceses, italianos, levantinos, musulmanes y cristianos, mercaderes casi todos, y marineros, y rameras. A las puertas de las tabernas se veían escenas lamentables. No la respetaban en lo absoluto aquellos tipos

de hablar confuso ni esas mujeres (cimbreadas, las jóvenes; barrigudas y procaces, las viejas), siempre a caza de un macho, con la voz ronca y el ojo en guiño.

Quiso iniciar su campaña, y se dio de manos a boca con un comerciante griego muy solícito, al parecer catequizado, pero que poco después la pedía, sin mayores rodeos, que fuera su querida. Le hablaron de un rico negociante, dispuesto a ayudar a Flora, mas no tardó, a su vez, en enviarle un recado invitándola a que compartiera su lecho.

La infeliz, desengañada, abandonó aquel puerto maldito, y se dirigió a Tolón. Quiso pasar a Argel, pero no le fue posible resistir el terrible movimiento de la barca en que viajaba, y se volvió a tierra. Sentía un cansancio enorme. Le pesaban los sesos, como piedra. Era un suplicio abrir los párpados. Apenas si le interesaba que la policía estuviera siempre sobre sus pasos. Sin embargo, de nuevo regresó a Marsella para trabajar en su misión. Pero el malestar se hizo más grave, y durante varios días la pobre no fue otra cosa que un quejido y un delirar constante.

—¡Colerina! —sentenció un médico apremiado. Pero ella sentía no sólo las entrañas desgarradas, sino que un sopor insuperable hacía presa de sus sentidos.

Sin embargo pudo, después de algunos días, organizar una reunión bajo techo, con los obreros marselleses. Además, las logias masónicas del puerto decidieron prestarle su apoyo. Con ello le fue posible reencontrar su perdido brío. Y fue tanto su calor, y trabajó con tal ahínco, que el día en que, al cabo, hubo de abandonar Marsella, un grupo compacto —compacto y fervoroso como en Lyon— la acompañó, también cantando, hasta la diligencia.

* * *

Infatigable trotamundos, Flora Tristán se

mueve como un autómatas. Algo le dice que su vida se extingue, pero el orgullo responde categórico: "¡Imposible a los 41 años!".

En Nimes (donde cambia cartas con Barbés, un presidiario que fuera condenado a muerte en 1839), la policía adopta medidas más severas que en otros lugares. Un parte oficial habla de "Certaine femme née Flora Tristán" que anda alborotando a los trabajadores de Francia, *La certaine femme* se ve obligada a proseguir viaje.

Llega al *Hotel Du Chéval Blanc* de Montpellier, ardiendo en fiebre, el 17 de agosto. A pesar de su visible debilidad, el posadero le niega alojamiento. Un policía se encarga de precederla a todas partes, advirtiéndole su paso para que la traten como a una leprosa social. Felizmente, no faltan seres caritativos. Bajo extraño techo, recibe la visita de dos médicos homeópatas que la curan, aparentemente, en cuatro días.

Como entonces estalla una huelga de cerrajeros, de lo que se culpa a Flora, su situación se complica. Además, los huelguistas fundan una Unión Obrera. Las autoridades no vacilan: la *femme Tristán* es una agitadora intolerable.

Apenas si tiene Flora tiempo en pensar en París y en Aline, pero una carta de su admirador y retratista, Jules Laune, le trae malas noticias: su casera de allá le ha dado desahucio; sus muebles andan de la Ceca a la Meca, dispersos, sin abrigo, como su dueña.

No importa ya. Más la inquieta su mal estado de salud. Y esa sombra que, heraldo indeseable, viaja antes que ella, pintándola como réproba: la policía, Bezières, Carcassonne y Toulouse son otras piedras negras de su peregrinaje en pos de la justicia social. No le permiten verse con los trabajadores. En Agen, las cosas empeoran más: sesenta soldados y agentes allanan la casa donde iba a reunirse con los

“unionistas” del lugar, y estalla un escándalo formidable. La calumnia corre velozmente por el pueblo. Presto pintan lo acaecido como una batalla campal. A Flora la presentan ora como demonio, ora como ángel. Y ella no se siente sino una pobre enferma, doblada por el dolor, febricitante, sin fuerzas casi para sostenerse. En dos meses ha envejecido veinte años. Consuelo en hora tan deplorable, llega una carta de Aline. Durante todo el día la “Mujer Mesías” no sale de su alcoba, con la mejilla pegada a las letras adoradas de su dulce muchachita.

Eleonora Blanc la insta a que regrese a Lyon o que se vuelva a París, desde donde Aline la llama. Pero, ¿y su obra? Para que no perezca la Unión Obrera, deberá consagrar más atención a su salud la promotora. Para eso, el 26 de setiembre llega a Burdeos, su estación de tantas veces: ayer, hoy, tal vez mañana.

Es tarde ya. Una violenta congestión cerebral derriba a Flora. El médico que acude a verla, menea la cabeza decepcionado: todo ha concluido.

No bien recibe la funesta noticia, Eleonora Blanc abandona Lyon y vuela a Burdeos. Flora la recibe sonriendo débilmente, pero Eleonora no puede ocultar el llanto: nunca hubo palidez más terrible que la de su maestra. Hacia octubre, algunos diarios informan que Flora Tristán se halla mejor; el 9 de noviembre, hay uno que la considera restablecida. Pero el 11 cae en pleno delirio, débil como una pavesa, oscura la clara conciencia de otros días. En semejante estado le imponen la extremaunción.

El 14 de noviembre, a las ocho y media de la noche, sufre un violento arrebato de nervios: gime, solloza, se retuerce. Después recupera la calma. Entre las nueve y las nueve y tres cuartos la calma se hace totalmente perfecta. Para siempre.

* * *

“Acabo de verla; tiene sereno el hermoso ros-

tro, cerrados sus largos párpados...”, escribe Charles Lemonnier, su adorador de los últimos tiempos. El mismo ordena sacar una mascarilla de aquella cara dormida sin desvelo posible. De acuerdo con el testamento, le cortan los largos cabellos, separando una trenza para Aline y otra para Eleonora. Esta exige que se cumplan todas las disposiciones escritas por Flora en 1840, acerca de sus funerales. La Paria había querido que su cuerpo sirviera a la ciencia, y, después, lo disecaran y lo metieran en la fosa común. Los amigos rechazan semejante idea. Por no malquistarse con la muerta, interpretan su mandato como un propósito de no tener un entierro pomposo, y así se ejecuta. Alguien propone una suscripción para pagar los funerales, mas no es preciso: Flora dejó una pequeña suma con la que se cancelan los gastos de entierro. Los obreros deciden consagrarle un monumento en el cementerio de Charreux, donde es enterrada el 16 de noviembre de 1844. Sobre la tumba pronuncian sendos discursos un sastre, un abogado y un carpintero. Víctor Considerant publica un artículo en elogio de la Paria. Con las cuotas de los obreros se paga parte del mausoleo. La otra parte sale de una suscripción iniciada por Eugenio Sué, secundado por Jorge Sand, Víctor Hugo, Louis Blanc, Víctor Blanqui y muchos más.

La vida de Flora Tristán ha terminado así casi gloriosamente, cuando iba a cumplir los cuarenta y dos años.

A comienzos de 1845, Engels y Marx publican *La sagrada familia*, en que la defienden de los “criticistas” Bauer.

En 1847, Engels y Marx terminan el manuscrito de un documento que, a menudo, evoca las consignas de la Unión Obrera: “Proletarios de todo el mundo, uníos”. Eleonora Blanc, la humilde planchadora, apenas puede creer a sus oídos porque le parece que es Flora Tristán la que está hablando.

“Proletarios del mundo, uníos...” Es ya 1848, y el documento de Marx-Engels ha visto la luz bajo el título de *Manifiesto comunista*.

“Proletarios del mundo, uníos...” Es decir, el sueño de la “Mujer Mesías”, la ilusión de la Paria, caída en plena lucha, sin pedir ni recibir jamás cuartel.

“Proletarios del mundo, uníos...” Recorren las calles febriles mesnadas, exigiendo justicia. Durante unos días parece que el mundo cambiará de eje. Pero la historia alumbra con sangre y sin piedad.

“Proletarios del mundo, uníos...” El domingo 22 de octubre de 1848, bajo la penetrante neblina del otoño, se reúnen en el cementerio de Chartreux, Burdeos, un grupo de obreros, escritores y mujeres. Van a inaugurar el monumento levantado con el dinero de los trabajadores, en memoria de Flora Tristán. Es una columna trunca, rodeada por una guirnalda de encina, sostenida por una mano. La inscripción se destaca sobre dos tablas también de mármol. Dice sobriamente:

A LA MEMOIRE
DE MADAME FLORA TRISTAN
AUTEUR DE *L'UNION OUVRIERE*
LES TRAVAILLEURS RECONNAISSANTS
LIBERTE EGALITE FRATERNITE
SOLIDARITE

FLORA TRISTAN NEE A PARIS LE 7 AVRIL 1803
MORTE A BORDEAUX LE 14 NOVEMBRE 1844
SOLIDARITE

Sí, solidaridad...

Y BENDITO SEA EL FRUTO

ESE MISMO AÑO DE 1848, Aline Tristán, casada con un mediocre periodista, también de fibra revolucionaria, llamado Clovis Gauguin, daba a luz un hijo llamado Eugenio Enrique Pablo, más tarde conocido simplemente como Paul Gauguin.

El marido de Aline dirigía *El Nacional*, diarucho inquieto e insurgente, como su suegra ya difunta. Aline, ajena al tumulto, concentró todas sus ternuras en aquel muchacho, con un ahinco y una suavidad que evocaban a la *pauvre maman Minette*. El diablillo Pablo era, en cambio, la reencarnación del genio hirsuto de la abuela Flora.

A los seis años ya daba que hablar a las gentes con un episodio drolático. "Tenía dos hijas (escribirá Gauguin en su libro *Antes y Después*, refiriéndose a una tía suya, linajuda dama limeña) de una belleza admirable. Recuerdo a una de ellas, casi de mi edad, a quien me acusaron de haber tratado de violar; entonces yo tenía seis años. El acto no debió de ser muy perverso. Probablemente ambos teníamos la idea de un juego inocente... Como se ve — agregaría sentenciosamente—, mi vida ha sido siempre más o menos agitada. Yo encuentro que hay en mí una contradictoria mezcolanza. Grumete, es cierto, pero en mí predomina la raza, o, mejor dicho, prevalecen dos razas. En realidad, no hay necesidad de referir esto; pero, ¿por qué no? Después de todo, yo no persigo al hacerlo más que entretenirme".

Aline asistía atónita, inquieta, al crecimiento

de Eugenio Enrique Pablo: "¡Cuán linda era mi madre cuando se ponía su vestido de limeña, y, cubierto el rostro por la manta de seda, no dejaba ver más que un ojo! ¡Un ojo tan tierno, tan puro, tan acariciador!"

Los ojos de Aline y los ojos de Flora se confundían en la memoria del chiquillo, que sólo conoció la gloria y los retratos de su admirable abuela.

De pequeño lo llevaron, también, al Perú. Seguramente Aline no pudo menos que referirle algunas de las malandanzas de Flora en aquella tierra tan querida, tan lejana y tan hostil. Y, de juro, el tío Pío saldría en danza en las charlas familiares. Gauguin recogió el legado para exhibirlo en sus *Memorias*, adobando la verdad con sus inevitables fantasías: "El viejo, el viejísimo tío don Pío, se enamoró perdidamente de su linda sobrina (Flora), tan parecida a su amado hermano don Mariano. Don Pío se había vuelto a casar a la edad de ochenta años, y de este nuevo matrimonio tuvo varios descendientes, entre otros, a Echenique, que fue mucho tiempo presidente del Perú. Todos constituían una numerosa familia, en medio de la cual mi madre vivía como una verdadera mimada".

¿Tío Pío enamorado de Flora?... Diabólico nieto, capaz de inventarle aventuras a su propia abuela, reñido con todo cuanto fuera cordura: "En Lima, esa deliciosa tierra adonde nunca llueve —apuntaba en otro lugar de sus memorias—, los techos de las casas eran como terrazas. En ese tiempo, los propietarios estaban obligados a soportar el 'impuesto de la locura'. Es decir, que sobre la azotea tenían que dejar vivir a un loco atado a una cadena, y el dueño o el inquilino debía sustentarlo, desde luego en una forma frugal. Recuerdo que un día estábamos mi hermana, la negrita y yo acostados en un cuarto cuya puerta daba al patio interior. Repentinamente despertamos y vimos frente a nosotros al loco subiendo

la escalera. No nos atrevimos a decir palabra. Todavía me parece ver cómo entró el loco en nuestra habitación, nos miró de hito en hito, y, luego, se subió tranquilamente a su azotea”.

Todo eso terminó un día. Era preciso volver a Francia. Menos mal que el tío Pío al morir —a los 113 años, eso sí, como terco y avaro que era, hasta de la edad— asignó una renta de “cinco mil pesos fuertes”, o sea veinticinco mil francos, a Aline y su familia, con lo cual podrían sostenerse. Mas algo debió de ocurrir en el mecanismo del legado, porque la educación de Pablo y de su hermana María padeció profundos altibajos, y aquél tuvo que abandonar el seminario de Orleans, adonde ingresara en 1858, siete años después.

Igual que a la abuela Flora, al nieto adolescente le tentaba la aventura. Se hizo grumete y partió allende el mar, a bordo del *Lusitano*. Como recomendación, para Río de Janeiro, llevaba una carta dirigida a *madame Aimée*, calle Ouvidor. “La encantadora Aimée, a pesar de sus treinta años, era una linda mujer —escribía después Gauguin—. Primera tiple en las óperas de Offenbach... Aimée se me llevó los últimos rezagos de virtud que me quedaban. No le costó gran trabajo, porque el terreno era propicio, y ya se iniciaba mi canallería”.

A los veinte años, Gauguin se matriculaba en la marina de guerra, pero el conflicto franco-prusiano torció su destino: su buque fue capturado en aguas danesas. En 1871 abandonó la flota. Desde entonces —antítesis de la abuela— se dedicaría a bolsista y a banquero.

Banquero y además hombre de hogar. Una mañana, estando con la turbulenta cohorte de sus amigotes, Gauguin vio entrar en el restaurante donde acostumbraba comer, a una joven rubia, alta, majestuosa: era Metta Sofía Gad. Gauguin dijo a sus amigos: “Será mi mujer”. El templo luterano de la

calle Chauchat, de París, fue escenario de la boda a fines de 1873.

Paul Gauguin y Tristán —nieto de su abuela— no tenía un genio pacífico. El dinero que ganaba lo debía de haber domesticado, por su abundancia, pero él se sentía ante todo pintor. Inútiles fueron la opulencia, en Copenhague, y el disgusto de Metta; inútiles los miramientos a sus cinco hijos, uno de ellos también llamada Aline, la preferida. Al cabo se produjo la inevitable ruptura. El banquero Gauguin cedía el paso al artista Gauguin Tristán.

“En una sociedad, todo hombre tiene derecho a la vida, a vivir bien, de acuerdo con el trabajo que produce. El artista no la puede vivir. De ahí induzco que la sociedad es criminal y está mal organizada”. ¿No es éste, acaso, el mismo germen del descontento de Flora? Pero el nieto, anarquista sin contrapeso, tampoco respetaba a la ilustra abuela, un poco por humorada y otro por irreverencia: (Mi abuela era) “una señora algo fantaseadora, que se dedicó a la causa obrera. Una sabihonda socialista o anarquista que probablemente no sabía cocinar. Proudhon decía de ella que tuvo genio. Lo único que yo puedo asegurar es que fue muy linda y muy noble”.

Como la abuela, a pesar suyo, Gauguin sufrió también el señuelo de América. Cuando Lesseps comenzó a abrir el canal de Panamá, Gauguin-Tristán acudió a las Antillas, a emborracharse con el sol y la lujuria de Martinica. No le importaron la indigencia, el desamparo y la miseria absoluta en que regresó a París. En 1891, después de un vía crucis deplorable y genial, Gauguin partía otra vez: ahora hacia Tahití. Sus amigos, conociendo su carácter tempestuoso, arrogante y terco, comprendieron que era una despedida para siempre. Octavio Mirbeau, Stéphane Mallarmé y Daniel Montfried lo miraron partir “como quien se desangra”. Jean Moreas, el griego de las “Stances”, y Maurice Barrés, joven

nervioso y aún simbolista, hablaron en la comida del adiós. Aunque corporalmente en la mesa, Gauguin estaba ausente de antemano.

* * *

Pues, aquel joven melenudo que con Arnold Ruge y Federico Engels, atacara a los Bauer y defendiera a Flora, había constituido, al fin, un movimiento compacto y activo, que Flora, salvo sus discrepancias románticas, habría rubricado tal vez.

Desde Inglaterra, aquel joven —ahora hombre maduro—, Carlos Marx, analizó, en un libro documentado y tremendo, las condiciones del trabajo bajo el régimen capitalista inglés. Desde antes, desde el preámbulo de su memorable *Crítica de la Economía Política*, había planteado el principio de que la historia se guía, sobre todo, por motivos económicos. No, eso no lo habría aceptado íntegramente Flora, pero tampoco lo habría rechazado a fardo cerrado. Su lábaro romántico se le caía de las manos en los últimos días del "tour de France", al contacto desolador del poder disolvente de la miseria y el hambre.

Y aquel alemán melenudo, de cejas pobladas y nariz corta; lector impenitente que enarbolaba, nuevo Decálogo, cierta "dialéctica" que arrancaba sonrisas a la Paria; ese alemán estaba organizando, bajo el marbete de "socialismo científico", algo que Flora había puesto en movimiento a través de su Unión Obrera: la *Primera Internacional de los Trabajadores*.

Nadie recordó a la "Mujer Mesías", la precursora, en la célebre asamblea de Albert Hall. Pero ella, con su pensamiento y su ejemplo, estuvo presidiéndola, desde lejos, desde la eternidad o la nada. Tal vez, si con alguien se identificaba más su espíritu, era con el de cierto hombrecillo, de barbas confusas y verbo ardiente, que solía discrepar, rudamente de Marx: Miguel Bakunin.

Aquella Primera Internacional de los Trabajadores del Mundo era la vieja Unión Obrera, ampliificada, ecuménica y viril, trocada en lógica —acaso por lo mismo menos penetrante— al pasar a cerebros masculinos, emergiendo del impetuoso fervor de una mujer.

Aquella Primera Internacional era también hija suya, igual que el Manifiesto Comunista, que el “sangriento drama de la Commune”, muchos de cuyos líderes escucharon, cuando jóvenes, las inflamadas palabras de la Paria moribunda, pero infatigable.

* * *

Sometido al embrujo de Tahití, olvidado de Francia, confundido en una sola naturaleza con Tehura, su núbil esposa tahitiana, Pablo Gauguin-Tristán se entregó a satisfacer su apetito de belleza y verdad. El, también Paria, sí, como la abuela, dióse en holocausto a su arte. Daniel de Montfried, amigo inalterable, conoció paso a paso el desconcertante proceso sufrido por el espíritu del artista para abandonar el refinamiento civilizado y anclar en la simplicidad de un primitivo.

Gauguin no pudo librarse más del hechizo de la isla maravillosa, donde las mujeres y las frutas ardían con inacabable color.

(No pudo librarse, tampoco Flora del hechizo de su pasión abrasadora, a la que se entregó hasta la muerte).

El 9 de mayo de 1903, en el remoto y magnífico islote, se extinguía solitario el nieto indoblegable. “Ko Ké”, lo llamaban los indígenas, sus mejores, sus únicos amigos. Tuvo responso más sólido y compacto que la abuela heroica, el nieto fugitivo: “Ahora ya no hay más hombre, ¿qué haremos?”, dijo, ante su lecho de muerte, el fiel Tioka, heredero de su boina verde.

(“Ahora ya no hay más mujer”, pudieron decir

Eleonora Blanc o Lemonnier sobre la tumba de Flora).

La fama del nieto creció póstumamente, inundando de gloria su recuerdo. La fama de la abuela creció igualmente, llenando de acongojado orgullo humano a cuantos la conocen.

Ambos, la abuela y el nieto, sintieron el imperioso mandato de volcar su verdad en sendos libros descarnados y feroces: *Las peregrinaciones de una paria, Antes y Después y Noá-Noá*.

Congénito y hereditario mal, el de la desnuda confidencia; avatar que no se torció en este linaje.

En 1935, otro nuevo Tristán, Pola Gauguin-Tristán y Gad, hijo del pintor, bisnieto de Flora, reincidiría en el vicio de sus antepasados: la confesión y la fantasía: "Yo soy el hijo de Paul Gauguin y mi madre me alumbró en un buen barrio burgués. Crecí en su hogar; allí se hacían muchas y variadas conjeturas sobre mi porvenir, proyectando solícitas dudas sobre cómo podría desenvolverme, siendo el hijo de mi padre, por cuanto de fácil al par que de dudoso renombre me traería después. La semejanza, puramente externa en fisonomía y manera con él, agudizaba la opinión general formada sobre mí. El misterio que rodeó la existencia de mi padre durante mi niñez y hasta en mi adolescencia tuvo gran significado; misterio que se ahondaba cada vez que llegaba una carta suya a mi madre; cartas de muy lejos, que por un corto rato ponían a la fuerte y siempre activa mujer, silenciosa y pensativa..." Y prosigue el libro *Mi padre, Paul Gauguin*: "Nuestros informes sobre Aline-María (la hija de Flora) y su familia son más amplios y definitivos, sobre todo en lo tocante a su madre. De su padre, que fue un comerciante en vinos de Burdeos, llamado Chazal, no sabemos nada más sino que fue sentenciado a veinte años de trabajo forzados, por haber herido seriamente, en un acceso de celos, a su mujer, Flora-

Célestine-Thérèse Henriette Tristán, cuyo matrimonio estaba disuelto desde hacía dieciocho años, después de tres de vida conyugal. Flora no fue una mujer ordinaria. Había nacido en el Perú (te equivocas, Pola Gauguin: era de París) en 1803 hija de un oficial hispanoperuano, don Mario (Mariano, Pola; ése era su bisabuelo) Tristán y Moscoso, y de una señora francesa. Según informes auténticos, la familia Moscoso puede perseguir su genealogía hasta los Borgia de Aragón, y ésta es la razón para creer que ellos llegaron al Perú, si no con el propio Pizarro, inmediatamente después de que éste convirtió al país en provincia española...”

Así divaga en 1935 el bisnieto de la Paria, tocado también de fantasmagorías y confidencialidades.

* * *

Murió el melenudo alemán, padre de la Primera Internacional, *El Capital* y *La sagrada familia*. Cayeron millares de obreros, algunos supervivientes de la Unión Obrera, bajo la metralla de Adolfo Thiers, en el París sangriento de la represión blanca. Volvió a encenderse la guerra, al cabo de los años. Una Internacional tras otra naufragaron en el tumulto de las contiendas. Pero quedan en pie algunas de las consignas de la Unión Obrera, alumbradas allá, un día del año 1838, por una mujer bella desgarrada y joven: Flora Tristán; y en lo más alto del Arte, fruto también de su vientre, porque lo fue la dulce Aline, un pintor genial, de carácter dramático y señero: Paul Gauguin-Tristán.

FIN

Santiago de Chile, diciembre 1937 — julio 1941.



BIBLIOGRAFIA SOBRE LA VIDA DE FLORA TRISTAN

- JORGE BASADRE: "Al margen de un libro olvidado", *Boletín Bibliográfico de la Universidad*, Año I, número 2, p. 11, Lima, 1923.
- FELIPE COSSIO DEL POMAR: *Arte y vida de Pablo Gauguin*, escuela sintetista, París, 1930, librería española de León Sánchez Cuesta.
- VENTURA GARCIA CALDERON: *Vale un Perú*, Bruselas, Disclee-Brouwer, 1939, p. 153, 159, 161, etc.
- POLA GAUGUIN: *My father Paul Gauguin*, traducido del noruego. New York, Alfred Knopf, 1937.
- MARGARET GOLDSMITH: *Cinq femmes contre la monde*, Nouvelle Revue Francaise, 1937, traducido del inglés, novena edición, 1937.
- LEWIS L. LORWIN: *Historia del internacionalismo obrero*, Edición Ercilla, Santiago de Chile, 1934, tomo I, p. 28.
- KARL MARX: *La sagrada familia*, Edición Claridad, Buenos Aires, 1938, cap. IV, p. 32.
- JULES L. PUECH: *La vie et l'oeuvre de Flora Tristán*. Marcel Riviere, editeur, París S/A, 1928. ¹
- LUIS ALBERTO SANCHEZ: *La literatura peruana*, tomo III, vol. I, Santiago de Chile, 1936. t. V. Buenos Aires, 1951.
- FLORA TRISTAN: *Peregrinations d'une paria* (1833 - 1834), par Mme. Flora Tristán. Dieux, Franchise, Liberté. Tome Premier. Paris. Arthur Bertrand. Libraire Editeur, Rue Hautefeuille N 23, 1838. Tome deuxième.
- La emancipación de la mujer*. Lima, P. T. C. M. 1948.

SAMUEL BERNSTEIN: "Marx in Paris: 1848. A neglected chapter". En *Science Society, a marxian Quarterly*, Summer, 1939, New York, p. 327.

1. Sin las investigaciones de Puech no habría sido posible componer totalmente este libro. Gracias le sean dadas. L. A. S.

INDICE

PRESENTACIÓN	5
PRELUDIO	11
CAPÍTULO I.—El emigrado	17
CAPÍTULO II.—“Le petit Bolivar”	27
CAPÍTULO III.—El casamiento de Flora ...	40
CAPÍTULO IV.—Primera peregrinación de una paria	50
CAPÍTULO V.—Un corazón a vivo fuego	61
CAPÍTULO VI.—“Sin patria y sin familia”	75
CAPÍTULO VII.—“Une jolie demoiselle” ...	94
CAPÍTULO VIII.—“Hija mía, te queda Pío...”	113
CAPÍTULO IX.—“Los peruanos son falsos...”	132
CAPÍTULO X.—Sola, entre dos inmensidades	151
CAPÍTULO XI.—“Nuestra patria debe ser el universo...”	171
CAPÍTULO XII.—La de los tristes destinos	186
CAPÍTULO XIII.—“La Unión Obrera”	204
CAPÍTULO XIV.—Pasión y muerte	219
CAPÍTULO XV.—Y bendito sea el fruto ...	232
BIBLIOGRAFÍA sobre la vida de Flora Tristán	241

IMPRESO POR EDITORIAL EX LIBRIS, CARACAS 1992